RAÚL ARGEMÍ

A tumba abierta



Juan Hirám, Carles Ripoll o Enrique Meléndez, según le vaya interesando al mismo protagonista, nos desgrana el motivo de su vuelta a Buenos Aires, tras haber vivido en España durante años. Tiempo atrás, como militante en un grupo de jóvenes de izquierdas, sufrió la persecución de los militares argentinos. De forma involuntaria mató a su novia y eso puso a los milicos tras su pista, lo que provocó que tuviera que huir y fuera acogido por el resto del grupo, que vivía en permanente angustia de ser apresados. El jefe decidió que una importante suma de dinero, que habían conseguido entre todos con extorsiones y robos, fuera depositada en la sucursal de un banco suizo. Los términos del depósito indicaban que si pasado un tiempo no aparecían todos juntos para retirar el dinero, con la firma de tres de ellos ya sería suficiente. Así se abre la ópera. Con constantes *flashbacks*, Argemí, nos permite conocer el pasado en España de su protagonista, y con una prosa soberbia, nos mantiene pegados al texto. Una novela arrolladora escrita por un maestro de la novela negra contemporánea.

Raúl Argemí.

A tumba abierta



Título original: *A tumba abierta*
Raúl Argemí, 2015

-

Revisión: 1.0

Qui ventum seminabunt et turvinem metent
(«Quien siembra vientos, recoge tempestades»)
.
Libro de Oseas, 8, 7

Todos los personajes de esta
novela son hijos de la ficción,
salvo aquellas personas o sitios
que ya son parte de la Historia,
con mayúsculas. Cualquier
coincidencia con personas
reales corre por cuenta de la
imaginación del lector.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO UNO

Introduje la llave en la cerradura. Por las dudas no fuera a romperse, la hice girar despacio, pero funcionó con menos resistencia de la que esperaba; para darme puerta al asombro.

Pero eso sucedería algunos pasos más tarde, cuando cruzara la oficina de trabajo: un escritorio de madera con una pátina de polvo, dos sillas, tres o cuatro armarios o archivadores de metal, y dos sillones que no conocían un culo desde hacía muchos años. Detrás del escritorio, un mamparo de madera que no llegaba hasta el techo, con una puerta al medio, separaba el adelante y el atrás.

Cuando traspuse la puerta al interior fue como si aterrizara en una cápsula del tiempo. Una de esas cosas que la raza humana suele hacer para legar a la posteridad los brillos de un presente, siempre ridículo transcurridos unos pocos años.

Había estado allí antes. Me habían llevado tabicado Silvia y Pedro, con un par de anteojos de sol que escondían las pelotas de algodón que tapiaban los ojos. Me habían recogido en la cita de recambio, cuando todavía tenía un relente de pólvora y no sabía que la casa donde vivía había caído. Como tantas otras. Sin saber de dónde venía el palo. Quién había cantado. Quién sabía tantas direcciones y había cantado.

Ahí estaba el sofá donde dormí con la pistola siempre a mano durante dos semanas. Solo podía usar el baño durante el día, cuando Silvia o Pedro trabajaban o simulaban trabajar en la oficina. Durante las noches podía oír los pasos del sereno, que una vez, solo una, sobre la medianoche, probaba si la puerta estaba bien cerrada. Cada vez que oía sus pasos me despertaba con la pistola en la mano. No podía evitarlo, aunque sabía que era un gesto inútil. Cuando llegaran no se harían oír. Reventarían la puerta y entrarían disparando.

Con suerte, ya lo tenía decidido, podría tumbar a alguno,

reservando la última bala, o la penúltima, o la que dispusiera el miedo, que en esos momentos uno no está para contar los tiros, para metérmela en la cabeza. No quería ceder a ese impulso por seguir vivo que te lleva a la tortura, a la vejación, y también a la traición.

Por un momento me pareció oler el perfume que usaba Silvia. Una mezcla de incienso, naranjas y pachulí, herencia de un pasado jipi; pero enseguida se me impuso el olor a humedad de cualquier rincón de Buenos Aires que no se airea en muchos años.

Dudé antes de abrir la ventana que daba a un patio interior, un hueco vertical de aire, con la eterna luz atardecida aún al mediodía. En la pared de enfrente las persianas bajas de una ventana, oscurecidas por el polvo y las lluvias, decían a las claras que lo que hubiera del otro lado hacía mucho tiempo que no veía una persona. Mejor. Si fuera alguna oficina en actividad hubiera tenido que simular que me ocupaba de algo.

Otra vez se había largado a llover. El otoño en Buenos Aires es así, frío y mojado.

Me había ido también en otoño, lo recuerdo por el frío. No, era en primavera. Pero no para mí. En aquellos años siempre tenía frío, como si estuviera expuesto a un viento polar que solo soplaba para mí. Era la sensación de estar expuesto. Como en esos sueños en que uno camina desnudo por una ciudad desconocida.

Ahora, con el retomo, y cómo se había producido, volvía a sentir ese mismo frío, algo que brota de los huesos y no se puede evitar con abrigos.

El runrún de la heladera que se ponía en marcha me llevó hasta las puertas de armario que disimulaba la kichinet, la minicocina, que junto con el cuarto de baño completaban el monoambiente. Una botella de leche con algo que parecía agua y un poso parduzco. Un plato con unos tomates que se habían resecado después de haberse podrido y unos huevos que, a esas alturas, podían ser una invitación al suicidio. El último en irse de allí había dejado la luz habilitada, y la heladera andando, para que el contador corriera y no pareciera un lugar deshabitado. En otro momento hubiera pensado que el último que cerró la puerta lo hacía pensando en volver, pero sabiendo lo que sabía ya no lo tenía tan claro.

Encendí la luz y entré al baño. La canilla goteaba con

obstinación una marca de agua oxidada sobre el enlosado. Cuando había estado guardado esas dos semanas también goteaba. Quién podía saber cuántas gotas habían transcurrido desde la última vez que cerraron la puerta; quién podía adivinar cuántas veces había arrancado y se había vuelto a detener la heladera, guardando el frío para nadie.

Es curioso, por doble vía. Por una que importa poco, cómo funciona una cabeza, recuperando, descartando palabras, traduciéndose todo el tiempo. Por el otro, que después de tantos años de vivir en España no me costó nada volver a llamar heladera a lo que allá llamaba nevera. Tal vez el verdadero tiempo de traducción simultánea sucedió en España.

No quería ver más. El pasado me había salido al paso como una bestia viva. Apagué la luz y cerré la puerta pensando que tendría que poner un poco de aceite a la cerradura. Sobre el vidrio verde rezaba ATLAS. EXPORT & IMPORT.

Al final del pasillo se abrió una puerta y salieron dos hombres con carteras abultadas que se cruzaron conmigo sin saludar. En esos edificios destinados a oficinas siempre había cambio de inquilinos, y junto a un estudio jurídico destinado a vivir de los pobres, podía haber una inmobiliaria o una escuela de idiomas que duraría lo que tardaran en cobrar por adelantado a los ingenuos, para luego desaparecer. Por eso no se intimaba. Nadie se metía en la vida de otros. Por eso también la costumbre de dejarle al portero, de vez en cuando, una buena propina. Los porteros llevan en los genes el mandato de ser confidentes de la policía.

Bajé los cuatros pisos por la escalera, deteniéndome a echar una ojeada a cada planta. Todas iguales: un largo pasillo con puertas enfrentadas. Todas con la parte inferior de madera y la superior de vidrio pintado de verde. Chapas de latón o letras pintadas sobre el verde anunciaban estudios contables, consultorías, academias, expertos en aduanas, de todo un poco. En algunas, pocas, había luz o se veía gente. Las otras estaban cerradas como ojos que duermen.

Desde la calle el edificio se veía como casi otros de la calle Suipacha, esa zona de la city donde los bancos y las financieras tienen sus cubiles. Gris, arratonado por los humos urbanos, con unas tristes cariátides cerca del techo, producto de algún ingeniero que le quiso dar un aire clásico a lo que con el tiempo se convertiría

en una cueva de tramposos o de fracasados.

Me detuve, cruzando la calle, en un bar donde algunos oficinistas y buscavidas se tomaban su café, tal vez pensando que la vida era un tango, o tramando su próxima estafa. Llovía. No tenía que olvidarme de comprar un paraguas.

Tenía mucho que rumiar. Aún no había podido saber quién estaba jugando al otro lado del tablero de ajedrez. Y eso me ponía en tensión. Lo único que tenía claro era que me había traído hasta allí quizás para matarme.

Caminé hasta el aparthotel donde había tomado un departamento, recuperando, como si el tiempo no hubiera pasado, las maniobras de contraseguimiento que había usado tantas veces; en otra vida.

Un reflejo inútil, pero inevitable. Era más que probable que el otro, o los otros, supieran dónde paraba. El otro. No podía dejar de llamarlo en singular, como llamaría al ejército enemigo, aquel que tendría que matar antes de que él mi hiciera la boleta. Y no porque me importara el dinero que estaba en danza, sino porque era la regla del juego. Un juego en el que no tenía intención de participar, pero al que me habían obligado.

Tenía café, y leche sin lactosa, y varias conservas. Un par de botellas de vino y una barra de pan en tajadas, de ese que no se pone duro jamás; mi primera compra en Buenos Aires. Así que me hice un café como para caminar sobre él y encendí un cigarrillo.

Había estado lerdo. Necesitaba un arma, y creía saber dónde encontrarla, si no se las habían llevado. Cuando retornara a la oficina abriría el embute en el piso del armario de la ropa. Si no habían vaciado todo, allí habría por lo menos un fierro y munición.

Porque tengo una memoria selectiva que suele borrar algunos episodios molestos, caras, nombres o fechas, nunca había olvidado los nombres que figuraban en el contrato, ni mi contraseña de identificación, ni el número de teléfono al que tenía que llamar. Por curiosidad, porque habían pasado muchos años, desde Barcelona busqué en internet la firma de emprendimientos financieros que incluía —eso no se anunciaba, había que saberlo— el contacto en Buenos Aires para abrir una cuenta especial en Suiza. Estaba en el

mismo sitio, sin cambios, porque hay cosas que no cambian, y daba su número de teléfono oficial, no el que yo sabía. Antes también había sido así.

Llamé desde un locutorio público de paquistaníes en el Barrio Chino, porque no iba a arriesgarme a dejar un rastro personal. Me vi obligado a hacer varias pruebas, porque en esos años los teléfonos habían cambiado algunos prefijos, pero funcionó el que yo sabía.

—Hola, ¿en qué podemos servirle?

—Quiero hablar, si está disponible, con el señor Regules.

—El señor Regules se retiró hace tiempo de la empresa, pero yo sigo llevando sus asuntos. Mi nombre es Carlos Pérez Urrieta. Usted dirá…

—Es por una transacción que hicimos con varias personas hace algunos años.

—Si puede identificarse se lo agradecería, así sabemos de qué estamos hablando.

Le recité sin dudar el nombre que había dado en aquel momento, Meursault y las seis cifras alfanuméricas que eran mi clave.

—No se retire de la línea. Me llevará unos minutos la comprobación…

—Tómese el tiempo que necesite.

Durante unos minutos pude oír un fragmento de, tal vez, una sinfonía, hasta que reapareció el señor Carlos Pérez Urrieta.

—Permítame que le haga unas preguntas de trámite. ¿En qué ciudad nació su madre?

—En la localidad de Trenque Lauquen.

—¿Y cuál fue su primera mascota?

—Era una perra, y se llamaba *Terry*.

—Bien, gracias, como se imaginará, esta molestia es necesaria. ¿En qué puedo servirlo?

—Tengo que viajar a Buenos Aires y me gustaría concertar una cita personal… para ponerme al día.

—De acuerdo —dijo, y arreglamos un día y una hora.

CAPÍTULO DOS

Cuando decidí desaparecer tenía las cosas bastante claras y fáciles, porque aún no se habían inventado los documentos personales con chip, y todas esas técnicas que aseguran que no son falsificados. A veces cuesta recordar que internet no existió siempre.

Necesitaba otro nombre, otra identidad, y la garantía de que, si algún día tenía que pedir un certificado de antecedentes policiales, aquel a quien le robara la identidad no me iba a dejar pegado con alguna cagada. Por eso me vino a la memoria el Pocho.

Caminé tranquilo mi viejo barrio de nacimiento, El Mondongo, en La Plata. Desde aquella vez que había tenido que salir huyendo por los techos no había retornado, y el color de pelo distinto, y el traje, me garantizaban que nadie me reconocería, a no ser que tuviera un encuentro desafortunado con los que quedaban de mi familia, que habían nacido y morirían en ese barrio.

Si había calculado bien, averiguar lo que buscaba no me llevaría mucho rato; y así fue. Era un atardecer caluroso que prometía una noche tal vez fresca.

A las siete de la tarde se abrió la puerta de la casa del Pocho y salió la abuela empujando su silla de ruedas. Tardé un minuto en darme cuenta de que no era la abuela quién empujaba al Pocho, sino la madre. Seguramente la abuela había muerto, pero la madre parecía un calco de la abuela. El mismo gesto resignado, ese dolor sordo que se les había hecho costumbre.

El Pocho. El Pocho estaba casi igual que la última vez que lo había visto. Un poco más calvo tal vez. Yo también, porque el Pocho tenía mi edad.

Lo habían parido cuando ciertas novedades de la medicina aún no eran novedades, y porque la sangre del padre se llevaba mal con la de la madre, o alguna cosa por el estilo, el Pocho había nacido, tres días antes que yo, paralítico. Solo movía la cabeza, para comer

y para hablar, sin que los pibes que jugábamos con él pudiéramos entender una palabra.

Miento. No sé por qué, nosotros entendíamos lo que nos quería decir, eran los mayores los que no podían. Y cuando la abuela, cada tarde de sol, lo empujaba hasta la plaza Matheu íbamos con él, para hacerlo reír con nuestras boludeces. Reía, babeante, como si se estuviera ahogando.

Sabíamos. Sabía que el Pocho no tenía cura, pero que podía vivir mil años.

—Es una desgracia para él y para la familia. Ojalá se muriera pronto, pobrecito…

Mi madre era la modista del barrio, y en casa de una modista, como en una peluquería de barrio, las mujeres dicen lo que piensan, y el nene de la modista anda por ahí, escuchando y poniendo cara de boludo; «porque los chicos hay cosas que no entienden».

El Pocho no tenía cura, pero podía vivir mil años. Continuado.

La madre empujaba la silla de ruedas hacia la plaza Matheu, en un ritual desde siempre, solo que sin los pibes que lo acompañaban antes; porque el Pocho ya no era un pibe. Tendría que mirar de lejos los juegos de otra generación de pibitos que le tenían miedo. Verlo así, encogido en su silla de ruedas, como un extraño animal babeante, hasta que la abuela, ahora la madre, se acordaba de pasarle un pañuelo por la cara, creaba una distancia insalvable para quien no hubiera compartido su infancia.

Me fumé un par de cigarrillos observándolos de lejos. El hastío grabado en la cara de la mujer me decía que se estaba cumpliendo el vaticinio de que sobreviviría a todos los de su familia.

Me pregunté si tenía hermanos y no lo pude recordar. ¿Dónde terminaría el Pocho cuando muriera su madre?

Ese era el tipo de preguntas que no me tenía que hacer. Para lo que importaba, el Pocho estaba vivo, seguiría así bastante tiempo, y no tenía ninguna posibilidad de mandarse ninguna cagada que lo pusiera fuera de la ley. El Pocho era mi salvavidas.

Todo se estaba viniendo abajo en la organización. Entre los que desertaban y los que caían, muertos o a la cárcel, nos quedaba poca vida. Especialmente porque habíamos elegido el combate frontal y

teníamos que perder por fuerza. Se nos estaba terminando el tiempo de gracia, una breve democracia.

El poco tiempo que había pasado entra la dictadura anterior y la que se nos venía encima había transcurrido con tanta intensidad que parecía medio siglo. Empezó con una democracia extraña, casi revolucionaria, que dictó una amnistía de todos los presos políticos. Todo el mundo militaba, y los clandestinos habían salido a la superficie. Pero con la vuelta de Perón había terminado por podrirse todo. Especialmente porque un invento del criado de Perón, el «Brujo» López Rega, la Alianza Anticomunista Argentina, que todos conocían como Tres A, empezó a limpiar de zurdos el peronismo y el país. Cuando murió Perón y al frente del gobierno quedó su viuda, Isabelita, loca como una cabra y títere del Brujo, todo terminó de irse al carajo.

A los teóricos de todas las organizaciones armadas se les había subido la pólvora a la cabeza, y no había quien no pensara que estábamos a un paso de la toma del poder. Por ese entonces todos los que aparecían muertos y torturados se los adjudicaban a las Tres A. Cuando empezó a correr el rumor de un golpe de estado, duro, duro de verdad, los muertos aparecían en todas partes, y parecía que las Tres A se había multiplicado por mil. En realidad, las Tres A eran un sello que usaban todos, hasta los servicios, para garantizarse que algunos militantes no llegaran nunca a la cárcel. La cosa era que el próximo golpe militar ya era un rumor muy fuerte, y no sería igual que los anteriores. Estos iban a barrer con todo.

Porque éramos cuidadosos o porque nos creíamos los reyes del mambo, nuestras medidas de compartimentación trataban de ser rigurosas. Así, el equipo de documentación estaba al alcance de pocos, a resguardo, y yo era uno de esos pocos.

Por eso me fue fácil darles la tarea de preparar un juego de documentos, completo, y más que verosímil, destinado a un supuesto compañero que tenía que viajar al extranjero. Les dije que a última hora sabrían de quién se trataba, porque necesitarían fotos. Tenían que empezar por obtener una partida de nacimiento del Pocho, pero eso lo sabían hacer mucho mejor que yo. Dos de ellos trabajaban de gestores de trámites, y tenían amigos sobornables en todas partes.

CAPÍTULO TRES

Todavía, tal vez como una especie de castigo, volví una vez más al barrio; pero esta vez para pasar caminando por el frente tic una casa en particular. De allí había salido a los tiros.

Ese episodio no se borra de mi cabeza. Aún está allí, clavado como un hierro que quema; y quema mucho. Me salvaría del dolor ser cristiano y creer que el arrepentimiento borra el pecado, pero no soy cristiano; no creo en nada. Y si sintiera alguna tentación de serlo igual no me perdonaría. El arrepentimiento no borra el pasado. Cuando lo que sucedió lite irreversible, y estoy hablando de la muerte, el arrepentimiento no sirve para nada.

En esa casa habíamos vivido con mi primera mujer. En el departamento del fondo, al que se llegaba por un pasillo.

Nos habíamos casado un poco a contrapelo de la voluntad de la familia. Pero, como militantes, y militantes de la lucha armada, una categoría superior de la vida que nos ponía a la altura del Che Guevara, nos importaba poco lo que pensara la familia.

Y la casa se convirtió en el sitio de reuniones clandestinas de una célula de combate de una organización pequeña, que se tragó el desastre y el tiempo. Recuerdo que teníamos un armario repleto de uniformes arrancados a policías, esposas, placas de recambio para los coches que robábamos, armas, y no sé cuántas cosas más.

Cada visita de su familia, esporádica, era precedida por la rutina de esconder todo lo que no tenían que ver de ninguna manera.

Tal vez por esa cosa de ser jóvenes e inmortales, nos cagábamos en todo. Bueno, yo me cagaba en todo. Ella no sé, tal vez me admiraba o me amaba, o vaya uno a saber; cuando pasa el tiempo es fácil volverse cínico.

Un día, la memoria me dice que fue a la hora de la siesta, me puse a jugar con dos revólveres. Sabía, me lo habían enseñado, que no tenía que apuntar a nadie, pero igual lo hacía. Hoy, que me veo

a la distancia y sin piedad, supongo que era porque en el otro, en el apuntado, siempre aflora una mirada de temor, y tal vez eso me gustaba.

Lo cierto fue que uno de los revólveres estaba cargado. Y cuando apreté el gatillo apareció, junto con el estampido, un agujero gris en medio de su frente. No quiero nombrarla. Convivo desde siempre con su fantasma. No necesito nombrarla. Por ese tiempo mi nombre de guerra era Isidro.

Cuando me viene a la memoria, y aún pasados tantos años, no puedo evitar el reflejo: se me curva el dedo indice, como si pudiera apretar el gatillo que mate el recuerdo. Un reflejo que se borrará recién el día en que muera, o me maten, que al fin da lo mismo, y tal vez la última opción incluya alguna forma de castigo y de justicia, como para que pueda descansar tranquilo.

De golpe, con ese disparo, me convertí en un asesino por imbecilidad. Y el imbécil, el idiota, el asesino, salió corriendo a la calle, por el pasillo, a pedirle al primer vecino que se asomó que llamara una ambulancia, porque se le había escapado un tiro y estaba herida su mujer.

Volví corriendo a donde estaba ella tendida y, aún convencido de que de ese tiro en la frente ya no se volvía, insistí en hacerle respiración boca a boca. Sabía que era inútil, pero no podía dejar de hacerlo, como si con eso pudiera volver atrás la película. Retornar al momento en que no apretaría el gatillo del revólver.

Entonces fue que oí, tal vez me lo estoy inventando ahora, para dar coherencia a hechos que se desdibujan, las dos sirenas. Y supe que una de las sirenas no era de ambulancia, que llegaba también la policía. Yo tenía una mujer que agonizaba entre mis manos, y la casa llena de armas.

El primer policía encontró la puerta abierta y entró al pasillo con discreción, ingenuamente. El revólver había quedado por ahí, tal vez debajo de alguna silla. Abrí el armario y saqué una pistola y un cargador de repuesto. No quería entregarme.

El policía y yo nos encontramos con varios metros de separación en el pasillo que llevaba a la calle. Intentó calmarme, porque seguía pensando en un accidente, pero yo fui a por más. Le apunté y le exigí que me entregara su arma. Por supuesto, él hizo lo inevitable, sacó la pistola. Estábamos demasiado distanciados como para que

me obedeciera. Y disparamos. Disparos cruzados en un pasillo estrecho.

Me dijeron más tarde que el policía declaró que yo no le había tirado a matar. Que lo había herido en un brazo para desarmarlo. No sé por qué dijo eso. A tan corta distancia se gatilla al bulto, nadie quiere hacer el Llanero Solitario.

Lo cierto es que él corrió hacia la calle, mientras otro policía disparaba desde afuera, parapetado en la pared.

Yo retrocedí hasta el interior de la casa y saqué de un cajón de la cómoda el juego de documentos falsos que me había hecho, por las dudas, o tal vez para alimentar la aventura. Tenía tiempo para eso y para una última mirada a ella, con su agujero en la frente. Sabía que no volverían a intentar el ingreso a la casa hasta que tuvieran refuerzos y rodeada la manzana, así que mi libertad dependía de correr contra el reloj. También me puse un saco, una chaqueta decía en España, para ocultar el arma.

Salté por la pared del fondo al patio de un vecino. Una casa que tenía salida hacia otra calle. Atravesé la casa pistola en mano y no puedo recordar si había alguien. Seguramente sí, porque la puerta de calle estaba abierta.

Salí a la calle y me puse delante de un taxi con pasajero que pasaba casualmente por allí. El taxista clavó los frenos y en el instante siguiente yo estaba arrancando del asiento de atrás a su pasajero. El taxi arrancó otra vez e hicimos algunas cuadras, hasta que le ordené al conductor que tomara por una calle a contramano del tránsito. Lo hizo, y casi choca con otro coche, que se detuvo de golpe.

Era mi oportunidad. Abandoné el taxi y saqué del coche al conductor, un vecino que recordaba haber visto alguna vez. Arranqué esquivando al taxi y me hice perdiz.

Sabía que en minutos estarían buscando ese coche, pero para cuando lo encontraran yo ya no estaría allí.

Abandoné el coche en el centro de la ciudad y me metí en un cine, sin llamar la atención, pagando la entrada. Tenía que pensar. Tenía que pensar, hundido en la oscuridad de un cine que proyectaba una película para todos, menos para mí.

Cuando salí del cine, siempre con la pistola lista en la cintura bajo el saco, ya sabía a quién podía recurrir en busca de refugio.

El período inmediato posterior no tiene importancia. Hubo varias caídas. Nombres que se ligan con otros nombres, alguno que canta en la tortura y, después de mi paso por varias casas, donde me cambiaron el corte y el color del pelo, fui a dar a Buenos Aires, a integrarme en una célula de combate de otra orga más grande. Fue, me digo, como un pase de futbolistas de un equipo a otro, y a esa altura todo me daba igual, tanto como que había pasado a llamarme Pablo, el nombre que figuraba en mis documentos falsos.

Los que me recuerden de ese tiempo, seguramente alguno hay, sabrán que no le temía a nada. Que en cada combate estaba dispuesto a dejar la vida. Lo cierto es que ya estaba muerto, con un agujero en la cabeza.

Y ahora, tantos, tantos años más tarde, todavía una parte de mí sigue muerta. Oculta por gestos y memorias posteriores que la fueron cubriendo como capas de tierra; pero mi muerto sigue apestando.

Quiero suponer que él, ellos, quien me trajera hasta aquí, hasta la cápsula del tiempo, lo tiene que saber. Y si no lo saben, peor para él, o para ellos. A los muertos no conviene molestarlos. Hay que dejarlos tranquilos en sus tumbas, bajo muchas capas de tierra. Porque cuando se cruza la frontera de la muerte como yo la crucé, por el peor camino, ya no hay retorno.

Creo recordar que fue Mao el que dijo que quien quiera hacer una revolución tiene que pensar que se monta sobre un tigre, y que ya no podrá desmontar hasta que lo domine, o el tigre se lo comerá. Cuando uno cruza la barrera de la muerte como la crucé yo, se ha montado en un tigre. Un tigre que nunca lograrás domar, un tigre que terminará comiéndote.

CAPÍTULO CUATRO

Las caídas habían acelerado el ascenso de los aspirantes, de los periféricos que querían, a toda costa, convertirse en combatientes. Así fue que unos pocos meses más tarde de mi paso por aquel refugio detrás de una oficina anónima, Silvia y Pedro pasaron al frente militar, como lo llamábamos, a pesar de ser un grupo de desesperados, con poca política y mucho de demencia.

En el fondo, todos aspirábamos a morir heroicamente. Una manera bastante estúpida, pienso hoy, de sentirse trascendentes. Quizás la única manera, también lo pienso hoy, de sentirse trascendente. Algo así como un Cristo aspirante a su propia crucifixión. Al fin de cuentas, Cristo, sin crucifixión no sería nadie.

Pedro pasó a una célula y Silvia a otra. Tal vez tuve algo que ver con eso. Porque una noche, cuando estaba guardado en la habitación de atrás de la oficina que ahora sé que aparentemente se dedicaba a importación y exportación, sentí una llave en la puerta y me levanté de un salto con la pistola en la mano. Era Silvia.

Cuando nos encontramos supe a qué venía. Con la muerte mirándote a los ojos la vida se acelera. Y lo único que puede con la muerte, con la sensación de la muerte inminente, es el sexo.

Ese fue nuestro primer encuentro clandestino, y no sería el último.

Habían pasado tres meses de actividad de la nueva dictadura militar, y digo nueva porque desde que tenía uso de razón había vivido bajo muchas, cuando tuvimos que asumir que no venceríamos nunca. Que por algún error de la soberbia no nos apoyaba nadie, y estábamos solos frente a una máquina de triturar.

Fue entonces cuando, por atención solidaria de otra orga, cada uno recibió su cápsula de cianuro. Daba miedo metérsela en la boca

y pensar que si uno la mordía se terminaba todo. Tal vez con dolores indecibles: pero de eso no se hablaba, ni se preguntaba. La alternativa era peor. El que cayera vivo en las manos de ellos solo podía esperar una muerte lenta, asistida por un médico o un enfermero para que durara más. Que lo destriparan sin anestesia y, si era hembra, la violación reiterada por los machos torturadores, o el palo de una escoba, hasta que deseara estar muerta.

Algunos compañeros cambiaban de bando. Cuando pasaban por el horror de un campo de concentración clandestino un día decían basta y colaboraban con sus secuestradores. Salían a la calle con ellos, en sus coches, a marcar a otros compañeros. Los interrogaban en la tortura, o trataban de convencerlos de que la guerra ya se había perdido y que lo mejor era decir todo lo que sabían; el único camino para salvar la vida.

Después, varios años más tarde, cuando comenzó a revisarse el terror de lo que nadie que estuviera cuerdo ignoraba, se fue sabiendo el destino de los que colaboraron con ellos. Pocos, muy pocos, salieron de los campos clandestinos en libertad o a la cárcel. A la mayoría terminaron por matarlos. Eran testigos peligrosos.

Cuando recibí mi cápsula de cianuro ya tenía el juego de documentos completo: pasaporte, DNI, un carnet de socio de Boca Juniors, y un carnet que me habilitaba para conducir camiones, a nombre de Carlos Meléndez. Carlos Meléndez era el Pocho. Los compañeros, al saber que eran para mí, se habían esmerado y todo era perfecto; hasta tenía su partida de nacimiento legalizada. Recuerdo toda una tarde en que me hicieron las fotos necesarias en su reducto. Con una ropa, con otra, con bigote, sin bigote… Ellos sabían bien que poner la misma foto en todos los documentos es el peor error posible. Nunca, jamás, porque se hacen en distintos momentos, las fotos de los documentos personales son las mismas. Y eso lo sabe cualquier policía.

Solo me faltaba decidirme a desaparecer, pero dudaba. En todo militante hay algo de mierda cristiana que lo hace sentir un traidor si toma distancia, incluso de la locura, porque lo nuestro, de seguir adelante, ya era locura.

Lo que me decidió fue la convocatoria a una reunión que hizo Jorge, nuestro número uno.

—Compañeros, hay que desensillar hasta que aclare.

Dijo, abriendo la reunión.

Eramos pocos, y todos a cargo de algo. De los hombres estábamos Lucas, Fernando, Pedro, el Negro, el Tordo, el Pelado y yo, que para esos tiempos ya no me llamaba Pablo, sino Enrique. De las mujeres, Silvia, Paula y la Rusa. Todos, a esas alturas, responsables de células que como mucho reunían a dos o tres militantes; o «aparatos», como el de documentación y el taller.

—No podemos enfrentarnos a ellos como lo estamos haciendo. Cada uno de los compañeros que cae vivo, nuestro o de otra orga, termina pasándoles datos, y es cuestión de tiempo que nos cacen a todos.

Hubo protestas y argumentaciones, pero Jorge no era el número uno por casualidad, pensaba, y tenía formación política. Escuchó a cada uno con paciencia, para terminar diciendo, con su habitual diplomacia, que si alguno se quería suicidar lo hiciera en otro sitio y de la manera menos dolorosa, mordiendo su cápsula de cianuro. La cáustica ironía, suavizada por su sonrisa de siempre, acalló todas las protestas.

—Tenemos que desmovilizar a los compañeros —dijo—. Que cada uno vuelva a la vida normal como pueda. Hay que hacer como la tortuga, esconder la cabeza dentro del caparazón.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó la Rusa, como si el tiempo de la derrota tuviera algún final.

Jorge se encogió de hombros:

—El que sea necesario. Hay que preservar a la gente. No podemos seguir yendo al matadero. Todavía podemos hacerle documentos de los buenos a los que están clandestinos; fiero seamos realistas: los documenteros tienen que desmontar su taller y hacer desaparecer todo. Si ya no tienen documentos que pasen por buenos, más de uno se puede quedar en pelotas.

Lucas, el responsable del taller donde reparábamos las armas y se hacían las bombas, dejó su silla y enfiló hacia el baño y el calentador eléctrico que oficiaba de cocina diciendo:

—Esto hay que pensarlo. Mejor hago ya mismo unos mates.

Fueron varias las ruedas de mate en las que nadie dijo una palabra. Cuesta digerir el final.

—Bien… —dijo Jorge después de un rato—, necesito que cada uno me haga un informe acerca de su situación económica y, sobre

todo, legal. Nadie se va a quedar en pampa y la vía. Si necesitan plata hasta que puedan normalizarse lo podemos arreglar. Si necesitan algún documento, espero que no, porque por lo que sé, ninguno está buscado, también le podemos encontrar una solución. El que tenga problemas de papeles, o que alguien en su equipo tenga problemas, que lo diga ahora…

Eso último lo dijo mirándome como al pasar, con un gesto corto, que quería decir que me callara la boca.

Para mi sorpresa, ninguno dijo nada. Eso significaba que todos los clandestinos, que huyendo de otras partes habían recalado en Buenos Aires, habían caído en manos de la policía, o ya estaban muertos. No contaban ni para las estadísticas.

Después cerró la reunión sugiriendo que las mujeres salieran primero, que charlando boludeces no serían sospechosas.

Esperó diez minutos y, antes de autorizar la salida de los hombres, señaló:

—Necesito arreglar algo con Enrique y Fernando, así que por favor quédense unos momento más.

Fernando era el responsable de Documentación, y nos miramos sin entender qué esperaba de nosotros Jorge, pero fue escueto y claro:

—Fernando, Enrique hace tiempo que quemó sus documentos personales auténticos y se mueve con papeles falsos. Ahora necesito que inviertan el proceso. Manténgase en contacto y, lo antes posible, quiero que Enrique tenga un DNI de los buenos, con su nombre original. En su momento les informaré para qué.

—Eso es fácil —dijo Fernando—, lo podemos solucionar en un día. Pero tendremos que hacer una foto en la que parezca más joven y envejecerla con un lavado con té. Tenemos todos los DNI auténticos que quieras, y podemos borrar algunos de los recuperados; si no va a ser expuesto a una revisión de laboratorio, claro.

—No, con uno de esos va bien —aceptó Jorge.

Entonces pensé que con ese documento no pasaría ninguna frontera, que se trataba de otra cosa, de la que Jorge ya nos daría cuenta. Un documento recuperado tenía sus límites, pero yo sabía, porque portaba uno que me acreditaba como Enrique Fontella, que podía pasar casi cualquier control.

Lo de recuperados venía de que mis compañeros se habían acoplado, como un simbionte, a la actividad de los carteristas. Los carteristas trabajaban en puntos donde se movía mucha gente, como las estaciones de trenes de Constitución o Retiro, pero la que más jugo daba era la de Plaza Once, adónde llegaban cada día millares de trabajadores del conurbano.

El carterista robaba lo que en su jerga llamaba «el cuero», la billetera, y de inmediato se metía al baño de cuatro o cinco bares que le quedaban a tiro; siempre los mismos. Allí se guardaba el dinero, que no tiene nombre ni dueño y no puede incriminar a nadie, y ocultaba el cuero tras el inodoro, sobre el depósito del agua, en cualquier sitio que no fuera visible si no se buscaba con intención. Después salía a la calle con la guita en el bolsillo, y andá a cantarle a Gardel si el gil estaba todavía proclamando a gritos que lo habían robado.

Los de documentación, de a dos, por las dudas, uno adentro y el otro afuera, una vez por semana, o dos, o tres, según la necesidad, sondeaban esos escondites y rescataban carteras, billeteras, cueros al fin, en los que ya no había dinero, pero sí documentos, carnet de clubes de fútbol, fotos de familia, lo de siempre.

Después, con esos DNI, que eran como una libretita, podían hacer un par de cosas. La más fácil era cambiarle la foto, completar el sello que la unía a la libreta, y decirte que a partir de ese momento te llamabas como dijera allí; en mi caso Enrique Fontella. Con papeles como esos sacamos de Buenos Aires, hacia Paraguay, Uruguay o Brasil a muchos compañeros que habían escapado de Chile con la llegada de Pinochet.

Pero también podían, con fórmulas químicas que solo ellos conocían, borrar los nombres originales, y los datos, e incorporar los nuevos, los que fueran necesarios. Lo curioso era que buena parte de esos secretos se los había pasado un anciano judío, que ya falsificaba documentos en el Gueto de Varsovia. Algunos parecían un chiste. Como trasladar un sello copiándolo con un huevo duro sin cáscara. Parecían un chiste, pero no lo eran. A tantos años de la Segunda Guerra el truco seguía funcionando.

Eso iba a hacer Fernando conmigo. Devolverme un documento que había destruido a poco de abandonar la casa tras el pasillo, donde me tiroteé con la policía. Recuperaría mi identidad original,

la de un tipo que había nacido como Juan Hirám Gutiérrez en 1946. No era el momento de preguntar por qué Jorge me exigía esa vuelta atrás.

Arreglamos una cita con Fernando y él también se fue.

Entonces Jorge me miró con esa sonrisa de tanguero de vuelta de mil traiciones que reservaba para cuando estábamos solos. Jorge, Lucas, el del taller y yo éramos los únicos que quedábamos de la vieja guardia. El resto había perdido.

Tanto él como Lucas, que lo tenía más fácil, porque su taller estaba muy compartimentado, y ni yo sabía dónde estaba, habían conservado una vida paralela normal, con nombre y apellido propios. En mi caso la cosa era distinta. Muchas veces me había salvado por pura casualidad. Y tanto como para pensar que alguien, allá, en alguno de los cielos posibles, velaba por mí. Que siguiera vivo era una burla a las estadísticas.

—No es la primera vez que me veo en estas… —confesó, como a su pesar.

Con Jorge habíamos compartido casa durante un año, cuando yo aterrizaba en Buenos Aires con la dictadura anterior, después de la muerte de mi mujer. Y, por esas cosas que son inevitables cuando uno sale de un entrevero donde hay más balas que aire, y sale entero, se te escapan algunas confidencias. Las mías eran innecesarias porque él sabía quién era y cómo había pasado a la clandestinidad. Las suyas, porque a veces te puede el cansancio de estar simulando todo el tiempo que sos otro.

Jorge había sido uno de los hombres de confianza del Che en Buenos Aires, y estaba dispuesto a marchar a Bolivia cuando el comandante perdió en Ñancahuazú. Muchos años de militancia, la experiencia de otras derrotas y un metódico cuidado para mantener su identidad a salvo. Pero eso último no podía durar mucho tiempo. Sabíamos que los servicios lo buscaban con empecinamiento, y que terminarían por encontrarlo, si no rompía todos los hilos que podían seguir.

—Pibe… tenemos que resolver el problema de la guita, para eso pedí que te hagan un documento a tu nombre.

—¿Qué pasa con la guita?

—Un cuarto de millón de dólares, para decirlo como los yanquis, puede no ser una fortuna, pero tienta a cualquiera. No puedo, no

podemos confiar en nadie en particular, porque los milicos seguro que saben que la tenemos y no van a parar hasta quedársela.

—¿Entonces qué? ¿La enterramos por ahí, en algún monte?

—No seas bruto —dijo riendo—. ¿Para qué están los bancos en Suiza?

—¿Y qué querés que haga, que vaya a Suiza? ¿En qué hablan los suizos?

—No es necesario. Si Mahoma no va a la montaña, la montaña va a Mahoma. Lo podemos hacer en Buenos Aires. Les das la guita y ellos se encargan del resto. Ya hice el contacto y nos esperarán con los papeles listos.

—No entiendo qué tengo que ver yo en esto. Si pensás que puedo ser titular de una cuenta en Suiza estás más loco que yo. Hasta ahora me salvé, pero ya me cantaron tantas veces que voy a terminar perdiendo, y la guita, chau, se la queda el banco.

—No. No vamos a hacer así la cosa, porque cualquiera puede perder y, como vos decís, la guita se la traga el banco; sino pregúntale a los judíos que terminaron en Auschwitz.

Abriremos una cuenta conjunta. Los otros no lo saben, pero se van a enterar cuando tengan que firmar. Una cuenta conjunta de la que no se pueda mover la plata sin, por lo menos, tres firmas autorizadas.

—¿Lo pensaste bien? ¿No sería mejor que vos la guardaras hasta que aclare, como dijiste hace un rato copiando al general Perón?

Sonrió por la referencia, antes de decir, con otro tono:

—No podemos correr ese riesgo. Esa plata, lo sabés, ha costado mucha sangre.

—Bueno, será entonces como vos digas. A mí me da lo mismo.

Se tomó un último mate, ya frío, asqueroso, pero que a él le gustaban y cambió de tema:

—Lo que me preocupa es qué vas a hacer. Dónde te vas a meter. Si te quedás en Buenos Aires tarde o temprano te van a cazar en la calle.

—¿Qué más da?

—Da, no seas pelotudo, aunque sea por los amigos tenés que salvarte. Es tu obligación, por lo menos conmigo, que siempre te consideré como un hermano.

Me conmovió que lo dijera con esa llaneza. Pero igual no quise

compartir con él que tenía planes en ese sentido. Por eso me hice el boludo:

—Podría irme al Uruguay.

—Eso nunca, ni se te ocurra. Tengo una fuente muy buena que me dice que tienen un plan, conducido desde Washington, para que todas sus dictaduras en el cono sur operen apoyándose. Te van a cazar en Chile, en Bolivia, en Uruguay, en todas partes. Yo que vos, me iba a Paraguay. Esos también estarán en la misma joda, pero, ya sabés, Ciudad del Este es la capital mundial del contrabando y todo lo que sea ilegal.

—Qué me vas a contar que no sepa. Acordate que hace unos años tuve que ir a Ciudad del Este, por ese contacto que nos pasaron para comprar armas.

Se dio una palmada en la frente y se echó a reír:

—¡Me acuerdo! ¡No te dejaron en pelotas porque en el fondo eran buena gente!

—Sí, más buenos que el pan… podrido. Semejantes boludos, confiar en aquel hijo de puta que nos pasó el dato.

—Bueno, la cuestión es que la sacaste barata y ya sabés cómo se juega en Ciudad del Este. Mientras no se te ocurra comprar armas, o drogas, nadie te va a dar pelota. Ahí, con un poco de cintura y algo de guita podés estar a salvo, al menos hasta salir hacia un lugar más seguro, como Francia, por ejemplo.

—Ya… y en París me dedico a cantar tangos, como Gardel.

—En París podés dedicarte a rascarte los huevos, si querés, pero por lo menos no van a ser estos los que te los trituren con un cascanueces. ¿A vos te di un paquete de guita, no? ¿Lo tenés escondido debajo de una baldosa?

—En el inquilinato donde vivo no hay pisos de baldosas, el suelo es de pinotea. Levanté un par de listones y está ahí abajo, en la cámara de aire entre la madera y la tierra. Solo las cucarachas saben que hay un paquete.

—¿Cuánto puede haber?

—La última vez que lo conté me daba algo más de tres mil, en billetes de cien dólares.

—Está bien, quedátelos porque los vas a necesitar, y hasta me parece poco. La verdad es que no contaba con esa plata, así que es como si no hubiera existido.

—Me siento como un ladrón.

—Porque sos un boludo cristianuchi. Estoy seguro de que cuando toque volver a juntarnos devolverás esa guita, hasta con intereses —concluyó sonriendo—. En Paraguay se te pueden hacer poco si querés salvar la cabeza. ¿Qué te parece si vamos saliendo? Y no pongas cara de culo cuando los pibes te den el paquetito, tiene que parecer que compramos algo. Después, si te da la gana, lo tirás a la basura.

Subimos la escalera.

Lo de arriba era una tienda de regalos, casi al final de una galería comercial que ya estaba en decadencia. La pareja que lo llevaba como cobertura de nuestro sitio de reuniones era muy joven, y del equipo de Paula. Ella le estaba dando la teta a un bebé de pocos meses.

Él, con una seriedad y un respeto que, yo al menos, no creía merecer, nos dio los dos paquetitos, con primorosos lazos azules.

—Hay que levantar cuanto antes este sitio —le dije a Jorge cuando salíamos a la calle—. Estos pibes están regalados, y no sabía que tenían un crío. Estos no son tiempos de tener hijos.

—Vos conocés a mi hija, y tiene un año más que ese nene —dijo Jorge, con un gesto de otra vez con la misma música—. Ya lo discutimos antes y no te voy a hacer cambiar de opinión, pero… ¿Si no apostamos por la vida, para qué carajo hacemos la revolución?

—De cualquier manera…

—Ya está solucionado. La de hoy fue la última reunión en esta cueva. Ya los compañeros dieron aviso de que dejan el local y en un mes estarán tranquilos, fuera de juego. Al fin, lo alquilamos con documentos truchos y nadie sabe cómo se llaman.

»Ah… otra cosa —dijo, cuando estábamos a punto de separarnos en direcciones distintas. Al fin no era conveniente que él, que pocas veces llevaba un arma, caminara conmigo, que llevaba mi pistola, tres cargadores y una granada de doble efecto; listo para una guerra —. ¿El teléfono aquel para dejar recados todavía lo tenés?

—Sí, no me sale caro y de vez en cuando me hago pedidos para mí mismo, cambiando la voz, aunque el viejo no sé si se lo traga. Mientras le pague religiosamente de a tres meses adelantados, al

viejo le importa un huevo si me llaman o no.

—Consérvalo, y no se lo des a nadie. Cuando nos separemos quiero tener una manera de dar con vos. Por lo que pueda pasar con alguno de los compañeros.

Me alejé, tanteando la cápsula de cianuro en el bolsillo. Se me había hecho costumbre toquetearla, y me decía que era para que no titubeara al momento de morderla.

Hacía un frío endemoniado ese día. O, al menos, a mí me lo parecía.

CAPÍTULO CINCO

La oficina del representante del banco suizo no estaba, como me había imaginado, oculta en la parte de atrás de una tintorería japonesa, como en las películas de la mafia —que en ese caso serían tintoreros chinos—, sino en uno de los rascacielos que se levantan en Retiro, a pocos pasos del Río de la Plata.

Jorge me había advertido de que en la planta baja vería siete puertas de ascensor, identificadas con letras. Tenía que usar, sí o sí, el ascensor «F». Si él lo decía tenía que ser por algo, pero igual, porque la confianza mata al gato, fui el último en llegar, tomé el «F» hasta el piso veinte y descendí tres plantas por la escalera.

Ya estaban todos, impacientes por mi tardanza, en una sala de espera anónima, como recién sacada de una mueblería. Casi los mismos que en la última reunión bajo la tienda de regalos: Lucas, Fernando, Silvia y Pedro, el Negro, el Tordo, el Pelado, Paula, Jorge y yo, por primera vez en mucho tiempo documentado como Juan Hirám Gutiérrez.

Jorge se veía muy serio en su traje con corbata, la misma clase de uniforme que habíamos elegido todos.

—Tendremos que esperar unos minutos porque están rehaciendo el documento —me informó—. Tuve que sacar a la Rusa.

—¿…?

—La Rusa no está de acuerdo con este retiro, y ella y su equipo han decidido seguir la guerra solos y con los que los quieran acompañar. Ella y su pareja, Lucho, dicen que hemos traicionado a la revolución. Supongo que nunca tuvieron tiempo de leer a Lenin…

—Me cago en ese hijo de puta de Lucho, le está pudriendo la cabeza. Yo tenía razón cuando quise pegarle una patada en culo y echarlo de la orga —dije, con resquemor muy viejo, y en voz alta, porque algunos de los que estaban allí lo habían defendido.

Jorge se encogió de hombros, con una sonrisa apaciguadora:

—Eso ya es historia antigua. Tenías razón, ¿pero reconocerlo ahora para qué sirve?

Entonces se abrió una puerta y entró el señor Regules.

Lo catalogué rápido como argentino, por su acento porteño, pero seguramente cada mañana pasaba por una máquina abrillantadora que lo dejaba pulido y aséptico como me imaginaba a un buen suizo.

—Adelante, señores…

En su despacho un ventanal enorme daba vista al río. Supuse que, por las noches, desde allí se podían ver las luces del Uruguay.

Un sillón nada espectacular, un escritorio de cristal, un teléfono y un cartapacio de cuero del que extrajo una carpeta.

Nosotros habíamos ocupado las sillas que se abrían en semicírculo ante el escritorio. No sobraba ninguna silla. Regules era meticuloso, y había retirado la que tendría que haber sido para la Rusa.

—El señor —dijo, con una mirada hacia Jorge— ha tenido la gentileza de acercamos el monto del depósito con tiempo, y lo hemos verificado rigurosamente. La suma está en el documento que leerán a continuación para informarse, y corregir o aprobar las condiciones de la operación. Si no tienen nada que agregar, y si los nombres y números de documentos son correctos, es necesario que cada uno lo firme y agregue un nombre de usuario que, naturalmente, es preferible que nadie más conozca. ¿Podrían facilitarme un momento sus documentos de identidad?

Dejó su sillón y con el gesto de quien ofrece un café nos fue entregando un sobre a cada uno, al tiempo que recogía los documentos.

Como todos, me tomé un rato para leerlo, en un silencio absoluto. Entretanto el señor Regules comparaba nuestra documentación con una lista que tenía en el cartapacio.

En el documento, en el contrato, figurábamos todos los presentes como asociados en una misma cuenta. Solo que, por primera vez, cada uno estaba con su nombre auténtico, y no el de guerra. Silvia se llamaba María Rosa, o tal vez era Paula la que se llamaba María Rosa, ya me enteraría.

—Al final del contrato verán una hoja aparte —dijo Regules—. Es un formulario de seguridad. Siempre esperamos no tener que

utilizarlo, pero, a veces el cliente pierde su contraseña, o se la roban, y si al banco le surge alguna duda, comprueba. Verán que son preguntas sencillas, que les aconsejo llenar con respuestas reales; no es bueno confiar en la memoria, y es mucho peor copiarlas en otra parte.

Eran unas veinte preguntas, que parecían obviedades, como el lugar de nacimiento de mi madre, pero que si uno contestaba haciéndose el gracioso tal vez nunca recordaría la respuesta. También estaba allí la cifra alfanumérica que me esforcé por recordar, porque sería mi tarjeta de identidad, mi contraseña, ante el banco. En el casillero para el nombre de usuario escribí Meursault, el apellido del protagonista de El extranjero, de Camus. Supongo que porque ya me sentía extranjero de todo.

Firmé, volví el contrato al sobre y lo dejé sobre su escritorio. Regules recogió el sobre y con lápiz le escribió un número.

—Antes de devolverles una copia de este documento tengo que registrarlo, así que les ruego que no cambien de asiento, porque lo que anoto es el sitio que ocupan en este momento, y si cambian de lugar pueden darse enojosas confusiones —aclaró Regules, con los dedos cruzados como si tuviera todo el tiempo del mundo para rezar.

Luego, cuando tuvo todos los contratos murmuró un disculpen la molestia, y desapareció por una puerta lateral con los papeles.

Tuve ese tiempo para pensar en lo que estábamos haciendo. Las reglas eran muy claras y podían tramitarse por teléfono, si disponíamos hacer una transferencia de todo o parte a otro banco. Debían llamar o hacerse presentes por lo menos tres de nosotros autorizando la operación, con su nombre de usuario, su código alfanumérico, y los documentos que los acreditaran como quienes eran en la realidad. En mi caso, Juan Hirám Gutiérrez, nacido en La Plata en 1946.

La cuenta, en tanto no se moviera, sumaría al capital los intereses anuales, y cuantos más años pasara sin que la tocáramos más gorda sería.

En una de las cláusulas se veía la mano de Jorge. Ninguno de nosotros podía asegurar que estaría vivo al mes siguiente, y tal vez en algún momento sería imposible sumar tres avales. Por eso la cláusula decía, más o menos, que si en el transcurso de los años, a

partir de ese día, parte de los asociados fallecía y no podían completar los tres firmantes, el o los supervivientes deberían acreditar, por cualquier medio, incluyendo la información de los periódicos u otras fuentes abiertas —que se encargaría de comprobar el banco— el fallecimiento o desaparición definitiva de los faltantes.

En ese momento me pareció bien, una medida acertada, porque era yo quien se veía perdiendo en primer lugar. Las estadísticas te pueden perdonar un tiempo, pero la ruleta siempre gana.

Solo que algo había empezado a cambiar en mí, y un bicho me roía las entrañas. Cuando a todos los conocía por su nombre de guerra les tenía confianza, y esa confianza, al saber cómo nos llamábamos realmente, había desaparecido. De golpe me sentía en pelotas.

Un rato más tarde regresó el señor Regules y nos hizo entrega de los sobres rigurosamente numerados y nuestros documentos.

—¿Sería mucha molestia para usted prestarnos una sala donde podamos conversar un momento? —le propuso Jorge.

—No espero a nadie —dijo Regules—. Así que pueden reunirse en la sala donde tuvieron la gentileza de esperar hace un rato, y salir cuando quieran. Ya todo está hecho, así que me despido de ustedes agradeciéndoles la confianza y siempre a su servicio.

Luego dejó su sillón para darnos la mano a cada uno. Momento en el que aprovechó para agregar:

—Me permito recordarles que deben bajar en el ascensor «F». Los otros ascensores están monitorizados para detectar si sus pasajeros van armados y automáticamente dan aviso a la guardia de seguridad que custodia el edificio. El ascensor «F» está acoplado a un sistema de seguridad limitado solo a esta empresa. Y, aquí, si los clientes llegan armados o no, no es de nuestra incumbencia. Nunca nos han robado, y es mejor que ni siquiera lo intente nadie. Solo en las películas made in USA se puede robar un banco suizo —agregó, como si fuera solo un chiste.

Tuvo algo de picnic escolar el encuentro de todos, otra vez en la sala de espera, cada uno con su sobre en la mano. El descubrimiento del nombre real de los otros era la confirmación de

que habíamos abandonado la guerra.

—¿Así que te llamabas Oscar? Yo te veía cara de Antonio —dijo Fernando palmeando a Lucas.

Y el Negro resultó que se llamaba Daniel Neri, negro en italiano. Hubo risas cuando lo confesó, y yo aproveché para hacerme humo hacia el baño, una puerta que se abría en un costado de la sala.

Tenía pocos minutos para hacer lo que quería hacer, porque me imaginaba lo que vendría a continuación.

Saqué varias hojas del rollo de papel para secarse las manos y me encerré en uno de los cuartos con inodoro. Con dos de ellos, doblándolos con cuidado, reemplacé el contrato dentro del sobre. Dejé correr el agua y salí abrochándome el cinturón.

Cuando me lavaba las manos Pedro salió de otro de los cuartos con inodoro. Algo en su mirada huidiza me hizo sospechar que había hecho lo mismo que yo.

Afuera, me sumé al picnic escolar, porque Silvia se me acercó con una sonrisa cómplice. Más de una vez compartíamos la cama y tal vez pensaba que de ahí en más eso podía ser permanente, que dejaría a Pedro para irse a vivir conmigo:

—¿Te vas a conformar con que me llame María Rosa? Era el nombre de mi abuela.

—A todo se acostumbra uno, ¿no?

—¿Y vos de dónde sacaste ese nombre? Hirám es una marca de whisky, si no me equivoco.

—También es una cuestión de abuelos. Mi abuelo era anarquista y ese era el nombre del Gran Maestre masónico, el constructor del templo del rey Salomón.

No podía dejar de verla como alguien a quien recién conocía, y que no terminaría de conocer nunca. De pronto el grupo ya no era el grupo, la orga ya no era la orga, y yo era un hombre perdido en tierra desconocida.

—Compañeros… —nos interrumpió Jorge—. Creo que no tengo que explicarles que esos sobres, esos documentos, no pueden salir de aquí, no se los pueden llevar.

Y con ese comentario el picnic dejó de ser un picnic, volvimos a la guerra.

—Si uno de esos papeles cae estamos todos fritos. Así que, seamos serios, tienen diez minutos para memorizar su nombre de

usuario y la contraseña.

Entonces nos hundimos en un silencio largo, de más de diez minutos, hasta que cada uno le entregó su sobre. Yo, en esos minutos, hice lo que se esperaba de mí, me encogí de hombros despectivamente y ni siquiera abrí el sobre.

Jorge fue hasta la puerta del señor Regules y golpeó antes de entrar.

—Caballero, ¿podría facilitarnos una máquina de destruir documentos?

—Me parece una medida muy acertada, y me temía que tardaban demasiado en tomarla —dijo el abrillantado, señalando un rincón de su oficina, donde había un pequeño mueble en el que no había reparado antes. Algo así como un buzón pequeño—. Es todo suyo.

Jorge arrojó por la boca los sobres, uno a uno, y al final apretó el único botón a la vista. Con un susurro de máquina bien aceitada, el destructor de documentos los redujo a hilachas, que irían a mezclarse en un depósito, irrecuperables.

Nos despedimos, ya con cara de volver a la guerra, al infierno posible, y desfilamos uno a uno hacia el ascensor «F».

Esa fue la última vez que vi a Jorge.

Dos semanas más tarde de la firma de los papeles ante el delegado del banco suizo, cayó Jorge. Le había pasado mi teléfono de contacto a Liliana, su mujer, y esta me dejó un mensaje para encontrarnos. No había mucha clave de por medio, ella decía «mi estudio» y la hora, y yo sabía que la cita era en la confitería de un hotel que estaba allí desde hacía medio siglo, o más; en el centro. Si uno está buscado, tal vez con su retrato en las comisarías, lo mejor es no citarse en lugares oscuros, sino mostrarse a la luz, en medio de mucha gente.

—Lo agarraron a Jorge, ayer —fue lo primero que me dijo Liliana.

—¿Y vos, estás guardada en algún lado, o qué?

—Sí, por eso no te preocupes. Dejé la casa con lo mínimo para la nena y para mí. Pero estoy segura de que Jorge no va a cantar la casa. Ya los abogados amigos presentaron un *hábeas corpus*, y tiene

que haber testigos de su detención. Por eso tengo esperanzas…

Eso es amor, pensé. Y también pensé que a esas horas Jorge debía de estar hecho pedazos; pero no lo dije. No lo dije pero rogué para que existieran todas esas cosas divinas en las que no puedo creer y Jorge hubiera muerto de un paro cardíaco en las primeras horas. Cuando el torturado se pone caprichoso a veces se les va la mano y la muerte te rescata del demonio.

—¿Sabés cómo fue?

Había sido el pibe de la tienda de regalos. Paula, su responsable, no había tenido contacto con él ni con su mujer en una semana. Era para pegarle una patada en el culo, pero no estábamos para patadas en el culo. El pibe, al fin, apareció en una cita de recambio exigiendo un encuentro con Paula y Jorge, porque tenía problemas, que no podía contarle a ella sin que estuviera Jorge. Y Paula concertó una cita en una pizzería enorme y muy concurrida.

Tal vez en Jorge hubo un asomo de sospecha, porque le pidió a Paula que lo esperara en un café cercano, desde donde podría ver la entrada de la pizzería.

Desde la ventana que daba a la calle pudo ver cómo lo sacaban. Con una capucha en la cabeza, y el pibe llevado a los empujones por una docena de monos de civil. Si Jorge llevaba su cápsula de cianuro, o no se había animado a morderla o lo agarraron antes de que se la pudiera meter en la boca. En algunos casos, cuando el buscado era considerado importante, sumaban a la emboscada una ambulancia disimulada. Para hacerle un lavado de estómago de urgencia si mordía la cápsula.

Después supimos, todo se sabe, cómo habían sido los hechos. De alguna manera, tal vez por nuestra concurrencia al sótano de la tienda, los habían detectado y secuestrado a los dos, más el bebé. No tuvieron tiempo de levantar la tienda de regalos.

Probablemente el pibe, y ella, estuvieron todo lo heroicos y resistentes que se pide a un militante, pero cuando comenzaron a torturar al bebé delante de sus ojos se quebraron. El pibe les ofreció entregarles a Jorge y a Paula a cambio de la libertad de ella y el bebé.

Fin de la historia.

—Yo todavía tengo esperanzas de que aparezca en alguna comisaría, legalizado —dijo Liliana—. Jorge está muy limpio.

La respuesta a esa absurda esperanza la tuvimos dos días después. No sé si no eligieron esa fecha, el 9 de Julio, el Día de la Independencia, con toda intención. Lo volaron con una bomba en un coche en el parque de Ezeiza. Despedazado por la bomba. Y no tengo que apelar a ningún resultado de autopsia para saber que para ese momento ya estaba muerto; que lo habían matado en la tortura.

Hasta se habían permitido el chiste de dejarle sus documentos, que aparecieron entre los restos, como para decirle a quien fuera, nos importa un huevo que estés legal o clandestino. Por eso fue fácil su identificación y que la muerte del abogado Eduardo Benvenuti, alias «Jorge», fuera atribuida a la ubicua Tres A y noticia de los diarios. A esas alturas las Tres A era una franquicia que usaba cualquiera; parecía de broma.

Entonces me dije que era hora de cortar amarras. Porque algo había de cierto en lo que esperaba su mujer, no cantó su casa, y aparentemente ninguna otra cosa; pero nadie podía asegurarlo.

Desde un teléfono público llamé al viejo que se ganaba unos pesos atendiendo recados. Ni antes ni después había tenido mensajes de Jorge, pero sí dos de Silvia o María Rosa, dejándome citas a las que ya había decidido no concurrir.

Había invertido tres días en memorizar los datos del contrato, los nombres de cada uno, apelando a mil trucos. Tendría que hacer fuerza para que se me borraran de la memoria. Luego rompí el contrato en trozos muy pequeños y los fui arrojando por el inodoro. Ya estaba listo para irme lejos.

CAPÍTULO SEIS

Volví a la oficina de Atlas. Export & Import con un aerosol de aceite tres en uno, una pinza, un juego de destornilladores y un rollito de alambre de acero, que había comprado en una ferretería. Aceité la cerradura y volvió a funcionar con suavidad. Cerré con llave, dejé el paraguas en el cuarto de baño y reconocí nuevamente el lugar.

De la parte de adelante no podía saber nada, porque nunca la había visto antes, pero en la de atrás me daba la sensación de que un par de cosas habían cambiado desde la vez que estuve guardado dos semanas. Es lógico que la gente mueva muebles o los cambie de tanto en tanto, pero mi olfato, acuciado por la paranoia que comenzó con los mensajes directos en Facebook, me mantenía en tensión.

El armario que yo buscaba, el que había tenido un fondo falso, seguía en su sitio, solo que pintado de otro color, un crema sucio, por dentro y por fuera.

La mitad eran cajoneras y la otra mitad, que antes había sido un espacio único para colgar ropa de una barra transversal, ya no tenía la barra, solo dos estantes apoyados sobre algo parecido a tornillos.

Con atención minuciosa, y ayudado por los dedos, revisé centímetro a centímetro los bordes del fondo. No recordaba dónde, pero tenía que haber un agujero diminuto. Tres veces lo revisé de punta a punta sin encontrarlo. Al fin me decidí por buscar ayuda en la kichinet.

Con una cuchilla de hoja ancha, bastante desafilada, raspé la pintura de los bordes del fondo, hasta que apareció el agujerito. Pero no era suficiente, la capa de pintura había pegado el fondo con las paredes, y estuve más de media hora despegándolos.

Un par de veces había golpeado con los nudillos y no sonaba a hueco. Si no habían cambiado de método no tenía que sonar a

hueco. Se guardara lo que se guardase, arriba iba una bolsa con arena, que cargaban más o menos según el espacio libre, y que impedía que sonara a hueco. Igual el espacio era reducido, no se pueden hacer pozos hondos cuando debajo hay otra oficina.

Doblé una «L» en el alambre de acero, tratando de recordar el tamaño exacto y la introduje por el agujero. Tuve suerte. Al hacerla girar, con cuidado, enganché algo; tenía que ser el cerrojo, y rogué porque no estuviera oxidado. No lo estaba, y con una sopapa de goma para destapar sumideros, que también encontré en los cajones de la kichinet, pude levantar el falso fondo.

Debajo de la bolsa de arena había un paquete, envuelto en mil vueltas de polietileno engrasado.

Lo abrí usando la cuchilla y, para mi sorpresa, no era una Browning de gatillo duro y cargador doble, de las que le sacábamos a la policía, o que alguien robaba en la fábrica oficial y vendía en el mercado negro sin número de serie, sino un revólver compacto. Un Smith & Wesson Chiefs, de caño muy corto.

Alguna vez me gustaron las pistolas más que los revólveres, pero una Browning Hi–Power es un bicho grande, incómodo en la ciudad, y difícil de ocultar. El Chiefs, que estaba untado con una capa de grasa casi seca, para reducir tamaño cargaba cinco tiros, tenía un caño de dos pulgadas y te lo podías meter en cualquier parte. Además, para qué necesitaba un trabuco de cargador doble, si no pensaba ir a una guerra de trincheras. Con esa máquina podía hacer blanco, pasablemente, hasta veinticinco metros.

Con la jugada drástica de la cuchilla casi destrozo la pistolera; de lona verde, y con la lengüeta para agarrarla a la cintura. Las balas, dos cajas de 25 tiros .38 Special, estaban envueltas por separado con mucho polietileno.

Puse todo sobre una mesita como para desayunar junto a la kichinet, y me dije que, la próxima vez, me traería un tarro de Nescafé instantáneo y azúcar, pero me conformé con un cigarrillo. Se me escapó una sonrisa cuando recordé palabras de Julio Cortázar: en una casa donde hay Nescafé no está todo perdido.

Un revólver es una herramienta sencilla, y al «smithy» lo venían fabricando con mínimas variantes hacía más de medio siglo, tanto que ese tenía cachas de madera. Lo peor no fue desarmarlo y comprobar su mecanismo, sino sacarle toda esa grasa que le habían

puesto para protegerlo, supongo que de la humedad. Tuve que usar como disolvente el tres en uno que había traído para la cerradura.

De las balas no iba a preocuparme. Se las veía como nuevas, y las balas, si uno no las mete en el mar un par de años, pocas veces fallan. Esas no tenían ni una marca de verdín.

Fue con el tercer cigarrillo que recordé que, la vez que había ido a Ciudad del Este, era por la posibilidad de comprar una remesa de smithy y Colt de caño corto.

El dato había venido por un ex ladrón reconvertido a guerrillero que, decía, conservaba relaciones interesantes. Y allí fui. Como un boludo. A decir que iba de parte de un tipo que, al oír su nombre, les cambió la cara. Estoy seguro de que los había cagado en algún negocio, porque me llevaron para adentro y me dieron patadas de todos los colores.

No podía hacer otra cosa que decirles la verdad, y debo de haber sido convincente, porque se conformaron con sacarme los dólares que llevaba y dejarme el pasaje de regreso. Los tipos tenían negocio en una galería comercial de tantas, y vendían desde máquinas fotográficas que no funcionarían nunca hasta todo lo imaginable.

Está claro que se lo pensaron y la hicieron bien. Dejarme ir era menos problema que sacar de la galería un cadáver.

CAPÍTULO SIETE

En realidad yo no vivía en un inquilinato. Cuando lo llamaba de esa manera estoy seguro de que Jorge me imaginaba en uno de esos conventillos de La Boca que Quinquela Martín pintó de colores chillones con su pandilla de pintureros locos.

Un día no pudo más y se le escapó la pregunta:

—¿No van muchos turistas por ahí?

—Quédate tranquilo, que yo no estoy para que los japoneses me saquen fotos —dije, riendo, y tirando la pelota fuera de la cancha—. No estoy en La Boca.

No se quedó conforme, pero aceptó mi explicación. En el fondo su interrogante tenía razones de peso. Donde hay turistas todos los días, porque La Boca es un imán para los extranjeros, siempre hay muchos ladrones. Y muchos policías, dispuestos a robar a los turistas y a los ladrones.

La casa donde yo vivía estaba en Barracas, el barrio de al lado, un sitio al que no iban los turistas porque las casas no eran colorinches: no tenían nada de very typical.

En realidad se puede decir que era una casa doble. En una, la moderna, vivía el dueño, don Andrés, con su mujer. La otra la alquilaba por habitación y las llamaba departamentos. En la única cueva que se parecía a un departamento, porque tenía baño propio y hasta cocina, vivía un matrimonio joven. El pibe era obrero en el puerto y ella laburaba en un supermercado.

Una puerta clausurada separaba mi cuarto de su departamento. Y otra puerta, también clausurada, me separaba del otro cuarto, alquilado a una pareja de madre e hija que parecían escapadas de un cuento de hadas malas. Yo las llamaba «las viejas», un apodo que se me había pegado de don Andrés, el dueño del cotarro.

Tanto las viejas como yo compartíamos un baño minúsculo, que solo tenía un inodoro y andá a bañarte a otro sitio y, cruzando el

patio de ladrillos, bajo la lluvia, si llovía, ellas y yo teníamos cada uno su minúsculo cuarto para cocinar.

Había conseguido ese sitio cuando tuvimos que abandonar las casas operativas porque los milicos tenían muy claro el modelo: una pareja relativamente joven, compartiendo casa con el hermano o la hermana de uno de los dos, y garaje. Lo del garaje se hacía necesario para introducir gente tabicada, con los famosos anteojos de sol con algodón o algo por el estilo. Si entrabas en el modelo estabas jodido.

Fue un compañero del frente obrero el que me facilitó el pase. Habíamos estado llevando adelante un proyecto que exigía que yo supiera su verdadera identidad, y eso facilitaba las cosas.

—Me mudo, al fin terminé la casita —me dijo un día—. Ahora voy a tener que calcular bien lo que me tengo que gastar en viajes, porque no es lo mismo vivir cerca del centro, donde están las obras, que donde voy a vivir.

Era albañil y desde hacía años trabajaba las horas libres en «su casita», que seguramente estaba en la loma del culo, porque de otra manera no sé con qué hubiera podido levantar rancho.

—Estaba pensando que puedo hablar con el dueño de la casa donde vivimos hasta ahora. Está en Barracas, y eso te salva de tener que cruzar los puentes del Riachuelo, que ahí dos por tres te arman una pinza y te revisan hasta el culo.

No era mala idea, porque yo justamente estaba viviendo provisoriamente en Avellaneda, al otro lado del Riachuelo, y más de una vez me había salvado por milagro. Así que armamos un plancito y él le fue con el cuento a don Andrés.

Uno de los arquitectos de la constructora para la que trabajaba buscaba techo desesperadamente, porque el hotel donde estaba viviendo le costaba un huevo y no quería meterse en una pensión cualquiera. Se había separado de la mujer de mala forma, por una cuestión de cuernos. Podía imaginarlo dorándole la historia al dueño del cotorro:

—Entre nosotros, don Andrés… para mí que la agarró a la mujer en la cama con otro. El arquitecto Fontella es más tranquilo que agua de pozo, de casa al trabajo y del trabajo a casa; seguro que no fue culpa suya. La joda es que la mujer estuvo muy rápida y le interpuso un abogado. Uno de esos, ¿vio? Un buitre. La cosa es que

el arquitecto está viviendo en un hotel porque la mina se quedó con el chalet y el auto, y hasta puede ser que le embarguen la cuenta del banco. A él lo del banco no le importa mucho, sabe, porque, como todos, se gana buena guita en negro, pasando planos a tinta para otros. Yo le doy mi garantía de que Fontella es buen pagador, y que no le va a llenar la casa de putas; no es de esos.

Así fue que ocupé el cuarto, cinco por cinco, donde durante años habían vivido mi compañero, su mujer y dos hijos que ya habían crecido demasiado.

Lo que creo que no conté es que las dos casas estaban comunicadas por una puerta que don Andrés cruzaba a cada rato. Estaba jubilado y se aburría viendo televisión o mirando la cara de su mujer.

El primer mes me hizo un par de advertencias acerca de no armar quilombo trayendo mujeres, porque esa era una casa seria, pero se fue relajando, y al poco tiempo me llamaba Enrique, o arquitecto.

Yo me había comprado un tablero de dibujo enorme, usado, de madera, y el tiempo que no estaba afuera de la casa me lo pasaba dibujando. En realidad, copiando y pasando a tinta algunos planos o proyectos que salían en el suplemento de arquitectura de un diario. Un diario tan serio que era imposible que don Andrés perdiera el tiempo leyéndolo.

Como tenía claro que el tipo, mientras yo estaba afuera, entraría a mi habitación cada vez que le diera la gana, lo primero que hice fue levantar un par de listones de la pinotea de suelo, debajo de la cama. Ahí escondía las armas, las municiones, lo que tuviera que esconder y volvía a encajar los listones en su sitio. Por mí podía revisar lo que quisiera. Siempre había un plano a medio hacer sobre el tablero y mi ropa en el ropero, más o menos desordenada, como todo tipo que se quedó de la noche a la mañana sin la esposa que ordena todo y le compra hasta los calzoncillos.

Con el tiempo se fue haciendo amigo y me visitaba seguido. Cuando lo veía venir, dejaba el tablero, lo arreaba hacia la cocina y lo invitaba con unos mates. Entonces él, que con «las viejas» solo buenos días o buenas tardes y con los pibes del departamentito solo buenas noches, porque trabajaban hasta muy tarde, se dedicaba a contarme historias divertidas o truculentas de su juventud en ese

mismo barrio, cuando todavía era un sitio poco recomendable para pasear de noche, si no se era del ambiente.

Yo le seguía la corriente, y hasta le daba manija para que me contara más cosas, siempre con un gesto de asombro. Un gesto propio de arquitecto cornudo por falta de calle.

En ese sitio vivía, y me fui quedando, todavía no me puedo explicar por qué, después del contrato suizo y la separación del grupo.

Salía cada mañana, armado y con la cápsula de veneno en el bolsillo, y perdía horas tomando trenes hacia cualquier punto del conurbano. Tomaba un café en la estación y después subía al tren, de retomo, para salir con cualquier otro en otra dirección. Que no hicieran operativos policiales en los trenes no justifica nada. Tal vez esperaba que cambiara algo que no sabía qué era.

Por esos días, para sostener la rutina, una manera de mantener a raya la derrota, llamé al viejo que me tomaba los recados. Solo tenía tres mensajes, y los tres de Silvia. En el último me decía que tenía urgencia en verme, porque Pedro estaba muy enfermo. Pero yo sabía que lo que ella buscaba era meterse en mi cama para no salir más, y no concurrí a la cita que me proponía.

Supongo que me puso en marcha, al final del invierno, la noticia de que la terrorista Ana Vieliwsky, conocida por «la Rusa», había sido localizada en una casa de Banfield, y después de un tiroteo de casi un día, en el que murieron los tres secuaces que la acompañaban, se había suicidado de un tiro en la cabeza. Entre los caídos se había identificado solo a uno, Luis Medina, conocido como «Comandante Lucho», los otros permanecían NN.

El diario me lo mostró don Andrés, que era muy partidario de terminar con todos los terroristas; opinión que yo apoyaba, para no decirle lo que pensaba de él, de todos los como él y, ya que estaba, de nosotros.

Por ejemplo que Lucho, el que al fin se había dado el gusto de morir como «Comandante Lucho», siempre me había inspirado desconfianza, porque era un aventurero impredecible y poco disciplinado. El mismo que, a poco de entrar en la orga la había abandonado sin avisar, para cruzar la cordillera y sumarse a la

resistencia chilena contra el golpe de Pinochet. Una resistencia si no inexistente, al menos de una debilidad angustiosa.

Eso lo teníamos claro porque ni nosotros ni las otras orgas dábamos abasto para recibir a los militantes que huían de la dictadura, casi todos dirigentes, que además de pasear los AK—47 donados por Fidel Castro, creían que nunca habría un golpe de estado, porque sus militares eran democráticos. La realidad los había machacado, y había que guardarlos, cambiarles el aspecto físico y hacerles documentos para que pudieran salir de Argentina.

Es cierto que nosotros pasábamos por lo que fue un corto período democrático, pero los servicios nunca descansan. Como dicen que decía Dan Mitrione, agente del FBI ejecutado por los Tupamaros en Uruguay: «Los gobiernos pasan, pero la policía queda».

Cuando Lucho regresó, contando en colores sus intentos de conectarse con una resistencia que, por supuesto, no se mostraba a la luz del día, y menos a extraños, yo propuse que le diéramos una patada en el culo, y fuera. Pero la Rusa se había enamorado perdidamente de él. Para la Rusa, Lucho representaba todo lo que tiene que ser un guerrillero: heroico, audaz y dispuesto a meterse en cualquier hormiguero, aunque no fuera necesario.

Jorge medió en la discusión, y terminamos por hacerle una reconvención y darle otra oportunidad. Error, porque la influencia de Lucho sobre la Rusa se hizo cada vez mayor, y tuvo mucho, o todo, que ver con su decisión de abandonar la orga en retirada y seguir la guerra por su cuenta.

Si la memoria no me falla, en esa casa de mierda viví casi dos años. El viejo se me había hecho asiduo y, de tanto en tanto, me tiraba la lengua sobre cómo iba mi juicio de divorcio, y qué esperaba para buscarme una mujer buena, que era un desperdicio que viviera solo.

Entonces yo salía del paso con una broma:

—Estaba pensando en pedir la mano de la vieja más joven —cosa que lo hacía morir de risa.

O ponía cara de tanguero:

—Don Andrés, usted ha vivido mucho más que yo, y lo sabe…

las mujeres siempre son malas pagadoras. Si uno no es un mal bicho, al final…

Entonces me contaba de uno que había vivido en el cuarto de las viejas, cuando él era joven y las dos casas eran una, y que «fajaba» a la mujer con una toalla mojada.

—No deja marcas, arquitecto —aclaraba como si compartiera un secreto para mí trascendental—. Y tiene que ver lo fiel que le era la mujer, que no se asomaba a la calle sin su permiso. Yo nunca le he tocado un pelo a mi mujer, pero si fuera necesario… Le digo una cosa, Enrique: toalla mojada; y que vaya con la denuncia a la Virgen de Luján.

Con ese hijo de puta tenía que hablar antes de irme, por un mes, a trabajar a Mar del Plata. Era la coartada que me daría treinta días antes de que el hombre detectara que yo no volvía ni a llevarme mis cosas, e hiciera la denuncia ante la policía.

Ya tenía la valija preparada y esperé con impaciencia su inevitable aparición. Estaba haciéndome unos mates en la cocina, recuerdo que pintada de un verde oscuro al aceite que chorreaba siempre humedad, cuando entró al patio con cara entre cabreada y mustia. Lloviznaba, pero a él eso lo tenía sin cuidado.

—Don Andrés, ¿se prende en unos amargos?

—Y cómo no… —dijo—. Total, un poco más de amargura no me va a cambiar la vida. ¿Puede creer, Enrique, que hoy es mi cumpleaños y ninguno de mis hijos me llamó por teléfono?

—Estarán en el trabajo, no creo que se vayan a olvidar.

—Críe uno hijos. ¿Para qué? ¡Me maté para darles estudios y no son capaces de levantar el teléfono!

—¿En serio que hoy es su cumpleaños?

—Y que lo diga…

—Tómese un amargo tranquilo, que creo que tengo algo para usted.

—¿Para mí? —dijo, y se quedó con la boca abierta como para que le entraran una docena de bombillas.

Volví de mi cuarto con un libro que había comprado hacía tiempo. Cuando me daba por leer recorría las librerías de viejo de Avenida de Mayo, donde los libros siempre son baratos. Estaba escrito por un historiador inglés. Todos los buenos historiadores son ingleses. Creo que hay que ser un poco hijo de puta para ser un

buen historiador, y eso los ingleses lo llevan en los genes. Debe ser porque hace mucho que vienen aguantando reinas, y eso de algún modo te castra. Freud podría dar muchas argumentaciones para sostener mi teoría. Solo que con ese libro el hombre se había ganado el puchero con poco texto y muchas fotos de archivo.

Cuando don Andrés recibió mi regalo, que traje bajo la campera para protegerlo de la llovizna, se hizo evidente que nunca le habían regalado un libro.

—Se lo regalo porque tiene muchas fotos. Fotos de Buenos Aires desde 1890 hasta, más o menos, 1950. A usted le va a traer muchos recuerdos.

Entonces me pasó el mate y lo abrió, para quedarse extasiado.

—¡Impresionante, arquitecto, usted me va a matar de un ataque al corazón! ¡Mire, mire! —Y pinchaba con el dedo sobre una foto—. ¡Yo vendía diarios en esta esquina cuando tenía pantalones cortos!

Cambié un poco de yerba, probé la temperatura del agua y saqué a jugar una lata con bizcochitos de grasa; los que quedaban.

El viejo se moría por esos bizcochitos, pasión que compartíamos. Pero esa vez se negó a servirse, no quería ensuciar el libro con el aceite que dejan en los dedos. Parecía a punto de largarse a llorar.

—Es el poder que encierran las imágenes, nos llevan al pasado como una máquina del tiempo.

No sé si entendió lo que dije, pero toqué un resorte, porque volvió a la normalidad rápidamente:

—¿Nunca le conté de «la imagen» del judío Moisés, y de uno que vivió varios años en su cuarto, cuando todo esto que tengo era una sola casa? Se llamaba Juan Gómez, el que vivía acá, pero todos lo conocían por «pata de catre», porque tenía una verga como la pata de una cama. El judío le tenía prohibida la entrada a donde la imagen.

—No entiendo… qué era la imagen, ¿una virgen?

Largó una risa de ahogado y buscó un lugar para dejar el libro.

—¡La imagen una virgen, justamente, eso sí que está como para un chiste!

Cuando dejó de reír pudo contarme la historia, otra de sus historias sucias. O que a mí me parecían sucias, porque tal vez tenía razón Jorge y yo era un desgraciado cristianuchi.

Corría una época de mucha inmigración, y casi todos eran

hombres solos, lo que hacía de la prostitución un negocio inmejorable. Pero muchos de esos hombres estaban juntando un centavo arriba del otro para traerse la novia de Italia o de Turquía, y un rato con una puta era un gasto que no se podían permitir.

—Usted no me lo va a creer arquitecto, pero lo juro por lo que más quiera que es cierto. Que me parta un rayo si miento. El Moisés vivía acá nomás, en un caserón que ahora 110 está más. ¿Vio la YPF? Ahí era. Alquilaba dos o tres piezas, porque le iba bien con el negocio, y en una de las piezas tenía la imagen. Páseme unos bizcochitos y otro mate, que se me despertó el hambre.

Me la describió como un armazón grande, de pared a pared, de madera reforzada, para que no se hiciera pedazos «cuando los clientes empujaban» y cubierto por una lona blanca. En el medio habían pintado la imagen.

—Yo no sé si el judío había sido artista, o se lo había encargado a otro, pero era tal cual, tal cual. Una mujer desnuda, con las piernas abiertas y un agujero entre las piernas, en la concha. En colores…

Empecé a imaginarme lo que seguía y tuve que hacer un esfuerzo para mantener la sonrisa.

—Yo fui una vez sola, porque era jovencito y no me quería perder una, pero ya no quise volver. Tenía algunos amigos de la esquina que iban una o dos veces por semana, porque era lo más barato que había, pero yo no… para ir a la imagen había que tener estómago, y yo no lo tenía —dijo, como si me participara de una debilidad inconfesable.

Me devolvió el mate haciendo un silencio. Tengo que reconocer que era un buen narrador, sabía la importancia de los silencios.

—El cliente entraba, pasaba la plata por el agujero y después, o se bajaba los pantalones o se desabrochaba la bragueta y metía le verga en el agujero, y se lo culeaba.

—¿Al agujero?

—Es que el Moisés ponía el culo del otro lado, sabe. Y lo sacaba cuando el otro se había echado el polvo. Pero lo que le quería contar era de Gómez, el que vivió en su pieza. Una sola vez el judío lo dejó culear con la imagen, y nunca más le aceptó la plata. Si el Gómez metía la plata por el agujero el judío se la tiraba para afuera de vuelta. Ni en broma se dejaba. Es que al Gómez no lo llamaban

al pedo «pata de catre», y con una sola vez el Moisés no quiso más joda. ¡Le dejó el culo como un bañadero de patos! Más le digo: ¡Durante dos semanas tuvo cerrada la pieza de la imagen!

Y largó una risa larga, sucia, que me llenó de migas de bizcochito de grasa.

—Usted me hace acordar de cada cosa, arquitecto. Por eso me gusta charlar con usted, porque me entiende. ¿A quién le voy a contar estas historias? ¿A mis hijos, a mis nietos? No entenderían nada. Eran otros tiempos…

Preferí cambiar de tema, porque lo veía dulce para lo que tenía que decirle, que iba a estar un mes afuera, trabajando en Mar del Plata.

Una sombra de sospecha le pasó por los ojos, tal como yo esperaba:

—Pero no se haga problemas por el alquiler, don Andrés, que como estamos a quince le adelanto ya lo del mes que viene ¿qué le parece?

—Justicia divina. Usted es un caballero arquitecto.

Le di el dinero, que ya tenía en el bolsillo, y le dije que me iba a preparar la valija, porque tenía que llevarme los útiles de dibujo; el tablero no, porque tableros hay en cualquier parte.

—Entonces lo dejo, Enrique, porque para un viaje de un mes hay que llevarse de todo.

Se embolsó el dinero, se puso el libro bajo el brazo, y me dejó en paz.

Una hora más tarde, cuando se había largado a llover como para un diluvio, cruzaba la puerta de calle sabiendo que cuando pasara el tiempo el viejo daría parte a la policía. Que reventarían la pieza preguntándose quién había vivido ahí, buscando huellas porque todo se les haría sospechoso.

Con Andrés tendría otra historia para contar cuando comprobaran que el arquitecto que él conocía nunca había existido. Que los documentos de Enrique Fontella pertenecían a otro, que tal vez ni era arquitecto ni nada parecido. Uno al que le habían robado la cartera en Plaza Once.

CAPÍTULO OCHO

La lluvia me venía al pelo, porque el día anterior había arrojado la pistola, los cargadores y el cianuro por una alcantarilla. Cuando se largaba a llover como ese día, las alcantarillas no daban abasto y el agua solía inundar las calles con una fuerza que arrastraba hasta los coches. Ya mi pistola estaría lejos, vaya uno a saber en qué oscuridad, entre ratas y empujada por la riada subterránea.

Caminé rápido hacia el subte que me llevaría a la terminal en Retiro y aproveché que con la lluvia no había nadie en la calle para meterme en un baldío que ya tenía fichado. Ahí los mendigos solían hacerse un fuego y su comida. Abrí la valija y tiré en el rincón más alejado toda la ropa, menos un par de mudas que había separado en una bolsa, junto al pasaje de avión a Madrid. En el viaje en que me había anotado la gente siempre llevaba varias maletas vacías.

Esa vez no iría solo a Ciudad del Este, la capital mundial del contrabando, las drogas, las armas y las grandes marcas falsificadas en China. Ya había comenzado un miniturismo de compras, que luego se pondría muy de moda. Por algún truco económico la plata argentina era muy valorada, y la gente hacía excursiones de fin de semana para comprar de todo, porque todo le parecía barato. Había un montón de gente con maletas vacías esperando en la terminal para ese viaje, como si llegar muy temprano pudiera adelantar la salida.

Por costumbre, ya lo dije, porque mantener ciertas rutinas innecesarias ayuda a tener el tiempo a raya, busqué un teléfono público y llamé al viejo que me tomaba los recados. Pero el viejo estaba internado por un amago de infarto y me atendió un sobrino. El único mensaje que tenía era, otra vez, de Silvia, que había perdido los nervios, y me citaba para dos días más tarde en una pizzería del Once. Estuve por decirle que, si llamaba otra vez, la mandara a la mierda de parte mía, pero no lo hice, porque era una

crueldad innecesaria. Tiempo, años más tarde, iba a recordar esa llamada con un escalofrío.

Hay que decir que Ciudad del Este, en la triple frontera entre Argentina, Brasil y Paraguay, no estaba a la vuelta de la esquina. Era un viaje interminable en ómnibus de larga distancia, en los que la gente empezaba a conocerse al salir de Buenos Aires y al regreso eran amigos de toda la vida.

Yo viajaba con los papeles de Carlos Meléndez. Había hecho un retoque en la valija para esconder la mayor parte de los dólares. El resto lo llevaba encima. Sabía que en la triple frontera todos, o casi todos, comían de los que iban a comprar contrabando en Ciudad del Este, y no me revisarían el equipaje.

Teníamos reserva en un hotel, en el que no paraba casi nadie, porque todo el tiempo estaban afuera en busca de oportunidades en que gastar la plata. Yo también hice unas cuantas compras, entre ellas la ropa que necesitaba, pero, sobre todo, un par de «ganchos» para sortear la aduana.

Cuando llegó el domingo por la tarde y mis compañeros de viaje comenzaron a cargar lo que parecía cientos de maletas en el autobús, aproveché para despedirme, con la excusa de que quería quedarme un par de días más, porque me habían prometido un equipo de fotos Canon súper completo.

Un par de horas más tarde abordaba un autobús que me llevaría a Asunción, donde había un aeropuerto internacional. De allí salí para Madrid, no sin antes dejarme robar por los de la aduana. Para eso había llevado los «ganchos»: un equipo de audio compacto, una cámara de fotos barata, una filmadora y un par de carteras y tres cinturones en cuero repujado, artesanía local.

—¿Tiene las boletas de compra de estas máquinas? —dijo el aduana que revisaba mi valija.

—Por supuesto —dije, y le mostré las facturas de compra.

El hombre hizo un gesto desdeñoso y llamó a un compañero para mostrárselas:

—¿Qué te parece? No tienen el sellado del pago de impuestos internos.

—Bueno, si el señor se las quiere llevar paga el impuesto ahora y ya está.

Habían picado. Querían un soborno.

—¿Y eso cuánto es? —pregunté con cara de angustiado.

No era una suma excesiva, pero yo estaba resuelto a no soltarles un dólar. Saqué mi cartera y conté los billetes que tenía:

—No me alcanza —dije—. Y de Madrid tengo que tomar un tren a Extremadura. Un mes en España.

—¿A qué va a España?

—A pasar unos días con mi abuelo, que está muy viejo y me quiere ver antes de morirse. Después pego la vuelta, por eso aproveché para llevarle unos regalos a la familia. Ya sabe, en España falta de todo.

—¿Vuelve a Asunción? Porque usted es argentino —dijo el primero.

—A ver, vamos a constatar —agregó el segundo, poniendo cara de Gestapo—. Muéstreme los pasajes.

Metí la mano en el saco y les pasé los papeles que me habían dado en la agencia de turismo. Tenía reserva para un vuelo Madrid—Buenos Aires, para treinta días más tarde.

—Pasé por Ciudad del Este, porque pensé que los regalos me podían salir más baratos…

—Sí, lo entiendo —asintió el Gestapo—, pero si no puede pagar los impuestos internos le tenemos que confiscar todo.

—¡No me haga eso! ¡Yo no tengo la culpa de que las facturas no estén en forma!

—Mire —dijo el primero—, nosotros no estamos acá para joder a los turistas, pero si lo pescan con estos aparatos la cagamos. ¿Me entiende? Lo que podemos hacer es dejarle los regalitos menores, las artesanías, pero los aparatos los tiene que dejar acá; porque así no lo podemos dejar pasar. Y más le digo, le tendríamos que abrir una investigación por contrabando… y se va a perder el viaje.

Me agarré la cabeza un momento, y al fin cedí:

—Está bien, si no hay otra manera, qué le voy a hacer, pero que quede claro que no soy un contrabandista y que me han estafado.

—¿Nosotros? —Dijeron los dos, con cara de ofensa fingida.

—No, ustedes hacen su trabajo. Los hijos de puta de Ciudad del Este me jodieron, y bien jodido.

—Ah… —dijo uno, perdonándome la vida—. Póngase contento que le dejamos llevar las artesanías de cuero repujado, porque son nuestro orgullo nacional; nadie en el mundo las hace mejor.

El equipo de audio, la cámara de fotos y la filmadora pasaron a algún cajón debajo del mostrador y, con delicadeza, me cerraron y devolvieron la valija.

La agarré y me fui para el sector de embarque con cara de amargado.

Tal vez había sido una precaución innecesaria, pero no quería que me revisaran a fondo la valija y dieran con los dólares escondidos. Yo sabía que sin un soborno no pasaría la revisión, y se lo puse fácil. Unos pocos dólares en lo que me podían confiscar, para quedárselo, porque si no era por los impuestos internos sería por otra cosa, y se tragaron el anzuelo.

No sé por qué siempre recuerdo eso como si hubiera sucedido en otoño, pero no, tengo que haber salido de Argentina en primavera, estación en que llueve bastante, porque cuando aterricé en Madrid hacía un otoño de cagarse de frío.

Llegaba con treinta y dos años recién cumplidos, según los documentos del Pocho, y lo primero que hice fue comprarme un abrigo.

CAPÍTULO NUEVE

Llegué de vuelta a Buenos Aires y, como tenía unos días por delante hasta la cita con el representante del banco, me dediqué a caminar por los sitios que había conocido, seguro de que nadie me reconocería. Sin embargo, algo en mi memoria había encallado. A cada rato me sucedía que en la cara de algún joven creía reconocer a un ex compañero, para reparar al instante siguiente en que eso era imposible, que se habrían vuelto tan viejos como yo. Una sensación extraña que se fue esfumando con los días y las caminatas.

La ciudad había cambiado bastante, pero no tanto como para que me perdiera. La hiperinflación de un gobierno, más las políticas neoliberales del siguiente, que terminaron en una crisis en la que la gente quería quemar los bancos y asaltaba supermercados para comer, habían dado trabajo a muchas piquetas de demolición. Algunos bares y tiendas ya no existían, y las galerías comerciales habían dejado lugar a centros monumentales, donde se podía hacer de todo, desde comprar un coche hasta comerse una porción de pizza.

No iba armado, pero el día de la cita, tal vez por superstición, subí al piso diecisiete por el ascensor «F».

En la sala de espera, además de sillones distintos a los de antes, había un escritorio con una secretaria, ante quien anuncié que tenía una cita con el señor Carlos Pérez Urrieta.

El hombre parecía una réplica joven de aquel señor Regules. Un producto de la misma fábrica. El Río de la Plata tras el ventanal era el mismo, y su mesa de trabajo la misma de la vez que firmamos el contrato. Lo nuevo era un ordenador portátil de última generación.

—Soy Juan Hirám Gutiérrez —dije, tendiéndole mi viejo documento de identidad.

Me agradeció el gesto con una sonrisa, y comparó los datos con lo que imaginé, porque desde mi ángulo no veía la pantalla, que

sería una fotocopia de mi documento.

—¿En qué podemos ayudarlo? —dijo.

Esa vez parecía que no me iba a preguntar por el nombre de mi perra.

—Hace unos años hicimos, aquí mismo, un ingreso importante en su banco, que se supone que, en más de treinta años, habrá engordado con la suma de los intereses. Era una cuenta asociada, y fuimos varios los que la compartíamos. Yo, le digo la verdad, todo este tiempo lo he pasado en Europa, y estuve demasiado ocupado en ganarme la vida, y vivirla, por lo que prácticamente me olvidé de la cuenta.

No hizo ningún comentario. Solo me miraba con atención profesional, cruzados como si rezara, los dedos manicurados.

—Hace poco recibí una comunicación de uno de los asociados —no quería ser preciso, si no era inevitable— diciéndome que era hora de retirar ese dinero. En rigor, voy a serle franco, porque el tiempo pasado es pasado, ese dinero pertenecía a una especie de club del que formábamos parte. Un club con fines altruistas, que en esa época se podían confundir fácilmente con actividades terroristas, o cosas por el estilo. Por eso me pregunto a qué fines irá destinado ese dinero. Supongo que lo mejor sería un encuentro con los que firmamos el contrato y poderlo discutir. Pero le confieso que algo me preocupa. La persona que se puso en contacto conmigo a través de Facebook lo hizo con un «nick» que ocultaba su identidad. Y ya no tengo edad para la inocencia. Lo que necesito saber es quién, de todos ellos, se oculta tras ese nick, si no es que se trata de otra persona, o son más de uno.

—Después de que usted me llamó para concertar esta cita, me di el tiempo para estudiar su caso y creo que algo puedo informarle, al menos dentro de lo que nos permiten las normas. Probablemente no recuerda las condiciones del contrato por la cuenta, pero no solo eran necesarios tres avales para realizar transferencias o retiros, sino que también nos comprometíamos a mantener la privacidad de los asociados entre sí.

—Eso no lo recordaba…

—Si quiere le puedo facilitar una copia de los términos, allí está muy claro.

—No es necesario, le creo. ¿Entonces qué puedo hacer?

—Como la confidencialidad para nosotros es sagrada, le pido que me dé unos días, porque tengo que consultar con la gerencia.

—Mire… yo sé, porque desde que existe internet me manejo en ese terreno con bastante familiaridad, que una parte de ellos fueron muertos o están desaparecidos. Y en la última dictadura, un desaparecido era un muerto.

—Justamente de eso se trata. Hemos comprobado que la mayor parte de los asociados ya no podrían firmar ningún aval, pero necesito una autorización para ser más preciso.

—De acuerdo. Si no se puede hacer de otra manera será como usted dice —y tras cartón le pasé la dirección y el teléfono del aparthotel, donde podía dejarme mensajes a nombre de Carlos Meléndez.

El tipo ni se inmutó ante el hecho de que estuviera en un hotel con otro nombre. Con un movimiento de dedos que envidiaría un pianista trasladó los datos a su portátil:

—Le agradezco la confianza. Pero todavía no se vaya que tengo algo para usted.

Cruzó la misma puerta que había cruzado el señor Regules y regresó con un sobre marrón, que parecía gordo, porque era de esos que están forrados con polietileno en globitos.

—Esto lo dejaron para usted en… —leyó una fecha escrita a lápiz en el sobre—, en abril de 2011. El año pasado. El procedimiento no es muy regular, pero fue un mensajero quien se lo dejó a nuestra secretaria, y ella no atinó a devolvérselo. Le garantizo que no ha sido abierto.

Desconcertado, tomé el sobre para ver que alguien había escrito a la atención de Juan Hirám Gutiérrez.

—Como se imaginará, aquí recibimos bastante correspondencia, pero este era un caso raro. La dirección era la exacta, pero no conocíamos al destinatario. Por suerte tenemos todo informatizado, hasta cuentas que llevan décadas en nuestro banco, y con una búsqueda adecuada di con usted y su nombre de usuario: Meursault. Lo malo era que no teníamos manera de conectarnos, y ni siquiera sabíamos si seguía vivo, así que tuvimos que esperar hasta que usted nos contactara a nosotros.

Esperé hasta llegar al hotel para abrir el sobre. Lo había traído en la mano y sabía que podía contener papeles y algo duro, tal vez

un llavero, y así fue, tenía varias llaves que tendría que averiguar qué abrían.

Contenía un poder que me nombraba administrador de Atlas. Export & Import, al pie del que se veían un par de firmas garabateadas, tal vez por la misma persona, con la aclaración de que pertenecían a Silvia María Rosa y Pedro Cuenca. No podía comprobar si eso tenía alguna validez, pero estaba refrendado por varios sellos, tal vez falsos.

En el poder figuraba la dirección de ese sitio, y así fue como fui a parar a la cápsula del tiempo. Con una duda que tenía que resolver de alguna manera: ¿Quién pagaba el alquiler de la oficina de Suipacha, los impuestos y los servicios, o quién era el dueño, si había sido comprada? La otra duda se iría resolviendo sola: por qué me habían llevado hasta allí.

Si buscaban guerra la tendrían. Habían sido muchos los años de portarme bien, de no pegarle un tiro a nadie, y con su provocación habían despertado a mi peor yo. Una furia antigua me llenaba de nuevo. Una furia que borraba achaques físicos que había atribuido a la edad y que, al final, eran síntomas de que necesitaba volver a la guerra, enfrentar la posibilidad de que me mataran.

En los últimos decenios de España me había hartado de gente que era ex gente, o que no lo había sido nunca, porque para ser persona hay que crecer y vivir en el mundo real. La mayor parte, los de la generación nacida con la transición, se comportaban como adolescentes envejecidos, todavía orgullosos de resacas monumentales luego de sus recurrentes borracheras. Creo que, en algún momento, llegué a admirar a Hitler y sus métodos para desprenderse de la escoria humana. No espero que me comprendan ni me justifiquen. Yo había llegado a Madrid desde un país donde los compañeros se jugaban la vida por la dignidad, para encontrarme con un pueblo que había tolerado la dictadura de Franco durante cuarenta años, y no querían recordarlo.

Más, me daba dolor de barriga oír cómo elogiaban aquello que llamaban una «transición modélica». Una transición en la que la izquierda se había bajado los pantalones y había entregado el culo, para que la derecha siguiera en el poder real, convencida de que le correspondía por derecho de vencedores.

CAPÍTULO DIEZ

Lo primero que hice al llegar a Madrid como Carlos Meléndez, el Pocho, fue comprarme un abrigo parecido a los que llevaba todo el mundo. Había encontrado una pensión barata y pude negociar el precio con el dueño, un tipo con cara de policía por vocación. Me hizo precio por mes, ya que, le dije, pensaba quedarme unos meses hasta que diera con unos antiguos parientes y estos me consiguieran trabajo. El tipo, supongo que escaldado ya con la experiencia con otros exiliados, me había pedido tres meses adelantados, pero yo no quería que me creyera solvente, y logré que aceptara solo dos meses.

El primer mes lo gasté caminando y ubicando poco a poco los bares frecuentados por sudamericanos. En algunos de esos bares se celebraban fiestas, con grupos de música pop con las caras pintarrajeadas como en un carnaval de Brasil.

Con la muerte de Franco, para los más jóvenes se había hecho una obligación hacer todo lo que antes estaba prohibido. Mostrar las tetas en la playa, declararse y mostrarse públicamente como maricón, o emborracharse hasta caer de la silla en un charco de vómito. Corría fuerte el alcohol, el hachís, la cocaína, las pastillas con nombres exóticos, y algunos hasta se pinchaban con heroína delante de cualquiera.

Me hacían pensar en los jipis que había conocido en Argentina en los inicios de los setenta. Y no era porque yo fuera jipi, más bien podía ser un Savonarola estalinista que un jipi, pero me toleraban cerca, porque la tolerancia era uno de sus innumerables principios.

Los miraba de cerca porque me sentía como la antropóloga Margaret Mead en Samoa o Guinea. Observaba de cerca una cultura que era más bien una religión con dogmas obligatorios, como tener sexo con todo el mundo, aunque no te gustara, porque eso era lo que había que hacer. Una cultura mística que despreciaba los libros,

porque la sabiduría llegaba desde adentro, como una iluminación. Para mí, que creía más en los libros que en los dioses o el espíritu, eran unos pirados, que a base de tanta marihuana terminarían tarados o, lo más probable, abandonando en algún momento la ropa oriental para transar lo que fuera con corbata.

Lo que me llamaba la atención era que se los viera como revolucionarios, como anarquistas, porque se mezclaban con las manifestaciones contra la guerra de Vietnam; aunque en el fondo eran de derecha. Si en aquel momento tuve alguna duda, una pila de años más tarde, cuando los hijos de esos jipis participaron como soldados en la primera guerra del Golfo, y muy pocos o ninguno de ellos se manifestó en contra de esa guerra, ya no tuve dudas, siempre habían sido una mierda.

Y bien, a mí toda esa movida, ese dogma de hacer todo lo que estaba prohibido, me recordaba a los jipis. Los españoles de mi generación y la de los un poco más pibes, eran jipis tardíos, subdesarrollados jipis fuera de tiempo.

En fin, que España era un circo. Un circo por arriba y por abajo. Abajo había empezado a llamarse «la movida madrileña». Arriba, la monarquía, la transición hacia la democracia y el olvido de los asesinatos franquistas, también eran parte de la fiesta. En el medio de los de arriba y los de abajo había una mezcla rara. Estaban los que se animaban a decir que con Franco se vivía mejor y había más decencia, y estaban los que mostraban como una modernización «el destape» y la proliferación de salas de porno crudo y duro en vivo. Todo era una fiesta en un país atrasado medio siglo respecto de Europa y Occidente. Un país que alguien, para definir la transición, dijo: cambiamos el burro y la boina por la moto y el casco.

Pero, donde manda una burocracia inmensa, que se atornilla a su asiento para hacer lo menos posible en la mayor cantidad de horas posibles, se puede conseguir cualquier cosa: lo entendí enseguida, y supe que me vendría muy bien.

No podía pensar que el Pocho viviría para siempre, y si un día tenía que pedir un certificado de antecedentes y el Pocho se había muerto, las cosas se me iban a poner negras. Por eso tuve claro que tenía que dar los pasos necesarios para obtener la ciudadanía española y ya no ser un residente extranjero. Si lograba que Carlos Meléndez fuera español, despegaba definitivamente de Argentina.

Pero primero que nada tenía que encontrar trabajo, y suponía que lo conseguiría de algún argentino que anduviera por ahí enredando con trabajos sin papeles. Porque para trabajar había que tener algunos papeles, y conseguir los papeles sin una cuña, sin un enchufe, podía volverte loco sin que lo lograras nunca.

Empecé a frecuentar los bares y salas de fiesta donde oía el acento argentino. Me tomaba un par de cervezas en la barra y ya en la segunda visita le pasaba mi tarjeta al mozo, al camarero, como me acostumbré a llamarlos.

—Llegué hace poco y ando buscando trabajo, de lo que sea, te dejo mi tarjeta por si sabés de alguien que necesite un peón, para obra, para cargar, para lo que sea.

Me había hecho las tarjetas en una imprenta de barrio, y figuraba solo mi nombre. Con una birome le agregaba la dirección de la pensión y el teléfono.

Se me hizo más difícil de lo que esperaba. Porque primero habían aterrizado los chilenos y los uruguayos, y no dejaban de llegar los argentinos. Y todos se miraban con ojos de sospecha. No me parecía raro, lo raro hubiera sido lo contrario. En todos los exilios hubo tipos que se buscaron la vida informando para los servicios de su país, o para los locales, que tampoco se chupaban el dedo y preferían tener todo controlado.

Un hombre solo, que andaba por ahí desenchufado del resto, tenía que ser sospechoso, o un inocente de marca mayor. Me tocaba insistir y esperar hasta que algo sucediera; y sucedió.

Esa noche actuaban un par de grupos que parecían drogados desde la mañana, y que debían ser muy admirados, porque la sala estaba a reventar y sus seguidores coreaban estribillos imbéciles con sus copas o sus botellas en la mano.

En la barra pedí una cerveza y me acomodé para ver el circo en funcionamiento. Me resultaba increíble tanta fiesta, cuando en otras partes del mundo estaban torturando a mansalva. Meursault.

Sin querer vi el gesto del camarero, y un flaco algo más joven que yo se me acodó al lado con mi tarjeta en la mano.

—¿Vos estás buscando trabajo?

—Sí, de lo que salga.

—¿Y por qué vivís en esta pensión? ¿No sabés que la policía las tiene controladas, y hasta los picoletos llevan un registro de quién pasa por ahí?

De golpe aprendía algo nuevo: que a los de la Guardia Civil los llamaban picoletos.

—Me metí donde me pareció más barato y menos lleno de putas —me justifiqué—. No tenía a nadie a quien pedirle un consejo.

—¿Viniste solo? ¿No tenés amigos en España?

—Que yo sepa, no. Y se me está haciendo cuesta arriba conseguir laburo. Tengo poca reserva de combustible en el tanque, y aguanto comiendo una vez por día. No sé para qué te cuento esto; será porque la mayor parte del día no hablo con nadie.

El flaco cambió de onda y pidió dos cervezas:

—¿Qué te parecen estos grupos?

—¿Quién?

—Los mamarrachos del escenario.

—Te digo la verdad… cuando uno escuchó a la Pesada del Rock, a Pappo, y vio a Spinetta, a Manal y a La Cofradía de la Flor Solar en vivo, estos me parecen dulce de leche.

—¿Viste a Manal, a Spinetta y a la Cofradía? ¡Flaco, vos ya sos mi ídolo, me tenés que contar!

—Sí, aunque no lo creas, y los vi en el mismo escenario y la misma noche. Bueno, no exactamente en la misma noche porque fue una maratón de 30 horas, y ahí adentro ya no sabías si era de noche o de día; un festival en Atenas, un club de boxeo de La Plata. Subieron a tocar como cien grupos, algunos muy malos. También estuvo Arco Iris, pero a esos no los cuento porque estaban en otro palo, lo suyo no era el rock, te acordás que hacían una especie de folk yanqui místico. Y lo de estos… que querés que te diga, tienen poca rabia para hacer rock and roll.

—Opino igual, son mierda de pajarito. Ahora… ¿qué tal sos laburando? Cantame la justa.

—Un empecinado, eso soy. He laburado en mil cosas, hasta cargando y descargando camiones para una empresa de mudanzas. No jodo con el laburo, y si no sé, aprendo rápido, y no falto nunca. Es una cosa de familia, de cómo me educaron. Uno no caga en el plato donde come, y para dormir tranquilo tiene que dar más que lo que le piden.

—Eso me gusta… Bueno, mirá, yo estoy pintando casas, departamentos y algo de albañilería, de todo un poco, y trabajo a la argentina: darle duro para terminarlo rápido y agarrar otro laburo, si es posible en negro. Los gallegos, ya vas a ver, si pueden hacer un trabajo en dos días tardan una semana. Te propongo algo, hacemos la prueba unos días, y si te va y me va, seguimos adelante. Si no, podés encontrar laburo fácil con los butaneros, pero no te lo aconsejo.

—¿Qué son los butaneros?

—Los que reparten lo que allá llamamos garrafas de gas. Los habrás visto porque están en todas partes. Va el tipo con el camión repleto de garrafas y vos, el butanero, las tenés que subir por las escaleras hasta cualquier altura donde viva el cliente. Te revienta.

—¿Y qué tiene de malo? Si alguien lo hace yo también lo puedo hacer.

—Lo malo es que no te pagan. Tenés que deslomarte y sonreírles a los clientes, porque lo que te queda son las propinas. Lo bueno, si tenes estómago, es que de vez en cuando la clienta te espera medio en pelotas y te la podes coger —agregó riendo—. A veces están buenas, y tenes que echarles un polvo relámpago, pero, en general, son unos bichos bigotudos que no se quiere coger nadie, pero eso te asegura que siempre tendrás buena propina.

—Macho, me vengo al culo del mundo, ¿y encima para laburar de puto de viejas? Paso.

—De acuerdo… yo lo probé un tiempo y, aparte de ponerme fuerte como Tarzán de los monos, terminé asqueado, porque las minas si no te las cogés se ofenden. No les cabe que el tiempo que estás arriba te lo perdés en guita del reparto, y si se cabrean te pueden acusar de violación. No serías el primero al que le pasa. Y acá, si te toca la cárcel y no tenés los papeles en regla, te mandan de vuelta… Ya me entendés. Estás rifado.

Con una mirada me dijo todo. No parecía mal tipo. Al menos iba de frente.

—Bueno… —dijo, echándole una ojeada a mi tarjeta—. Si te parece, Carlitos, empezás mañana. Yo soy Tato. Y como a veces tengo un carácter de mierda, algunos me llaman Tato «el Podrido», pero no les hago caso. Si tenés que bajarle los dientes a todos los boludos de este mundo estás jodido, no te queda tiempo ni para

respirar.

—¿Dónde nos encontramos, y a qué hora?

—A las siete de la mañana. Estaba pensando en pasarte a buscar con la furgo por la pensión, pero va a ser mejor que no. Acá hay que cuidarse de todos, hasta de los amigos. Te anoto los datos de un bar que te queda cerca, y ahí te invito con un café antes de zarpar.

—Hecho.

—Ah… —dijo levantando los ojos de lo que escribía en mi tarjeta—. Como hoy, por la hora, no vas a tener tiempo, mañana yo me hago cargo de la comida. Pero después te traés un buen sánguche para el mediodía, porque no paramos hasta las cinco de la tarde. Eso sí, ni vino ni cerveza, que no tenemos tiempo para hacer sebo ni siesta.

—Bien, Tato, entonces me tomo el piro para estar descansado, y de paso preparo la ropa que voy a llenar de pintura. Ah… y gracias por la gauchada, salga como salga.

Tato me robó un cigarrillo del paquete que tenía sobre el mostrador. Después descubriría que siempre estaba dejando de fumar, pero a cada rato te sacaba un cigarrillo.

Inhaló el humo como si acabara de salir de abajo del agua, Y dijo:

—No me preguntaste cuánto te voy a pagar.

—Y no te lo voy a preguntar. Laburamos unos días, a prueba, y si estás conforme ya me dirás cuánto valgo. Si no me conviene… me voy a laburar de butanero, y todos amigos. Con las viejas no sé cómo me voy a arreglar, por ahí hasta quiebro la muñeca y me hago el maricón.

—Me gusta, me gusta —dijo Tato estrechándome la mano, con una sonrisa—. Y no te digo para cuándo, pero voy a averiguar por ahí quién tiene un piso para compartir, una pieza, para que rajes de esa pensión de mierda.

CAPÍTULO ONCE

El discurrir del tiempo no es lineal, solo lo parece. Algunos hechos, palabras, olores, actúan como disparador y rescatan momentos del pasado como si estuvieran sucediendo en ese ahora. En esta historia no quiero evitar los saltos. Por lo que tengo que volver atrás varios años, muchos años. Al tiempo previo a convertirme en Carles Ripoll, y bastante antes de comenzar mi relación con Adela. «Esa puta», como la llamo, hace mucho ya, cuando pienso en ella. Adela, la que me cambió la vida en más de un sentido.

Hasta ese momento había vivido como creo que no lo dejé de hacer nunca, y menos ahora: como un extranjero a la especie humana. Alguien a quien le hubiera gustado, de ser coherente, transformarse en apátrida, pero que se ponía la camiseta argentina, como un hincha de fútbol, y con la misma belicosidad, cuando alguien hablaba mal de su país. Contradicciones de un nacido, como el Pocho, en el barrio El Mondongo.

Cuando apareció ella había logrado un par de objetivos y estaba tranquilo, asumiendo que ya era bastante viejo, y que podía mirar cómo pasaban los días, acostumbrado a mi soledad. Entonces todo cambió.

Pero antes, bastante antes, estuvo la decisión de dejar Madrid. El detonante fue un incidente que nada tiene que ver con Tato «el Podrido», con quien compartimos varios años de trabajo. Ya contaré más de Tato, porque le debo mucho, y es uno de los personajes más entrañables que encontré en una España plagada de boludos, exiliados y sospechas. Cuando sea el momento.

Digamos que nuestras aventuras laborales, y con Tato todo podía ser una aventura, porque su capacidad de trabajo era sobrehumana, nos llevaron a Barcelona, que también se estaba llenando de argentinos.

Fue cuando tuve la oportunidad que buscaba, la de hacerme «catalán».

De los compañeros de documentación que me hicieron los papeles paralelos al Pocho, conservaba todo, hasta la partida de nacimiento de mi babeante vecino de infancia; nacido Carlos Meléndez.

En Argentina, creo que todo el mundo lo sabe, hay que tener vacas en el campo o pajaritos en la cabeza para usar dos apellidos. En España, donde millones comparten el mismo apellido, era obligatorio usar el segundo, el materno.

Así vine a descubrir que la madre de Pocho se llamaba Montserrat Ripoll, y que los abuelos de Pocho habían sido catalanes. Eso me daba una doble posibilidad, que se concretó cuando por Jordi Vázquez i Vendrell, un cliente de Tato que tenía un alto cargo y mil negocios a medias sucios, pude obtener la nacionalidad española.

De manera que en mis papeles como integrante de pleno derecho del estado español, figuraba como Carlos Meléndez Ripoll.

Supongo que ya lo dije, y también supongo que lo volveré a repetir muchas veces: yo quería desaparecer, romper los lazos con el pasado. Al menos por afuera, porque yo era mi pasado.

Algo se me había roto para siempre cuando me convertí en un asesino por imbecilidad, y no iba a cambiar, porque tenía que pagar una deuda que no vencería jamás. Yo mismo me había juzgado y condenado a cadena perpetua.

Diré, por ahora, que cuando llegamos con Tato a un piso viejísimo en el barrio de El Clot, «el hoyo», en castellano, ya teníamos trabajo. Tato tenía un contrato con Jordi Vázquez i Vendrell para insonorizar un boliche nuevo con lana de vidrio y, además, teníamos que ver qué pasaba con una agencia de publicidad chiquita, del mismo fulano, que podía pegar el salto a ser un gran negocio. Si salía por lo menos lo primero, teníamos laburo hasta el otoño y yo mi oportunidad para hacerme catalán.

El Clot era un barrio de vecinos viejos, en cuyo corazón había un bar cada veinte metros, pocos extranjeros y ningún turista. Poco a poco, cuando nos sobraba el tiempo, hicimos algunos cambios en el piso, para que fuera más cómodo, y empecé a hablar, o algo parecido, en catalán.

Tato hacía su vida y yo la mía. Él tenía muchas amigas, y yo esquivaba cada vez más el contacto con la gente. Pero nos respetábamos.

Para que se entienda mi movida posterior tengo que explicar que los catalanes, son «muy suyos», como dicen ellos de los vascos, los vascos de los gallegos y los madrileños de todo el mundo.

Al revés de los vascos, que tienen un ego tan desmesurado que están convencidos de que son una raza aparte y los mejores por derecho natural, los catalanes son, como parte de sus ancestros, judíos de la diáspora. No israelíes: judíos de la diáspora. Necesitan que alguien los desprecie o los odie, necesitan del enemigo para definir su identidad. Nadie sabe qué es un catalán, como tampoco pueden explicar por qué es judío un ateo de la diáspora sin caer en el racismo. Eso me venía muy bien.

Para hablar catalán hice todo lo necesario y más, como tener una transitoria novia muy catalana, porque en la cama se aprenden mejor los idiomas. Y en ese proceso me fui convirtiendo, por la magia de los nombres, en Carles Ripoll, catalán de pura cepa, con un par de generaciones en Argentina.

Poco a poco, y según con quién tratara, podía ser Carlos Meléndez Ripoll o Carles Ripoll, un tipo tan nacionalista que, cuando hablaba con españoles en general, los irritaba hasta el extremo hablando solo en catalán.

La verdad es que sobre todo me servía de escudo contra los argentinos, que no dejaron de llegar, primero por la dictadura, y luego por el crac económico. Cuando advertía su acento, les hablaba en catalán.

Con ese nombre, Carles Ripoll, abrí mi primera cuenta personal en Facebook cuando me enconché con Adela, porque para el trabajo ya lo estaba usando. A esas alturas ya era independiente con mi propia empresa. Pero esa es otra historia.

Me sentía tan seguro, tan poderosamente vivo —porque la había conocido a ella—, que tardé casi un día en entender el mensaje privado que llegó a mi cuenta, firmado con el nick «thedead»: el muerto.

Me decía, sin foto en su perfil, que alguna gente me había ubicado, y que tuviera cuidado porque se cocinaban cosas feas.

El Muerto no me daba más datos, y sus mensajes me llegaban de

tanto en tanto, sin que nunca respondiera a mis preguntas. Entonces requerí la magia de Teixi, y Teixi vino a casa y me dio una clase magistral, con sus dedos corriendo sobre el teclado como gatos en celo.

Teixi era programador y hacker. De lo que me explicó creo que entendí menos de un diez por ciento, porque yo era un usuario «tonto», y Teixi algo así como un pirata inocente que creía en una forma de justicia paralela a las leyes, y que el mundo se podía cambiar por el libre juego de las redes.

Él fue quien me puso al tanto de un error de thedead.

Tal vez porque no confiaba en la privacidad de los mensajes en Facebook, thedead había abierto un correo especialmente para comunicarse conmigo. Su nombre de usuario era THEDEAD222. Yo hice lo mismo, y nos seguimos comunicando por fuera de Facebook.

Para Teixi fue muy fácil, cuando descubrió la metida de pata del otro, determinar que el IP, el número indicativo propio, su identidad, lo situaba en La Plata, mi ciudad de nacimiento, y varias cosas más.

—¡Aquí fue donde naciste tú! ¡En Mar de La Plata! —dijo con su habitual exaltación. En ese momento las cosas le iban bien económicamente, y es tradición entre informáticos y hackers colgarse del ordenador miles de horas, sostenidos a cocaína. O sea todo el día.

—No, pibe, Mar del Plata es una ciudad con mar, a la que van todos los argentinos a amontonarse. Y La Plata no tiene mar, lo que tiene es una humedad que hace que tus calzoncillos floten en el ropero. Está en un pozo.

Con lo que comprendí me fue suficiente, y ya no me resultó extraño el mensaje privado que más tarde recibí de «René». Pero no conseguí que René se comunicara por correo, y no sabía dónde estaba su ordenador.

Solo que uno no termina de recibirse de ignorante nunca, y mi poco conocimiento del inglés me había jugado en contra. En ese idioma creo que no existen los géneros. Thedead tanto podía ser El Muerto, como La Muerta. Y René es un nombre ambiguo, bastante usado por los travestis y transexuales, porque puede ser de hombre o de mujer. O sea que no podía saber, ni releyendo los mensajes, la estructura del texto con lupa, si quienes me escribían con esos nicks

eran hombres o mujeres.

CAPÍTULO DOCE

Dejé el hotel con el smithy en la cintura, porque tenía que volver, sí o sí, a las oficinas de Atlas. Export & Import y me estaba ganando la paranoia, ese asunto olía cada vez más a podrido.

Y hablando de olores, o perfumes.

Cuando entré a la oficina pude percibir, como muy reciente, el perfume que había usado Silvia. La que yo, que había robado y memorizado el contrato con el banco, sabía que se llamaba María Rosa Silva. No podía ser otra cosa que un invento de mí memoria, y eso ya era para preocuparse. La cápsula del tiempo me afectaba de alguna manera que no lograba manejar.

Busqué papel y lápiz y empecé una lista para ordenar mejor mi cabeza, porque cuando recibí en mi Facebook el mensaje de René, diciendo que era hora de retirar el dinero de la cuenta suiza, de pronto se me cruzó que la idea de Jorge no había sido tan buena, que sin quererlo había armado una «tontina»; un recurso que usaron muchos autores de novelas policiales, incluyendo a Agatha Christie.

Dicen que el inventor de la jugada fue un banquero napolitano de apellido Tonti, para conseguirle guita fácil al cardenal Mazarino, que, de últimas, podía poner por garante a Dios y su iglesia.

El sistema más sencillo era que un grupo de gente abría una cuenta conjunta, aportando la misma cantidad de dinero. Esa cuenta no se podía tocar hasta que habían muerto todos, menos uno, que era quien heredaba lo que había engordado con los intereses. También si quedaban pocos del grupo original, podían ponerse de acuerdo y cosechar lo sembrado.

Está claro cómo las tontinas fueron a parar a las novelas policiales. Lo inspiraba la realidad. A veces, cuando quedaban dos o tres, uno de ellos se encargaba de matar a los otros para ser el único heredero. Y tanto fue así que en muchos países se prohibieron y criminalizaron esa clase de asociaciones.

Todo me hacía pensar que estaba embarcado en algo que comenzó como una precaución y había terminado en una tontina. Solo que yo no sabía quiénes eran los otros, y ellos me tenían localizado. Lo que no me cerraba era por qué, si me tenían localizado, no me habían apretado por la plata y seguían jugando a las escondidas.

Empecé la lista con Jorge, en realidad Eduardo Benvenuti, y Ana Vieliwsky «la Rusa». A ellos los había matado la dictadura antes de que yo saliera de Argentina.

Después me pregunté quién podía saber mi nombre verdadero, y tanto como para enviarme los papeles para que ocupara esas oficinas por intermedio de los operadores del banco suizo.

Agregué a la lista a Fernando, el de documentación, que en realidad se llamaba Abel Porto. Ellos me habían hecho el documento de identidad con mi nombre original.

También agregué a Pedro, que ese día en que me escondí en el baño de los banqueros para llevarme el contrato y reemplazarlo por papel de secarse las manos, probablemente había hecho lo mismo.

Pedro en realidad se llamaba José Augusto González, por lo que su firma en la habilitación de la oficina, como Pedro Cuenca, era tan falsa como la de Silvia María Rosa, que, ya lo dije, se llamaba María Rosa Silva.

Podía ser que hubieran tomado la oficina con documentos falsos con esos nombres. Pero me olía más a un juego perverso, que no sabía dónde iba a terminar.

Cuando se abrió la veda sobre los desaparecidos con el informe «Nunca más», a medida que se extendía internet fueron apareciendo páginas y más páginas, que informaban sobre desaparecidos y asesinados por la dictadura, de diversos orígenes y organizaciones, de Uruguay, de Chile, de Argentina, de los Montoneros, del ERP y de las mil organizaciones en que nos repartíamos en esa época.

Porque uno nunca termina de separarse de los compañeros, y porque en ese tiempo me movía bastante en internet, fui revisando listas, lugares de caída, dónde habían estado secuestrados o presos y cuál había sido el destino final. Acumulaba material porque, sin querer reconocerlo, en el fondo me seguía sintiendo un desertor.

De los que habíamos compartido el contrato sabía que había perdido Lucas, el del taller, porque alguien lo había cantado. Lo

habían desaparecido con su hijo, un pibe de dieciséis años.

De la muerte del Negro, que se llamaba Daniel Neri, me enteré por los diarios en España. Cuando los rusos se hicieron fuertes en el tráfico de prostitutas y drogas, lo apretaron para que en el bar de música en vivo, que luego de exiliarse había montado en Barcelona, se hiciera el boludo y las putas y la merca circularan libremente.

El Negro no era de los que se dejan apretar, y había mantenido su bar libre, en lo posible y razonable, del menudeo de drogas. Si los clientes se la traían en el bolsillo y se encerraban en el baño para darse unos nariguetazos, eso no era cosa suya. Era cuestión de otros, una elección personal, en una España que era la principal consumidora de cocaína de toda Europa.

Una sola vez, cuando me fui a vivir a Barcelona, nos habíamos encontrado por pura casualidad en la calle. Y el Negro, aunque ahora se llamara Daniel Neri, en muchos sentidos seguía siendo el Negro. A él, que había sido militante en la lucha armada, no lo apretaba nadie para hacer lo que no quería hacer y, así me lo dijo.

—A mí los rusos me pueden chupar bien un huevo.

Los diarios lo vendieron como un ajuste de cuentas entre traficantes, porque lo dejaron seco con dos tiros en la cabeza, y los bolsillos de su abrigo estaban sucios de cocaína, como si allí hubiera llevado un par de paquetes.

La mujer hizo lo único razonable, vendió el bar, le cambiaron el nombre, y las putas y las drogas de los rusos ganaron la mano.

Repasé los que me quedaban de la firma de aquel maldito contrato: El Tordo, el Pelado y Paula.

El Tordo, como me había hecho pensar su apodo, era un «vesre» de doctor. El Tordo era médico y se llamaba David Pinchevsky. Lo último que se sabía de él era que había estado chupado en la ESMA, la Escuela de Mecánica de la Armada, y que los marinos lo habían mantenido vivo un tiempo, para que garantizara, como pudiera, que las prisioneras embarazadas llegaran relativamente bien al parto. Eso terminó cuando decidieron limpiarse en todo lo posible. Le inyectaron el famoso pentotal naval, y lo sacaron en un vuelo de la muerte para arrojarlo al mar, lejos, donde las corrientes marinas no pudieran llevarlo a las playas. Comida para los pescaditos.

Del Pelado y Paula me quedaban muchas dudas. En algunas páginas los daban como desaparecidos y en otras por muertos.

Es cierto que en las listas había muchos apodados Pelado, pero mi Pelado se llamaba Ramón Pérez, y Paula, Virginia Paredes.

Los rastreé en todo lo que me llevara a la Asociación de Ex Detenidos Desaparecidos, pero la información era opaca y ellos no estaban entre los que se mostraban a la vista.

No era de extrañar, mucha gente ponía un igual entre ex desaparecido y delator. Lo cierto fue que se juntaron para recordar cada segundo, cada alias, cada nombre, cada cara, cada historia de sus días en el infierno. Para cruzar los datos de la memoria y que los torturadores y los desaparecidos tuvieran cara, nombre, grado militar, todo; todo lo que permitiría más adelante, muchos años más tarde, saber el destino de unos y llevar a los otros ante la justicia.

Pienso en esa autopsia de la memoria, sin anestesia, y me corre un frío por la espalda. Probablemente yo me hubiera llenado de pastillas hasta quedarme dormido para siempre. Si alguna vez flaquearon, y en el infierno es muy fácil flaquear, lo que hicieron luego, en medio de un país que no quería recordar y los miraba con malos ojos, fue todo lo contrario. Escarbaron en su ser intimo hasta sacar sangre. Por eso me parecía lógico y necesario que aquellos que llevarían sobre sus cabezas hasta el día de su muerte la sospecha de haber sido delatores, o peor, haber participado en la captura y tortura de sus compañeros, mantuvieran cierta opacidad.

De Silvia y Pedro no sabía nada. Podían estar o no estar vivos. Por la cárcel no habían pasado porque las páginas en que los ex presos refugiaban sus melancolías no los registraban. Y puesto a imaginar, podía colocarlos en la peor situación: que hubieran sido secuestrados, sobreviviendo de la peor manera, y asociándose con sus torturadores. Yo, en España, había conocido al menos un caso de una secuestrada que terminó casada con uno de los hijos de puta del campo de concentración, y con él criaba a los hijos de su pareja anterior, que había sido desaparecido para siempre.

Griselda Gámbaro, cuando escribió la obra *El campo*, donde tiene lugar esa clase de relación entre el torturador y la prisionera, se adelantó al tiempo, pensando, creo, sartreanamente, que eso era posible. Tenía razón.

La lista que había hecho no me aclaraba nada. Si los suizos se emperraban en no abrirme la información que tuvieran, estaba jodido.

Tenía un par de muertos claros: Jorge, La Rusa, el Tordo, El Negro y Lucas, que al fin se llamaba Oscar.

El interrogante se centraba entonces en El Pelado, Paula, Silvia, Pedro y Abel Porto, Fernando por nombre de guerra.

Dejé la lista y busqué en la oficina de adelante algo que fuera de papel, en lo posible grueso.

A esa parte no le había prestado atención hasta ese momento, porque estaba seguro de que todo lo que allí hubiera tendría que ver con la cobertura del sitio; cosas que podía inspeccionar cualquiera, y no tenían nada que ver conmigo. Todo seguía cubierto de polvo, como la primera vez que crucé la puerta. Conservaba el olor a sótano, o mejor dicho, a rata muerta.

No sé por qué me vinieron a la memoria varios casos que habían ocupado las páginas de noticias policiales. Mujeres que envenenaban a sus maridos lentamente con veneno para ratas. Había visto los resultados, porque alguna vez había usado el mismo producto para eliminar las ratas de un galpón que estaba plagado. Las mataba lentamente, con microhemorragias internas, que terminaban por momificarlas, y que murieran en sus madrigueras sin que sus cadáveres olieran a podrido.

Dos de los armarios no los podía abrir porque sus llaves no estaban en el llavero heredado. Pero en los estantes y los archivadores había muchos biblioratos de operaciones comerciales tal vez inexistentes, y uno de ellos, gordo, lleno de facturas y remitos y cosas de las que no entendía nada, fue el elegido. Ahora tenía que probar si una de las llaves del llavero heredado me habilitaba la puerta de la terraza del edificio.

Así fue. Era un terrado, como se llama en España, cubierto por una capa de asfalto pegajoso y cagadas de palomas, al que asomaban conductos de ventilación y, en un rincón, un aparatoso y antiguo equipo de aire acondicionado, que me vendría muy bien. Eligiendo el punto adecuado, ese mamotreto me ocultaba de la vista de los otros edificios.

Tenía que probar el smithy. Se pueden hacer muchas cosas para estropear un arma, como limarle la punta del percutor para que no alcance los fulminantes, y que la hubieran dejado allí, a mi

disponibilidad, me ponía susceptible. Mi paranoia aseguraba que el fierro no estaba ahí por casualidad.

Apoyé el biblioratO contra el pie del acondicionador de aire, saqué el revólver y le disparé, con el caño casi pegado al cartón, un solo tiro. No era necesario más. O funcionaba o no.

El ruido del disparo se perdió en el ruido general de Buenos Aires. Cualquiera podía confundirlo con el escape desajustado de un coche cualquiera.

En la tapa del bibliorato había aparecido un bonito agujero, pero, tal como había previsto, la bala del .38 no lo atravesó de lado a lado. Tenía la potencia justa para matar, pero no era un obús.

Hice correr las hojas y, casi sobre el final, apareció el plomo.

Bajé a la oficina con la intención de arrojar el bibliorato en alguno de los depósitos de basura que había por allí, en el barrio, junto con el plomo.

Pero, antes de salir, limpié a fondo el revólver con el tres en uno, porque el olor a cordita, a pólvora, que, lo confieso, me acelera el pulso, es inconfundible, y no quería llamar la atención. También repuse la bala en el tambor. Cinco tiros no son muchos.

La lista me la metí en el bolsillo.

No había avanzado mucho, porque me quedaban afuera «thedead» y «René».

Esa duda me la llevé en el bolsillo junto con la lista de muertos y destinos desconocidos de los que habían participado en la tontina.

Lo que me quedaba claro, al menos como sospecha, era que thedead parecía jugar como aliado, y enfrentado a René.

Iba pensando en esas cosas, metido para adentro, con parte de mí accionando mecanismos de control de seguimientos que se me habían automatizado en otro tiempo, cuando los reflejos me metieron en un lío gordo.

Buenos Aires se había convertido, en apariencia, en una ciudad segura. Cuando me fui, algunos policías salían a la calle con chaleco antibalas, ahora los usaban todos. Alguien estaba haciendo un buen negocio. Hasta los de la seguridad privada de los transportes de caudales tenían su bonito chaleco. Y lo iba a comprobar pronto, mientras caminaba Paraguay hacia el bajo metido en mi jeroglífico

de nombres y alias.

El camión de caudales, amarillo, era imposible de no ver, pero yo no lo vi. Y tenía que sucederme ante una sucursal del Santander, un banco con casa original en España. Un banco que siempre me recuerda a un Bertolt Brecht ampliado: no es nada robar un banco, comparado con fundar un Santander.

En ese momento cargaban hacia el camión las sacas con dinero —no lo vi hasta segundos más tarde—, y, como un estúpido, pasé entre el blindado y el banco. Entonces el segurata —chamullo español— que estaba afuera, con una escopeta recortada en los brazos, me pegó el grito.

En esos instantes, que no hay reloj que pueda medir, la adrenalina te cura de todos los males. Desaparecen el reuma, la artritis, la edad, y hasta los malos pensamientos y las buenas intenciones.

Giré cayendo sobre una rodilla y pelando el smithy. Luego pude recordar la cara de asombro del tipo al recibir dos balazos en el pecho, para su suerte protegido por el chaleco antibalas. Se derrumbó atontado, soltando la escopeta.

La mirada de cazador o cazado, la que mira sin mirar, me advirtió de los otros que salían del banco, y volví a disparar dos veces. Una parte de mi cabeza me recordaba que me quedaba una bala en el tambor, y las que llevaba en el bolsillo.

Empecé a correr, hasta doblar en la primera esquina: Maipú.

En un paso tenía el revólver en la mano y los Ray–Ban puestos. En el siguiente paso, el primero en Maipú, escondía el smithy en un bolsillo y en otro los Ray–Ban.

A tiempo. Me crucé con dos tipos de civil, como cualquiera, pero con sus pistolas en la mano, que doblaron la esquina hacia el banco un suspiro después que yo.

Corrí esa cuadra como para el récord del mundo y volví a doblar en Avenida Córdoba, buscando perderme entre la gente.

En la esquina con Florida entré a un bar, pedí en la barra una cocacola con hielo, porque me sentía reseco y, además, tenía ese miserable cartelito que dice que las instalaciones son solo para uso de los clientes, y me metí en el baño.

Recargué por las dudas el smithy, me saqué el abrigo y guardé revólver y pistolera en un bolsillo interior. Los cartuchos vacíos me

los llevé para perderlos en otro sitio. Si los arrojaba por el inodoro podían quedarse allí por muchos años.

Tuve tiempo de sacarme los pantalones, porque se me venía encima una cagada atorada tal vez desde hacía decenios. Y en medio del olor a podredumbre interior me di un momento para pensar: Tal vez estaba cagando el pasado. Ni a Lacan ni a Confucio se les hubiera ocurrido ligar las dos cosas. Me dio risa. Humor de sobreviviente.

Dicen que las mujeres cagan rápido porque son prácticas, y que los hombres usamos el inodoro, el «váter», como lo llamaban en España para hacerse los americanos, como lugar de encuentro con la filosofía. Será porque las mujeres no terminan de entender que un hombre necesita, al menos una vez por día, estar solo, y viven hinchándote las pelotas. Cuando no con los hijos, con una lamparita quemada que no las deja vivir si no se cambia.

Adela, esa puta, decía que era homófobo, porque no saludaba con besos a sus amigos homosexuales. Lo cierto es que no tengo nada contra los homosexuales. Los que me irritan son los mariquitas y los travestis, esa imitación en el fondo agresiva, peyorativa, de las mujeres. Por eso no puedo imaginarme, ni quiero, cómo puede ser convivir con un mariquita, que tiene de las mujeres lo peor. Estoy seguro de que no te dejan cagar tranquilo.

Sentado en el inodoro repasé lo sucedido a toda velocidad, al tiempo que evaluaba si, como los ladrones de «cueros», dejaba las vainas de los cartuchos usados en el depósito de agua.

Repasé lo que contarían los otros, que se habían visto sorprendidos por algo que no esperaban.

Los guardias recordarían un hombre canoso, de bigotes espesos y pelo suelto, con anteojos Ray–Ban para el sol, que no había dudado en tirar a matar.

Voy a ser sincero. No eran Ray–Ban. Siempre me parecieron un gasto inútil. Yo los llamaba «Roben», porque algo parecido suele estar estampado en el lente izquierdo. Los compro en los bazares chinos, a un precio entre tres y cuatro euros. No me duran mucho y los tengo que cambiar seguido. Pero me gusta ese modelo Clipper, diseñado para pilotos de avión en los años cuarenta. Con los Clipper, típicos de las custodias presidenciales de los norteamericanos, me siento más yo.

Cuando la policía hiciera la reconstrucción pensarían en un «pesado» que se había sentido descubierto. Uno que había decidido hacía tiempo no volver a la cárcel nunca más, y tenía el gatillo demasiado rápido.

De allí en más tendría que evitar la calle Paraguay, abandonar los Clipper, afeitarme el bigote en cuanto volviera al hotel y peinarme con el pelo pegado al cráneo.

Me tomé la cocacola de un saque, bajé por Florida y tomé el subte en Florida y Corrientes, en dirección hacia arriba. Ya tendría tiempo de volver.

En uno de los informativos de la noche se habló del inusual tiroteo. No había muertos. Los chalecos antibalas podían perfectamente con un .38. Eso me daba la esperanza de que los plomos se hubieran aplastado lo suficiente como para que no se tomaran demasiado trabajo en buscarle las marcas de las estrías, el paso por el cañón del smithy.

El incidente era una luz de alarma. Ahora ya sabía qué podía esperar de mí, y de la paranoia que me estaba ganando.

Me preocupaba, también, que cuando vi en los informativos que nadie había muerto, me sentí defraudado. Algo, un animal que renacía en mí luego de años de dormir la siesta, quería un muerto.

Creyendo que tenía mi vida bajo control, había alimentado una rabia profunda, muy profunda, con la mierda de los españoles, con la mierda de los argentinos, con mi enamoramiento de una reventada veinte años más joven que yo, y solo mucha muerte podía compensar tanta rabia.

La furia se me descontrolaba minuto a minuto, y eso terminaría metiéndome en líos peligrosos.

CAPÍTULO TRECE

La ventaja de un departamento en un aparthotel es que tiene salida independiente. Pasar por el hall común con el hotel, exponerse a la mirada de los recepcionistas es una elección, no algo inevitable.

No quería que me vieran cojear. Me dolía la rodilla sobre la que me había dejado caer cuando yo, el más rápido del Oeste, el Gran Boludo, gatillé contra el guardia de seguridad.

Eso lo pensaba mientras me afeitaba los bigotes, y descubría que, a cierta edad, sin bigotes uno tiene cara de vieja.

Luego revisé todo, de arriba abajo, porque tenía que esconder el smithy, que esos días había llevado conmigo, y que, revuelto el avispero, ya no me convenía sacar de paseo.

Cuando se trata de dinero es fácil. Yo estaba en bancarrota, pero había recurrido a los amigos y traía en dólares todo lo que me quedaba, para no dejar rastros de pago con tarjeta; y eso ocupa poco sitio. Es suficiente con sacar la tapa de la llave de la luz, si es doble mejor, porque ese agujero en la pared, o el aplique mismo, es siempre espacioso y más que suficiente. Ninguna mucama desarma las tapas de las llaves de la luz. Pero con el revólver y las balas era distinto. Por eso agarré las herramientas y di vuelta la heladera que siempre hay en esos sitios, para que te sientas como en tu casa. Fue fácil sacar algunos tornillos y encerrar el smithy y las balas.

Después me hice un café de litro, un par de huevos fritos con pan de plástico y me senté a repasar la lista. Ya había decidido moverme lo mínimo durante un par de días. Había tenido suerte, pero la suerte no dura toda la vida. Seguramente los tiras andaban por las cercanías del Santander, con cara de cualquier cosa menos de policía, con mi identikit, mi retrato robot en el bolsillo. O sea no muy lejos de Atlas. Export & Import.

Lo harían por rutina, porque estarían más que seguros de que el

pesado que respondió a los tiros estaba guardado en un aguantadero, o a muchos kilómetros de distancia. Pero las rutinas son las rutinas, y no sería yo quien los ayudara.

Se me había pasado por alto, cuando hice el recuento de muertos y desaparecidos, los otros compañeros, los que componían los equipos de quienes habíamos firmado el contrato con el banco suizo.

A algunos, por cuestiones de funcionamiento, les había conocido la cara y sus nombres de guerra hacía muchos años. A un par, la parejita que estaba a cargo de Paula y el local de regalos donde nos reuníamos, los tuve que incluir en la lista de muertos.

En una página web había reconocido sus fotos. Estaban desaparecidos desde siempre, y su bebé seguía buscado por las Abuelas de Plaza de Mayo. No les había servido de nada entregar a Jorge. Sobre todo no le había servido al bebé, que estaría en manos de vaya a saber quién, con el nombre cambiado e ignorante de su origen.

Hice números de memoria y me faltaban unos cuántos de los que no sabía nada.

Fue por el quinto café que decidí volver a desarmar la heladera, recuperar el smithy, y dormir con el revólver bajo la almohada. Pero retrocedí, era una idea estúpida, producto de la paranoia. Hoy, tal vez porque soy a medias otro, llamo paranoia a lo que en mis tiempos de militante llamábamos «persecutta».

De vez en cuando alguno empezaba a detectar autos que lo seguían, porque se repetían o no se repetían nunca. Empezaba a ver miradas especiales hasta en quien ni reparaba en su presencia, justamente porque disimulaba, y lo retirábamos del juego por un tiempo, porque estaba atacado de persecutta. Lo asignábamos a alguna tarea poco importante, o inventada, que lo sacara de la calle.

¿Qué íbamos a hacer, mandarlo al psiquiatra? Una regla básica, que no se discutía, era nada de pastillas. Nunca pastillas que no fueran aspirinas o antigripales. Un guerrillero no necesita más que su entrega y convencimiento para enfrentar la tormenta. Lo decía una canción: un guerrillero es un toro en medio de una tormenta. Ideología y más ideología. En el fondo, aunque sonara muy cristianuchi, era necesario, o todos, con la vida que llevábamos, nos hubiéramos quedado colgados del pastillaje.

Al séptimo café empecé a penar y a cagarme en Adela, en esa puta. Era un aviso de que me estaba poniendo cada vez peor, porque Adela había sido más que un amor una adicción y ese rebote, doloroso e innecesario, encendía otra alerta roja.

Tenía que hacerme cargo de que estaba solo, demasiado solo, contra todo el mundo. Que si podía tener un aliado, una pierna para ese full, tenía que pedir ayuda a El Muerto.

Conecté mi portátil a la wi–fi del hotel y le escribí a THE–DEAD222. Le revelé que sabía que estaba en La Plata. Que yo estaba en Buenos Aires, y que se definiera de una vez, porque, o estaba en mi contra o yo lo necesitaba como el agua, al menos para pensar en voz alta con alguien, porque estaba atacado de persecutta, y en cualquier momento me mandaría una cagada muy grande. Que me diera una cita en La Plata, y ahí veríamos.

Su respuesta me llegó casi dos días después. El tiempo que se tomó para pensarlo. Me citaba en «la orilla del lago del Bosque» para la mañana del siguiente domingo. Me reconocería fácilmente porque en mi Facebook tenía una foto actualizada.

Nada más, pero suficiente para tranquilizarme. No faltaría a esa cita, porque ahora sabía algo más: «él me reconocería», entonces era El Muerto y no la muerta. Me abría una ventanita de confianza.

Cuando me dio la cita era jueves, y yo ya llevaba dos días saliendo a la calle lo menos posible, así que decidí darme vacaciones de cine. De películas subtituladas, no dobladas.

La España del franquismo, con su método de censurar las películas doblándolas y cambiando los diálogos para que siempre fueran morales, había acostumbrado a los españoles a ver cine de voces dobladas. Algunos de los dobladores eran hasta personajes famosos, cuando, para ser justos, merecían ser fusilados por la espalda, porque no se le puede robar la voz a un actor.

Puedo soportar el doblaje de voces en lo que se pasa por televisión. La pantalla pequeña hace difícil leer el subtitulado. Pero en el cine normal, de pantalla grande, se me hace intolerable. Cuando salía ese tema, o yo, simplemente para hincharles las pelotas, lo sacaba a jugar, era rotundo: robarle la voz a un actor es un delito grave. Y por eso proponía, para mantener la coherencia, que cuando Liza Minnelli, Tom Jones, Bruce Springsteen o los Stones daban un concierto en España, que los doblara Julio Iglesias,

o alguno de sus insoportables hijos.

Salía de un cine y me metía en otro. Hasta volví a ver The Rose, una película que había visto muchas veces, porque luego la pude bajar en internet, en un cine que repetía por meses la misma película. Está basada en la vida de Janis Joplin, que hacía la gran Bette Midler, una mujer que a todas luces es fea, pero de la que me enamoré para siempre, y con la distancia necesaria como para que no se concretara nunca; que es la única forma en que se puede conservar el amor. Porque el amor, pese a todo lo que digan los románticos, es una forma de suicidio.

De cine en cine aguanté hasta la mañana del domingo, cuando tomé el autobús a La Plata.

CAPÍTULO CATORCE

Desde la terminal caminé hasta el Bosque.

Para los que no lo conocen diré que es un parque inmenso, que cuando se fundó La Plata en medio de la nada, planificando hasta el último detalle, estaba destinado a albergar todas las facultades de una futura universidad. Para eso se plantaron miles de arbolitos, se construyó un lago artificial, un zoológico y hasta un gran teatro al aire libre.

Habían pasado algo más de cien años. Algunas de las facultades estaban allí, otras no, y los árboles eran muy altos, pero eso me importaba poco, porque yo tenía claro adónde iría primero, al Museo de Ciencias Naturales.

Caminé paralelo al frente del zoológico, hasta que pude ver los tigres dientes de sable en la escalinata del museo. Me senté entre los árboles, encendí un cigarrillo y le dediqué unos minutos de pensamiento a mi madre.

Cuando mi madre murió, sumergida en una locura senil desde la que no reconocía a nadie, pero con una perpetua sonrisa de felicidad en la cara, tal vez porque el mundo que habitaba era mejor que la realidad, incineraron su cuerpo y mi hermano esparció sus cenizas entre esos árboles. Porque a ella, vecina de toda la vida, le gustaba el Bosque.

Tal vez uno no termina de conocerse nunca, pero al fin se acostumbra a ese desconocimiento. Lo verdaderamente difícil es asumir quién fue aquel o aquella a quien has querido. Y con mi madre me pasó eso. Más de cincuenta años de silencio encerrando el dolor. Hasta que un día lo pude decir en vos alta: mi madre tenía una veta de crueldad, tal vez de locura, que mi hermano y yo pagamos desde que quedó viuda.

Cuando mi hermano o yo hacíamos algo que no debíamos, travesuras de pibes, nos castigaba atándonos a una columna por el

tobillo, con una cadena de perro. Y la prohibición para el otro hermano de acercarse al castigado, que por horas solo podía moverse alrededor de la columna, con ese ruido de cadena arrastrada por un perro.

Creo que terminé de entender eso que se dice del silencio de los niños maltratados cuando, por primera vez, y casi con sesenta años, pude verbalizar la cadena, el candado, las palizas brutales, los castigos desproporcionados, para darme cuenta de que hasta ese momento había vivido como si fuera una traición contar aquellas cosas de mi madre.

Y ahí estaba, donde había finalizado mi madre, como ceniza que alimentaba esos árboles. Solo que su rastro no se había quemado con su cuerpo. Yo tengo una veta de crueldad desmesurada, que aparece en las ocasiones menos predecibles, como si pudiera tomarme una revancha, una venganza contra ese pasado de humillación perruna. Llevo la marca del diablo conmigo, y no puedo hacerla cenizas para arrojarla entre los árboles.

Crucé la calle hacia la orilla del lago. No sé por qué, decidí bordearlo a partir de la gruta ridícula, neorromántica, de cemento, injertada junto a un lago y un bosque también artificiales. El Muerto me encontraría en algún punto de la orilla, solo tenía que seguirla.

Serían algo así como las once de la mañana. Una mañana de sol apacible. Para caminar sin prisa.

Sobre las aguas del lago alguna gente se paseaba pedaleando sobre catamaranes de plástico.

Tres pibes de barrio, con cañas de pescar caseras, disputaban algo así como un campeonato mundial de la pesca de la mojarrita. Me detuve un instante a observarlos a distancia de no molestar. Cada mojarrita que salía del agua, agitándose en el anzuelo como un pestañeo de plata, era festejada por su pescador como un trofeo sin igual, y ninguneada por sus competidores por pequeña, por torcida, porque sí, en medio de risas.

Seguí caminando, sin apuro. Un poco más allá, un pibe de unos cuatro años pescaba solo, concentradas su vista y su alma en una boya roja y blanca. A pocos pasos, tal vez su abuelo, un hombre delgado, de pelo blanco y bastón lo miraba hacer y parecía darle indicaciones.

Verlo y recordar a mi padre, cuando me trajo a pescar por primera vez al lago del Bosque, fue todo uno. Yo tenía la misma edad, cuatro o cinco años.

Entonces el hombre de pelo blanco levantó los ojos, me miró, y nos reconocimos:

—Hola, Enrique… —dijo, entre serio y sonriente, como si recordar mi último nombre de guerra fuera un santo y seña—. Esta es la segunda vez que traigo a pescar a mi nieto, y ya el hombre es todo un profesional.

Bajo la capa de los años reconocí enseguida al Flaquito de Documentación. Había sido el más joven del equipo, o tal vez solo lo parecía, porque siempre estaba en movimiento, y tanto que nunca recordaba su nombre de guerra y lo llamaba Flaquito, o Laucha.

Me señaló un banco cercano y le dijo no sé qué al pibe, que lo miró desde su altura de campeón de pesca de todos los pesos, y le dijo que se podía arreglar solo.

—Todavía recuerdo el primer pescado que pesqué en mi vida —dije, como si importara—. Fue por aquí, me trajo mi padre, y era una palometa; rayada en blanco y negro. Estaba lleno de palometas.

—Ahora también hay… —dijo el Flaquito.

Nos sentamos, y por unos minutos los dos nos quedamos mirando al pibe, tal vez porque no nos animábamos a mirarnos a la cara. Y empezamos a hablar así, mirando al pibe que pescaba:

—Te sacaste el bigote. En Facebook estás con bigote. ¿La persecutta?

—Algo así… ¿Cómo te tengo que llamar, Muerto? —dije, como si fuera una broma.

—Miguel.

—Miguel… yo…

—Vos sos Carlos Meléndez Ripoll, o Carles Ripoll. Yo me ocupé de tu documentación. En ese tiempo mejor no se podía hacer.

—Es cierto. Y me sirvió para desertar.

Me miró como si hubiera tocado un punto sensible y dijo con acidez:

—¿A vos también te taladra esa culpa? Hicimos lo que había que hacer, no tenía sentido hacerse matar por nada. ¿Querías ser un héroe muerto? Te hubieras tragado la pastilla de cianuro y a la

mierda…

—Me fui…

—¿Y qué? Yo tendría que haber hecho lo mismo, y terminé perdiendo por boludo.

—¿Te agarraron?

—Sí, me entregó el Tarta.

El Tarta era el tercer miembro del equipo de documentación: Fernando, el Tarta y el Flaquito.

—Hicimos lo que dijo Jorge. Desarmamos documentación y enterramos en una ciénaga, en un pozo de mierda y petróleo de la costa de Villa Dominico, todos los materiales, todos. Y cada uno siguió su camino. Yo, en ese tiempo, vivía en Quilmes, pero ya sabés que la mayor parte de los trámites que llevaba como gestor terminás haciéndolos en La Plata, así que me mudé y abrí una oficina. Estaba limpio, y me dediqué a trabajar. No sabía nada de Fernando y el Tarta, y creía que ellos no sabían de mí, pero estaba equivocado.

Se quedó un momento mirando el bastón, como si fuera un objeto que veía por primera vez:

—¿Fumás? Convídame un cigarrillo. Yo no debería fumar, pero ahora lo necesito.

Encendimos un par de cigarrillos, para oír la recriminación del nieto, al que no se le escapaba nada, ni los pescaditos:

—¡Abuelo, fumar mata, lo dice en el paquete! ¡No tenés que fumar!

—Vos seguí pescando, que enseguida lo tiro… ¡Y no te metas en la vida de los mayores, mocoso atorrante!

—¿Estás jodido? —dije, señalando el bastón.

—Artritis, artrosis o tal vez cáncer de huesos… a estas alturas me importa una mierda, pero a veces tengo que usarlo, porque me duele al caminar. Al final, uno se empeña en sobrevivir a todo, para terminar hecho una porquería, con mil ñañas.

Largó un poco de humo, miró la brasa del cigarrillo, y retomó su relato donde lo había dejado:

—No sé todavía si el Tarta se entregó, o negoció después que lo agarraran, pero un día, unos meses antes del mundial del 78, se presentó en mi oficina con una docena de monos armados hasta los dientes y me sacaron de los pelos.

—Sabía tu nombre…

—Pasábamos muchas horas juntos, trabajábamos en lo mismo, y es inevitable, al final las medidas de seguridad se van al carajo, se relajan. Pero él y los monos que me llevaron buscaban a Fernando. No sé cómo, porque yo no me había enterado, el Tarta sabía que Fernando era uno de los titulares de una cuenta en el extranjero, con mucha guita.

—Querían la guita…

—No, si lo iban a hacer por la patria…

—Y te dieron como en la guerra.

—Me dieron como para cuatro guerras… y me hice cargo de todo, hasta de la muerte de Cristo; quería que me mataran de una vez para que todo terminara. No, no creas que te lo podés imaginar, nadie se lo puede imaginar hasta que pasa por ahí —dijo, como si me adivinara el pensamiento.

—Y… si te puedo preguntar… ¿por qué no te mataron?

Rio silenciosamente:

—Porque, en el fondo, eran unos burócratas, y cometieron un error de pelotudos burócratas. ¿Te acordás que hubo un atentado contra la base de submarinos en Mar del Plata?

—Sí, más o menos… pero nosotros no tuvimos nada que ver con eso.

—No importa, me lo pasaron a mí y también me hice cargo. ¿Qué más daba? Entonces me trasladaron a un chupadero en Mar del Plata, supongo que de la Marina, para que reconociera a «mis secuaces» de atentado, que por esos días habían caído. Por supuesto, no conocía a nadie, pero a ellos les daba igual.

Hizo una pausa:

—Eso era lo peor, Enrique. A ellos les daba igual lo que dijeras, ya estabas muerto. ¿Cuánto estuve en Mar del Plata? No sé, tal vez un mes o dos, encapuchado todo el tiempo y sentado sobre mi propia mierda. Olvidado, porque de pronto comenzó a caer gente a puñados, y las sesiones de tortura no paraban a ninguna hora. Era el infierno, y como iban siempre contra reloj, porque la información se hace vieja enseguida, los nuevos me relegaron al montón; tanto que me pasé días sin comer y sin agua porque no me tenían en cuenta y no quería llamar su atención.

—¡Abuelo, ya me estoy aburriendo de pescar! ¿Vamos a dar una

vuelta en acuaciclo? ¡Yo pedaleo!

—Tranquilo, un ratito más con mi amigo y nos vamos a dar una vuelta. ¡A ver si pescás algo que se pueda comer, che!

—¿Y cómo hago?

—Ponele mucha lombriz en el anzuelo. ¡Pero mucha, eh!

Se encogió de hombros como pidiendo disculpas:

—Como te imaginarás, ahora que estamos abiertos, tenemos mucho que conversar. Me tocaste con eso de que estás solo y con la persecutta. A veces a mí también me ataca. Pero te termino lo que te estaba contando. Un día, no sé si porque estaban hasta el culo de gente y seguían cayendo nuevos, nos metieron amontonados en un avión y, supongo, por lo que vino después, que bajamos en el aeropuerto de La Plata. Entonces tuve una oportunidad. ¿Vos podés creer que se dividían el trabajo, como oficinistas? Con cada remesa de gente iba uno con sus, digamos, expedientes; el fajo de declaraciones que había hecho cada uno bajo tortura, las acusaciones, toda la mandanga. Y nos fueron bajando de a uno, hacia los autos o camiones o qué sé yo, que esperaban en la pista, siempre con el burócrata entregando al prisionero con sus papeles. Al final, quedábamos cuatro, y el tipo se había quedado sin papeles. No sabía quiénes éramos.

—¿Tus papeles se habían perdido en Mar del Plata?

—O habían salido en viaje hacia otra parte, yo qué sé. Nos agarraron a patadas para que nos identificáramos. Los otros tres decían que eran obreros de una envasadora de pescado en huelga. Yo me agarré de una mentira a medias: que era gestor, y me acusaban de haberle vendido papeles de autos paralelos a la guerrilla, pero que era mentira, y si eso había sucedido alguna vez era porque me habían engañado, que a mí lo que me importaba era la guita, no la política.

—¿Y se lo tragaron?

—Supongo que los que nos trasladaban estaban cansados de tantas idas y venidas y agarraron por el camino más corto. Nos pusieron en el bolsillo unos papelitos escritos a la disparada, nos bajaron a un coche encapuchados, y nos tiraron en la puerta de una comisaría. Era el camino habitual cuando te legalizaban. Salían los vigilantes, decían ¡Oh, qué es esto! Te metían para adentro y te abrían una causa por lo que dijera el papelito. El mío era

falsificación de documentos públicos con fines subversivos. Tres días más tarde ingresaba a la cárcel, a la Unidad 9 de La Plata. Ahí, no lo sabía, me esperaba otro infierno, pero mejor lo dejamos para otro día, porque el pibe se está poniendo pesado. ¿Nos vemos en Buenos Aires?

No lo dudé. Le pasé mi dirección y el número de teléfono del aparthotel:

—Sí, por favor, Miguel, pero que sea pronto.

Miguel repitió el número una vez y dijo ya lo tengo.

Luego se puso en pie.

—Dos cosas, antes de que me vaya —dijo—. Una… que cuando me daban como en la guerra te mandé tragado, por eso hay otros que saben que te llamás Carlos Meléndez.

—No te puedo culpar.

—Yo sí. La otra: la Rusa está viva. No murió en aquel tiroteo que salió en los diarios.

—¿Cómo sabés eso?

—Porque di con ella por casualidad cuando estaba haciendo unos trámites en la City, en Buenos Aires. Me quedé de piedra, pero la seguí, y la perdí cuando entró en un edificio de oficinas en la calle Suipacha.

—¿Estás seguro de que era la Rusa? Han pasado muchos años y todos…

—Está, lógicamente, más vieja, más gorda y teñida de castaño. Pero la reconocería hasta abajo del agua. Ana, «la Rusa», antes de que me dejara por Lucho, ¿te acordás de Lucho?, un año antes de que se abriera de la orga para seguir la guerra por cuenta propia, influenciada por Lucho, el súper guerrillero, había sido mi mujer. Para ella, yo, que estaba en un aparato y no podía salir a la calle con un fierro, por seguridad, era un pelotudo.

Claro que recordaba a Lucho. Pero eso no tenía importancia, comparado con la posibilidad de que la Rusa estuviera viva.

CAPÍTULO QUINCE

Tato «el Podrido» cumplió, y antes de un mes de estar trabajando juntos me había conseguido una pieza de altillo, en una casa ocupada o alquilada —yo al menos tenía que pagar— por brasileños y portugueses. Creo que se aseguró de que no hubiera argentinos.

Ese otoño y ese invierno tuvimos que movernos como locos. El negocio de la construcción todavía era una lagartija, pero crecía sin parar. Tanto que un par de años antes de que tuviera que retornar a Argentina por la tontina, había alcanzado el tamaño de un gigantesco dragón de cuentos, insaciable, que se devoraba a sí mismo para seguir creciendo. Hasta que reventó sin necesidad de lanzas ni caballeros con cota de malla, dejando de recuerdo un gran motón de mierda de dragón.

Nos movíamos mucho con la furgo, a veces lejos de Madrid. Fumábamos mucho, porque Tato había vuelto a fumar, y charlábamos. Dentro de los límites de lo que podía contar sin joder a nadie, le abrí mi pasado, y me respondió de la misma manera. Era algo instintivo. Códigos de barrio.

Lo que no le abriría nunca, porque era involucrarlo en una matufia que me correspondía bancar solo, fue que yo no era Carlos Meléndez. Que el Pocho babeaba en una silla de ruedas en El Mondongo.

Los únicos caballeros, en todo el mitológico y gaucho sentido de la palabra que he conocido, salieron de algún barrio, heredando conductas, códigos, de «la barra de la esquina», o de los primos mayores. Ahí, con ellos, uno aprendía a fumar, se agarraba sus primeras borracheras y compartía lo que había, hasta la pasión por el fútbol. Ahí uno aprendía rápido, por la mirada dura de los más crecidos, que de las mujeres se hablaba poco y nunca mal. Ni de la que se gana el pan de puta, ni de la pibita calentona que se dejaba

tocar las tetas en los bailes del club. Porque, en el fondo, era como hablar mal de tu madre. A menos que ellas fueran unas hijas de puta y te hubieran jugado feo. Era la única excepción.

Tampoco se hablaba de los flacos del barrio que se metían en líos robando, y terminaban presos. Cuando te cruzabas con la madre de alguno le preguntabas cómo estaba, les mandabas saludos de los amigos y, si tenías un mango, se lo pasabas para que le llevara algo, una revista, un poco de fruta, yerba o azúcar. Uno sabía que la estaban pasando mal, que les había tocado bailar con la fea. Y cuando salieran, si tenían para poco, ocuparían su sitio entre los amigos, sin preguntas.

A los que borrabas de la esquina, y toda la barra esquivaba, con cierta delicadeza, porque en los traidores no se confía, eran esos pocos que, porque lo llevaban en la sangre, o por comodidad, se metían a policías. A esos, relación distante, y como si portaran la peste.

Con Tato no tuvimos necesidad de establecer reglas, teníamos las mismas. Por ejemplo, que hay cosas que se hacen, pero no se cuentan. Y que tampoco se pregunta, salvo que sea necesario y pidiendo disculpas. Pero que si el otro te quiere contar abrís las orejas, porque te está eligiendo para una confidencia. Ahí no te podés borrar. Serías un hijo de puta, porque los amigos están para escuchar y arrimar un abrazo si el otro necesita sacarse un entripado.

Cuando me contó de su primer laburo en España estuve seguro de que la capacidad de trabajo demencial de Tato tenía algo que ver con la cocaína. Sospechaba que, cuando se me perdía de vista, se pegaba algún saque. Ante mis ojos nunca lo hacía, tal vez porque le había quedado claro que yo venía de un pasado reciente muy alejado de las drogas.

—Cuando me vine… me vine, qué sé yo, para ver qué pasaba —empezó a contarme en un viaje largo—, y como tenía el carnet de conductor internacional, salía barato y me duraba todo un año, un día me dijeron de un correo de urgencias, paquetes, cajas, papeles, esas cosas, que buscaba choferes profesionales y me tiré el lance. Adiviná… el tipo que asignaba las furgonetas era argentino. En realidad no eran furgos de verdad, sino coches familiares afurgonados. Aurelio se llamaba el tipo, que después supe que allá

había sido policía, y si no lo saco de entrada como argentino, hubiera tardado cinco minutos, porque va y me dice: te voy a probar en el viaje nocturno a Barcelona. A los gallegos no les gusta, y ya te vas a enterar por qué, pero vos no podés hacerte el estrecho.

—¿Qué tenía de malo?

—Todo, Lito, todo… —A esas alturas me había acortado el Carlitos a Lito, que era más cómodo.

—Me hizo firmar un contrato trucho y me advirtió que todos los vehículos de la empresa tenían «caja negra», la que registraba si te pasabas del límite de velocidad permitido. Pero que esa mierda de la caja negra dependía de un «cablecito», me dijo haciéndose el boludo, que siempre se desenchufaba, accidentalmente, si agarrabas un bache, o un lomo de burro. Más claro… echale agua. Te digo la verdad, ese recorrido era largo, aburrido y muchas veces peligroso. Tenías que estar en Barcelona a primera hora de la mañana. Desenchufabas el aparato y pisabas a fondo, o te comías casi toda la noche viajando… y cuando descargabas ya te tenías que volver. No tenías vida.

—¿Cuánto tiempo lo hiciste?

—Un año y tres días. Hasta que ese hijo de puta me agarró cruzado y lo senté de una trompada. ¿Qué hacía? Yo tenía una novia bareta en una discoteca. Bareta, la que te mezcla los tragos en la barra —dijo, para ilustrarme—. Era uruguaya. Así que recogía el coche ya cargado y lo dejaba frente a la disco. Circulaba mucha merca, cocaína… la transaban los de seguridad. Así que no dormía. La flaca la conseguía buena, poco cortada y a precio de mayorista.

—¿No dormías?

—Poco, o casi nunca… A cierta hora agarraba la furgo y en cuanto salía a la ruta le pegaba la pata a fondo. Sin la botonaza esa de la caja negra, claro. A los gallegos, que respetan las reglas de tránsito como si las hubiera bajado Moisés con los mandamientos, no les gustaba la ruta. ¿Sabés qué pasa? En ciertos tramos te bajan unas nieblas en las que no ves ni tus pensamientos. Pero yo me cagaba en todo. Cuando la niebla cerraba tenías que pegarte al de adelante, para verle las luces de posición, pero como iban despacio los pasaba por arriba. Entonces terminaba yendo ciego, de coca y por el reflejo de mis faros en la niebla, con cuatro o cinco suicidas pegados al culo. Hacía la ruta a Barcelona como un kamikaze

volando bajito, y siempre llegaba antes del horario. Por ahí vos pensaste en estas cosas más que yo y me lo podés explicar: me importaba un huevo hacerme pelota.

—Me hiciste acordar que robábamos autos en los garajes, y nunca sabías qué tenías entre las manos. A veces tenías que pisar a fondo, y… si te ponés a pensar, no lo hacés, pero como vas jugado… Más de una vez reventé un auto y tuvimos que apretar al primero que pasara para seguir a mil.

—¿Ves, Lito? Sabía que vos me podías entender… Al final… hay muchas cosas que se parecen. Empezando porque un día entendés que tu vida no vale una mierda. ¿Para qué cuidarla? Te la jugás. En Barcelona descargaban los de allá, y yo me iba al baño a «cargarme». Me había inventado un aparatito, con uno de esos frasquitos de plástico que usás para destaparte la nariz cuando estás resfriado, y ya la llevaba en polvo fácil, para meterme en el camino sin tener que parar ¿me entendés? ¿Vos usaste alguna vez?

Me reí de verbo usaste:

—Lo lamento, pero todavía soy virgen —para agregar la verdad —. En el fondo, siempre y hasta ahora, tengo miedo de quedarme pegado.

—Sí, esa es la cagada, que siempre podés terminar pegado… Te imaginarás cómo encaraba la vuelta. Con los anteojos negros más negros del universo, porque la luz me mataba y a todo lo que daba la Seat. Justamente al final, cuando tuve el quilombo con el cana, ese, el Aurelio, fue porque le fundí un motor.

—¿Podías dormir un rato?

Me miró de costado, como si hubiera descubierto un extraterrestre, y se rio, como se reían los mayores en mi barrio cuando un pendejo decía pelotudeces:

—Agarraba a la uruguaya dormida. Nos metíamos un par de saques de medio metro y cogíamos como animales. A la tarde se me caía el mundo encima, y dormía algunas horas, antes de ir a buscar la furgo y seguir la noche en la discoteca donde laburaba mi novia.

—Tato, ¿te puedo preguntar una cosa? ¿Qué pasa con tu sentido de lo patriótico, les rajás a las minas argentinas?

Se rio tosiendo, apagó el pucho y encendió otro, ofreciendo.

Me miró de costado, con una media sonrisa burlona:

—Lito, si es cuestión de coger… yo me puedo coger hasta un

bombero quemado, pero las argentinas son muy vuelteras, histéricas. Y ahora, con la milonga esta de los exiliados, todo se ha puesto muy gueto argentino. Que si la militancia, que si el compromiso, que si la pareja tiene que ser fiel, que… ¡la puta madre que la parió! ¿Vos viviste en Buenos Aires, no? Bueno, cuando tomás distancia descubrís que viviste en un gueto, en el fin del mundo.

—Rapa Nui… —dije.

—¿Rapa Nui?

—La Isla de Pascua, los nativos la llamaban así, «El ombligo del Mundo». Un ombligo perdido y aislado en el Pacífico sur.

Me miró entre burlón y admirativo:

—Sos una enciclopedia de cosas raras, loco.

—Un compañero, un amigo que cayó en combate, tenía la misma manía, el Negro Ezequiel. Decía que en la cabeza almacenaba una «boludoteca», que nunca te sirve para nada serio.

—¿Sí? Estaba equivocado. Pa' mí, desde ahora Buenos Aires es Rapa Nui. Y lo peor es que ahora se trajeron el ombligo del mundo con ellos. ¡Ah! Antes de que se me olvide. Esta noche no podemos faltar a la inauguración de una pizzería, empanadas argentinas, y todo el folclore. Adivina cómo se llama…

—¡Cómo voy a adivinar! ¿Gardel, La Porteña, A la pizza de mamma?

—Nones. Se llama La concha de la Lora.

—¡No me jodas! Eso allá es un insulto, una guarangada…

—Un amigo les pintó el cartel de la puerta: un lorito verde sobre una concha de ostra, o de vieira, qué se yo, la que tienen en las estaciones de servicio de Shell. Total, dicen, los gallegos no entienden nada. ¡Es lo que te digo! No solo se trajeron el gueto, también creerse que son los más vivos del mundo.

No lo tenía previsto, pero esa noche, en La concha de la Lora, escuché cosas que, al fin, iban a decidir mi abandono de Madrid.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Llegamos a La concha de la Lora sobre las diez de la noche. Estaba abarrotada de argentinos, y seguramente algún uruguayo o chileno amigo. Los dueños, una pareja de mediana edad, no se veían muy felices, y no me extrañó. Nadie pagaba un centavo, y se comían y bebían todo lo que los pobres ponían sobre el mostrador, que a esa hora era cada vez menos. Como muchos otros optimistas terminarían cerrando, porque con el asunto de la solidaridad había muchos que se creían con derecho a comer gratis, y fundían cualquier negocio.

De entrada vi que en el amontonamiento se habían formado varios grupos. Algunos que reían y otros que discutían con el ceño fruncido. También se veían muchas camisas beige, de corte militar, con botones en los bolsillos y algo así como charreteras. Para algunos se habían convertido en el uniforme del guerrillero en el exilio; tal como hay otros que se visten de cuero, para identificarse como rockeros, aunque no sepan sacar un mísero acorde de una guitarra.

Tato reapareció con dos vasos de papel llenos de vino, me dejó uno, y me hizo una seña que solo podía significar que tenía un asunto con una mina; con lo que volvió a perderse. Cuando terminara mi vaso de vino me iría. Ese era mi límite.

A veces el exilio, o jugar en un escenario donde nadie nos conoce, saca a la luz nuestras peores mugres. Más de una vez había oído, siempre desde la periferia de ese gueto extendido, comentarios que me ponían muy violento, porque, de ser ciertos, había gente que se merecía con creces que le patearan la cabeza. Vivos, avispados, que organizaban festivales de solidaridad para los presos argentinos, juntaban bastantes pesetas, y vivían de eso, cuando en Argentina, estaba seguro, todavía alguno caminaba sobre el filo de la navaja con la cápsula de cianuro en el bolsillo. Gente

que, con sus camisas con charreteras, hacía discursos incendiarios, cuando allá, probablemente, no habían pasado de la militancia en alguna agrupación universitaria, y tres o cuatro manifestaciones.

Y eso generaba puteríos, sospechas y fricciones, porque estaban los otros, los que habían escapado por un pelo y se organizaban como resistentes. Los que armaban asociaciones, herramientas políticas, para luchar contra una dictadura genocida, presionando sobre los gobiernos de Europa. Los que, de rebote, cargaban con las cagadas que se mandaba esa lacra de exiliados profesionales, que vivían del blando corazón de los españoles progresistas.

Yo, ya lo he dicho, había decidido no involucrarme, pero a los que iban en serio los respetaba más que a mí mismo. Esos, casi todos, tenían en común un fondo triste en la mirada. Para ellos el exilio era parte de la derrota, no una fiesta.

Lo pensé. Más de una vez pensé en sumarme a ellos. Pero no lo hice, porque sabía qué traía en la mochila y contenida con cadenas: una rabia monstruosa. Habría terminado dejando para una silla de ruedas a alguno de esos guerreros falsificados, con lo que hubiera dinamitado el precario equilibrio, el hipócrita apoyo que los gobiernos europeos de cualquier parte les daban; siempre teniéndolos bajo la lupa de sus servicios de inteligencia.

Había tanta gente que salí a la calle, con mi vino, a fumar un cigarrillo, y quedé entre dos grupos que hablaban afuera, tal vez porque los de adentro eran poco para ellos.

En uno de los grupos discutían sobre el Mundial de Fútbol, que al año siguiente se jugaría en Argentina. Discutían «a la argentina»: con pasión y rabia, como si se estuvieran jugando una final. Así escuché que uno aseguraba que los Montoneros habían negociado con el gobierno de Videla una amnistía para los presos y fugitivos a cambio de no torpedearles el mundial. Su afirmación por poco provoca que le peguen. La mayoría estaba por el boicot, de todas las maneras posibles, y deliraban hasta con secuestrar al rey de España para impedir que se celebrara el mundial. En el medio del grupo, una guacha con buenas tetas no se cansaba de repetir que a ella el fútbol ni le iba ni le venía, porque era cosa de machistas tarados.

Suficiente para mí, que podía disfrutar de un buen partido así lo jugara la selección mundial de verdugos. A esa distancia, geográfica y temporal, discutir un mundial de fútbol era una payasada.

El otro grupo era más interesante. Le di un sorbo al matarratas que pasaba por vino y me arrimé un paso, porque no se cuidaban de hablar casi a los gritos y había mucha tensión.

Enseguida pesqué por dónde iban.

—¡Con Alejandro no se puede contar para nada! ¡Se borró, y que se vaya a la mierda! —enfatizaba una flaca de pelo muy corto.

—Pero, Carolina… —argumentó un flaco que parecía estar pidiendo perdón—. Acá la estaba pasando muy mal. Consiguió trabajo en Galicia y no podía elegir. Tiene que mantener tres pibes…

—¡Y desde cuándo los hijos son una excusa para no militar! —dijo la llamada Carolina.

—Lo que pasa es que se quiere integrar —agregó en su apoyo un barbudo muy joven, con venenosa acidez—, no quiere ser un exiliado. Como el padre era español, quiere hacerse español. Es un quebrado.

Ya había escuchado suficientes veces ese argumento, que me ponía de muy mal humor. Si alguno se buscaba la vida con un trabajo normal caía bajo sospecha. Lo que siempre me llevaba a la misma pregunta: ¿Quiénes eran esos mierdas para enjuiciar a nadie? ¿En qué campo de combate se habían ganado ese derecho?

Estaba por irme, antes de mandarlos al carajo, cuando escuché la palabra suicidio, y paré la oreja.

—Por qué no nos centramos en el caso de Mariana. El compañero se suicidó en Rawson por su culpa.

Rawson. El penal de Rawson estaba lejos de todo, en la Patagonia. De allí, durante la dictadura anterior, se habían fugado un grupo de compañeros. Algunos alcanzaron a subir al avión de línea que había sido copado y los esperaba en pista. Los otros no llegaron a tiempo y se entregaron en el aeropuerto; para que luego los asesinaran en la base naval cercana aplicándoles la «ley de fuga».

—A Mariana hay que cerrarle todas las puertas, por hija de puta —afirmó la tal Carolina, tajante.

Entonces la que habló fue una petiza gordita, con una determinación que me dijo quién era el polo opuesto a Carolina:

—Yo no le voy a cerrar las puertas un carajo. Hablé con Mariana y me lo contó llorando a gritos. ¿O vamos a creer que no hay hijos

de puta entre nosotros? Cuando llegó a París con su nena, el compañero que le tenía que dar una ayuda, algo de guita, se la quiso coger de prepotencia. Su único error fue contárselo a él en una carta, que lo estaba pasando muy mal en Rawson.

—¿Solo eso? —preguntó retóricamente el barbudo.

Los otros, tres o cuatro, asistían en silencio, sin animarse a abrir la boca.

—Sí… ¿Te parece mal? —dijo la petiza—. Al que habría que hacer un juicio no es a Mariana, sino al hijo de puta de París.

—Te estás olvidando que antes le había escrito a su compañero para decirle que se separaba, que tenía derecho a rehacer su vida —señaló el barbudo.

—¡Rehacer su vida! ¡Flor de puta traidora, tu Mariana! —gritó Carolina a la cara de la otra.

—¿Y qué querés que haga, que lo espere treinta años?

—¡Si es necesario sí, que lo espere treinta años! ¿Acaso vos no leíste Moral y proletarización? —Para Carolina no había medias tintas—. Cuando un compañero cae el otro le debe fidelidad. Somos revolucionarios, no burgueses decadentes.

—¡Me importa una mierda lo que dijera Moral y proletarización! Yo no voy a dejar que Mariana y su nena se mueran de hambre. No se merece que la traten como a una traidora, cuando encima su marido acaba de suicidarse —afirmó, contundente, la petiza gordita.

—Que se haga puta. Si al fin y al cabo se portó como una puta —remachó el barbudo, con una aprobación vehemente de la flaca Carolina.

Mi dedo del gatillo se había cerrado involuntariamente, estrujando el vaso de papel, y algo de vino me cayó sobre los pantalones. Por una fracción de segundo había visto cómo borraba la cara del barbudo de un escopetazo.

Tiré el vaso a la mierda y empecé a caminar. El comienzo de la primavera ya se podía oler en el aire y yo ya estaba harto del frío, tal vez por eso se me escapó una sonrisa al recordar el Proletol.

Cuando nos llegó el famoso Moral y proletarización, con Jorge lo tomamos en broma y lo bautizamos Proletol, porque como en esas medicinas ilusorias de los charlatanes de feria, curaba todos los males de la moral proletaria y revolucionaria. Solo que atrasaba por

lo menos en un siglo: monogamia, fidelidad, entrega, el Partido como una profecía revelada… Mierda sobre mierda que ahora estos idiotas tomaban como la Biblia, como el Libro Rojo de Mao, para juzgar a esa Mariana, que no conocía, pero que ya tenía suficiente con que su pareja se hubiera suicidado en la cárcel.

Nos estábamos volviendo locos. Tenía que poner distancia, o terminaría como ellos.

Al hombre lo alcancé cerca de la esquina, y a pesar de la noche lo reconocí enseguida. Era un viejo y conocido actor de reparto, argentino, que había estado en el secretariado del sindicato de actores, hasta que empezaron a matarlos por zurdos.

Me acerqué, porque se apoyaba en la pared para no caerse, totalmente borracho.

—¿Te puedo acompañar a alguna parte, viejo? —dije tomándolo de un brazo.

Me miró con un esfuerzo para enderezar los ojos, y luego se rio, con esa risa tan suya, ronca como tos de perro, que le había ganado hacer siempre papeles de hombre malo:

—¿Y dónde queda para vos alguna parte, compañero? No hay ninguna parte, gaucho. Ya no hay ninguna parte… nos la robaron, gaucho. Dejame, nomás… que para llegar a ninguna parte me las arreglo solo, gaucho.

Y lo dejé, para seguir mi camino. Algún tiempo más tarde supe que había muerto, decían que de tristeza, ahogando su exilio, su falta de país en vino.

Tenía que hablar con Tato, porque ya se me había ocurrido que en Barcelona podía «hacerme catalán» y darle el esquinazo a toda esa mezcla de locos y militantes que me ponían muy violento. ¿Por qué? Porque yo tampoco estaba cuerdo, y arrastraba reflejos, patrones de conducta de un tiempo del que no podía o no quería desprenderme. No era una casualidad que, al escuchar a ese grupo que juzgaba a una pobre mina, me hubiera preguntado. ¿En qué campo de combate se habían ganado el derecho de juzgar a nadie?

Para mí, todavía, a miles de kilómetros de donde se mataba y moría, seguía pesando el axioma de que solo el que se hubiera jugado la vida más de una vez, y siguiera adelante, tenía derecho a abrir la boca, y que yo le reconociera derecho de opinión. Los otros, los no combatientes, eran militantes de segunda o de tercera;

personas de segunda o de tercera, sin derecho a abrir la boca.

CAPÍTULO DIECISIETE

El encuentro con el Flaquito, con Miguel, junto a la orilla del lago, me había dejado más preguntas que respuestas. Pero no podía forzar la mano. Para Miguel tenía que haber sido una decisión muy difícil acceder a encontrarse conmigo.

No me había animado a preguntar más. Se me había hecho evidente que la presencia del nieto pescando, y su insistencia en pasear en acuaciclo, le habían dado la excusa para postergar el resto de lo que tuviera que contarme para otro momento.

Por eso había jugado mi carta más audaz, decirle dónde me podía encontrar y el teléfono. Tenía que jugar con las cartas abiertas sobre la mesa, y pocas, o ninguna en la manga.

Pero tenía trabajo: Encontrar, seguir el rastro posible de la Rusa y del Tarta.

Lo que me había contado Miguel había plantado una sospecha en mi cabeza. ¿No sería en el edificio de Suipacha donde estaba Atlas. Export & Import, donde había visto entrar a la Rusa? Y si era así, ¿que impedía que René, fuera quien fuese, tuviera otra oficina allí, desde la que me estaban vigilando?

En mi ordenador, desde que me habían llegado los mensajes de thedead y René, había estado acumulando todos los link y copiado casi todas las páginas donde aparecían listas de desaparecidos o asesinados por la dictadura. Un cúmulo de información, muchas veces repetida, que había leído por arriba y que tendría que observar con lupa.

Estuve todo un día encerrado en el hotel, revisando minuciosamente cada uno de los documentos, que eran varios cientos. En calzoncillos y con una bolsa de plástico llena de cubitos de hielo sobre la rodilla, porque la rodilla me seguía molestando. Buscaba el rastro de un fantasma llamado Ana Vieliwsky, la Rusa.

Si buscaba una sombra, tenía que aparecer en lo tangencial de

los relatos testimoniales. Allí donde se nombraba a compañeros que se habían pasado al otro bando, separando lo que me imaginaba de lo que se decía, y no era tarea fácil.

Fue por la noche, cuando bajé a la calle en busca de un poco de aire y una cena decente para embucharme tres o cuatro aspirinas, porque se me partía la cabeza, cuando se me ocurrió pasar por la recepción para preguntar si había tenido alguna llamada.

Eran dos. Una, de un tal Miguel, que me dejaba saludos y prometía llamarme pronto, que me tranquilizó. Estaba seguro de que el Flaquito comprobaría si yo no le había mentido en la dirección y el teléfono.

La otra llamada era de la secretaria de Carlos Pérez Urrieta, el de la banca suiza, diciéndome que tenía una cita para el día siguiente, a las 11.45, y que si no podía concurrir se lo informara para cambiar el día.

Me hice anunciar como Juan Hirám Gutiérrez, y luego de un momento de espera, la secretaria me hizo pasar al despacho de Pérez Urrieta.

Me sorprendió que no estuviera solo. Ocupaba una silla junto a su sillón, en el que se sentaba un hombre muy mayor cuya cara me resultó conocida sin saber de dónde.

—Señor Gutiérrez —comenzó Pérez Urrieta—, hemos estudiado su caso y recibido la autorización para darle cierta información que tal vez aclare sus dudas. Con el señor —dijo con un gesto hacia el del sillón— se conocieron hace años, y creemos que nadie mejor que él para contarle ciertas cosas.

—Ha pasado mucho tiempo y me costaría reconocer su cara, porque aquella vez eran varios los firmantes, y si no recuerdo mal, había un par de mujeres —dijo el viejo, y me cayó la ficha.

Era el que habíamos conocido como señor Regules cuando firmamos por un depósito en común.

—Es cierto —admití—, estoy bastante más viejo.

—Y yo —dijo Regules— retirado de la actividad. Pero en la banca uno nunca termina de retirarse, y cuando lo requieren acude. Ya se imaginará que no todo se pone por escrito, y que la confidencialidad va acompañada de la inevitable fidelidad hacia la empresa.

—Como en las películas de la mafia… —Acoté sonriendo, para

intentar un cierto aproximamiento a favor del humor.

Inesperadamente, mientras el más joven fruncía el ceño, la cara de Regules se abrió en una amplia sonrisa:

—No sé qué películas habrá visto usted, Gutiérrez, pero en las que tengo vistas siempre hay montones de mujeres muy bellas y bien dispuestas. En la banca, se lo puedo asegurar, si existen nunca me tocó verlas; al menos en el trabajo. Somos más bien como monjes con voto de abstinencia y secreto confesional.

—Lo entiendo. Creo que siempre es bueno separar el trabajo de las fiestas, o todo termina confundiéndose, y para ustedes sería muy mal negocio.

—Para nosotros y para todos —dijo—. Ahora bien, me han sacado de mi aburrimiento ante el televisor para que le informe de un par de cosas que hacen a sus intereses.

—Nos gustaría dejar en claro algo —dijo Pérez Urrieta, con un cabeceo como de pedir permiso a Regules para hablar—. En los últimos años han cambiado algunas leyes, y el secreto bancario se ha vuelto muy frágil. Por eso debe interpretar este encuentro con el señor Regules como un acto de confianza, que esperamos tenga su contrapartida. Usted no nos preguntará sobre las fuentes de nuestra información, y nosotros no le preguntaremos, por ejemplo, por qué figura en su hotel como Carlos Meléndez.

—Vale.

—¿Vale?

—Quiero decir que estoy de acuerdo. «Vale» es un modismo que se me pegó en España.

—Bien… —dijo entonces Regules, que tal vez se sentía feliz de haber salido por un rato de su retiro—. Primero tengo que decirle que, de todos los que participaron del contrato por la cuenta, usted es el único que está vivo. O sea que puede retirar el depósito, más, lógicamente, los intereses acumulados cuando lo desee. Eso sí, no será nunca como ustedes lo trajeron, en dólares cash y en una maleta. Desde aquí solo podemos garantizarle una transferencia bancaria o un cheque al portador o a su nombre para que lo deposite donde quiera. Cosa que no le aconsejo porque un talón por una cifra como esa siempre da pie a problemas.

Me quedé perplejo. Todo iba demasiado rápido.

—Señor Regules, si me transfieren esa suma a mi cuenta

bancaria de España, el estado, Hacienda, me va a meter, con perdón de la palabra, inspectores hasta adentro del culo para saber de dónde saqué tanta plata.

—Eso es cierto… Sucede en cualquier país civilizado. Pero no voy a robar su tiempo explicándole todas las opciones posibles. Aquí, el señor Pérez Urrieta puede sugerirle algunas vías en uso. La única posibilidad que tiene de recibir todo el dinero en cash y llevárselo en una mochila es acudiendo a nuestra sede central en Zúrich. Pero no se lo aconsejo, porque si estoy aquí es para contarle algo que sucedió durante su prolongada ausencia.

—Soy todo oídos…

—Mejor… porque me han informado que alguien que usted desconoce se le ha puesto en contacto, y por ese lado yo diría que se avizora una tormenta.

Regules apoyó los codos sobre el escritorio, hizo un momento de silencio y luego dijo a su colega Pérez Urrieta:

—Al señor y a mí nos vendría bien un café… dentro de quince minutos. ¿Se podría hacer cargo usted de eso?

Y el otro entendió, tan bien como yo, que debía desaparecer de escena esos quince minutos.

Cuando dejó el despacho por la puerta lateral, Regules fue al grano:

—Dos años después de haber hecho aquel depósito ya habíamos sido informados de la muerte de varios de los firmantes. Pero la apertura de la cuenta no había permanecido en secreto. No le voy a contar a usted que eran tiempos difíciles y que la gente desaparecía, era secuestrada y sufría torturas que es mejor no imaginar. Pues bien, alguien de su grupo se fue de boca, y otros creyeron que podían chantajear o apretar a un banco suizo. Error, eso solo es posible en el cine.

—¿Qué pasó?

—¿Recuerda que ustedes tenían la recomendación de usar el ascensor «F»?

—Sí, claro… usted nos aclaró que la guardia de seguridad del edificio no tenía control sobre ese ascensor, solo ustedes. Y también recuerdo que hizo, como ahora, un chiste sobre el cine norteamericano y la imposibilidad de robar un banco suizo. Si no recuerdo mal, era que en los otros ascensores la guardia podía

detectar si subía gente armada, pero no en el ascensor «F».

—Correcto. Eso fue lo que dije. Pero era una verdad a medias. Lo que no les dije era que nuestro ascensor es como el arco de seguridad de un aeropuerto. Podemos ver quién lo usa y detectar si está armado.

—¿O sea que nosotros…?

—También correcto. Usted y una de sus compañeras estaban armados.

—¿Yo? Me está confundiendo, porque ese día me sentía desnudo sin armas.

—Sí, sí… es posible que lo confunda con algún otro. Pero en esa visita no era de nuestra incumbencia si llevaban armas o no. El problema lo tuvimos dos años más tarde.

—¿Qué pasó?

—Que algunos se llevaron un chasco. Supongo que alguien de los que abrió la cuenta les informó que el ascensor «F» era el indicado para subir sin problemas. Eran un grupo de cinco. Cuatro hombres y una mujer, que venían armados hasta los dientes.

—¿…?

—Detuvimos el ascensor entre dos plantas e hicimos las llamadas que teníamos que hacer. Eran tiempos revueltos y un banco siempre tiene las mejores relaciones posibles, y lo más alto que pueda alcanzar. No solo ustedes abrían una cuenta en Suiza. Cuando, un buen rato más tarde, descendimos el ascensor hasta la planta baja, había un enjambre de gente armada esperándolos. Uniformados y no uniformados. Por supuesto, se entregaron de inmediato, incluso mostrando credenciales oficiales, pero después de quitarles las armas los empujaron a patadas y cachiporrazos hacia la calle, y se los llevaron con rumbo desconocido.

—¿No pudo saber quiénes eran?

—Tiempo al tiempo… Esa misma noche recibí una llamada telefónica en mi casa. ¿Me explico? En mi propia casa. Y alguien que no se identificó me dijo que al día siguiente iba a recibir la visita del señor García García, para hablar conmigo de lo que había sucedido.

—¿García García? Parece un chiste.

—Sí, tenían un sentido del humor algo primario. Podrían haber dicho Smith Smith, que hubiera sido lo mismo. La cosa es que, al

otro día, vino García García. No debía de tener cuarenta años, y se lo veía incómodo en un traje de civil. ¿Me va siguiendo?

—Atentamente…

—Bien… el grupo del ascensor se les había desmandado.

Tal vez porque tenían permiso tácito para hacer negocios particulares y derecho de saqueo; al menos eso era lo que se sabía en ciertos círculos. Que los cinco hombres de ese grupo eran personal civil contratado por las Fuerzas Armadas, dijo, y a veces se les iban de las manos.

—¿Usted no me dijo que eran cuatro hombres y una mujer?

—Correcto, eso es lo que le dije también a García García, que me contestó que no había ninguna mujer en ese grupo. Así que me apresuré a aceptar su versión oficial, y me propuse pensar que la mujer que habíamos visto era una ilusión óptica.

—¿Por qué tenían que ocultar la participación de la mujer? ¿A quién estaban encubriendo?

—Gutiérrez, eso me parece de poca importancia. Lo que me incumbe es que García García dijo, claramente, que un grupo de guerrilleros había abierto una cuenta muy gorda en nuestro banco, y que debíamos restituirla a quienes representaba el señor García García. Con los dos o tres nombres que me dio tuve claro que se trataba de ustedes; uno no entrena la memoria en vano. Y agregó, como si pudiera caber alguna duda, que el grupo que se les había desmandado iba detrás de lo mismo, pero que la reclamación oficial era la suya.

—Hijos de puta…

—Yo también pensé en sus madres, especialmente cuando García García me demostró que no solo sabía dónde yo vivía, sino de la existencia de mis dos hijos, y que el mundo estaba en guerra, y que mis hijos corrían peligro si no tomaba en cuenta sus consejos.

—Lo amenazaron de muerte, entonces. ¿Por qué no les dio lo que pedían?

—Porque un banco como el nuestro no tolera amenazas de ninguna clase, ni se deja extorsionar. Una semana después ya no estaba en mi casa. La cerramos y con toda mi familia tuve que viajar a Suiza. Por supuesto, a los pocos días reventaron la puerta y se llevaron todo, hasta los clavos de donde colgaban los cuadros.

—Lo lamento…

—Son gajes del oficio, no lo lamente, fui compensado por la empresa. El siguiente destino que me asignaron, para que mi pase no fuera traumático, fue Madrid. ¡Mire qué sorpresa, si nos hubiéramos encontrado por casualidad en Madrid!

—Creo que por esa época yo ya estaba cambiando hacia Barcelona, pero…

—No se preocupe. Que nos hubiéramos encontrado hubiera sido una coincidencia propia de una mala novela de intrigas. Estoy seguro de que no frecuentábamos los mismos círculos.

En ese momento tenía unas ganas de fumar que estaba a punto de reventar, y Regules pareció adivinarlo:

—Esta nueva generación, como el chico que ahora vendrá con los cafés, no aprecia el tabaco, y me muero por fumar un cigarrillo. Si a usted le pasa lo mismo, por los detalles para mover el dinero que necesita mejor arregle una cita con Pérez Urrieta para otro día; y todos salimos ganando.

Supongo que en ese momento se acababan de cumplir los quince minutos porque el lechuguino Pérez Urrieta cruzó la puerta, acompañado de una asistente que llevaba la bandeja y los cafés.

No me quedé a tomar el café. Y hasta creo que fue un alivio para Pérez Urrieta que pretextara no recuerdo qué, acordando una nueva cita, y que me despidiera del señor Regules agradeciéndole lo que había hecho por mí y deseándole mucha suerte.

CAPÍTULO DIECIOCHO

—Lito… ¿vos me estás adivinando el pensamiento o qué? —dijo Tato, cuando le comenté mi idea de cambiar de aire, por ejemplo a Barcelona—. De eso mismo te quería hablar, pero me costaba porque por ahí nos va para el carajo, y acá, mal que mal, vamos tirando. Pero, por otro lado, antes de que nos demos cuenta será verano, y en este país todo el mundo se toma vacaciones, con lo que el laburo puede caer hasta bajo cero.

—¿Se te ocurrió algo para Barcelona?

—Mirá, son dos cosas las que salieron. Una bastante segura, y la otra que andá a saber cómo funciona.

—Contame —dije tendiéndole el paquete de cigarrillos.

Por ese día habíamos terminado la jornada de pintura en un chalet de las afueras y, así como estábamos, enchastrados, nos tomábamos una cerveza en la terraza de un bar o casa de té, al que concurrían viejas muy bien vestidas, y madres jóvenes que disfrutaban un rato de soltería y boludeces, después del trabajo. La primavera es una estación difícil, especialmente para la fidelidad. Las mujeres empiezan a mostrarse y se abre el tiempo de celo y caza libre.

Tato tenía la teoría, comprobada una y otra vez, de que a esas minas les calentaban la cabeza los «paletas», los albañiles; tal vez porque nos veían como tipos de pelo en pecho y poca barriga, lo contrario de sus maridos. Tipos poco educados, brutos, que podían cogerlas hasta hacerlas gritar pidiendo basta.

Bueno, tengo que confesar que la fantasía al revés también funcionaba. Las veía con sus vestidos ligeros, cortos, boquitas pintadas y sus gestos de pose y no podía evitar imaginarme llenándoles la cara de leche, después de haberles dado por el culo sin piedad. Supongo que era una variante de la tradicional lucha de clases que Marx no se animó a escribir porque lo hubieran linchado.

—Nos salió un contacto en Barcelona para insonorizar un boliche inmenso, en el que se van a gastar una plata que no te podés imaginar —dijo, insinuándole un beso a una morenita que estaba con tres amigas, que enseguida se pusieron a cotorrear—. Lito, esto es una verdad grande como una casa, tenés que ser paleta para ligar conchuditas como estas. ¿Por dónde iba? Ah, sí… Un tipo que conocí en la disco de aquella uruguaya, ¿te acordás que te conté, de la bareta, cuando viajaba cada noche a Barcelona? Bueno, el tipo ese, no sé cómo hizo, porque era un tirado que menudeaba pastillas, se fue para arriba como pedo de buzo, y ahora tiene una constructora y un alto cargo en la Generalitat. O sea que roba a cuatro manos.

—¿Y qué? ¿Te lo encontraste atrás de un árbol?

—Parecido, casi choco con él en una esquina, y cuando me bajé del auto para cagarlo a trompadas, porque si te choca un Mercedes como ese, merece que lo cagues a trompadas, nos reconocimos, y se hizo cargo del choque, porque tiene uno de esos seguros que te pagan hasta por estornudar. La cuestión es que al rato estábamos tomando una cerveza, y cuando se enteró de que me la rebuscaba en la construcción, me propuso lo de Barcelona.

—Concretamente: qué hay que hacer. Porque si tenés laburo para uno solo yo no quiero colgarme como mochila de plomo.

—Sos más boludo que las palomas, Lito. ¿No te acabo de decir que «nos salió» un laburo en Barcelona? Tengo que reconocer que a veces sos medio vago para trabajar, pero con vos me lo paso de puta madre, y en este asunto hay laburo para varios meses, y buena guita.

—Entonces dale, nos vamos para Barcelona… y te perdono eso de que soy un vago. ¿Qué tenemos que hacer?

—Ya te dije que son dos cosas. La segura es el boliche que hay que insonorizar. Me subcontrata la insonorización, y voy a tener que tomar alguna gente más, porque vos y yo solos no vamos a poder. No sé cuánta mosca se piensa llevar él, porque se coge un avestruz a la carrera, pero para nosotros será el doble o el triple de lo que podemos ganar acá. Además me deja las compras de materiales, y en eso siempre hay mordida. Según me dijo, unos inversores bolivianos o colombianos compraron un local inmenso en el centro de Barcelona, y quieren montar bar, restaurante y hasta

una «disco» para parejas, todo en uno, ¿me entendés? Nada de multitudes. Lupara, se va a llamar. Y para que el ruido no joda a los vecinos y les den la autorización, tienen que meter veinte centímetros de lana de vidrio y tabique de yeso en las paredes, en el techo, y me parece que hasta en el suelo. El local tiene veinte metros de frente por cuarenta de fondo, ¿te das cuenta de que les va a salir una fortuna y que si lo hacemos bien nos forramos?

—¿Se va a llamar Lupara? Para ser coherentes tendrían que ser mafiosos italianos, no colombianos…, que seguro que están blanqueando guita de la droga.

—Y a vos eso te jode en tus principios ¿no? —dijo, mirándome con preocupación.

—Tato, mi viejo marinero, me parece que vos crees que soy más boludo de lo que soy. Me importa un carajo de dónde venga la guita, mientras paguen religiosamente. Para eso está la policía, si no la tienen comprada. Lo del boliche ya lo tengo claro. Ahora contame cuál es la otra milonga, la que ves dudosa.

—Vamos por partes, dijo el descuartizador. Al tipo yo lo conocía como Jordi, y así se llama, Jordi Vázquez i Vendrell, con lo que es suficientemente catalán como para ser funcionario de la Generalitat, porque ese es un feudo que se tienen reservado. Y los catalanes, hay que reconocerlo, son una luz para los negocios, ya vengan por derecha o por izquierda. Bueno, Jordi me contó que, entre otros asuntos, tiene montada una agencia de publicidad. Por ahora, con una secretaria y un diseñador gráfico, porque se dedican a los pequeños clientes y la publicidad callejera. Pero eso es por ahora…

—¿Ahí, nosotros qué pito tocamos? ¿Salimos a pegar los afiches?

—Esperá, no te apures… El año que viene hay elecciones en Cataluña, y Jordi está seguro de que si no se queda con la campaña para toda Cataluña, por lo menos se queda con la de Barcelona, y eso es un montón de guita. Por supuesto, cuando me dijo eso, se me prendió la lamparita, y le dije que tenía al hombre indicado para esa campaña, un argentino exiliado por la dictadura que había sido, allá, un gran creativo publicitario con mucha experiencia en campañas políticas. Un genio de la publicidad, que en España todavía no había enganchado trabajo en lo suyo, porque le querían hacer pagar derecho de piso cobrando una miseria, y el hombre no está dispuesto a vender su prestigio.

—¿Y a ese de dónde lo sacaste?

—¿Cómo de dónde lo saqué? Sos vos, tarado. Supongo que con tanto andar en la política habrás aprendido algo más que pegar tiros ¿no?

Me quedé con la boca abierta:

—¡Le enroscaste la víbora! —Se me escapó.

—Lito… escúchame. ¿Somos argentinos o no somos argentinos? ¿Dónde viste un argentino que no sea un encantador de serpientes? Pero, además, te digo… vas a hacer capote en ese laburo. Vos no te das cuenta, pero sabés de política más que todos los gallegos juntos.

Su afirmación me pareció tan disparatada que no pude contener una carcajada y, ya que estaba, y las minas de la otra mesa nos observaban, les dediqué un guiño al montón. A veces, como en ese momento, se me contagiaba la cara dura de Tato «el Podrido», y me sentía libre y feliz.

—De acuerdo, Tato. ¿Y a quién le vamos a hacer la campaña?

—Yo qué sé. ¿A vos eso te preocupa?

—¿Te contesto con una historia, que parece que fue cierta?

—Dale…

—Resulta que un periodista tiene una entrevista con el director de un diario, porque el diario buscaba un editorialista. Ya sabés que es la nota de opinión del diario sobre los hechos más importantes, y eso no es moco de pavo. Entonces el director le dice que sus antecedentes son de primera, pero que a los rengos hay que verlos caminar, para descubrir si cojean. Y le propone una prueba. Le da veinte minutos para que le escriba una editorial sobre Dios. Entonces el periodista le contesta al toque: ¿A favor o en contra? Con lo que el director sonrió satisfecho y le dijo: ya está, lo contrato, venga a trabajar mañana.

—¡Grande, Lito, grande! Vamos a ganar por goleada. ¿Sabés qué voy a hacer ahora mismo?

—Te vas a tomar otra cerveza.

—No, voy a llamar a dos pibes que otras veces laburaron para mí, para sacarnos de encima lo antes posible la pintura del chalet, y después me piro para Barcelona para asegurar el negocio y alquilar un bulín donde podamos vivir. ¿Qué te parece?

—De puta madre.

—Y ahora, para festejar, te invito a un bodegón donde hacen

unas milanesas con papas fritas que se te caen las lágrimas.

Pagamos, dejando una propina adecuada a lo que me sentía, un ganador de primera línea, y Tato la remató arrojando un par de besitos hacia la mesa de las amigas, que rieron cortadas, tal vez porque nos íbamos.

—Esta noche los maridos de estas minas seguro que cogen —dijo Tato.

—Lo que no van a saber es con quién sueñan ellas que están cogiendo —agregué.

—¿Y con quién va a ser? ¡Con mua! —dijo Tato abrazándose como su mejor amigo.

—Son un guacho egoísta que solo piensa en vos.

Tato se detuvo de golpe:

—¿Vos pensás que alguna de estas se va a hacer la cabeza con un doblete? —dijo, señalándonos con el dedo—. ¡Lito, sos más degenerado que yo!

Y largamos la carcajada, tal vez sin razón, tal vez por la aventura que nos esperaba, pero reímos hasta las lágrimas.

Al fin, cuando liquidamos el chalet, Tato partió hacia Barcelona, y yo tuve unos días libres de trabajo, que aproveché para conseguir algunos libros, porque de verdad me preocupaba ese asunto de la agencia de publicidad. Necesitaba proveerme de algún libreto que me permitiera mentir con cierta seguridad.

Recorriendo librerías me hice de varios libros de técnicas publicitarias. La mayoría se centraban en las grandes campañas, las más originales de la historia de la publicidad y las anécdotas de los creativos con más imaginación. Ya tenía de dónde robar ideas.

En cuanto me puse a la lectura tuve que reconocer que en la guerrilla éramos unos ignorantes principistas que pensaban que con la verdad en la mano se podía vencer. De todas maneras, de mis lecturas de viejos tiempos, pude rescatar dos libros en librerías de usados. Uno era El arte de la guerra del chino Sun Tzu, que alguna vez me había hecho pensar que una campaña política, de las de los partidos «burgueses», se parecía mucho a una guerra. El otro, que cuando lo leí me puso de muy mala leche, porque no quería aceptar lo que estaba entendiendo, fue El príncipe, de Maquiavelo, en una

edición comentada por Napoleón Bonaparte.

No me sorprendió que, al volver a leerlos, me diera cuenta de que cuando era otro había sido incapaz de entender la sabiduría de esos dos tipos, que hablaban de la política y de la guerra tal como eran, no como yo quería que fueran.

CAPÍTULO DIECINUEVE

En los días de espera del nuevo contacto con Miguel, decidí volver a la oficina de Suipacha. Había pasado el tiempo suficiente y había cambiado mi apariencia, como para que no me comiera una sorpresa por el tiroteo del Santander.

Otra vez, y en esa no tuve ninguna duda de que no era una alucinación de mi memoria, flotaba en el aire el perfume de Silvia. Incienso, naranja y pachulí.

Tenía la sospecha, más, la convicción, de que me estaban vigilando y que escondida en alguna parte había una cámara de video, o por lo menos algún micrófono.

Como buscarlos directamente me habría puesto en evidencia, agarré la escoba que había visto en el baño y me puse a barrer la oficina, a sacar el polvo incluso del escritorio, los muebles y los armarios de adelante. Lo hice todo con meticulosidad de vieja obsesiva, al tiempo que buscaba algo que no sabía qué forma podía tener.

Cuando revolví y reordené los elementos de limpieza, trapos y bolsas de basura que estaban debajo de la kichinet, vi la sopapa que había usado para levantar el piso del armario y caí en la cuenta. Era nueva. Si hubiera tenido los años que aparentaba haber estado cerrada la oficina, la goma estaría endurecida, cuarteada, y no me habría servido para nada.

René estaba jugando al gato y el ratón conmigo. Y no era por la recuperación de la cuenta suiza solamente, había algo más; algo que olía a odio mal digerido.

Terminé de limpiar sin haber visto nada que se pareciera a una cámara o micrófonos. Entonces, actuando vaya a saber si para alguien, busqué en el escritorio de adelante hasta dar con un cuaderno con pocas hojas usadas y me puse a repasar las facturas y movimientos de uno de los biblioratos allí acumulados.

Era una puesta en escena que completé trabajando durante una hora en la copia de datos que no era capaz de entender. Con el limpiador de suelos que le había pasado a todo, olía a pino falso, pero sin poder tapar ese recuerdo de olor viejo, como de rata muerta, que le habían dejado los años de estar todo cerrado.

Luego hice lo que tenía que hacer. Había llevado conmigo el pequeño set de coser que los hoteles ponen a disposición del cliente. Para emparchar mi vida era insuficiente, pero no para lo que quería hacer.

Había repensado una y otra vez los movimientos para que pasara desapercibido que, cuando cerré de afuera, el trocito de hilo, casi invisible, quedaba apretado entre el marco y la puerta. Si alguien entraba a la oficina, cuando volviera, el hilo ya no estaría en su lugar.

Me propuse que cada mañana me daría una vuelta para comprobarlo, pero un mensaje de René en Facebook me cambió los planes para el día siguiente, y tuve que abrir el fondo de la heladera del hotel para recuperar el smithy.

René me había dado una cita, con hora precisa, en la esquina de la casa del Pocho, en mi viejo barrio El Mondongo.

Desde muchos metros antes advertí que ante la casa del Pocho había una concentración inusual de gente. Como en los velorios, había mujeres con los ojos enrojecidos y pañuelos en la mano y hombres que fumaban en la calle. Esperaban algo.

Habían pasado demasiados años para que algún conocido de mi infancia me reconociera. Encendí un cigarrillo, compuse cara de circunstancias y me arrimé lo justo para ser uno más y oír qué comentaban. Alguien había muerto en esa casa, y esperaba, deseaba, que no fuera el Pocho.

Era.

Detrás del furgón que transportaría el féretro al cementerio, donde en letras de latón dorado se podía leer Carlos Meléndez, se estacionaron tres coches negros, destinados a los familiares. Y minutos más tarde salió de la casa un cortejo portando el cajón.

Fue entonces cuando afloró una rabia llena de desconcierto, las voces se hicieron más altas y me enteré de cómo había muerto. Eso y empezar a mirar con otros ojos a los asistentes fue todo uno, porque era seguro que entre ellos se escondía algún policía.

Hacía años que los hermanos del Pocho, después de la muerte de la madre, lo habían internado en una institución para discapacitados. Años que, lo podía imaginar, había vegetado entre una visita y otra, mirando pasar los días, mientras le corría la baba por la cara y, tal vez, alguna asistente se la enjugaba.

Hasta que cinco días antes de ese, al que concurría por una cita de René, dos ladrones había irrumpido en el hospicio.

Dos ladrones que se llevaron el poco dinero que tenían para gastos menores, y habían fusilado a balazos al Pocho en su silla de ruedas.

—Pobre Pocho… —murmuró uno, cuando se ponía en marcha la procesión fúnebre—. ¡Si nunca le hizo mal a nadie! ¡De eso me acuerdo desde chico!

—Para mí que fue una venganza —dijo otro, aceptando una hojas que repartía un pibe entre los presentes—. Pero esos hijos de putas se equivocaron de hombre, porque el Pocho… ¡por favor!

El repartidor puso las hojas en mi mano y aproveché un grupo de mujeres que se retiraban para colarme a sus espaldas, como si fuera con ellas. Si había policías en ese funeral, y tenía que haberlos por fuerza, un hombre solo se les haría demasiado visible.

El mensaje de René, el bueno, no el de Facebook, era claro y expeditivo: habían matado al original de mi identidad paralela. Habían sido ellos. Ningún ladrón es tan estúpido como para quemar a balazos a un paralítico babeante que llevaba años en un asilo.

Me despegué de las mujeres abriendo las hojas que me habían dado. Era un diarito de barrio, La voz del Mondongo, con publicidad de los comerciantes y notas sobre la historia local, sus personajes, una entrevista a un destacado jugador de fútbol que había sido mi vecino de banco en la escuela, y una larga, detallada nota, sobre el crimen del Pocho.

A lo que había sabido un momento antes, agregaba que los dos tipos, según las cámaras de seguridad disfrazados con pelucas, barbas y bigotes postizos, entraron directamente a punta de pistola, preguntando y ubicando al Pocho. Lo cagaron a balazos delante de los otros internados mientras proclamaban a los gritos: «¡Así terminan todos los traidores!».

Así terminan los traidores.

No pude apartar la frase de mi cabeza en todo el viaje de regreso

a Buenos Aires. ¿Qué querían decir? ¿De qué me estaban acusando? Me quedaba claro que con el asesinato del Pocho mis documentos de identidad eran papel mojado, si alguien me denunciaba por usurpación de identidad. Pero habían tenido cinco días para hacerlo y no lo habían hecho. ¿Se guardaban esa carta y seguía el juego del gato con el ratón?

Instintivamente busqué la culata del smithy, para arrepentirme enseguida y espiar de costado si mi compañero de asiento en el bus en que volvía a Buenos Aires había visto el movimiento. Pero el tipo dormía.

Con el asesinato del Pocho, René había aumentado la apuesta, y ya me importaba un carajo la cuenta suiza. Si era por mí, Regules y el otro podían tirar toda la guita por la ventana. Ahora en lo único que pensaba era en matar a René, ya fuera uno, una o media docena de hijos de puta. Si eran todos hombres, y podía agarrarlos por separado, el primer plomo de .38 se lo iban a comer en los huevos, para que antes de morir tuvieran conciencia de que los había castrado.

CAPÍTULO VEINTE

El día posterior al entierro del Pocho me recluí en el hotel, buscando obstinadamente los rastros de un fantasma o de varios, porque eran varios, entre las páginas de desaparecidos y muertos durante la dictadura. Se me imponía sobre lo que me había propuesto de vigilar el hilo marrón en Suipacha.

Hacia el mediodía bajé hasta un súper cercano y subí con una prepizza para terminar en el horno y una botella de ginebra Bols. Desde que comenzara mi relación con Adela, esa puta, mi aversión hacia los alcoholes y los borrachos se me había vuelto casi una fobia. Pero no podía sacarme de la cabeza el grito de esos ¡concha de su madre! Cuando mataban al Pocho: por traidor.

Por la noche tuve que reconocer que no había avanzado nada. Que tenía un montón de piezas sueltas que no sabía si pertenecían al mismo rompecabezas. Y que, si tomaba otro vaso de ginebra me emborracharía, cosa que hacía tiempo me había prohibido como si fuera anatema. Carles Ripoll o Juan Hirám Gutiérrez no huía de la vida emborrachándose, le plantaba cara, aunque fuera a una locomotora que le iba a pasar por encima, solía decirme. Un cruzado de carnaval.

Por eso rebusqué en mi valija el neceser que podía haber rotulado varios. Me había traído, porque estaba seguro de que en algún momento las necesitaría, las pastillas que me habían recetado en España cuando me agarró un bajón muy feo, poco después de romper con ella. Unas eran ansiolíticas y las otras antidepresivas. Ni lo pensé. Me mandé una de cada con un trago de agua, me tiré en la cama y encendí el televisor donde cayera.

Al fin me quedé dormido, sintiendo la compañía del smithy bajo la almohada.

Volví a Suipacha ya casi anochecido, porque tenía un plan. Un plan poco consistente, pero no tenía otro mejor.

El hilo marrón seguía en su sitio y en la oficina no había rastros del perfume de Silvia. Lo que me confirmó, desde la lógica de mi persecutta, que esa tenía que ser mi noche de emboscada,' porque el perfume volvería esa noche.

Estuve un rato boludeando, hasta que cayó la oscuridad. Después abrí la tapa de los conmutadores y corté la luz del despacho, para cerrar con llave, con el menor ruido posible.

Me saqué los zapatos y me deslicé hasta el baño. Si dejaba abierta apenas una rendija controlaba toda la parte trasera de Atlas. Export & Import, y lo poco que podía ver de adelante con la puerta de comunicación abierta, un filo de la puerta principal. Una luz difusa que entraba por la ventana, la noche de Buenos Aires nunca es negra del todo, me permitía ver las siluetas de las cosas. Eso era suficiente, porque había llevado conmigo una linterna y el smithy para salir al cruce de lo que fuera.

Algo así como un sentimiento de estar haciendo el ridículo me llenaba de ansiedad, pero la calmé con una pastilla, y me senté sobre el inodoro a esperar. Había dormido casi todo el día, a fuerza de voluntad, para estar bien despierto, y tenía que tener la oreja alerta, porque desde el baño apenas veía la puerta de entrada.

Minutos después de la medianoche, como cuando había estado ahí, guardado y con la prohibición de hacer ruido, pude oír al sereno comprobando si la puerta estaba cerrada.

—Sos sordo para lo que no querés oír —me susurró mi otro yo. Y algo de razón tenía, porque desde hacía unos años había perdido el oído para muchos sonidos, pero para esos, mi oreja era un radar.

No había pasado una hora cuando una llave comenzó a girar en la cerradura y alguien abrió la puerta de entrada, para luego cerrarla. Esperé oír el clic de la llave de la luz que no se encendería, pero no oí nada.

Entonces una sombra humana entró en el espacio trasero, y pude oler el perfume de Silvia, la que se llamaba María Rosa. ¿Era ella? No podía distinguirla, porque apenas se movía y no llevaba faldas. Una sombra con pantalones y el pelo bastante corto que podía ser un hombre, aunque el perfume dijera lo contrario.

Y si era ella, María Rosa Silva, alias Silvia, la que firmó el

contrato y por un tiempo fue mi amante, ¿por qué Regules, de hecho, la había incluido entre los muertos?

Tendría que haber irrumpido con el smithy en la mano y la linterna a tope, pero algo me contenía. La sombra había avanzado hasta tropezar con la mesa de desayuno y la recorría con la mano como buscando algo, que no podía encontrar porque no había nada en su superficie.

Por un momento me sentí descubierto. La sombra había erguido la cabeza como un perro de caza oliendo el aire, hasta quedarse mirando hacia el baño. Contuve la respiración, porque estaba seguro de que así como yo apenas la veía a ella, ella no tenía ninguna posibilidad de penetrar la oscuridad.

—¿Pedro? —susurró la sombra.

Fue entonces cuando escuché que volvía a abrirse la puerta de entrada y quedaba así, con la luz del pasillo filtrando hasta el fondo, por sobre el mamparo que separaba adelante y atrás. A través de la puerta solo podía ver media sombra, pintada en el contraluz.

La otra silueta, la que acababa de entrar, dijo en voz baja, sosegada, como se habla a un enfermo o un animal de temperamento inestable:

—¿Ya te diste el gusto, nena? No toques nada, y menos la luz, que este hijo de puta la dejó cortada. ¿Necesitás ayuda?

Era una mujer.

—No… —dijo la primera, con una voz ronca que no reconocía para Silvia—, Pedro no está… no necesito luz.

Entonces la vi dar la vuelta, erguida y con las manos por delante a la altura de la cintura, hasta cruzar la puerta, reunirse con la otra y salir juntas para cerrar otra vez con llave.

La primera mujer era ciega. No me cabía ninguna duda. La mujer que visitaba la oficina para dejar el perfume de Silvia era ciega.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Le propuse encontrarnos en el museo náutico de El Tigre, y pude imaginar cómo sonreía desde el otro lado de la línea.

—¿No pudiste elegir algo más lejos, no?

—Miguel, si querés nos juntamos a tomar mate en mi hotel, o hacemos un asado en Plaza de Mayo, para que estos hijos de puta sepan que nos estamos viendo.

—No, si me parece buena idea…, solo que estaba calculando que voy a tener como dos horas de viaje. Tendríamos que tener mucha mala leche para que nos vieran en El Tigre. ¿Te parece bien a las diez de la mañana?

—Supongo que a esa hora estará abierto. Además, te confieso, quiero darle un vistazo. La guerra de Las Malvinas se me quedó atragantada, y supongo que ahí tienen que tener testimonios.

—Tienen. Yo también tuve una vez la necesidad de ir. ¿Ves? En esa guerra yo me sentí desertor.

—¿Pero no estabas preso?

—¿Y eso que tiene que ver? Debe ser que los argentinos nacemos con vocación para el sufrimiento. Yo creo que es influencia de los tangos, el lamento del cornudo, como lo llaman los brasileños.

Que Miguel me llamara para concertar la cita ya era una buena noticia, pero que, además, me demostrara su humor alimentaba mis esperanzas. Lo sentía más cerca.

Nos encontramos en la puerta del museo y lo recorrimos con pocos comentarios. Una guerra es algo siempre trágico. Pero los restos de una guerra perdida, aunque no fuera tu turno de combatir, son un recordatorio de la derrota muy pesado.

Hicimos un comentario inevitable sobre los pibes que habían mandado al frente sin que supieran muy bien qué era la patria, ni si valía la pena morir por ella. Y las estaqueadas, el maltrato y el

hambre que habían pasado, para que luego, al volver, los esquivaran como apestados. Habían sido las verdaderas víctimas de esa guerra. No los muertos, los que sobrevivieron. A los muertos no los puede joder nadie.

Salimos, caminamos al ritmo de su bastón y terminamos sentados en un muelle casi derruido, de cara al río marrón, por donde no dejaban de pasar lanchas y remeros.

—¿Por dónde querés que empiece? —dijo, como en un envite.

—Lo que tengo atragantado es cómo te enteraste de que me estaba haciendo una cama o algo parecido.

—Sí, entiendo… Eso fue la última vez que vino a verme el Tarta.

—¿Después que te chupó con los milicos tuvo cara para ir a verte?

—Es que en el medio lo tuve que ver varias veces, en la cárcel. Así que es mejor que te lo cuente desde el principio, así me sale de un tiro…

—Venga…

—Ya te conté que me legalizaron y fui a parar a la Unidad nueve, concretamente al pabellón catorce. Lo que me encontré era demencial, Carlos, propio de una película sobre los nazis. Para que te hagas una idea, los pabellones están numerados de adelante para atrás, y el catorce estaba entre los últimos. No bien llegué, al otro día estaba en los calabozos, con una paliza de por medio, por no tener la almohada colocada en la posición reglamentaria. Es que los pabellones de atrás estaban destinados a los «subversivos recuperables», y por eso te cagaban a patadas por cualquier tontería, real o inventada; el asunto era reeducarte a palos.

El recuerdo de aquello le plantaba una sonrisa amarga en la cara que, al contrario de lo que podía esperar, lo hacía mucho más joven. Saqué los cigarrillos y agarró uno sin comentarios.

El panorama que se encontró era degradante. Un grupo de presos, que gozaban de privilegios y pabellón propio, trabajaba para los servicios de dentro y fuera de la cárcel, clasificando a los otros presos en tres categorías: recuperables, irrecuperables y neutralizables, y eran quienes decidían en qué pabellón tenían que estar. Porque en los de adelante, el uno y el dos, estaban los subversivos irrecuperables, en el medio los políticos neutralizables —sindicalistas, miembros del partido comunista, gente que había

caído de rebote, de todo un poco y en el fondo las bases de los «irrecuperables» que estaban en el uno y el dos, en plan de recuperación a base de patadas.

A los pabellones uno y dos los llamaban Pabellones de la Muerte, porque los milicos habían decidido que ninguno de sus habitantes, a quienes calificaban como jefes e ideólogos, era recuperable. De vez en cuando, porque había sucedido algo que les molestaba, sacaban a alguien de esos pabellones y no volvía a aparecer ni vivo ni muerto.

—En el pabellón catorce duré poco, creo que un mes. Un día me sacaron para llevarme a unas oficinas que luego supe que los presos pasados, esa banda de hijos de puta, usaban para interrogar a compañeros y hasta torturarlos para que cambiaran de bando. El oficial que me llevaba me hizo sentar en una silla frente a un escritorio donde me esperaban tres presos, y se fue. Hasta resulta gracioso eso del oficial de enlace. Los carceleros se habían resistido a obedecer a presos, y para evitar quilombos un oficial se encargaba de dirigir la tropa que te cambiaba de un lugar a otro. ¿Sabés quién era uno de los tres que me esperaban? El Tarta.

—Entonces había caído más o menos por los mismos días que vos…

—No. Ya estaba en la cárcel cuando lo sacaron para marcarme. Los otros dos, después lo supe, eran parte de un grupo de derecha que había estado eliminando zurdos y firmando como Tres A. Esos me interrogaron. Bueno, es una manera de decirlo, porque sabían todo de mí. El Tarta sonreía y habló recién al final.

—Miguelito… —dijo—. No sé cómo te salvaste de la boleta, pero vamos a hacer que te arrepientas de no haber muerto. Vos estás en el pabellón equivocado. Es una pérdida de tiempo intentar recuperarte. Así que cuando vuelvas a la celda prepará el mono, porque te vas al pabellón dos. Y ahí te esperás sentadito, porque tarde o temprano te van a sacar para el último viaje.

—¿Estuviste en los Pabellones de la Muerte? Porque en España oí hablar de ellos y luego en internet encontré mucha información.

—Sí, casi dos años.

—¿Y te acordás la fecha, más o menos, en que te dieron el pase?

—¿Cómo me iba a olvidar? Fue poco antes del Mundial del Fútbol del 78.

Por un momento recordé qué estaba haciendo yo, en Barcelona, por esos días, y sentí un golpe de vergüenza que casi me pongo a llorar. Supongo que como un reflejo para salir del paso, dije una boludez:

—El Tarta no era más tartamudo que yo o que vos cuando nos ponemos nerviosos. ¿Qué hizo para que lo apodaran T arta?

—Nada. Ese nombre lo eligió él, y hay que reconocer que con inteligencia. Se llamaba Alberto Tartaglia. Con lo que, si un día te agarraban con él para pedirte documentos… ¿te acordás que te separaban y te preguntaban por el nombre del otro, para ver si estabas tabicado y dabas su nombre de guerra en lugar del real? Bueno, si vos decías que era el Tarta, pasaba, porque su apellido era Tartaglia.

Nos quedamos un rato en silencio, como si todo estuviera dicho, mirando correr el agua mansa del río y las olas que levantaban las lanchas y venían a chocar con los pilotes del muelle donde estábamos sentados.

Entonces a Miguel se le iluminó la cara con una gran sonrisa:

—Me acabo de acordar de un compañero que había nacido acá en El Tigre. Los padres, entre comprarse una casa y un velero, no tuvieron dudas, se compraron el barco, y nació en un velero. ¿Mirá si lo tenemos cerca? Porque su sueño era que, si salía de la cárcel, volvía al Tigre y se hacía un barco.

—Si salía…

—Si salía… —murmuró, y le cambió la cara—. Él salió, como yo, pero otros no.

No supe qué decir. Por el canal pasaba un crucero pequeño metiendo ruido, como un perro pekinés que quisiera darse importancia. Se lo mostré y sonrió con desprecio infatuado:

—¡Nunca motor! Soñábamos con las velas y el viento. El mar inmenso, el sol, la libertad de un viaje en solitario hacia ninguna parte.

—Polinesia, islas vírgenes y hula hula —dije, haciendo como que tocaba el ukelele. Hacía el payaso, porque sentía que se me podía desbarrancar.

Espantó un recuerdo feo con un gesto y volvió al barco:

—Muchos soñábamos con barcos, soñábamos despiertos. Ni Polinesia ni nada. Un mar desierto y proa a ninguna parte; pero

lejos. Lo más lejos posible de donde estábamos.

—Tiene que haber sido duro, muy duro…

—Mirá, para que te hagas una idea, casi todas las noches soñaba que me decían ahora te toca y me metían varios balazos. Y lo que sentía era alivio. El alivio de terminar de una vez. Pero llegaba la mañana y me despertaba todavía vivo. Me despertaba y tenía que rearmarme, como si renaciera, para ese día que podía suceder que fuera el último. Si tenía suerte me sacarían de allí y me matarían a balazos. Pero para eso necesitaría mucha suerte, porque lo más probable era que me torturaran hasta la muerte. Y vivía como podía, con ese horror a cuestas, hasta que la noche y el dormir me daban un descanso de olvido. Viví asumiendo mi muerte, de la peor de las maneras, casi dos años. Morir cada día y renacer para morir cada mañana. Sí, era duro, pero estaban los compañeros. Cuando te veían de bajón siempre alguno te arrimaba el hombro y aguantabas un día más. Porque de eso se trataba, de resistir un día más.

—Pero, al final, saliste en libertad…

—Sí, la historia es larga, pero lo principal es que después que los milicos perdieron la guerra de Malvinas, algo cambió de fondo y aflojaron la mano para prepararse la retirada. Salí con la rebaja de condenas que hizo el gobierno democrático. Seis años me había pasado adentro.

—¡Seis años! Me parece una barbaridad.

—Es una barbaridad, pero otros compañeros se comieron diez años, o sea que puedo decir que me ahorré cuatro.

—Eh… perdóname que te pregunte, vos me contestás si querés, porque no quiero remover dolores, pero… ¿Qué hiciste después? Trataste de olvidarte los malos ratos, supongo.

Miguel me miró con extrañeza y se puso de pie ayudado con el bastón:

—¿Qué te parece si buscamos un bar, que por acá hay millones, para tomarnos un vermucito con algo para picar?

Se tomó unos metros de caminata antes de contestar, moviendo la cabeza como si no pudiera entender cuál era la pregunta:

—¿Vos te olvidaste de la militancia? —preguntó.

—No. Es como si hubiera sucedido ayer.

—¿Entonces cómo podés creer que uno se puede olvidar de los seis años más duros de su vida? Para mí también es como si los

Pabellones de la Muerte siguieran ahí, esperándome. No quiero olvidar. No me quiero olvidar nada, ni un detalle. Y menos de los compañeros muertos. Porque hay algo que no te dije. Fernando, mi compañero de documentación, estuvo también ahí.

—¿Fernando?

—Sí, se llamaba Abel Porto y vino mal barajado de la tortura. De vez en cuando hablaba solo, en realidad le contestaba a otro, un invisible que le decía cosas, y discutían. No pudimos hacer nada. Un día enroscó la camisa, la ató de la reja y se ahorcó, se suicidó. Otro asesinato, porque ahí todos los suicidios eran en el fondo un asesinato.

—Pero… —recordé— el otro día me dijiste que la patota que te chupó en la tortura querían saber de Fernando, y el Tarta sabía dónde estaba. ¿Entonces?

—No tengo explicación. Lo único que se me ocurre pensar es que el Tarta se guardaba esa información para él, tal vez para negociarla en su momento, no lo sé.

Nos sentamos en unas mesas bajo sombrillas, al sol. Vermut, soda, fernet y unos platitos, no necesitábamos más. Con emoción contenida, porque no es de machos mostrarla, brindamos por el reencuentro.

—Otro día tenés que contarme qué fue de tu vida en estos años afuera. ¿Tenés nietos, hijos, perro que te ladre? Porque de los gallegos se te pegó un poco el acento, pero poco.

—Miguel, no me avergüences más de lo que estoy, o me voy a cortar las venas con esta feta de salame —dije—. Comparado con lo que pasaste vos lo mío fueron vacaciones. Mejor lo dejamos para otro día.

—De acuerdo, otro día quedamos en el lago del bosque y le digo a mi nieto que te preste una caña de pescar.

Entonces Miguel metió la mano en su campera y desdobló sobre la mesa una impresión sobre papel de foto, muy pixelada y de colores desvaídos:

—¿Sabés quién es este?

Era el retrato, un poco de costado, de un hombre de mi edad, de ojos oscuros y pelo tan negro que tenía que ser teñido, porque la cara parecía un mapa cuarteado; la piel de un fumador empedernido.

—Ese es el Tarta, ahora —dijo Miguel—. Se me apareció hace unos seis meses en mi oficina de trabajo.

—¿En la misma en que te chuparon?

—Sí, claro… ¿Qué estás diciendo? Seis años estuve adentro ¡como para conservar una oficina!

—Ya, dije una boludez… y le voy a echar la culpa al vermut. Lo que quería decir es ¿cómo te encontró?

—Fácil, por la guía de teléfonos. Cuando uno tiene un laburo legal está en la guía de teléfonos y en varios sitios más; como Carles Ripoll, por ejemplo.

—¡Hijo de puta! ¿Qué quería?

—Guita, plata… porque estaba seco, pasando una mala racha, me dijo, y pensó que yo, que era su amigo, le podía dar una mano. Al fin de cuentas, me dijo, se había ocupado de que no me mataran cuando estaba en los Pabellones de la Muerte.

—¿…?

—Por supuesto que mentía. También cuando dijo que había llorado por el suicidio de Fernando. Pero, créase o no, se le escaparon un par de lágrimas de borracho, porque estaba borracho como una cuba.

—Ese tipo está loco.

—Un loco peligroso, que cuando le dije que no tenía mucho en efectivo, pero que yo por un amigo que me había salvado la vida hacía cualquier cosa, se puso a llorar otra vez. De la caja chica saqué lo que había, sin mirar, y se lo di todo.

—Hiciste bien, yo hubiera hecho lo mismo.

—No sé, porque se puso cariñoso. Se levantó de la silla tambaleando y me dio un abrazo y un montón de besos babosos. Ahí pude darme cuenta de que tenía una pistola en la cintura. Entonces me preguntó dónde tenía el baño, porque tenía que meterse una raya con urgencia. Entonces le pude sacar esta foto. Porque le cedí mi silla, para que la pantalla de la computadora le sirviera de tapadera, y cerré la puerta de la oficina con llave. Estábamos solos y no podía entrar nadie.

—Siempre pensaste muy rápido.

—Sí, es lo único bueno que conservo. Tenías que verlo, se armó sobre el escritorio un par de rayas como para un cruce de cebra en cualquier esquina y se las mandó una por cada agujero de la nariz.

Hasta me ofreció hacer un par para mí. Le dije no, que lo había dejado por la presión, que la tenía muy alta y qué sé yo que otra boludez. Yo, que no la probé nunca.

—¿Y la foto?

—Cuando él llegó tenía una charla por Skype con un gestor de Tucumán, y solo tuve que apretar un par de teclas para hacerle la foto. Ni se dio cuenta. Estaba en otro mundo, y había empezado a contarme que dentro de nada saldría de pobre. Que si estaba dispuesto a hacerle papeles para un par de coches paralelos cuando los necesitara, me garantizaba una parte en la mordida. Que él hacía mucho que estaba fuera del negocio de las gestorías y… ¿Te digo una cosa, Enrique?

—Carlos…

—Eso, Carlos, «el Tarta» está más que loco. Tiene el cerebro como un queso podrido. Y no pude con mi genio, tenía que saber en qué estaba metido ese hijo de puta. De últimas, si le podía sacar algo sucio, le pasaría los datos a algún organismo de derechos humanos, para que pagara de una vez toda una vida de mierda. Por eso saqué a la cancha la botella de escocés que reservo para homenajear, de cuando en cuando, a algún cliente que me trae un buen negocio. ¡Tenés que ver cómo se puso cuando vio la botella!

—Se la tomó toda, me imagino.

—Mirá, cuando yo llevaba al escritorio los vasos, él ya estaba tomando del gollete. Pero cuando vio los vasos se recompuso, todo un caballero, diciendo «perdón, pero a veces uno pierde la costumbre de ser educado». Le temblaba la mano cuando sirvió los vasos y tiró la mitad del whisky afuera. Brindamos y se mandó el vaso hasta el fondo. Pero eso no fue lo mejor. Lo mejor es que lo llenó de nuevo y, antes de mandárselo, metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de pastillas. Rojas, amarillas, blancas, qué sé yo, tenía un arco iris, una farmacia en el bolsillo. Vi cómo intentaba separarlas con un dedo, y cómo varias se le escaparon de la mano y fueron a parar debajo del escritorio. Entonces se las mandó todas juntas y las bajó con el segundo vaso.

—Mierda…

—No sé qué mezcla se metió en el cuerpo, pero se puso charlatán y empezó a hablar de los viejos compañeros, de cómo había sentido la muerte de Jorge, que todo había cambiado para

peor, pero que iba a zafar de esta y se iría a vivir al campo, donde tendría mucho sol y una vida más tranquila. Qué te voy a contar de toda la basura que fue soltando… Lo tuve que aguantar dos horas, hasta que se terminó la botella y se acordó de que había ido a La Plata para averiguar de un tipo que se llamaba Pocho, y que se tenía que ir.

—¿Qué le pudiste sacar? —dije, casi sin aliento. El Tarta había estado, me jugaba la cabeza, en el asesinato del Pocho.

—Te lo resumo más o menos cronológicamente, para que se entienda, porque el Tarta lo contaba todo mezclado, y recién al otro día, cuando me repuse de su visita, las piezas del rompecabezas fueron cayendo en su lugar. Todo empieza con Ana, «la Rusa». Se metió el tiro en la cabeza, sí, pero se lo metió mal y la escondieron en un hospital. No sé si fue porque la bala le tocó algo o porque la muerte de su pareja, Lucho, fue el fin del mundo, se convirtió en una cazadora implacable de todos nosotros y los que cuadraran. Cuando me daban máquina, antes de llevarme a Mar del Plata, me pareció reconocer su voz entre los que ordenaban las preguntas de los torturadores, pero pensé que era una ilusión, porque a esas alturas estaba medio delirando. Ahora no estoy seguro, porque la hija de puta participaba de las torturas a los que caían.

—Perdóname que te interrumpa, pero… en estos días me puse a buscar su fantasma en los testimonios de los sobrevivientes a los centros de tortura. Hay varios testimonios que hablan de una mujer pasada, con varios alias, pero el que más se repite es la Rubia.

—Ana era rubia…

—Sí, de eso me acuerdo, muy rubia y muy blanca. Muy rusa, decía yo. Bueno, la mujer o las mujeres que te digo, primero le hacían un entre a los prisioneros, como de buen rollo. Que para qué se iban a hacer torturar, si al final todos confesaban, porque lo que les harían era mejor no contarlo. A veces, si era hombre y se mostraba flojo, se lo «prestaban» por unos días, y se lo cogía o… no sé cómo decirlo en plural, porque puede que fueran varias las minas y no una.

—Y después de cogérselo un par de días lo llevaba a la máquina con todo lo que le había sacado, y se ocupaba personalmente de hacerle mierda las pelotas con la picana. Era la Rusa.

—¿Vos…?

—Me lo contó una amiga de la asociación donde se juntan los ex desaparecidos. O sea que es una fuente directa. Seguramente hubo otras y otros, pero Ana hacía eso.

—¡Mierda… y mil veces mierda!

—¿Lo dejamos ahí? —dijo Miguel, muy pálido, como si estuviera a punto de desmayarse.

—Sí, por favor, lo dejamos. ¿Un cigarrillo?

—Dame…

Durante un rato estuvimos en silencio, mirando el río. Hay cosas que resultan muy difíciles de digerir.

—¿No creés que el Tarta va a volver a verte? Si se fue de boca demasiado…

—Lo estaré esperando. En la caja chica ya no guardo piala, ahora tengo la Ballester–Molina 45 que heredé a la muerte de mi suegro, un antiguo comisario jubilado. Un tipo que se hubiera muerto de bronca de saber el pasado de su yerno. Con mi mujer nos conocimos tiempo después de que salí de la cárcel y nos pusimos de acuerdo en no contarle nunca nada al viejo. En cuanto el Tarta entre a mi oficina le meto cuatro balazos, y después digo que me quiso asaltar. Va siempre armado, y con los antecedentes que seguramente tiene, creo que zafo… Pero mejor te termino de contar lo que supe por él, mientras se llenaba de pastillas de colores y whisky.

—Sí, dale, te escucho…

—Estaban detrás de la guita que se había depositado en un banco suizo. Dijo que tenían que ser por lo menos tres los que firmaran para sacar la plata. ¿Me mintió?

—No.

—Ya me parecía, y ese era el problema. El Pelado y Paula, me dijo, se habían rajado a Brasil y vivían muy tranquilos en San Pablo, hasta que los secuestraron. Supongo que porque colaboraban con los grupos que denunciaban a la dictadura de Videla, y con la ayuda de alguno que los delató, y que en todas las dictaduras del Cono Sur una mano lavaba la otra, terminaron en comida para los tiburones.

Saqué una rápida cuenta mental y los números me daban muy justos:

—Quedábamos Pedro, Silvia y yo.

—Sí. Por lo que me contó el Tarta, Silvia siempre sostuvo que

vos la traicionaste, que la entregaste, después que secuestraron a Pedro.

—¿Yo? ¿Que yo la traicioné? ¡Pero si no iba ni a las citas que me pasaba al teléfono que tenía contratado! ¡Hija de mil putas!

—Tranquilo, Carlos, que esta parte es la peor y la más loca. ¿Me dejás que te cuente? ¿Por qué no te pedís otro vermut?

—¡Porque no estoy para vermut, boludo! ¡Esa mina estaba loca!

—A eso iba. Parece que la Rusa lo enganchó a Pedro, pero como todavía no estaba detrás de la guita, le dio con todo…

—Entonces Pedro está muerto…

Miguel hizo un gesto como de desconcierto.

—No estoy seguro; te digo la verdad. Tal vez él también se pasó, y está con la Rusa. No figura en ninguna lista, y eso no puede ser casual.

—Tampoco demuestra nada, si es por eso…

—Mirá… Cuando el Tarta me soltó toda esa ensalada de mugre que tiene en el cabeza, nombró varias veces a Pedro, pero, a ver si me explico… ¿Viste que, no sé cómo, uno se da cuenta de que te están nombrando a alguien que no es parte de un pasado remoto, sino mucho más reciente? Bueno, también yo caigo en la persecutta, y es todo idea mía, pero… ¿Y si está vivo?

—Si está vivo podría reclamar la guita de Suiza. ¿No?

—No, necesariamente… pero no tengo nada seguro. Tanto que tampoco me queda claro cómo cayó el Tarta y de qué manera se conectó con la Rusa. La bronca con vos arranca desde que Silvia te dejó un par de mensajes donde te decía algo de Pedro, porque había desaparecido.

—Pará, pará… —dije, porque antiguas fichas me estaban cayendo en la cabeza—. Antes de pirarme llamé dos veces al viejo que recibía recados, algo bastante común en esa época que no existían los teléfonos móviles o celulares, como los llamamos acá. Algo me dijo de tres mensajes de una tal Silvia, que me citaba en la boutique, porque Pedro estaba enfermo. La boutique era una clave…

—Me lo imagino.

—Pero no le di pelota, porque cuando firmamos el contrato me di cuenta de que ella se hacía la ilusión de que, ya destabicados, viviríamos juntos; y yo solamente pensaba en irme lo más lejos

posible de todo. No tenía ninguna intención de cargar con ella. La última llamada, para no romper la rutina, la hice cinco minutos antes de subir al ómnibus que me llevaría a Ciudad del Este. Y me dejó un gusto raro, pero no quería pensar en eso y lo borré de mi cabeza. Hasta ahora.

—¿Qué pasó?

—Que en lugar del viejo de siempre me atendió un sobrino, porque el viejo estaba en el hospital por una crisis cardíaca, y que él le estaba dando una mano para que no perdiera la clientela. Lo raro fue que tenía un mensaje de Silvia, que me citaba en una pizzería del Once. Y eso era algo que, por seguridad, porque pensábamos que los que recibían recados, como ese viejo, podían tener el teléfono pinchado, no hacíamos nunca. Nunca dábamos lugares concretos. ¡Qué pelotudo! ¿Cómo no se me ocurrió pensar que el supuesto sobrino era un milico hijo de puta y que le habían allanado la casa al viejo?

—Igual… ¿qué hubieras podido hacer? Nada. Lo que no me cierra es cómo llegaron hasta ella, porque también la chuparon. Y, por lo que me contás, ya estaba chupada cuando te tendieron la trampa de la pizzería.

De pronto me sentía culpable hasta darme asco.

—Es fácil, Miguel…, para Silvia las medidas de seguridad eran un juego sin importancia. Estoy seguro de que, cuando secuestraron a Pedro y me dejó los tres mensajes anteriores, llamó desde su casa, como había hecho otras veces, en lugar de usar un teléfono público. Lo que vino después se cae de maduro…

—Dame un cigarrillo y pidamos más vermut, porque lo necesito para contarte lo que viene ahora.

Esperamos que nos sirvieran y después dijo:

—Según el Tarta, y le creo, cayó en manos de la Rusa, y se la dejaron un par de días en ablande, antes de darle como en la guerra. Pero entonces Ana, «la Rusa», se avivó que esa guita que estaba en Suiza podía ser suya, y la sacó de la máquina. La sacó y se la quedó, para ella, como amante. Solo que de la máquina Silvia salió loca como una cabra, y un día se subió a una torre de agua, o algo por el estilo, que había en el chalet donde vivían los colaboradores y se tiró de cabeza. La salvaron de la muerte, pero quedó ciega. Desde entonces siguen juntas.

De golpe lo tuve todo claro, y me tomé el vermut de un golpe, necesitaba sentirme un poco borracho.

Había pensado en pedirle a Miguel que me marcara el edificio de Suipacha donde había visto entrar a la Rusa, pero ya no era necesario. En mi emboscada nocturna en el baño de la oficina de exportación e importación las había visto a las dos. La Rusa era la silueta que hablaba desde la puerta, y Silvia la ciega. Pero eso no se lo pensaba contar, no tenía por qué saberlo.

—Entonces de la mierda esa de la cuenta en Suiza quedamos dos —dije, con la voz ahogada—, Silvia y yo.

—Lamento la noticia que voy a darte, pero el único que queda sos vos —dijo Miguel, encendiendo un cigarrillo—. María Rosa Silva y Ana Vieliwsky están oficialmente muertas. Eso pude comprobarlo en los registros oficiales, después que me lo dijo el Tarta. Salieron y las blanquearon, con documentos nuevos con otros nombres, no hay otra explicación. Por eso te decía que Pedro puede estar con ellas. No serían las únicas que blanquearon con otros nombres y apellidos.

—Uno más para la banda de los fantasmas… —murmuré, con la cabeza hecha un lío.

—Esté o no esté Pedro, Silvia, la Rusa, el Tarta y alguno más que tal vez reclutaron de sus tiempos en los chupaderos, te van a obligar, no sé cómo, a que les pases la guita de Suiza, y después… El Tarta me dijo que las dos piensan como una, y que las dos sueñan con torturarte hasta la muerte, por traidor, por haber traicionado el amor de Silvia.

—Una forma de locura muy romántica —comenté, porque necesitaba un poco de cinismo.

—Sí, pero son locas de las peores. Yo que vos mañana mismo me tomaba un avión para España y me guardaba en el último pueblo donde puedan buscarte. Supongo que, si sos el único sobreviviente, esa plata la podés recuperar en…

—Me cago en esa plata, Miguel, y no me voy a ir a ningún lado. Los voy a buscar para matarlos, uno por uno.

—¿Pero qué estás diciendo? ¿Es por el vermut o vos también te estás volviendo loco?

—Miguel… me contaste que el Tarta dejó tu oficina porque tenía algo que hacer en La Plata, tal vez encontrar a uno que se llamaba

Pocho. ¿Sí?

—Sí, eso me dijo. ¿Por qué?

—Porque Pocho era Carlos Meléndez. Le robé el nombre a un amigo de la infancia. El Pocho no me podía meter en problemas porque nació paralítico y babeante. Eso, ustedes, los de documentación, no tenían cómo saberlo, porque en la partida de nacimiento no figura si naciste tonto, paralítico o de color verde.

—Es cierto, pero…

—Hace unos días René me mandó otro mensaje por Facebook, me citaba en la esquina de la casa del Pocho. Pero yo no esperaba encontrarme con lo que me encontré, el funeral del Pocho. El pobre se había hecho viejo, se murió la madre, y los hermanos lo internaron en una casa para inválidos. Ahí entraron dos hijos de puta y lo mataron a balazos en su silla de ruedas, al grito de ¡Así mueren los traidores! Ahora estoy más que seguro de que uno de esos fue el Tarta, y me las va a pagar.

Miguel se agarró la cabeza y permaneció un momento inclinado sobre la mesa:

—No lo quiero creer —dijo—. Es demasiado. ¿Dónde fuimos a parar con tanto sueño por cambiar el mundo? Y, en cuanto a vos, te jodieron: si te meten una denuncia anónima tus documentos no sirven para nada.

—Pero no lo van a hacer. Me quieren apretar, hasta que llegue su momento. Ahora, decime de una vez, por qué me avisaste de esta milonga por Facebook.

—¿La verdad? No sé. Tal vez porque siempre me caíste bien, o porque algunos se convirtieron en la peor mierda. No me gustaba pensar en que yo podría haber terminado en lo mismo.

—Y o también a veces me hago esa pregunta, en quién me podría haber convertido si me chupaban…

—Y bueno, estaba seguro de que no encontraría manera de ponerme en contacto con vos, pero al final todo resultó muy fácil. Se ve que te sentías confiado. Te busqué como Carlos Meléndez, pero no aparecías. Entonces me acordé de que en la partida de nacimiento estaba el apellido de tu madre. Pura casualidad que lo recordara, pero es que era igual que el nombre de una pinturería a la que acompañaba a mi viejo cuando había algo que pintar en casa: Casa Ripoll. Te encontré como Carles Ripoll, pero en tu

biografía salía el nombre completo, Carlos Meléndez Ripoll. Supongo que René, de la que me enteré recién cuando vos me contaste, hizo el mismo camino. Me juego el alma a que René es la Rusa.

—¿Y por qué elegiste llamarte El Muerto?

Miguel quiso sonreír, supongo que para quitar dramatismo a lo que tenía que decir, pero no pudo pasar de la mueca:

—En los Pabellones de la Muerte viví con mi muerte postergada siempre para mañana, tanto, tanto tiempo, que hay una parte de mí que sigue muerta. Cuando firmé «thedead» fue porque me sentía advirtiéndote de tu destino desde el otro mundo.

—Ya… me parece que por hoy mi cuerpo no está para soportar más historias de muerte. ¿Te puedo dar un consejo?

—Claro…

—Asegúrate de que las balas de la Ballester–Molina que tenés en tu oficina no sean tan viejas como esa pistola.

—Carlitos —dijo, intentando una sonrisa—, cuando uno fue el yerno de un antiguo comisario siempre tiene forma de conseguir balas flamantes. Ahora que sé lo de ese pobre amigo tuyo, si aparece otra vez el Tarta le voy a vaciar el cargador entero, por las dudas, y para sacarme la bronca.

—Bueno… siete balas son siempre más que cuatro.

—Ocho balas. ¿No te acordás de que vos me enseñaste cómo llevar una más en recámara?

CAPÍTULO VEINTIDÓS

De pronto, después de pasarme horas estrujándome las neuronas para encontrar el camino hasta el Tarta, todo se me presentó con una claridad absoluta.

De Pedro tenía que olvidarme, porque, si estaba jugando, era un peón más. Las dos mujeres eran el asunto a tener en cuenta. No me gustaba nada la idea de caer en sus manos.

Estaba seguro de que Silvia y la Rusa tenían su cubil en el edificio de Suipacha. Que hubieran entrado en el despacho de Atlas. Export & Import después del pase del sereno me decía que, o lo tenían comprado, o vivían en algunas de las múltiples oficinas aparentemente vacías. Y algunas eran diez veces más grandes que la que yo había heredado. Por lo que el Tarta, para reunirse con ellas, seguramente iba a verlas allí. Por el estado de Silvia, loca y ciega, no me las imaginaba saliendo mucho a la calle.

Y el Tarta era un borracho drogón. Sus reflejos básicos, después de ver a esas dos, le exigirían que se mandara un par de tragos en el bar de enfrente, donde yo me había tomado un café el primer día.

Sería cuestión de hacer guardia en el bar, cerca del mediodía y al atardecer, que intuía como las horas más favorables.

Me instalé, al día siguiente, en una de las mesas del fondo, la más alejada de la barra. Un hombre mayor que, con lentes de leer repasa un periódico económico y de tanto en tanto toma apuntes en una libreta, a los del bar no les parecería raro en esa zona. Es lo que tienen los lentes de leer. Uno se los pone, un poco montados a media nariz, y para todos se convierte en un ser inocuo y pacífico.

Los tres primeros días me entretuve siguiendo los datos de la bolsa, las predicciones sobre las compras a futuro, y el subibaja de la deuda externa de España en el mercado financiero. Tenía el smithy en la cintura y, si aparecía el Tarta, haría lo posible para que no me viera y después lo seguiría. No podía adivinar su recorrido,

pero en algún punto le metería una bala en la cabeza.

Solo que mi plan tenía una falla. A esas horas, las previas al mediodía y las del atardecer, cuatro o cinco policías que hacían horas fuera de servicio se reunían en la barra para tomarse un café o un trago. Aparte de que las caras y su actitud los vendían, lo que me confirmó su condición era que nunca pagaban.

No sabía cuántos días iba a tener que mantener la guardia, y cualquier accidente que les revelara que estaba armado terminaría en un tiroteo peor que el del Santander, del que no saldría vivo.

Pensando y pensando se me ocurrió un plan alternativo que, porque tenía que funcionar como un reloj, no sabía si sería capaz de llevar adelante. Y si no salía bien, ya podía darme por muerto.

Pero no tenía otro mejor, y dediqué unos días a fijar el camino que recorrería, cuando el Tarta me siguiera, porque de eso se trataba, y dónde me iba a proveer del arma que necesitaría para matarlo. El Tarta, con toda su locura a cuestas, no podría renunciar a la tentación de seguirme. De eso estaba seguro.

Resueltos esos detalles, volví a montar guardia en el bar, con mis lentes de leer y el periódico financiero, pero sin el smithy. A pelo.

En el fondo creo que prefería que Alberto Tartaglia, «el Tarta», no se presentara, pero un par de días después lo vi cruzar la puerta y acodarse en la barra.

Pidió un whisky doble y se mandó para el baño. Seguramente a meterse un par de rayas como autopistas.

A mí me sudaban las manos y me temblaba una rodilla, pero sabía que ese miedo escénico se me pasaría como por milagro una vez que me pusiera en marcha.

Doblé el periódico, me lo metí debajo del brazo y me acerqué a la barra para pagar mi consumición. Suficientemente cerca del Tarta como para que me viera y me reconociera. No podía saber que yo lo había visto en una foto reciente, y se sentiría seguro de su impunidad.

Salí a la calle y caminé sin mirar atrás hasta una papelería que se dedicaba también a proveer materiales para artistas y arquitectos. Desde el mostrador, mientras esperaba que me atendieran, pude ver al Tarta vigilándome desde la calle a través de las vidrieras.

Compré una carpeta cuadrada, para guardar folios, dos carpetas menores, un cuaderno, un par de lapiceras… y el cutter. Un cutter grande, pesado, de hoja dura, de los que usan habitualmente los maquetistas, porque corta cartón grueso y hasta madera. Había de cuatro colores distintos, pero elegí sin lugar a dudas el azul. Tenía que ser azul. Pagué, metieron todo en una bolsa y salí a la calle. Esta vez mi destino era una librería.

La librería era grande y siempre había bastante gente revolviendo los libros de oferta o buscando en las estanterías. Como sin querer me fui desplazando hacia el fondo, a las estanterías de los clásicos, para comprobar que mi plan funcionaba bien. El Tarta seguía mi plan como un buen chico. Había entrado a la librería y hacía como que miraba los libros.

¿Por qué había elegido esa librería? Porque en el fondo, un cartel pequeño, con las siluetas de un hombre y una mujer sobre una flecha, señalaba la escalera que llevaba a los baños en el entrepiso.

No sé por qué, si por un respeto atávico o porque no es costumbre, la gente no va a las librerías a mear, y eso hacía de esos baños el lugar más solitario que había encontrado en muchas manzanas.

Haciéndome el boludo, aproveché un momento en que el Tarta miraba en mi dirección y encaré, sin prisa, la escalera de subida a los baños. Pero en cuanto desaparecí de su vista apresuré el paso porque tenía que montar la puesta en escena.

En el baño de hombres había un mingitorio al fondo, un lavabo a la derecha y un cagadero, con esas medias puertas que dejan ver los pies, a la izquierda. Allí dejé, en el suelo, la bolsa con las carpetas, cerré y fui a colocarme de manera que cuando la puerta de entrada se abriese me tapara.

Al cutter azul, lo abrí en toda la extensión de la hoja y la fijé con la traba. ¿Por qué tenía que ser azul? ¿Por qué no?

Durante unos minutos no sucedió nada, y temí que mi emboscada fuera un fracaso, pero la puerta comenzó a abrirse sigilosamente, y el Tarta entró con la pistola en la mano, la vista clavada en la bolsa que se veía debajo de la puerta.

Supongo que quería darme un susto, y tal vez algunos golpes, porque si me mataba la Rusa lo iba a hacer picadillo de carne. Pero

no le di tiempo a nada. No iba a arriesgarme a una lucha cuerpo a cuerpo.

Salté sobre él, que estaba de espaldas, lo agarré del pelo y tiré con fuerza como para arrancarle la cabeza. Después, en un movimiento, que por las dudas tuve que repetir, le rebané el cuello con el cutter, y cuando saltó la sangre como un volcán en erupción, lo empujé hacia el mingitorio con todas mis fuerzas.

Rebotó en la pared y se fue deslizando, con estertores y ruidos asquerosos, agarrándose del mingitorio para tratar de ponerse de pie, pero terminó en el suelo, con convulsiones que le agitaban las piernas.

La pistola había caído donde lo ataqué con el cutter, y la pateé para que quedara junto a su cuerpo. Pero lo que más me importaba y lo que hice de inmediato fue rescatar las carpetas del cagadero, porque estaban a punto de ser mojadas por su marea roja y tenían mis huellas digitales.

Cuando cerré el cutter y me lo guardé en el bolsillo descubrí que tenía la mano derecha y el puño de la campera manchados de sangre. Solo me quedaba copiar a Napoleón en los óleos que lo retratan. Guardé mi mano y la manga manchadas en el interior de la campera, apreté las carpetas contra el pecho y me puse en fuga. Que nunca nadie mee en una librería no quería decir que justamente ese día alguno no rompiera la costumbre.

En las escaleras no me crucé con nadie, y recién pude respirar tranquilo cuando gané la calle.

La idea de cómo hacerlo, y las dudas de si podría llevarlo a cabo, me llegaron con un recuerdo familiar. Cuando era chico veía a mi abuela degollar gallinas y pollos, para desangrarlos y que su carne se conservara blanca. La abuela no me prohibía mirar, porque para una mujer sencilla, de campo, esa era una tarea más que había que hacer, aunque siempre fuera algo sucia.

Transcurrido un tiempo, cuando ya era adulto, sacrificaba mis pollos y gallinas con el mismo método. Y había aprendido que el cuchillo tenía que estar muy afilado, además de que había que cortar sin dudar, de un solo tajo. La tráquea, o como se llame ese caño que las gallinas tienen en el cogote, es una sucesión de aros bastante duros, que ceden con un sonido inconfundible, para dejar que el filo alcance las venas y las arterias del cuello.

Entonces había que sostener fuerte a la gallina o al pollo, que se retorcía y pataleaba como si pudiera volver atrás lo irreparable. Con los mismos estertores, y ese ruido de aire que escapa por el corte junto con la vida, conque había muerto el Tarta.

De mi abuela, que a veces solía comportarse como una salvaje, también había aprendido a matar gatos. Mi abuela había pasado mucha hambre en España, mucha, y no podía soportar que alguno de los comensales dejara algo de comida en el plato. Con una protesta, juntaba todo y se lo comía. Pero, a veces, lo que sobraba era demasiado, y lo guardaba para dárselo de comer a sus gallinas, que se lo devolvían en huevos y pollos. Por eso los gatos, que de vez en cuando se le colaban en el gallinero y se hacían una fiesta con los pollos, eran sus enemigos declarados.

La abuela, cuando eso sucedía, armaba una trampa que había hecho con un cajón con puerta corrediza. Cuando el gato mordía la carnada al fondo del cajón, caía la puerta y quedaba atrapado.

Entonces la vieja ponía por delante una bolsa de arpillera y levantaba la puerta para que el gato saliera, como loco, para quedar encerrado en la bolsa.

El rito, creo que puedo llamarlo un rito, era siempre el mismo. La abuela, con la bolsa colgando, donde el gato buscaba salida desesperado, con maullidos horribles y filo de uñas que atravesaban la arpillera, entraba a la letrina que tenía al fondo de la casa. Y estrellaba una y otra vez la bolsa contra las paredes.

Una vez, eso lo recuerdo muy claramente, las uñas del gato se le clavaron en una pierna, y la vieja, con una furia que daba miedo, metió la mano en la bolsa, sin quejarse de los arañazos y sacó al gato agarrado por la cola. El animal todavía alcanzó a morderle la otra mano, pero su paso por este mundo se terminó enseguida, porque la abuela le estrelló la cabeza una y otra vez contra las paredes, hasta que fue un peso muerto, y las paredes de la letrina quedaron llenas de manchas de sangre y pedacitos de una sustancia blancuzca que tal vez eran sesos.

Los restos del gato fueron a parar a la basura y tuvimos que limpiar las paredes de la letrina a chorros de manguera.

Me hubiera gustado hacer eso con el Tarta, pero un hombre pesa demasiado para que yo pueda rebolearlo, y además no tiene cola. Por eso me conformé con un método más sencillo, que me había

presentado una duda: ¿la tráquea del Tarta sería más dura que la de las gallinas?

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Cerré la puerta del departamento en el hotel y seguí adelante como un juguete mecánico que repite rutinas grabadas en sus chips.

Dejé la bolsa con las carpetas que me habían servido de excusa para comprar el cutter en el suelo del baño y me desnudé, haciendo un montón con la ropa que traía puesta. Abrí el agua de la ducha y me metí bajo el chorro, subiendo cada vez un poco más la temperatura, hasta que salí del marasmo porque me estaba quemando.

Busqué el cutter azul en el bolsillo del abrigo, lo abrí en toda su extensión —no podía recordar cuándo lo había cerrado— y lo lavé bajo la ducha, para cerrarlo y arrojarlo otra vez sobre la ropa.

Lo tenía claro mientras me enjabonaba como si pudiera lavarme del presente, del pasado y del futuro. Bueno, al menos tenía algo claro, cuál sería el paso inmediato. Tenía que cambiarme y volver a la calle, para arrojar en distintos sitios toda la ropa y hasta los zapatos que había llevado puestos. En aquel otro baño habían quedado, casi con seguridad, las huellas de las suelas, y no podía saber, ni me molestaría en buscarlas con una lupa, cuántas gotas invisibles de la sangre del Tarta me habían salpicado.

Cuando la Rusa se enterara de la muerte del Tarta no iba a tener dudas, porque su odio la haría clarividente, de que esa boleta era mía. Podía denunciar a este Carlos Meléndez por usar documentos paralelos a los de un paralítico asesinado a balazos, y sería tonto que, además de ese problema, que me pondría en manos de la ley, me encontraran nada que me vinculara con el Tarta.

La verdad es que era una precaución mecánica, de las que hay que tomar aunque uno no crea en ella, porque la Rusa no jugaría esa ficha. No la jugaría porque entonces ella y Silvia se quedarían sin la venganza que querían mucho más que el dinero de Suiza.

Con la piel del color de un camarón hervido cerré el agua, me

envolví en un toallón y traje al baño los diarios que había usado esos días para acechar repasando las finanzas.

El calzoncillo, los calcetines y los zapatos los envolví en un solo paquete. En otro puse la campera, en un tercero la camisa con el puño manchado de sangre y el pantalón. Al cutter lo envolví por separado.

Me vestí y, con todo eso en la bolsa que me habían dado para las carpetas, volví a la calle.

Me sorprendió que las luces estuvieran recién encendiéndose. Para mi tiempo interior era por lo menos la media noche. Me llevó veinte minutos encontrar los sitios adecuados y que mi maniobra de tirar basura sin ser vecino no alertara ninguna mirada indiscreta. Durante la noche pasaría la recolección, y en pocas horas lo que yo tiraba estaría mezclado con toneladas de basura en algún sitio de la periferia, donde los malos olores que provoca la ciudad no llegaran a su delicada nariz.

Lo único que volvió conmigo, arrugada en un bolsillo, fue la bolsa, que había decidido cortar en finas tiras y arrojar por el inodoro.

En un local cerca del hotel compré dos empanadas de carne, pero como la oferta del día eran tres y la bebida, agregué una de humita y una lata de cerveza.

Me senté a comer en el borde de la cama, mirando por la ventana la noche de Buenos Aires.

Con el Tarta muerto ya no había camino de retorno. Ahora les tocaba jugar a ellos y no podía imaginar qué era lo que iban a hacer. Lo que estaba claro era que eran demasiados para mí, y que, por una carambola errática de esas que la vida da porque no tiene que dar explicaciones a nadie de su irracionalidad, estaba como los días previos a mi salida de Argentina: con un grupo de perros de presa olisqueándome la ropa, antes de entrar a morder hasta hacerme pedazos.

¿Para qué había dado tantas vueltas, si ahora no tenía a favor ni siquiera la cápsula de cianuro? ¿Para volver al principio? ¿Para morir como tendría que haber muerto, cuando me tocaba?

Y me volvieron a sonar muy claras las palabras de Miguel, cuando nos despedíamos en El Tigre:

—Lo peor, o lo mejor, de saber que te van a matar, si no hoy,

seguramente mañana, es que te ves obligado a mirarte a la cara. Cuando estás condenado en un Pabellón de la Muerte tu vida, toda tu vida, te pide cuentas. Yo lo llamaba «hacer la sumatoria». Hacés una columna con todas las veces que fuiste un buen tipo y las que te comportaste como un miserable, un traidor o un cobarde; las mujeres que amaste, pero nunca se lo demostraste lo suficiente; lo mejor y lo peor, hacés una raya abajo y te comés el resultado. Porque esa raya es lo último que vas a hacer vivo. Ya nunca más tendrás ni siquiera la posibilidad de remediar las cagadas que te mandaste. Eso que queda debajo de la raya, siempre un número negativo, es lo que sos, y con lo que vas a enfrentar la muerte. El futuro, esa ilusión a la que nos agarramos todos, ya está determinado: es un punto final. Y lo único que tenes en las manos es un presente de miedo que se estira, un día, y otro día, y otro día… y el pasado. El pasado; del que uno siempre tiene más para arrepentirse que para anotarse a favor. Cada día, no podía evitarlo, se me presentaba el pasado y me obligaba a hacer la raya y sacar la cuenta.

En ese momento, con una empanada en la mano y un cigarrillo a medio encender, supe que era la hora de trazar la raya y aceptar un resultado que, tenía razón, siempre sería negativo.

Y lo que se me imponía por sobre todo, como si la rendición de cuentas tuviera que comenzar por allí, era el comienzo de mi relación con Adela, la que terminé llamando, en mi fuero interno, Esa Puta. Adela, una mujer que se me había convertido en una adicción feroz, más difícil de sacarme de encima que el mono de la heroína, el crack o el bazuco. Adela, que me había cargado de una rabia que no quería desatar sobre ella, y que me había traído a Buenos Aires, tenía que admitirlo, más por la posibilidad de la violencia que por la curiosidad.

Si he decidido contar esta historia a tumba abierta, sin retroceso, no puedo perder tiempo en casi tres décadas que podría sintetizar en pocas palabras: no sucedió nada. Por eso, entre lo que he narrado hasta aquí, y el final, me perderé en el tiempo de la nada, que espero no me inunde de autocompasión.

Desde que fui escritor de un solo libro: *HP: El arte de serlo y triunfar en política. (Con comentarios de Sun Tzu y Maquiavelo)*, que tuvo un gran éxito de ventas, y una segunda parte que fue un

fracaso, no puedo desprenderme de la idea de que todo es un diálogo.

En realidad, el título original era *El arte de ser un Hijo de Puta y triunfar en política*, pero la editorial se asustó y negocié que solo en la portada se pusiera el otro título que sugería la posibilidad de ser un High Power. Ridículo, porque desde las primeras páginas quedaba claro que HP significaba Hijo de Puta.

Y bien, desde el día en que fui consciente de que todo es un diálogo supe que toda conversación exige coherencia. Incluso ahora, en el sitio donde me he colocado, donde no veo nunca a nadie, y paso entre la gente como una parodia macabra del pobre fantasma de Canterville. Ahora, cuando sé que la rabia, como la humillación, no es una maleta que se pueda olvidar en cualquier estación, que nos acompaña hasta después de la muerte.

Para recordar cuándo comencé a condenarme necesito repasar tres décadas que pasaron como un solo día. Casi tres décadas en que me fui convirtiendo en un ermitaño, y la única alegría real que tuve fue la destrucción de las Torres Gemelas.

El tiempo en que puse en venta todos los principios que me habían alimentado hasta ese momento.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO VEINTICUATRO

La arquitecta belga que había hecho el proyecto de lo que sería el bar, restaurante y discoteca Lupara solo aparecía para sacar una mano de los bolsillos y decir que lo que estaba de este lado mejor que fuera en el otro. Cosa que a nosotros no nos iba ni nos venía. Mientras pagaran haríamos nuestra parte mil veces. Pero el colombiano no lo veía de la misma manera y los choques con Tato eran frecuentes, cuando llegaba para rompernos las pelotas a nosotros, que armábamos andamios vertiginosos para rascarnos como locos cuando la lana de vidrio se nos colaba entre la ropa. Tato, como el Doctor Jekyll y Míster Hyde, a veces se convertía en el Podrido y la bronca era fenomenal.

Teníamos trabajo para un año, o hasta que se acabara el dinero del colombiano, lo que sucediera primero. Pero lo que cambió nuestro destino, y terminó en que un año y medio más tarde Tato y yo tomáramos rumbos distintos, fue la agencia de publicidad de Jordi Vázquez i Vendrell, así, separado con una i latina, al estilo catalán.

—Jordi nos espera para comer.

Dijo Tato, y me sugirió que me vistiera de ejecutivo, de creativo genial, por lo menos con corbata.

Le dije que se fuera a la mierda y me dejara jugar mis cartas.

—¿Qué querés hacer?

—Tato, a este pelotudo lo tenemos que correr por izquierda. Yo soy un creativo publicitario, no un tendero. Lo vamos a apretar entre el poli bueno y el poli malo.

—Yo hago de poli bueno.

—Por supuesto —dije.

Me miró suspicaz y masculló: ¿Qué querés decir, que no puedo hacer el malo?

—Podés ser malo a otra hora, ese papel me toca a mí.

Y así fue.

Cuando nos sentamos a la mesa, Vendrell —yo nunca lo llamé de otra manera, porque de esa manera marcaba distancia— me reconoció, asombrado, como uno de los monos que había visto alguna vez sobre los andamios del Lupara.

—Mire, Vendrell —dije, sirviéndome un poco de agua. El que bebe vino en una comida de trabajo siempre da ventajas—. Vengo quemado de varios incendios, y me gustaría que no haya confusiones de ninguna clase. Yo soy un creativo caro. ¿Por qué? Porque soy el mejor. Si no me pagan lo que valgo prefiero trabajar subido al andamio, es mucho más sano.

—Bueno… —dijo Vendrell escanciando el vino blanco—. Ya sé que los argentinos son siempre los mejores en todo, pero algunas cosas hay que probarlas.

—Es cierto, Lito, Jordi no conoce lo que vos hiciste en Argentina —terció Tato, esperando que inventara algo.

Me encogí de hombros y ataqué el primer plato, un trozo de atún crudo con guarnición. Cualquiera que coma pescado crudo es un salvaje. Tengo una pila enorme de convicciones como esa.

—Vendrell… Si le paso una copia de mi currículum laboral, no le va a servir, y el «black» es confidencial.

—¿El black…? —repitió con interés.

—Vendrell, por favor, usted es un funcionario político. ¿Tengo que explicarle que todo el mundo tiene una historia que se puede contar y otra, la que verdaderamente vale, que no se muestra?

El hombre sonrió con la sonrisa de la raposa harta de gallinas y dijo, como para Tato:

—Creo que nos vamos entendiendo. Pero, al menos, ya que me juego mucho en esto: ¿Podría adelantarme algunas líneas para una campaña electoral? ¿Usted por qué lado tiraría?

Sonreí apartando el atún, y comenté para Tato:

—Vamos mal, ya quiere que trabaje gratis.

—¡Pero Lito, no seas así! —dijo Tato, con un brillo divertido en los ojos—. Jordi es de confianza.

—La confianza mata al gato… Pero igual no pierdo nada. ¿Sabe por qué Vendrell? Porque hay millones de tipos que tienen ideas geniales, pero no son capaces de llevarlas a cabo. Yo sí. Por eso le voy a contestar.

Se hizo un silencio en el que hasta Tato paraba la oreja. Yo no lo miraba, no quería que se nos escapara un gesto, y con él la presa.

—Su partido no me necesita para ganar las elecciones, porque ya las tienen ganadas. El problema de su partido es obtener la mayoría absoluta, para poder hacer lo que se les dé la gana, y eso lo tienen difícil, porque han metido la mano en la lata y se comieron todas las galletas.

—¿Usted quiere insinuar que…?

—No, Vendrell, yo no insinúo nada. Yo hago un diagnóstico. Los votantes vinculan a su partido con la corrupción, y eso es algo a tener en cuenta si quieren lograr la mayoría.

—Ah… —dijo Vázquez i Vendrell, sintiéndose inteligente—. La campaña tiene que demostrar la honestidad de nuestros candidatos.

Hamaqué la cabeza, como si me pesara tratar con un débil mental:

—En una campaña para su partido no se puede mencionar la honestidad o la corrupción; cadena perpetua para el que lo haga. ¡Ni por casualidad! ¿Sabe por qué? Porque ustedes son corruptos, y ya sé que no son los únicos, pero lo que la gente, el votante, se imagina, es diez veces más gordo que la verdad. Téngalo claro, cualquier defensa que haga de la honestidad, cualquier desmentida de actos de corrupción, es un suicidio. El votante entenderá que están tapando más de lo que está a la vista.

El tipo dejó los cubiertos, se desentendió del segundo plato y encendió un cigarrillo. Yo hice lo mismo y Tato, que otra vez estaba dejando de fumar, me robó uno del paquete.

—Vendrell, permítame que lo ponga al tanto de alguna peculiaridad de las campañas políticas, que no son como vender jabones. La dialéctica interna de una campaña política es idéntica a la guerra. Hay dos bandos: los buenos y los malos. Nadie iría a una guerra si piensa que está en el bando de los malos. ¿De acuerdo?

Los dos asintieron, como alumnos atentos. La comparación con la guerra siempre impresiona, y Sun Tzu sobre eso sabía todo.

—El votante, aunque se crea comunista, siempre vota para defender sus intereses económicos. Dos cosas determinan su voto: lo que teme y lo que desea. Y, siempre, lo que teme y lo que desea está ligado a su situación económica. De los dos candidatos entre los que dividirá su voto, porque los terceros siempre son de palo, se

quedará con aquel que lo haya convencido de que es el único capaz de realizar sus deseos, y que el otro, el contrario, es quien hará reales sus temores. Es así de fácil. Y que conste que no estamos hablando de la verdad. En una campaña, como en la guerra, la verdad no sirve para vencer al enemigo, hay que derrotarlo con el arma que sea. Si hay que mentir, se miente, y punto.

—¡Pero… carajo! —protestó Tato, impagable—. Con eso vos me estás diciendo que los votantes son unos boludos.

—Estoy diciendo cómo es la gente, Tato, no cómo me gustaría que fuera.

Entonces Jordi Vázquez i Vendrell pareció pensárselo un segundo para levantar la mano llamando al camarero.

—¿Aquí tienen cigarros para los buenos clientes? —le preguntó.

—Sí, señor, ahora le traigo para que escoja.

—Muy bien, y que sea también un Moët & Chandon bien frío, que con los amigos tenemos algo que festejar.

Hoy, me nombran el champán francés, de cualquier marca, y se me revuelven las tripas. Ella, esa puta, estaba convencida de que los verdaderos caballeros son quienes invitan a sus damas con ostras crudas y champán francés. Las ostras siempre me dieron asco, y el champán terminó por seguir el mismo camino. Pero yo…, no tiene importancia, ya llegará el momento de contarlo.

Brindamos con nuestro amigo Vendrell y, mientras echábamos humo de unos habanos que no nos cabían en la boca, avancé un paso más; era necesario.

—Ahora que vamos a trabajar juntos, Vendrell, le voy a sugerir un par de cambios que usted entenderá como necesarios; porque lo son.

—Ripoll… —dijo. Así me llamaría a la largo de nuestra relación. Como si ese apellido catalán aumentara su confianza—, estoy atento a lo que me quiera sugerir.

—Son dos cosas importantes. Una de cara al cliente y la otra de cara al enemigo. Porque usted, que ya me dará los nombres cuando lo crea necesario, tiene enemigos. En su propio partido. Y esos son los peores.

—Eh… —dijo, con un gesto de aceptación—, no se puede hacer carrera en la política sin pisar algunos pies.

—O algunas cabezas —agregó Tato.

Lo miré a mi compañero como para que no me desmintiera, porque inventaba, y dije:

—La oficina de publicidad que tiene montada es una pocilga. Con Tato fuimos a verla con una excusa, y está muy bien para tenderos de segunda, pero ahora vamos a jugar en primera, y tenemos que ser, o parecer, que somos el Barcelona, o el Real Madrid, si le gusta más.

—Bueno, Ripoll… tampoco me iba a gastar una fortuna en algo que no sabía si podía conseguir. Ahora que lo tengo seguro, o casi seguro, porque en estas cosas uno nunca sabe cuándo le van a robar el fuet del bocadillo, estoy dispuesto a hacer los cambios que sean necesarios. ¿Usted qué propone?

—El local es grande y está bien ubicado, pero parece un desierto amoblado con sobras de segunda mano. Consiga del dueño el OK para hacer algunas reformas, en tabique seco, que eso no necesita permisos oficiales. Hay que cambiar toda la disposición, para sumar, por ejemplo, una sala de reuniones que pase desapercibida para cualquier cliente casual. Una sala donde podamos hablar a calzón quitado con los candidatos. Y también necesitamos un departamento de márquetin. Un centro desde el que podamos manejar las encuestas y todos los recursos que son necesarios para una campaña que vamos a controlar minuto a minuto. Si está de acuerdo nosotros nos hacemos cargo del diseño y la remodelación; usted corre con los gastos.

—Hecho, hagan los números y ya empecemos…

—Otra cosa, que le va a parecer rara, pero… lo admito, para ser un buen creativo hay que estar un poco loco. Quiero una habitación con una media mesa de ping–pong; porque cuando juego al ping–pong es cuando se me ocurren las mejores ideas.

Se le quedó la boca abierta en medio de un ¿oh? Y un ¡eh!, porque nunca había oído hablar de una media mesa de ping-pong.

—Es para jugar solo, Vendrell. Tal vez haya que mandarla hacer, pero un día hasta se la voy a prestar. Del otro lado, en lugar de un jugador, hay un plano de inclinación variable, que devuelve la pelota. Pero las reformas y eso son boludeces, como decimos los argentinos; hay algo más importante, más pesado, y que lo puede mandar al muere.

—Ripoll… usted me va a matar a sustos. ¿Pedimos otra botella

de champán?

—Jordi, mientras pagues vos, podés pedir todas las que quieras —comentó Tato, magnánimo, en medio de una humareda de habano, y con una seriedad que me decía que por dentro se estaba matando de risa.

Terminé mi copa, la primera y la última, porque necesitaba estar lúcido, y esperé que el camarero nos las llenara con la nueva botella.

—Supongo que el alquiler de la oficina, y la titularidad de la agencia están a nombre suyo, Vendrell, ¿me equivoco?

—No… me lo pensé bastante, pero no tenía otro recurso.

—Muy bien. Entonces hay que cambiar los papeles lo más rápido que se pueda. Conservaremos el nombre con que está en el registro comercial, para hacerlo fácil, pero los dueños tenemos que ser Tato y yo. Entre usted y nosotros, para que esté seguro de que no lo vamos a estafar, haremos un contrato civil del que nadie tiene que saber nada. Quiero que lo piense un momento: ¿Qué pasa si agarramos toda o parte de la campaña y sus enemigos internos se enteran de que la agencia es suya? Lo van a crucificar, Vendrell, se lo van a comer pedacito por pedacito, hasta que lo que quede no lo quieran ni los perros.

Se hizo un silencio interminable, tanto que llegué a pensar que se me había ido la mano.

Supongo que Vendrell concluyó que si resbalaba terminaría, otra vez, vendiendo pastillas en las discotecas, porque se desabrochó la corbata:

—Ripoll, creo que ya no necesito saber de su currículum negro… usted sabe muy bien cómo moverse entre cocodrilos del pantano.

—¡Vendrell! —dije, soltando la risa, para aflojar la situación—. ¡Al final me va a salir con que es un adicto a los documentales de la tele! No se preocupe, yo también.

El tipo absorbió la broma asintiendo, pero no estaba para bromas:

—Vamos a hacer lo que usted propone, todo, porque algo me queda claro: usted, Ripoll, y este —dijo señalando a Tato—, que la va de callado, son los socios que necesito. Y les voy a decir más: mientras no me roben descaradamente, no seré demasiado meticuloso con las cuentas. Prefiero ser generoso, porque no se trata

solo de ganar mucho dinero, también quiero seguir trepando la escalera. ¿Me explico?

—Jordi, ¿me permitís que te recuerde algo? —dijo Tato, tomándose un instante para crear expectativa—. El mayor hijo de puta de la industria automovilística de Norteamérica, el tipo que salvó y hundió varias empresas, lo dijo muy clarito: en estas carreras las opciones son dos, y no más que dos: arriba, siempre un paso más arriba… o afuera.

—¿Joe Giaccocca? —recordé.

—El mismo.

Un rato más tarde nos despedíamos de Vendrell hasta una próxima reunión, y nos alejábamos del restaurante, muy serios Tato y yo, dos albañiles a un paso de dejar de serlo.

—Vamos a tomar un café —propuso.

—Venga, y también un coñac, que lo necesito. ¿Cómo te acordaste de esa frase de Joe Giaccocca? ¡Cayó en el momento justo!

—¡Qué sé yo, Lito! El que dijo que era de ese tipo fuiste vos. ¿Quién es Joe Giaccocca? Me acordé de esa frase porque la leí en algún lado, y me pareció que venía de puta madre para asegurarnos al gilastrún este.

—El efecto fue genial, Tato. Cuando cambiemos toda la oficina vamos a poner esa frase en la pared: «Arriba o afuera».

—No. Se me ocurre algo mejor. La hacemos grabar en bronce y la ponemos en medio de la mesa de reuniones con los candidatos.

—Va a ser como cuando los romanos paseaban la momia…

—¿Vos siempre tenés alguna historia rara?

Al camarero le pedimos dos cafés y dos copas de coñac, del más caro que tuviera.

—Era cuando estaban en medio de las comilonas y las orgías que se mandaban. Entonces sacaban a pasear la momia —recordé—. Para que los que estaban de joda no se olvidaran de que se podían morir en cualquier momento. ¿Te das cuenta de que tu chapa en bronce en medio de la mesa va a servir para lo mismo? ¡Arriba o afuera!

—Es cierto —admitió, dándose un beso en la mano y

pasándoselo a la mejilla—. Soy un genio tan de incógnito que ni yo mismo me conozco.

Chocamos las copas, dimos un trago, y nos permitimos relajarnos, porque para los dos la comida había sido cualquier cosa menos una comida.

—Ahora que estamos solos, como le dijo Adán a Eva, explícame desde cuándo jugás al ping–pong en una mesa tan rara, y para qué necesitamos un departamento de márquetin.

—El ping–pong me puede chupar un huevo, y esa mesa rara la vi una vez en una revista; es todo pose. Pero lo del márquetin no, porque vamos a hacer encuestas para tirar para arriba, y la empresa, o las empresas que agarren ese trabajo, tendrán que pasarle mordida al mejor «marquetinero» de Barcelona y el universo.

—¿Y a ese, ya lo tenemos o hay que buscarlo?

—¡Lo tenemos, boludo, lo tenemos! —dije, y ya no pude parar de reírme—. ¡Sos vos, tarado! ¡Te devuelvo la pelota, por inventarme gran creativo!

Se quedó un segundo alelado y después, agarrándose la cabeza y negando como si no pudiera creer en lo que oía, dijo:

—¿Ves, boludo? ¿Cómo no vamos a tener mala fama los argentinos? ¡Si nunca vamos al Infierno porque podemos enroscarle la víbora hasta a San Pedro!

Así fue como entré a jugar en publicidad. Sin darme cuenta ya había comenzado a ser otro. Uno que manejaría los hilos para que miles de boludos que creen en la democracia votaran a cuatro ladrones. En el fondo era divertido gozar de tanto poder, y es que Tato tenía razón cuando dijo en Madrid que yo seguramente había aprendido algo más que tirar tiros. Solo que… no quería imaginar qué me diría Jorge o cualquiera de los compañeros caídos, de saber lo que estaba haciendo.

Tal vez, si me hubiera quedado sobre el andamio, no me habría llenado tanto de veneno como lo hice a través de esos años, en que gané mucho dinero como mercenario. Y tampoco la habría conocido a ella.

Pero el pasado es como la muerte: no se puede cambiar.

CAPÍTULO VEINTICINCO

El 78 fue el primer año de mierda de una cosecha inacabable. El mundial de fútbol que, al fin, ganó Argentina, y la campaña política que llevamos adelante para los «innombrables», como los llamábamos con Tato, me ocuparon el año. Hasta tuve que aprender a jugar al ping–pong con la media mesa, que terminamos comprando por correo.

Tal como era natural, el dinero negro empezó a entrar a chorros, pero recién después de una reunión que nos dio el mando absoluto del barco.

El principal candidato de los innombrables, el Gran Hombre, había pedido, exigido, una reunión con nosotros y sus asesores personales, para determinar ciertos aspectos de la campaña. Era imaginable con qué se vendría, así que decidí repetir una historia que había leído en uno de los libros sobre los grandes creativos.

El Gran Hombre estuvo más de media hora detallando los puntos que creía imprescindibles para su campaña, que incluían a sus dos asesores sumados a nuestra oficina, algo que no pensaba aceptar. Lo dejé hablar en silencio, haciendo dibujitos intrincadamente geométricos en mi blog de anotaciones. Vendrell por momentos también asentía, pero sintiendo el peso de mi silencio y la inexistencia de Tato, que se había vuelto casi invisible.

—¿Qué le parece? —preguntó, retóricamente, al terminar su exposición. Esperaba que aplaudiera.

—¿Me disculpan un segundo? —dije, y salí del cuarto de reuniones; para retornar enseguida con una carpeta en la mano.

—¿Me va a decir qué le parece, o le queda alguna duda? —agregó el Gran Hombre.

—Mire… —dije, sin levantar la vista de la carpeta, y terminando con el bolígrafo el último de mis dibujitos—. Me queda claro que usted… y sus asesores han pensado mucho sobre el tema, y les

agradezco la confianza depositada en nosotros al revelarnos sus líneas. Solo veo un problema… fácilmente subsanable.

—Lo escucho —dijo el Gran Hombre, y uno de sus asesores puso en marcha un pequeño grabador, para registrar lo que yo dijera. Por un segundo me lo pensé metido entre nuestros pies todos los días y supe que íbamos a tener que reventarlo a patadas.

—Sus propuestas están llenas de buenas intenciones, pero no dejan dudas de que usted, y sus asesores, son analfabetos en lo que hace a una campaña política. Y como yo acostumbro a ganar, siempre, las campañas que dirijo, no voy a comerme un fracaso por darles el gusto y poner en marcha toda esa mierda. Y usted no apague el grabador… —ordené al asesor, que ya estaba moviendo un dedo en esa dirección—. Esto se soluciona muy fácilmente: dirija usted su propia campaña, y no venga más, nunca más, a decirme qué tengo que hacer. ¿Ve?

Dije, abriendo la carpeta:

—Este es nuestro contrato —y lo rompí con movimientos lentos y deliberados en cuatro partes, haciendo una pirámide sobre el bronce que proclamaba «Arriba o afuera»—. No voy a naufragar porque un político crea que sabe algo de publicidad. Ofertas de trabajo, incluso de la oposición, recibo más de las que quiero. Y, ahora, si me disculpan, tengo algo más importante que hacer: me voy a jugar al ping–pong. Buena suerte.

Salí de la sala caminando sobre un silencio tan espeso que podía sostener a un elefante. Lo único que se oía era el sisear de los papeles rotos, que Tato juntaba desesperado para volver a la carpeta. Y me puse darle duro a la media mesa de ping-pong. Sabía que desde la sala de reuniones oían el repicar de la paleta y la pelotita. Que se cocinaran en ese jugo.

Los que llegan a la carrera política se pueden encuadrar en dos clases. Maquiavelo era más puntilloso con la clasificación de sus príncipes, pero yo me conformó con dos clases: Los débiles de espíritu, que necesitan que la gente los quiera, y los psicópatas, que no necesitan que los quieran, ni quieren a nadie. Lo único que los hace felices es el poder.

Los primeros son débiles. En algún momento darán el paso hacia su perdición cediendo a los reclamos de quienes, según ellos, deberían quererlos. Los psicópatas son autónomos. Si no les da por

salir a matar gente son quienes ocupan los grandes cargos en gobiernos, bancos, empresas o ejércitos, donde sea necesario tomar decisiones rápidas sin que importen los costos humanos. En esos puestos los psicópatas son triunfadores, no casos policiales.

Yo he sido, soy y moriré pensando como un político. ¿En qué clase me encuadro? Cuando estaba en la guerrilla quería que la gente me quisiera. Cuando jugaba al ping–pong ya había cambiado de equipo. Si mi jugada no había sido equivocada, y el Gran Hombre pertenecía a mi especie, respondería al desafío como un buen psicópata, con inteligencia: me cedería el poder hasta lograr sus objetivos, y luego me borraría del universo.

Media hora más tarde entró Tato, con su mejor cara de «el Podrido», agarró otra paleta y empezamos a darle en un juego en el que ninguno daba ni sacaba ventaja. Cuando me pudo, con un rebote lleno de efecto invertido, y yo me agachaba para buscar la pelotita amarilla, dijo:

—Estuve a punto de reventarte la cabeza con una silla cuando rompiste el contrato. Pero, menos mal que, como un boludo, me puse a juntar los cachos… rompiste una fotocopia.

—A veces no soy tan idiota. ¿Se fueron muy cabreados?

—Ni siquiera saludaron. Lo único que les faltó fue escupir en el suelo.

Después reventó su paleta contra la pared:

—¿Vos estás loco o comiste pintura? Ahora lo único que nos queda es ir a los tribunales con el contrato bueno… ¡Y nos van a dar por el culo, porque ellos tienen la manija, concha de tu madre!

—¿Vendrell, tu amigo Jordi, qué hizo?

—¿Qué va a hacer? ¡Se fue con ellos con la cola entre las patas!

—Tato, esta jugada ya funcionó una vez, y va a volver a funcionar. Antes de matarme dame cuarenta y ocho horas… y te juro que si falla me tiro debajo de un tren.

—¿Encima de quemar el negocio te hacés el gracioso? ¡Por mí no pierdas tiempo, anda ahora mismo a tirarte debajo de cuatro trenes! —gritó, y se fue con un portazo.

Pero funcionó. Sobre la hora límite me llamó Jordi Vázquez i Vendrell, porque había querido comunicarse con Tato y este no le respondía al teléfono.

Que el Gran Hombre y sus asesores habían evaluado que no

tendrían tiempo material para llevar ellos mismos la campaña y que la dejaban en nuestras manos; pero no iban a admitir fracasos, porque entonces él, Jordi Vázquez i Vendrell, tendría que considerarse un muerto político.

—¿Algo más? —No me estaba dando ninguna noticia que yo no esperara.

—Sí… —dijo haciendo un largo silencio—. No pude conseguir que nos firmaran un nuevo contrato, a cambio del que usted rompió. ¿Cómo pudo hacer eso, Ripoll? ¡Se me rieron en la cara! ¿Se da cuenta, Ripoll? ¡Nos tienen agarrados de los huevos!

—Vendrell, si repite lo que le voy a decir lo voy a colgar de los pulgares del palo mayor: lo que rompí era una fotocopia que tenía preparada para esa puesta en escena. Tenemos, y bien guardado, el contrato original. No sufra.

Hizo un silencio tan largo que pensé que había perdido la línea:

—Hola, hola, ¿me oye, Vendrell?

Estaba. Primero como una serie de hipos y luego con una carcajada que le salía de las tripas. Había entendido todo de golpe.

No voy a perder tiempo contando como ganamos la mayoría para los innombrables, con el margen suficiente para que se sintieran seguros. En la fiesta de celebración se me acercó el Gran Hombre, con su sonrisa de psicópata —que tanto gustaba a las votantes hembras— para felicitarme y, de alguna manera, recordarme que lo había desafiado y eso se pagaba.

Pero lo desarmé citándole una tontería atribuida a Sun Tzu:

—Le voy a confiar un secreto: no fue difícil. El gran estratega chino decía que puede más un ejército de conejos dirigido por un tigre que un ejército de tigres dirigido por un conejo. La figura del general, la imagen que tengan los soldados de su dirigente, en este caso los votantes, es más determinante que las armas. Para mí se hizo fácil, porque hasta los conejos siempre ganan la guerra, si el general es el tigre.

El Gran Hombre dejó de sonreír y me miró como si recién me descubriera. Los psicópatas siempre terminan por entenderse, antes de que uno elimine al otro:

—Ripoll, estoy pensando que lo voy a necesitar, porque esto acaba de empezar. No lo voy a ofender proponiéndole un cargo de asesor, porque esos están reservados para los amigos inútiles, y para

los inútiles amigos de los amigos. ¿Puedo contar con usted para consultarlo, para pensar en voz alta, cuando tenga alguna duda importante? Por fuera del aparato, por supuesto…

—Y confidencialmente. Como si fuera su psicólogo o su confesor. Delo por hecho…

—En cuanto al costo de ese asesoramiento, espero que sea razonable.

—No lo dude: lo exprimiré todo lo que razonablemente pueda —le contesté, y reímos juntos como dos hienas de los dibujitos de Disney.

Seguimos con la agencia hasta mediados del año siguiente. Pero los ingresos en negro se habían reducido drásticamente, porque no teníamos tantas justificaciones para hacer encuestas.

En realidad, nuestro verdadero márquetin era recorrer barras de bares de barrio, plantar las preguntas en medio de las cervezas y escuchar lo que decían los vecinos.

Las encuestas las «teledirigíamos» especificando qué preguntas tenían que hacer, porque las preguntas siempre determinan las respuestas; y las empresas encuestadoras que habíamos elegido sabían bien cómo era el negocio. Aparte de devolvernos en un sobre parte del pago que recibían por inundar las calles con encuestadores mal pagados —que la mitad de las veces rellenaban los formularios según su imaginación—, tenían claro que quienes determinarían los resultados, en última instancia, éramos nosotros.

Nuestro socio en la oscuridad, Jordi Vázquez i Vendrell, vivía momentos de felicidad suprema, porque lo habíamos encumbrado y, además, con honor de piratas de la Hermandad de la Costa, le pasábamos la parte que le correspondía en todas las matufias.

Por eso acudí a él para resolver de una vez lo que me había propuesto al llegar a España, que Carlos Meléndez Ripoll fuera ciudadano español.

—¡Hombre, me lo hubieras dicho antes! Por eso no hay problemas. Mira, te paso el teléfono de un amigo que está en el sitio justo para aceitar el camino. Regularmente cobra muy buena pasta, pero, como me debe muchos favores, no te cobrará nada. Llámalo mañana, que yo lo veré esta tarde para ponerlo al tanto.

Parece que hay por allí, perdida, una ley que privilegia a los que han realizado un servicio importante para el Estado español, y yo, por algo de lo que no tengo idea qué fue, entré como por un tubo en esa distinción. Milagrosamente, en menos de un mes Carlos Meléndez Ripoll era ciudadano español y hasta había jurado fidelidad a la corona.

Fidelidad a los mismos reyes, el Borbón y la griega, que, cuando los genocidas de la dictadura argentina sentían el aislamiento de gran parte del mundo, después del Mundial de Fútbol, en el mes de noviembre del 78, fueron a visitar a Videla en plan amigos.

Algunos españoles se cabrearon, pero a otros les chupaban un huevo los monarcas, y se desentendían de lo que hicieran, porque «no los representaban». Aún hoy, cuando sale, o saco a jugar ese tema, el «no me representan» me da ganas de sacar un cutter y dejar el tendal de degollados, como si fueran lo que fueron y son, gallinas.

Con ese cambio de papeles Juan Hirám Gutiérrez, republicano, marxista sartreano y descendiente de anarquistas, pasaba a convivir con Carles Ripoll, catalán, monárquico por fuerza e independentista. Con el tiempo seguiría sumando personajes a esa galería, a ese parlamento que, como tenía su izquierda, su derecha y su centro, iba a agarrarse a patadas en mi cabeza a cada rato.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Sobre fines del 79 y principios del 80, seguíamos recibiendo campañas oficiales, y de vez en cuando el Gran Hombre llegaba, fuera de las horas de atención al público. Me había bautizado su «abogado del Diablo», porque yo jugaba de frontón de rebote de sus ideas y algunas se las mandaba a la basura.

No era el único. Pero él no lo sabía, o si lo sabía, se hacía el tonto. Otros innombrables me usaban como consultor; y pagaban bien.

Eso iba a determinar mi paso siguiente cuando Vendrell nos propuso vendernos, legalmente, la agencia de publicidad, que a esas alturas tenía un prestigio bastante sólido.

Cuando lo consulté con Tato lo vi dudar, como si tuviera otros planes que no se había animado a comunicarme. Es cierto que algo había cambiado sustancialmente en la vida de Tato, el Podrido. Desde hacía un tiempo había dejado de perseguir a cualquier mujer pasablemente buena que se le pusiera a tiro, para mantener una relación estable con una madrileña. Se llamaba Silvia, pero porque en esta historia aparece otra Silvia, mi antigua amante y aspirante a ser mi última torturadora, la llamaré Silvia la Buena.

Cuando Tato no se pasaba dos o tres días en Madrid, venía Silvia la Buena a compartir el cotorro que manteníamos en El Clot, también por un par de días.

Ese tarde nos habíamos dado un tiempo para matear amargos en El Clot, porque la cosa era tan importante que Tato había postergado su viaje semanal a Madrid.

—Lito… —empezó diciendo—, vos sabés que a mí me gusta la guita, para qué nos vamos a engañar…

—Y el que dice que no le gusta es un mentiroso…

—… pero quiero ganarme la vida sin tener que tratar con estos escuerzos y, además, tener que sonreírles. Mi viejo fue sindicalista.

Si le cuento la mitad, la octava parte, de lo que hacemos por los innombrables, me retira el saludo para toda la vida. No quiero la empresa de Jordi. Que se la venda a otro, o te la quedas vos, que yo no te voy a poner ninguna traba. Tengo otros proyectos, Lito, con Silvia y van a ser lejos de Barcelona.

Mientras yo le cambiaba un poco de yerba al mate Tato encendió un cigarrillo. Fumar y matear con un amigo es como estar ante Dios. No hay lugar para la mentira cuando uno tiene esa fortuna.

—Así que lo tuyo con Silvia va en serio… porque si estás haciendo planes de futuro, va en serio.

—¿Y a vos qué te parece?

—Mi abuela diría que por fin sentaste cabeza, y pienso que vale la pena darle bola al corazón. Desde ya te digo, al pedo, porque lo tenés que saber, que podés contar conmigo si necesitas lo que sea. Yo tampoco quiero la agencia de publicidad de Vendrell.

—¿Y qué le decimos? ¡Porque no se la vamos a regalar, me imagino! Somos boludos, pero no tanto.

—Tenemos un contrato civil con Vendrell, que hicimos para asegurarle que no lo cagaríamos, pero que también sirve al revés. Nos va a jugar por derecha para que de ese contrato no se entere nadie jamás; para que muera en la oscuridad. Vende la agencia, y como somos sus testaferros, de la guita hacemos tres partes iguales. Fin de la historia. Ahora, vamos a lo serio… ¿Por qué no me contás qué querés hacer y adónde carajo te vas a ir con tu amada Silvia? Vos sabés que las historias de amor me reblandecen el corazón.

—¿A vos? ¡Si no tenés corazón, hijo de puta, que tenés como mucho un cacho de hígado de vaca! No sabés las vueltas que di para contarte que ahora soy un chico bueno con aspiraciones familiares.

—Alguna vez te tenía que tocar.

—¿Y a vos cuándo te toca, o sos de lata?

—A mí ya me tocó, Tato, hace mucho, y terminó en una muerte de la que no quiero hablar.

—Está bien, no me cuentes —dijo Tato, con esa cara que se le ponía cuando dejaba de lado las máscaras defensivas—. Pero… ¿no me envidiás, aunque sea un poquito, para que no me sienta un boludo de goma?

El proyecto de Tato era razonable. En esa época España empezaba una bonanza que parecía que nunca tendría fin, parecía que habían dado con el cuerno de la abundancia. Y los españoles, que si alguna vez habían hecho turismo a Roma, Munich o París, decían «yo he viajado a Europa», como si España estuviera en África, empezaban a viajar al exterior, y se decantaban por el turismo interior solo si tenía algún exotismo que lo hiciera narrable a sus amistades. Así estaba naciendo el turismo rural. Antiguas casonas, prácticamente abandonadas, se reciclaban como hoteles en el campo o la montaña, donde hasta había vacas, para que aprendieran a ordeñarlas a mano y a valorar el olor de la bosta, elemento muy ecológico donde los haya.

Tato había dado con el último alcalde de un pueblo extinguido en Asturias. No eran más de diez o doce caserones, donde esperaban la muerte, la boca abierta al calor, como diría Serrat, media docena de ancianos. Con su capacidad de trabajo, con la mano de obra que consiguiera, con la plata que había amontonado con la agencia, y con Silvia, iban a convertir al pueblito en un hotel rural.

—¿Y vos qué vas a hacer? —exigió, luego de exponerme su plan.

—Voy a achicar el escenario. Con la venta de la agencia tanto vos como yo seremos tipos solventes, con cuentas dulces en el banco. Voy a alquilar una oficina a mi gusto, pequeña, y a tomar una secretaria para que cumpla los horarios. Hoy, lo que tengo, son facinerosos políticos que, además del Grán Hombre, me pagan buena guita para que los oriente en cómo trepar y hacer mierda a sus enemigos políticos internos. Eso me toma, como mucho, un par de días a la semana. El resto del tiempo voy a dedicarme a leer todo lo que quise leer en muchos años. Leer y tomar mate. Si no te parece mal, aquí mismo, en El Clot, porque no tengo ganas de mudarme. Y si vos y Silvia, un día necesitan darse un baño de Barcelona, ya tienen casa.

Así, un día me encontré solo en la casa del Clot. Solo con mis pensamientos y mis viejas historias.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Solo, con mis pensamientos, mis viejas historias y tres nuevos inquilinos en el Clot. A Juan Hirám Gutiérrez y Carles Ripoll, se había sumado un tercer «mi otro yo», que llamé La Vieja, porque estaba lleno de manías.

A La Vieja le daban ataques de limpiar y ordenar todo, porque no soportaba el desorden exterior. Supongo que porque meterse con el desorden interior es un imposible para cualquiera. La Vieja me venía muy bien, porque tengo temporadas en las que por donde paso todo queda culo para arriba.

La Vieja fue quien decidió que no podía tener los libros amontonados en el suelo de mi dormitorio, en pilas tambaleantes por las que a veces se paseaban las cucarachas, y me llevó a Ikea en busca de una biblioteca. Que no podía ser muy grande porque, como casa de otro tiempo, el piso del Clot era un laberinto y tenía solo una pared suficientemente ancha como para colocar las estanterías.

Visto desde hoy, desde este Buenos Aires que no parece haber cambiado por mi ausencia, los años que transcurrieron entre el montaje de la agencia de publicidad y mi primer encuentro con ella, fueron un divagar sin rumbo, dividido entre todos los «yo» que tomaban el timón de mi vida cuando les daba la gana. Eran tantos que no terminaba de reconocerme en ninguno. Y lo peor era cuando se peleaban por la dirección a tomar y yo aguardaba esperando que me reflotaran, varado en el barro como un viejo barco del Riachuelo.

Por eso, para contarlo, he decidido no tomarme muy en serio esa larga, larguísima etapa, que se fue sucediendo día tras día, acumulando meses y años.

De pronto me sentía cansado, muy cansado. El trabajo que me daba, todavía, buen dinero, me llenaba de veneno. No tenía amigos. La posibilidad de una mujer solo se me hacía visible como una urgencia sexual. Tenía bastante dinero, parte en el banco y parte convertido en dólares, la única moneda de la que me fiaba. ¿Qué me quedaba? Un viejo vicio, que no es necesario compartir con nadie, la lectura. Y empecé a comprar libros. Muchos. Y algunos se fueron a sumar al rincón de la biblioteca reservado para Sun Tzu y Nicolás Maquiavelo. Todavía recuerdo cuáles fueron los dos primeros: *Elogio de la locura*, de Erasmo de Rotterdam y *El cero y el infinito* de Arthur Koestler.

Tuve etapas en que engordé como un cerdo, y etapas en que tenía que hacer un ejercicio de voluntad para llevarme algo a la boca, porque estaba tan flaco que daba lástima. En una de esas etapas de flacura me dejé la barba. Pero me la afeité cuando, un día, que bajaba al mercado para comprar cuatro cosas, una mujer me paró para darme una moneda de limosna.

Ese día me compré la bicicleta. Me aburre caminar. Pienso mejor a la velocidad de una bicicleta. Por eso, hiciera el tiempo que hiciera, cuando me sentía a punto de reventar, agarraba la bicicleta, una botella de agua y me hacía pedaleadas de varias horas hacia los pueblos más o menos cercanos a Barcelona. No paseaba. Pedaleaba al límite, hasta que el corazón plagado de humo de tabaco parecía a punto de explotar.

Casi todo el tiempo leía y no paraba de fumar, como si fuera el único madero flotante que me agarraba a la vida, a mi naufragio. Repetía como un calco los días, hasta no saber si era miércoles o domingo. Sí, reconocía que a veces el calor era insoportable, y que a veces tenía que pegarme a la estufa. La única excepción a la rutina era la salida en bicicleta, a matarme pedaleando, a recuperar el aire que de pronto me habían robado.

Algunos de esos libros me explicaron cosas que había hecho, o me prepararon para entender las palabras de Miguel, el Flaquito, cuando mucho, mucho más adelante, casi en otra vida, me diría que la rutina de la cárcel hace de todos los días uno, y los años pasan como si fueran un eterno y único día. Que solo cuando la rutina se rompe te puede alcanzar el dolor.

Ya conté que por decisión de La Vieja había montado una

biblioteca, que pronto me quedó chica, y los libros comenzaron a apilarse uno encima de otro. Ellos resolvieron el tema, eligiendo los que se quedaban y los que irían a la basura, cada uno según su gusto.

Juan Hirám Gutiérrez se negó terminantemente a echar de la casa *Moby Dick* y *Adiós a Saigón*, del fascista de Jean Larteguy.

Carles Ripoll se conformó con un solo libro, *La plaza del diamante*, de Mercè Rodoreda.

Y La Vieja se peleó con los dos, porque quería tirar todos.

¿Cuántas veces tuvimos esa asamblea? Incontables. ¿Cuántos libros fueron a parar a la basura? De inmediato, los que no me convencían llegados a la página veinte. Cuando se llenaba la biblioteca el resto, todos, menos esas media docena a los que siempre volvía.

Mientras tanto el mundo seguía su marcha fuera de mi cubil del Clot: yira, yira, diría Discépolo, y cada tanto algo se me hacía pedazos, o lastimaba una de mis partes esquizoides.

Así fue que un día, el 23 de febrero de 1981, porque oí un rumor en el mercado del barrio, encendí el televisor, para asistir a un golpe «a la española» y el nacimiento de una nueva clase de adictos monárquicos, los «juancarlistas».

Un bigote recortado, de nombre Antonio Tejero, con el bicomio charolado de la Guardia Civil —una sombra de aquellas capas de alquitrán que nombrara García Lorca— había copado el Congreso a punta de pistola y un par de tiros al aire. Su primera orden fue: ¡todos al suelo!, como nosotros, cuando asaltábamos bancos.

Luego se rescató, como gran mérito, que algunos gerifaltes de esa postransición aún en trámite permanecieran de pie, o erguidos en sus asientos, mientras muchos otros gateaban pegados al suelo para huir del recinto parapetados tras las bancadas. Habían preferido morir de pie antes que vivir arrodillados. Muy emocionante. Romántico. Una mierda.

Yo, o mis compañeros, nos hubiéramos arrastrado hasta arrebatar la pistola a alguno de los guardias del Congreso y habríamos regresado para cagar a balazos al charolado.

Después, con los años, tuve que darles la razón. ¿Quién podía

asegurar que el tipo no tenía el apoyo de todas las fuerzas armadas, que se resistían al paso hacia una democracia más aparente que real? ¿Quién de los gerifaltes no sospechaba que el rey Juan Carlos I estaba comprometido en la jugada?

Porque el apoyo que le habían prometido, como en muchos otros golpes de Estado a los que he asistido, no se cumplió, o porque Tejero era un estúpido, cosa que dudo, Juan Carlos I tomó intervención, luego de horas de silencio, para ordenar que lo detuvieran y procesaran por alzamiento.

Cuando las cuentas no te dan a favor, es mejor irse al mazo.

Y, entonces, los «juancarlistas».

De golpe, una maza de progresistas se declaró juancarlista, renegando, al mismo tiempo, en un retorcimiento de la lógica, de la institución monárquica. Y todo porque el rey había jugado su baza parando el golpe de Estado. Nunca pude hacerles entender a los juancarlistas que la monarquía es hereditaria. Y que, algún día, su Juan Carlos, o Joan Carles en Cataluña, se moriría, dejando una chorrera de hijos y nietos que heredarían los privilegios, sin otro mérito que haber salido de sus testículos.

Tengo solamente una convicción de la que no he dudado desde que la enuncié: prefiero antes los enemigos inteligentes que los amigos estúpidos. Estoy seguro de que puedo entenderme mejor, aunque eso termine en mi fusilamiento, con un nazi que con un progresista. Los «progres» son, como los definió Marx en su descripción de la pequeña burguesía —que con los años cambió de nombre a clase media—, la mayor acumulación de contradicciones y estupideces que pueden darse conjuntamente en un ser humano.

Por supuesto, al fin me saco el sombrero ante Tejero. El que vi, al principio, como un payaso de bicornio charolado, fue un caballero hasta el final. Se comió él solito toda la conspiración, callando las complicidades de tantos que siguieron en el poder.

Y el mundo seguía, como la suerte que es grela… yira, yira, mientras yo lo miraba como si no me perteneciera, desde mi refugio en El Clot.

Cada día, como si fuera a misa, bajaba sobre las once de la mañana hasta La Fusta, un bar del barrio que tenía a dos pasos. Me

tomaba una cerveza, y leía los diarios que estaban a disposición de los clientes. Eso me mantenía enterado de la política local, para adelantarme a mis propios clientes, y también de las noticias de Argentina. No podía evitarlo. Era como si allá hubiera echado un ancla con un cabo que cruzaba todo el Atlántico.

En Buenos Aires, un grupo de mujeres, madres de desaparecidos, con un pañuelo blanco atado a la cabeza, cada jueves giraba en silencio en torno a la Pirámide de Mayo, frente a la Casa Rosada, la casa de gobierno. Las llamaban «Las locas de Plaza de Mayo». ¿Quiénes? Los mismos argentinos que comenzaron invadiendo Ciudad del Este, para deambular por todo el mundo y ganarse el mote de «deme dos», porque todo les parecía barato, y se consideraban triunfadores no sé de qué.

El resto era un silencio absoluto, que rompía un solo diario argentino que a veces veía en las Ramblas, el *Buenos Aires Herald*. Ellos hablaban, algo lateralmente, de las desapariciones.

Y un día, creo que de primavera, porque en los balcones de enfrente florecían los malvones, me enteré de que estábamos en guerra con Inglaterra por las Islas Malvinas. El 2 de abril del 82 habíamos desembarcado con un comando en las Islas Malvinas. ¿Habíamos? Habíamos. No podía mantener la distancia.

Bajé al mercado y compré una botella del mejor whisky. No sabía si para festejar o para envenenarme.

Cuando empecé a beber tuve que sumar un vaso más, porque a mi asamblea permanente se había sumado un nuevo inquilino: el Patriota Mondonguero. Se había puesto la camiseta de la selección argentina y me exigía que apoyara la guerra y me ofreciera como voluntario.

De los otros, el único que lo apoyaba, a medias, como reivindicación histórica pero en contra de sus protagonistas, los criminales de la dictadura militar, era mi viejo Juan Hirám, que a veces se confundía y se nombraba como Enrique, Pablo y no sé cuántos nombres más. Los otros decían que no era cosa suya, o que meterse con la tercera potencia militar del mundo era sacar patente de estúpido, porque no nos apoyaría nadie.

Cuando en la botella quedaban dos dedos los dejé discutiendo en la cocina y alcancé mi cama agarrándome de las paredes, para caer como un muerto.

Esa noche me volví a despertar a mi hora del lobo, las cinco de la mañana. A esa hora, por un rato, hasta que por un esfuerzo de voluntad vuelvo a quedarme dormido, veo mi vida con una claridad aterradora. Pero ese día la hora del lobo me mostró una sola cosa: que si moría, allí, en esa cama, los vecinos se enterarían de mi muerte cuando el olor a carne podrida fuera insoportable. Y tuve miedo de morir solo. Aún no había entendido que uno, al fin, siempre ha de morir solo.

Por la mañana, con una aspirina y una cocacola en ayunas ya estaba como nuevo. Mis resacas son de risa. La botella de whisky con el resto que quedaba fue a parar a la basura, ya no la necesitaba. Por eso, cuando reapareció el Patriota Mondonguera, le señalé la camiseta de Argentina que llevaba puesta:

—No sé cuánto creés que puede durar esta guerra, pero te recuerdo que dentro de poco se juega en España el Mundial de Fútbol 82. Vas a tener una guerra en dos frentes. Y olvídate de que me presente como voluntario, a los treinta y seis años no te quieren en ningún ejército, si no sos por lo menos coronel.

Le hice un corte de manga y bajé las escaleras con la bicicleta al hombro. Seguiría, más o menos en paralelo, la vía de algún tren, y cuando mi cuerpo estuviera el borde del colapso, la bicicleta y yo volveríamos en el tren. Sí, era casi una repetición del tiempo en que disolvimos la orga y, sin decidirme a despegar, tomaba trenes hacia arriba o hacia abajo, esperando inútilmente que algo que no sabía qué era cambiara.

Lo cierto es que con Malvinas volvió a repetirse lo que se había vivido durante el mundial de fútbol que ganamos. Aquel mundial del 78 debió ser el que más periodista convocó de la historia del fútbol. La mayoría se acreditaban como periodistas deportivos, pero iban a meter la nariz en el pudridero, a localizar y confirmar los campos de concentración clandestinos que denunciaban los exiliados. Con lo que la información, en Europa, se le iba de control a los genocidas, y nos enterábamos de las atrocidades. Todos, sin poder hacer nada. Impotentes. Todos, menos los reyes de España, que fueron a compartir brindis con Videla.

Con Malvinas pasó otra vez lo mismo. Mientras los medios argentinos contaban que íbamos ganando, a caballo de un fervor patriótico masivo que los militares querían aprovechar para

quedarse en el poder para toda la vida, te enterabas del hambre que pasaban los soldaditos, del maltrato brutal que sufrían de sus superiores y de que a los ingleses les estaba costando lo suyo, pero nos harían mierda.

Yo pensaba en esos pibes de dieciocho años, que no habían elegido estar en el ejército y me daban ganas de vomitar. Morirían como perros, mandados por oficiales que solo sabían de la represión a su propia gente y la tortura. Hubiera ido con gusto a reemplazarlos. Al fin y al cabo yo estaba más preparado que ellos para morir.

Entonces el Patriota Mondonguera y el viejo Juan Hirám me vinieron con la necesidad de hacer algo, lo que fuera, para ayudar un poquito, un pedo de mosquito. Y lo curioso es que tenían el apoyo, nada convencido, pero solidario, de Carles y La Vieja.

Les hice caso. Compré un aerosol negro y una noche salimos a pintar «Las Malvinas son nuestras» por los paredones del Clot. Carles se empeñó en que un par de las pintadas estuvieran en catalán, y le dimos el gusto.

Estaba mal visto ensuciar las paredes y no caí preso por casualidad; porque el coche de la policía apareció en la esquina cuando yo acababa de arrojar el aerosol seco a un contenedor de basura. Me hubiera sido difícil explicarles que la idea original no había sido mía, que yo era solo el ejecutor. Me dio tal ataque de risa loca la previsible escena, que los policías del coche aminoraron la marcha para echarme una mirada inquisitiva, tal vez pensaban que estaba colocado.

Al otro día, en La Fusta nadie hizo un solo comentario sobre las pintadas. Nos tuvimos que conformar con un eco espontáneo. En la noche siguiente alguien pintó con aerosol rojo: «El Peñón de Gibraltar es nuestro».

Por esos días empecé a comprar *Le Monde Diplomatique*. Y dejé de necesitarlo después de un artículo donde explicaba que Estados Unidos y todos los países que tenían satélites militares, los habían desplazado hacia la zona de conflicto, porque la guerra de Malvinas era el campo de pruebas donde se estaba jugando el futuro comercial de muchas armas nuevas. Ya estaba claro. A nosotros nos apoyaban Fidel Castro y Muamar Gadafi. Habíamos quedado, como quien dice, en la orilla mala del río. Nuestros pibes, mal comidos,

aterrados y muertos de frío en sus pozos de tirador, serían degollados por los mercenarios gurkas del ejército británico.

Mierda, mucha mierda, como para ponerse gordo comiendo mierda. Durante unos días me sumergí en la relectura de *Elogio de la Locura*. Tenía que entender algo, lo que hiera.

Supongo que esa misma búsqueda me llevó hasta las inmediaciones del estadio donde se inauguraba el Mundial 82, ron fiesta y partido entre Argentina y Bélgica. Al fin, el estadio estaba en Barcelona, y no me costaba nada acercarme con la bicicleta.

La até lejos, con dos cadenas, y luego me perdí caminando entre la multitud, disfrazada de todas las maneras posibles con los colores de sus países. Había muchos con la celeste y blanca de nuestra selección, pero lo que me atrajo como imán fue un grupo, con camisetas de otro color, que agitaban una gran bandera de Argentina y gritaban consignas que no terminaba de entender si eran en inglés o en sueco. Estaba equivocado, eran irlandeses. Tal vez fue por ese tiempo cuando un grupo de rock irlandés grabó una canción de apoyo a la guerra de los argentinos con Inglaterra, no puedo precisarlo. Se cumplía el axioma de que los enemigos de mis enemigos son mis amigos, diga como se diga en gaélico.

Ese día, Argentina perdió uno a cero ante Bélgica.

Al día siguiente, el 14 de junio, Argentina se rendía incondicionalmente en Las Malvinas, previa desbandada de oficiales y suboficiales, que se olvidaron en el frente a los soldaditos.

Ese día mandé a la puta madre que lo parió a uno de los innombrables que me consultaba, con lo que lo perdía como cliente, e hice lo mismo con el parlamento que me esperaba en El Clot dispuesto a discutir no me importa qué. Les dije que si no me dejaban en paz me tiraba de cabeza por el balcón, y a la mierda con todo.

Después me metí en la cama y no pude parar de llorar. Por la guerra, por los pibes, por la derrota y por mí; porque cada vez me quedaban menos sueños para seguir vivo.

Lo único bueno que trajo esa puta guerra fue que descolocó a los militares, coincidiendo con un cambio de política en la Casa Blanca, que apostaba por las democracias obedientes, más que por los dictadores amigos.

Así fue que en el 83 un socialdemócrata, con todo lo despectivo

que tiene para mí esa definición, ganaba las elecciones en Argentina y retornaba una democracia débil, temerosa y amnésica de su pasado.

Una democracia macartista para todos los que habían estado en las guerrillas, pero que llevó ajuicio a la cúpula militar genocida. La culpa de todo el pasado sangriento había sido de dos demonios: la cúpula militar y un puñado de guerrilleros, el resto de país era inocente de toda inocencia. No habían visto nada, no habían oído nada, no habían participado en nada.

¿Para qué iba a volver? ¿A qué país iba a volver? ¿Tenía un país?

Y el agua de los ríos siguió corriendo, siempre igual, siempre distinta: como mis días.

Tenía claro que mi consultoría se estaba yendo al carajo, porque los indeseables pensaban que los iban a barrer en las siguientes elecciones, y empezaban a buscar otras líneas donde morder.

Así fue que un día recibí una llamada y fui al encuentro de Jordi Vázquez i Vendrell. El hombre quería proponerme una asociación parecida a la que habíamos tenido con la agencia de publicidad, pero para producir videos pornográficos. Según él estaba funcionando muy bien el porno español, porque los actores españoles, como propio de la raza, tenían unas vergas imponentes, y a los nórdicos les hacían la cabeza las mujeres morenas.

—Y tiene una gran ventaja, Ripoll —agregó, guiñándome un ojo —. Se va a poder follar gratis a unas mujeres estupendas, sobre todo si recién comienzan, porque hacen cola para meterse en la cama de los productores.

Para Vendrell, putero como muchos, no se le pasaba por la cabeza que yo no fuera de ese palo. No podía saber que, dentro de lo que hoy ni me animo a llamar mi ideología, no cabía la posibilidad de comprar carne humana, esclavas sexuales.

Confieso que me puse rojo de vergüenza. Por supuesto que alguna vez había visto cintas porno, y que me había matado a pajas con revistas como Cabeza fresca o Play Boy, pero como en el fondo seguía siendo un cristianuchi, lo veía como una debilidad, un pecado no confesable en público.

—No, no, Vendrell, no cuente conmigo para ese negocio. No es por moralina, no se vaya a creer, pero es una cosa de la que no entiendo nada, y corro el peligro de terminar de joder la consultoría, que si sigue así, pronto voy a tener que cerrar.

—Lo entiendo, en la política las cosas se están poniendo bravas, y por eso me tengo que buscar otra posibilidad, ya que tengo capital para hacerlo. Pero, como algo le debo, le voy a proponer que sea productor asociado. ¿Qué le parece, Ripoll?

—¿Y eso con qué se come?

—Mire, usted se pone un nombre de fantasía, supongamos Jimmy Gutiérrez…

—No, Gutiérrez nunca… tengo mis razones.

—Bueno, que sea John Carter, que suena bien. Usted pone una parte del capital para la realización y cobra parte de la ganancia de las ventas. Le conviene anotar el John Carter en el registro de la propiedad intelectual, que es barato, y se cubre por si luego alguien no le quiere pagar lo que le corresponde. Tengo un abogado que se ocupa de eso.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

Así fue como, de la noche a la mañana, me convertí en productor asociado de videos pornográficos, y los ratones me empezaron a comer la cabeza, porque necesitaba el cuerpo de una mujer, necesitaba sexo que no fuera el masturbarme cada día; ni tener que hacerle el novio a la que me diera pelota, fiara que al cuarto polvo me propusiera que viviéramos juntos. Uno nunca debería llegar al cuarto polvo, más de dos encuentros es un suicidio.

Cuando regresé al Clot, después de compartir unos gin-tonics con Vendrell, la asamblea estaba concentrada ante el televisor, con un murmullo de disputa política.

Estaban viendo imágenes en directo de la gente empuñando picos y masas para demoler el Muro de Berlín. La división, el Muro, que desde los sesenta separaba a la República Federal y la República Democrática de Alemania, el símbolo de décadas de Guerra Fría, caía en pedazos en medio de una fiesta monumental, en ese noviembre de 1989.

La gente de ambos lados se abrazaba y hacían el amor entre los cascotes, mientras la policía de un lado se limitaba a hacer de espectadores; y los guardias del otro, aquellos mismos que habían

matado o encarcelado a los que un año antes querían cruzar del Este al Oeste, sonreían como si la cosa no fuera con ellos.

Hacía tres años que había superado la barrera de los cuarenta años, y si no fuera porque la bicicleta me mantenía en forma, empezaba a aceptar que me estaba haciendo viejo, y que los signos de los tiempos acentuaban esa vejez, al punto de hacerme sentir un dinosaurio.

Es cierto, nunca me había gustado el Muro de Berlín. Era el símbolo de un fracaso estrepitoso del socialismo. Solo habían salido ganando los burócratas, y de Stalin en adelante, todo se había convertido en una gigantesca cárcel. El cero y el infinito, que había leído doce mil veces, hacía la pregunta central, la que ni yo ni nadie podía contestar: ¿Era posible hacerlo de otra manera? Y por ese interrogante, lleno de muertes tal vez innecesarias, volvía a leerlo una y otra vez.

Claro, nos quedaba Cuba, tan cercana en los sentimientos. Pero desde que el castrismo había ninguneado al Che Guevara supeditándose a los rusos, y Fidel envejecía manteniendo su disfraz de comandante, también ese sueño se me había ido al carajo.

Todo se me iba al carajo.

—¡Eh, miren esos dos, están cogiendo de parado contra los cascotes! —dijo uno de la asamblea.

—¡A coger, que se acaba el mundo!

El que enunció a voz en grito esa consigna tan repetida y estúpida, era uno que no había visto antes.

Pero me reconocí cuando se volvió para decirme:

—¿Ya arreglaste con Vendrell para estar en las filmaciones de los videos? ¡Me vuelve loco pensar en esas yeguas dale que dale!

Entonces me enteré de que la asamblea lo había bautizado «El sátiro de la bicicleta», en honor de un violador argentino que había sido famoso porque atacaba y huía en bicicleta. Y todo porque el tipo, el nuevo, sostenía una cosa cierta, que la bicicleta es un buen ejercicio para irrigar las zonas genitales.

—Es un nombre muy largo —dictaminó Carles.

—Y llamarse Sátiro es de una obviedad tan grande, que hasta a mí me daría vergüenza —agregó La Vieja, que entre sus manías sostenía principios estéticos poco usuales, como que las cosas se pueden hacer «con estilo» o «sin estilo». Y que el estilo era, fuera lo

que fuese, determinante.

—Compañeros… —dijo Juan Hirám, abriendo los brazos como si estuviera en una tribuna—. Estamos asistiendo a uno tic los hechos políticos más importantes de este siglo, y perdemos el tiempo hablando boludeces.

La rechifla de los otros fue ensordecedora, y tuvo que ser el Patriota Mondonguero quien pusiera orden con una propuesta con toda la lógica de un hombre de barrio:

—Si vamos a ser productores asociados como John Carier, se llama Yoncarter y asunto terminado.

—Parece el nombre de un yogur, pero suena bien —dijo Yoncarter, no muy convencido, para volver al ataque—. Tenemos que arreglar con Vendrell, porque yo quiero estar en uno de esos cogicidios, detrás de las cámaras.

—También podrías ponerte adelante —apostrofó Juan Hirám, molesto por el tema— para que te den por el culo como a la imagen de aquel Moisés, amigo del viejo de mierda.

Como aquella vez que pensé que el banco suizo estaría escondido detrás de alguna tintorería, otra vez volví a equivocarme. Vendrell alquilaba tiempo en un estudio de filmaciones publicitarias en Sarria, el barrio alto, rico, de Barcelona, listaba preparado para montar cualquier escenografía, y a los cámaras les daba lo mismo grabar videos porno que anuncios sobre laxantes, con alguna figura de la tele que sonreía porque podía cagar tranquila cada mañana.

Contra lo que me temía, Yoncarter se mostró casi displicente durante toda la filmación, y luego debimos reconocer que esa gente se ganaba la vida con un trabajo bastante duro. Las tomas se repetían, desde distintos ángulos, y se interrumpían cuando alguno de los dos cámaras hacía un gesto de contrariedad porque el otro se le había cruzado en la pantalla.

Recién en la segunda filmación —un gangbang de seis contra una— empecé a sospechar que los cámaras se ponían de acuerdo para cortar, porque cobraban por hora. Y eso fue cuando la actriz dejó de sonreír lasciva mientras le daban por el culo, para desatarse contra ellos en una catarata de insultos de una imaginación desbordante.

Era una estrella, lo supe ese día, que a Vendrell y a los coproductores nos costaba mucha pasta, y no aceptaba guiones de nadie; jugaba por libre. Su argumentación contemplaba que no podía saber, después de cada corte, cuántas vergas y cuáles de ellas tenía en la mano o en la boca. Que ella era una trabajadora que cobraba a cachet completo, y que prefería estar en su casa tejiendo calceta que justificando vagos que cortaban para cobrar más horas. Todo esto dicho con un lenguaje intraducible sin censura a cualquier idioma.

Yoncarter ni protestó cuando después de asistir a la cuarta filmación decidí que me mandaran a casa los videos, las cintas terminadas. Porque para eso me había comprado un reproductor. Supongo que tuvo mucho que ver que un video terminado puede ser excitante, pero durante la filmación es un asco.

En la primera filmación a la que asistí como productor asociado, porque en el fondo quería mostrarme para ver si era cierto que esas mujeres se pelearían para meterse en mi cama, me llamó la atención la profusión de ambientadores, en todos los rincones, que llenaban el aire de un olor artificial y empalagoso.

Después lo iba a entender. Los olores del sexo, de la práctica del sexo, para sonar como objetivos, son una mezcla de sudor de gimnasio con caca de gallinero, si uno no es el protagonista. Para olerlos desde afuera, y disfrutarlos, había que estar más loco que yo, o mi *álter ego*, Yoncarter.

Y, además, estaba el esfuerzo heroico de esos tipos que tenían que mantener sus vergas tiesas durante largas horas de grabación, para eyacular, acabar, correrse cuando fuera preciso, y no ganarse la bronca de los productores, los cámaras y la estrella —en el porno las estrellas siempre son las mujeres— que esperaban ese final para dar por terminado su día laboral.

En ese tiempo no se había popularizado el Viagra o similares, y los actores, cuando la filmación se estiraba, tomaban pastillas de nombres desconocidos o se inyectaban testosterona. Y todo para no tener que tragarse los insultos de las estrellas del porno, que les daban nombre y trabajo como *partenaire*, pero que eran menos comprensivas que las recién iniciadas, que aguantaban lo que viniera.

Por ese camino me llevé a alguna de las principiantes al Clot,

primero, y luego a unos hoteles llenos de espejos que reproducen tu acto sexual como si fuera de otro, lo que tiene su morbo. Se parece a ver un video pomo donde uno es protagonista. Pero me cansé pronto. Me sentía más libre en mis pajas que en esas encamadas con muñecas de goma que no dejaban de actuar ni cuando respiraban.

¿Cristianuchi hasta el fin? Tal vez.

Creo que fue después de la caída del Muro cuando me compré mi primer ordenador. Me costó una pequeña fortuna, pero conseguí que el técnico a quien se lo compré me amara, y viniera a casa a darme instrucciones; entre las que me aseguraba que pronto, muy pronto, habría una red que comunicaría todo el mundo.

Como me aseguró que la mejor forma de aprender era jugando, compré algunos juegos de guerra y estrategia, bastante elementales, y me dejé atrapar por ese nuevo vicio. Tanto que la asamblea permanente un día desapareció, supongo que ofendida por mi afección al mundo virtual. La Vieja, el Patriota Mondonguero, Yoncarter y hasta Juan Hirám Gutiérrez y Carles Ripoll se perdieron en la nada.

En medio de esos juegos de ordenador, que me comían noches enteras y que exigían que a cada tanto comprara un ordenador más potente, me encontró lo que nunca me había imaginado que sucedería: la desaparición de la Unión Soviética.

Aun leyendo a Maquiavelo, en el fondo seguía aferrado a la fe, que me decía que eso nunca iba a suceder. Idiota. ¿Si había desaparecido el Imperio Romano, dejando las ruinas de una Roma que había tenido un millón de habitantes, cuando en el resto de Europa vivían casi en las cavernas, por qué no iba a desaparecer la Unión Soviética? ¿Solo porque los que nos llamábamos marxistas habíamos previsto que antes desaparecería el capitalismo? Hay que ser pelotudo.

Un día de diciembre de 1991 un señor llamado Gorbachov, con una mancha como la cagada de una paloma en la calva, proclamó la disolución de la URSS. Y para que quedara claro, arriaron la bandera con la hoz y el martillo para izar la tricolor de la Rusia de los zares.

Recorrí la casa del Clot llamando al viejo Juan Hirám, pero no lo

pude encontrar, y tuve que enfrentarme solo a la caída de la bipolaridad y el triunfo indiscutible del capitalismo, que, estaba a la vista, ya no tendría freno alguno.

Nunca, salvo en mis primeros tiempos de inocencia política, había sido admirador de la Unión Soviética, pero al menos, porque los enemigos de mis enemigos son mis amigos, se diga como se diga en ruso, servían para algo. Y, de pronto, mientras en Norteamérica gobernaba un viejo y decadente actor, que la mayor parte de las veces no recordaba que se llamaba Reagan, a los capitalistas se les hacía el campo orégano.

Después de pasarme tres días metido en la cama, durmiendo con pocos momentos en vela, me levanté a la hora del lobo, encendí la luz del baño, me miré en el espejo y me vi tal cual era. Un hombre que iba para viejo, solo como un perro.

Es cierto que de tanto en tanto rompía el aislamiento, porque Silvia la Buena y Tato se daban una vuelta por Barcelona y dormían un par de días en El Clot. Pero, de pronto, algo de fondo había cambiado y estábamos en caminos distintos. Mientras ellos construían, con empecinamiento de descubridores de un nuevo mundo, yo me iba encerrando en una burbuja de furia, silencio y soledad.

Tenía que hacer algo definitivo si no quería suicidarme.

Porque, además, me estaba quedando sin dinero. Los encuentros con Vendrell, que aseguraba que por ahora, siempre decía, precavido, por ahora, se mantenía alejado de la política, ya no eran tan seguidos como antes. El negocio de los videos porno estaba en decadencia. Se lo habían quedado las grandes cadenas. Los sobres que me pasaba eran cada día más flacos.

Y, por si fuera poco, un día me encontré con que yo, o el Pocho, cumplíamos cincuenta años y que gracias al sedentarismo, a pasarme días y noches sentado, leyendo o navegando, me había convertido en un flan. Con la bicicleta, que prácticamente había abandonado, ya no me era suficiente.

Me salvó un hombre, un vecino, algo mayor que yo, con el que nos saludábamos cuando bajaba a La Fusta a tomar una cerveza y leer los diarios.

Le oí comentar al dueño que con las fiestas de fin de año siempre faltaba personal. Que si conocía a alguien que no le tuviera

miedo a un trabajo físicamente duro y de muchas horas, él podía recomendarlo.

—A mí me interesa —dije, enseguida.

Me miró un instante, como si midiera en qué categoría boxeaba:

—¿Está seguro de que va a poder?

—Yo puedo con lo que sea. Y, la verdad, es que necesito un trabajo que me exija, para no volverme viejo antes de tiempo.

—En eso tiene razón. Mire mi caso. Entré porque cerró la fábrica, y ahora trabajo con chavales jóvenes, muchos estudiantes. Los primeros días fue duro, pero ahora no me pueden sacar un paso de ventaja. ¿Argentino?

—De nacimiento. Español por los papeles. O sea que estoy en regla, si eso le preocupa.

—No, si no lo digo por eso… —aclaró con una sonrisa—. Es que mis abuelos eran gallegos y emigraron; vivieron en Argentina unos diez años. Por eso mi padre dice que es tan, tan gallego, que se fue a nacer a Buenos Aires.

—Dicen que los gallegos tienen eso: que nacen donde se les da la gana.

—Y es la verdad, amigo, es la verdad. Para sufridos, los gallegos. ¿Y qué, se anota?

—Dígame qué hay que hacer, dónde y cuándo y ahí vamos. Si es duro, me va a salir más barato que pagar un gimnasio.

—Ni una palabra más. Esta tarde yo le hablo a la Juani, que es la jefa suprema, y le arreglo una cita para mañana.

Así, sin preguntar más, dos días más tarde estaba disfrazado con unos pantalones granate y un blusón negro, que me recordaba a los descamisados que tomaron La Bastilla, en un equipo de montaje y a las órdenes de mi vecino, que tenía que enseñarme el trabajo.

Era una empresa de cáterin, la más grande de España. A nosotros nos tocaba descargar los camiones, montar las salas, las mesas, las sillas, las cocinas, tanto para una boda de cien invitados como para una cena de empresa con un par de miles. O al revés, desmontar todo y recoger toda la basura que deja una tiesta o una comida.

Poco pensamiento y mucho músculo. Lo que necesitaba.

Justamente una de esas cenas fue mi primer día de trabajo. En rigor, mis primeros cinco días de trabajo, porque como la economía

española florecía derramando dinero por todos los costados, tuvimos que montarla en el estadio Sant Jordi. Los franquiciados de una marca internacional de ropa llegaban de toda España para compartir una cena navideña a la que invitaba la empresa.

Fueron cinco días en que trasegué aspirinas como para conservar momificado a un muerto. Pagaban por hora, pero la jornada laboral no tenía límites, se terminaba cuando se terminaba. Cuando al fin sonó el último tema del baile con barra libre que siguió a la cena, a las cinco de la mañana, hasta las camareras se tuvieron que sumar al desmontaje de decenas de mesas, dos cocinas y cuatro offices donde se amontonaban las cajas llenas de platos, vasos y cubiertos sucios. Terminamos de cargar el último camión pasado el mediodía. Había estado dieciocho horas trabajando, con un receso de media hora para comer algo.

Cuando llegué a mi casa lo único que no me dolía era el apellido, tal vez porque era el del Pocho.

Y no lo hice mal, porque comenzaron a llamarme seguido, para montajes o desmontajes que podían ser tanto de cuatro como de cuatrocientas horas. Bueno, nunca fueron tantas. Creo que mi récord personal fue de veinte horas muy, muy caminadas, en la inauguración de un centro comercial de cuatro plantas. No cuento las veces en que me tocó enlazar dos bodas, en días consecutivos, catorce horas un día, dos horas de poner los pies en una palangana con agua caliente y sal, dormir lo que pudiera, y agarrar la bicicleta para hacer las otras catorce horas.

No sé cuántos años hice ese trabajo. Sí sé que tenía razón mi vecino. Sin proponérmelo, entré en competencia con los muy jóvenes y me puse como un toro. Claro, yo tenía una ventaja, no me iba de fiesta como ellos cuando terminaba mi trabajo. A veces los veía llegar pálidos, estragados después de una noche de alcohol y cocaína y, si era posible, les buscaba un escondrijo donde pudieran dormir un rato.

Un día de esos, tal vez por la mañana, porque yo lavaba platos en un restaurante de la misma empresa por la tarde, estábamos en temporada baja, fue cuando me llamó Tato.

—¡Lito! ¿Estás con el televisor encendido?

—No. ¿Por qué?

—¡Encendelo, boludo! ¡Acaban de estrellar un avión contra las

Torres Gemelas de Nueva York!

—¿Es…?

—¡No, boludo, no es una película, es verdad! ¡Por fin a esos hijos de puta les metieron un torpedo en el culo!

Cuando encendí el televisor, el segundo avión entraba como un cuchillo en la manteca en la otra torre gemela.

No lo podía creer. Los de Hiroshima, los que sembraban muerte por todo el mundo, los protectores de nuestros torturadores, se estaban comiendo en casa su propia mierda. Nunca antes había sucedido.

Y no quise, no me dio la gana de pensar quién moría en esas torres que se derrumbaban en medio de espesas, negras, luctuosas columnas de humo.

Era un día de septiembre del 2001. Tal vez el único día en que fui feliz fuera de Argentina.

Si insisto en recordar las fechas en que sucedieron todos esos hechos, Tejero, el Muro, las Torres Gemelas, es porque me resulta imposible despegarlos de un largo, interminable día encerrado en una jaula de rabia y soledad. Para creer en el tiempo tengo que recontar el transcurrir de los años.

Mi paso por el cáterin me puso, al menos parcialmente, en contacto con la realidad. Una realidad a veces obscena. Como cierta fiesta de una revista para mujeres, en que se nos complicó todo el trabajo, porque cuando la mayoría de las minas ya estaban borrachas y colocadas, secuestraron a dos de los camareros más jóvenes para mamarles la verga en los baños.

Siempre me resulta extraño ese comportamiento femenino, propio de las despedidas de soltera con estríper pomo incluido. Para un hombre, para cualquier hombre, que una mujer se la mame es un signo de su sometimiento. Para ellas, tal vez porque en esas fiestas se sienten dueñas de todos los machos, parece que es al revés.

También supe de tres o cuatro pibes, compañeros de montaje, jóvenes y pintones —muy guapos dirían los españoles—, que se ganaban un extra como acompañantes mercenarios de señoras, o de señores, si venía al caso.

Pero eso no era lo que quería contar. Lo que quería contar fue una inauguración de un centro de arte, o algo parecido, donde me

volví a encontrar con el Gran Hombre.

Yo había salido, me había escapado unos minutos a la calle, para fumar un cigarrillo. Y él estaba haciendo lo mismo.

Se lo veía muy envejecido, encorvado. Pero al menos tuvo el buen gesto de no preguntarme qué estaba haciendo allí, disfrazado con ese blusón negro.

—Tanto tiempo sin vemos, Ripoll —dijo con una sonrisa amistosa—. Tal vez un día de estos lo llame para hacerle alguna consulta, porque estoy escribiendo mis memorias.

—¿Ve? Por eso yo nunca leo autobiografías y prefiero la ficción: se miente menos.

—Como siempre, tiene mucha razón. ¿Quién quiere saber la verdad? O mejor, quién se anima a meterse en la boca de los leones contando la verdad. Pero me han hecho una propuesta económica muy atractiva y, de paso, puedo tomarme algunas venganzas personales —agregó con una risita que prometía mucha maldad.

En ese mismo momento comencé a pensar en mi libro. No sabía si sería capaz de escribirlo, no sabía si alguien se animaría a publicarlo, pero sí sabía que me libraría de parte de la rabia que llevaba adentro.

Me llevó un par de años escribir «El arte de ser un Hijo de Puta y triunfar en política». Aprender a escribirlo. Fue como construir el bote mientras se va remando.

Aprovechaba los días en que no trabajaba en el cáterin para levantarme muy temprano, preparar el mate y el termo de agua caliente y sentarme al ordenador, hasta que la cabeza no me daba más. Tal vez dormía un rato, o salía a pedalear un circuito corto, para recuperar las pilas, y volvía a tomar mate ante el ordenador. Dale que dale.

Las primeras cincuenta páginas que escribí fueron a parar a la basura. Un clic, y ya no está más. La rabia me desbordaba y convertía el libro en una diatriba personal que ni yo mismo hubiera leído.

Retrocedí y volví a leer otra vez mis libros de cabecera, tomando apuntes, copiando textos definitorios, aprendiendo cuál era el buen camino. Tenía que desnudar a los hijos de puta con mucho cuidado,

con mimo y con muchas citas, para lograr un ensayo que quemara, que levantara ampollas, pero con fundamentos como rocas. Quería seguir un consejo de Sun Tzu, «Hay que ser muy sutil, discreto hasta el punto de no tener forma. Completamente misterioso y confidencial, hasta el punto de ser silencioso. De esta manera se logra dirigir el destino de los adversarios».

En esa búsqueda terminé por entender aquello que decía La Vieja acerca del estilo. Las cosas se pueden hacer con estilo o sin estilo, con elegancia o sin elegancia. Y se terminará por agradecer hasta que el verdugo, el que te hachará la cabeza, lo haga con estilo.

Cuando lo di por terminado, otra vez, parece cosa del destino, fue Jordi Vázquez i Vendrell quien me abrió el camino hacia la edición.

Las cosas ya no iban tan bien en España, aunque nadie parecía darse por enterado. La burbuja inmobiliaria, que había inflado los precios de la vivienda hasta límites imposibles apoyada por los bancos, se podía pinchar en cualquier momento, y todo se iría al carajo. El nivel de endeudamiento de la gente normal rozaba el ciento por ciento. Alguien que soplara fuerte y la economía de España se vendría abajo, como las Torres Gemelas, pero con menos humo.

Vendrell se había reconvertido en editor de libros. En catalán, porque ahí estaba el negocio: en las subvenciones para las publicaciones en catalán, que hacían que ganara dinero aunque no vendiera nada.

Lo llamé para encontrarnos y le pasé una copia en papel, para que me diera su opinión y si lo veía publicable. Lo agarró con tantas dudas que me quedó la idea de que no se tomaría el trabajo de leer ni una línea.

Pero me equivoqué. Diez días más tarde me llamó porque quería hablar sobre el libro, confesando que lo había comenzado para no hacerme un feo, porque habíamos sido compañeros de varias aventuras, pero que luego no lo había podido dejar.

—Ripoll… —me dijo cuando nos acercaron los dos gin-tonics—. Este libro es una bomba. He podido reconocer a todos los protagonistas y a ellos les va a suceder lo mismo. Por eso me parece inteligente, y cuidarse el culo, cambiarles los nombres pero dejarles

las mismas iniciales.

—Vendrell… no quiero que me maten a juicios.

—Eso es lo único que me preocupa. Por eso se lo he dado a leer a mi socio. Usted lo conoce, fue quien le solucionó el tema de hacerse español. No se trata de censura, no piense eso… es precaución. Tal vez él nos proponga algún cambio, que no desactive la bomba, pero… ya sabe. A veces, en lugar de afirmar conviene sugerir, sembrar la sospecha, y después uno puede argumentar que no dijo lo que el otro cree que dijo.

—Está bien, Vendrell, espero a su socio, pero, le aviso, no quiero una edición solo en catalán. Quiero una edición en castellano, en español, con mucha movida promocional, y quedarme con los derechos de venta a otros idiomas.

—¡Ripoll, así me lo pone difícil!

—Si es cierto que tenemos una bomba hay que jugarse a todo o nada, Vendrell. ¡No me joda! Porque, tengámoslo claro, usted tendrá que poner el capital, pero yo pongo la cabeza, y puede que me la corten.

Al fin, porque vieron el negocio, tuve que aceptar unas pocas modificaciones, y la mariconada de cambiar el título, y que se llamara HP: *El arte de serlo y triunfar en política*. (*Con comentarios de Sun Tzu y Maquiavelo*). Vendrell y su socio sostenían que HP podía defenderse ante cualquier tribunal como High Power.

Contra lo que me esperaba, el libro agotó su vuelo entre la clase política, sus ediciones en catalán y en castellano tuvieron un éxito destacable. Tanto que pude ganar algo de dinero vendiendo los derechos a una editorial italiana, y que el nombre de Carles Ripoll comenzara a sonar otra vez en los círculos publicitarios y de consultorías.

Tendría que haberlo supuesto: lo único que no toleran los mandantes de una sociedad es que les quiten el poder. Todo, todo lo demás, hasta el veneno, lo digieren, lo metabolizan, lo integran. O sea que cuando Carles Ripoll creía estar arriesgando su cabeza, en realidad se estaba convirtiendo en una suerte de gurú asocial, de origen oscuro, que desafiaba las convenciones. Un tipo que había que tener en cuenta y del que algunos que ni conocía se declaraban

amigos.

De pronto tenía dos personalidades, como Clark Kent y Supermán. Tenía días de músculo, mugre y blusón negro y días de cursos relámpago, muy bien pagados, para grupos de ejecutivos, o agrupamientos casi secretos de políticos que querían hacer carrera.

Ese libro, al que sigo llamando «El arte de ser un Hijo de Puta y triunfar en política», fue el que me puso en contacto con ella: Adela Ramírez Largo, la mujer que me iba a cambiar la vida de forma irremediable. La mujer que me cargó de una rabia homicida que no podía permitirme descargar sobre ella, y que me llevó a Buenos Aires como una pistola amartillada y lista para disparar.

Solo que yo no estaba en condiciones de conocerla.

Junto con la potencia física, y la rabia, que sumaba cada día que cargaba camiones, o me llenaba de mugre lavando cientos de platos, me había crecido una vulnerabilidad. Me enamoraba a cada rato de alguna de mis compañeras de trabajo. Igual que si fuera un adolescente y no un viejo de mierda.

Por supuesto, aunque estoy seguro de que ellas se daban cuenta, porque las mujeres saben ver, yo no daba un paso en esa dirección. Tal vez porque pensaba que, en la cama, nunca estaría ya a sus alturas. Quizás porque, como una gripe, o un resfrío, el enamoramiento se me pasaba con el correr de los días.

Lo jodido, lo que me asustaba de esa vulnerabilidad, era que volvía a recaer, una y otra vez, por un gesto, por una sonrisa, por unos ojos que de pronto se me cruzaban en el camino. Estaba muy claro: por alguna escondida razón que tendría que ver con la vida y la muerte, el Eros y el Tánatos, tenía una necesidad imperiosa de enamorarme. La fortaleza de furia, silencio y soledad en la que me había refugiado tenía un punto débil, muy débil.

Sun Tzu había dicho: «Los buenos guerreros hacen que los adversarios vengan hacia ellos, y de ninguna manera se dejan atraer fuera de su fortaleza». Pero yo no era Sun Tzu.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Embarrancado. Embarrancado sin saber cuándo tendría la marea a favor. Ellos habían jugado y yo también. Solo que, ahora, ellos eran uno menos. El Tarta se había convertido en un probable ajuste de cuentas en las páginas policiales de los periódicos, y no había ido más allá, al menos en el mundo de las noticias. Y ese hecho me había mostrado el único camino que me quedaba, si no se me ocurría otra cosa: seguir haciendo de carnada. El Tarta había picado.

Solo que, en las vueltas y revueltas que daba en la cama sin poder dormir, había comenzado a germinar una pregunta que tomaba cada vez más fuerza: ¿El grupo de la Rusa estaba actuando sin protección?

Recordaba que, con la vuelta a la democracia en el 83, se había hecho evidente que gran parte del aparato policial había sido corrompido hasta el tuétano por la dictadura. Cuando los ladrones salían de la cárcel sabían que tenían que quedarse quietos hasta que los fueran a buscar. El que se jugara a cazar por su cuenta estaba muerto. El que se portaba bien, un día recibía la visita de algún policía que le llevaba trabajo. Asaltos, secuestros, lo que fuera, organizado por ellos y con su protección, que llegaba hasta liberar de efectivos policiales la zona del hecho. Ellos ponían todo, hasta las armas, y se quedaban con la parte del león.

Al final, de todas maneras, los ladrones terminaban perdiendo. Porque decidían ir por libre y los reventaban pronto, o porque los comisarios tenían que hacer «estadística», y alguno de los trabajos con obedientes terminaba en masacre para demostrar la efectividad policial. Muertos, nunca presos.

Salvo, y eso me quitaba el sueño, que fueran asociados, como la banda del Gordo, que igual terminaría perdiendo, pero más tarde. El Gordo había trenzado gruesos cables con los represores cuando

estaban en su mejor momento. Con sus marginales les hacían parte del trabajo sucio a cambio de llevarse una tajada.

La regla del «tres por uno» que habían instaurado los militares para asegurarse la fidelidad de una tropa, la policía, que no estaba como ellos iluminada por Dios, daba para todo.

Los grupos operativos, las patotas, cada tres capturas exitosas de los nuestros tenían derecho a montarse un secuestro para su bolsillo. Un empresario, su hijo, su mujer, iban a parar al mismo chupadero donde torturaban, hasta que se pagaba el rescate. Si no tenían la mala suerte de ver alguna cara, o de que sospecharan sus secuestradores que habían visto alguna cara, porque entonces se sumaban a la lista de asesinados NN.

Con la reinstauración de la democracia las cosas no mejoraron, y pronto se vio que aquellos que se habían acostumbrado a tener dinero fácil, no renunciaban patrióticamente. La prensa los bautizó «mano de obra desocupada». La prensa es hábil para bautizar. Cuando, al final de la dictadura, pasaron la escoba cerrando chupaderos y saldando los contratos con civiles sumados a la represión, empezaron a formar bandas que seguían con los mismos métodos. Ex policías, ex servicios, ex militares, ex de todos los colores, siguieron en la suya, y en la mayoría de los casos con protección de quienes se habían mantenido dentro de los organismos del Estado.

Por lo que me había contado Regules de aquella vez que un grupo intentó apretarlos a él y su banca por el depósito que habíamos hecho en Suiza, en el operativo había participado una mujer; desaparecida luego de la versión oficial que le dio García García. Estaba seguro de que aquella mujer protegida era la Rusa. ¿Por qué acto de inocencia tendría que creer que ahora jugaba por libre, sin el padrinazgo de algún antiguo asociado con suficientes contactos?

Desperté buscando la luz donde estaba en otra habitación, que se había quedado atrás, en el mundo de mi pesadilla.

Cuando di con ella dejé la cama tambaleando, como si estuviera borracho, y corrí las cortinas para que entrara a mares la luz del día. ¿Cuántos días llevaba así? ¿Cómo había llegado hasta allí?

¿Quién era yo?

La luz de la mañana de Buenos Aires respondió a las dos primeras preguntas. Para la tercera no tenía respuesta. Había sido tantos que tal vez no era nadie.

Tenía las mandíbulas encajadas, apretadas como para triturar mis muelas. Me dolía el tobillo derecho. Como cada mañana. Artritis. Un día tendría que caminar con bastón.

—Si tenés un poco de suerte nunca llegarás a caminar con bastón —murmuré—. La bestia va a terminar antes con vos.

Había soñado que le destrozaba la cara a Adela Ramírez Largo. A esa puta.

Y temía el rebote.

Fui al baño y me mojé la cara y la cabeza con agua fría, hasta que el espejo me devolvió la cara del cansancio de vivir, y la cicatriz entre las cejas.

Era el recuerdo de la última vez que me había castigado, casi hasta matarme. Supongo que, en el fondo, nunca he dejado de ser un puto cristianuchi: pecado igual castigo. Pero lo que yo suponga vale una mierda. Ahí estaba la cicatriz para recordármelo.

Había sucedido poco, muy poco tiempo después de que Adela me había expulsado de su vida, argumentando que le daba miedo. Que yo le daba miedo.

Fue una noche. Ya estaba en mi cueva de nuevo soltero, masticando soledad y mono. Esa puta me había dejado un mono sobre el hombro, que ya me hubiera gustado ser heroinómano para que fuera menos intenso. No podía apartarla de mi cabeza, y la odiaba. Tenía que odiarla. Y destruirla, porque me había destruido.

Durante esos días le había enviado varios mails, con toda la intención de hacerle daño.

No es necesario mentir para hacer daño, basta con ser cruel, con ser un espejo sin el filtro de la piedad.

Yo había sido el Pigmalión, el doctor Frankenstein de esa puta. Era mi criatura. ¿De qué me quejaba entonces? Sabía que el espejo era el mejor puñal. En ninguna de mis cartas dije una palabra que no fuera verdad. Como Perseo ante la Medusa, esgrimí el espejo como escudo y se lo puse ante los ojos, para que se viera tal como era, y se convirtiera en piedra.

Sabía, era consciente, de que le estaba haciendo daño, y me

daba miedo. Miedo de mí. Porque no podía herirla sin castigarme. Y eso es lo que sucedió esa noche.

Atardecía. Había retomado de una larga caminata que comencé con mil razones para odiarla y terminé admitiendo que no podía vivir sin ella. Que era como un veneno que me bacía falta.

Tenía que decírselo. Aunque sabía que eso significaba bajar la guardia, ponerme en sus manos.

Antes de subir compré una botella de whisky. Me senté ante el ordenador para contarle mi verdad, mi soledad, y me bajé varios vasos al hilo. Pero las manos me temblaban y mis dedos caían en las teclas equivocadas. Entonces recurrí a las pastillas. Ansiolíticos, antidepresivos, tranquilizantes, esas cosas. Dos, tres, cuatro, no sé. Un error, porque aún no se han inventado las pastillas para la tristeza.

Durante un rato, pude escribirle con mis manos firmes.

Hasta que las palabras que aparecían en la pantalla se fueron convirtiendo en una sucesión de bichos, separados por espacios, que no podía entender ni Dios. Mi cabeza estaba haciendo agua. Sabía, como sabe cualquiera, que mezclar pastillas con alcohol es peligroso; pero nunca lo había hecho y no podía imaginar cuánto de peligroso puede ser en un tipo que lleva una bestia encerrada en sus mazmorras.

Apagué, creo, no lo sé, el ordenador y me fui a la cama. Estaba seguro de que dormir un rato me devolvería a la normalidad, y podría, por fin, escribir eso que tanto se parecía a una confesión de debilidad.

Desperté, creía que bien, pasada, muy pasada la medianoche, tal vez cerca de la madrugada, y volví con la intención de encender el ordenador, ver qué le había escrito, y si no sería mejor borrar todo de un plumazo.

Sobre el respaldo de una silla había dejado, nunca sabré cuándo, una toalla. Una toalla que era una sola mancha de sangre acartonada. Parecía como si la hubieran usado para enjugar el suelo después de una matanza.

¿Qué había pasado mientras dormía?

Por todas partes había goterones y manchas de sangre. También tenía sangre en las manos.

Estaba dividido en dos. Por un lado, había uno que estaba a un

metro del suelo. Por otro, alguien que caminaba con paso firme, constatando que la sangre era como un camino hasta el baño, y el espejo.

Ahí estaba. En el espejo.

El que caminaba firme, como si la cosa no fuera con él, cuantificó los daños en el otro. La nariz tumefacta, restos de sangre seca adentro y un agujero negro tapado con una gran costra de sangre entre las dos cejas.

No sangraba. Ya no sangraba. Y eso solo podía significar que fuera lo que fuese lo que había sucedido habían pasado varias horas. Horas de las que no recordaba nada.

Me había acostado con la cabeza vacía y me había levantado destrozado. En el medio, nada.

No podía, no quería dar un paso atrás, ni ceder a la conmiseración. Tenía muy claro lo que había sucedido, aunque no recordara cómo: me había castigado por hacerle daño. De la única manera que me sale, haciéndome pedazos contra la pared, el canto de una puerta, lo que fuera que me había abierto esa brecha en la cara.

Ya me había sucedido otras veces, pero nunca había pasado de un tajo en las manos, la esquina de una alacena que por accidente se me clavaba en un ojo, una costilla fisurada en una extraña caída. Nunca el ataque había sido tan extremo.

Cuando la bestia no puede sacar afuera la violencia, la vuelve contra ella misma. Se revienta contra los barrotes de la jaula.

No sangraba. Entonces hice lo primero que se me ocurrió para no pensar en mí, ni en ese tiempo que había huido de mi cabeza, y me llenaba de horror. Agarré los cacharros de limpiar y me dediqué a borrar todos los rastros de sangre. Tenía que hacerlo antes de ocuparme de ese que había visto en el espejo.

Mucho rato estuve limpiando y, para decir la verdad, recién varias horas después, con el sol alto, pude terminar con la sangre que manchaba hasta los picaportes de las puertas.

Ante el espejo, con un pañuelo mojado, fui limpiando de sangre esa cara, hasta que quedó lo esencial. La nariz tumefacta y una costra como una moneda grande cubriendo un tajo entre las cejas. Luego me volví a la cama. No me dolía nada. En la almohada había unas pocas manchas. Apoyé la cabeza y volví a dormir. ¿Un

médico? ¿Para qué, si uno siempre va a morir solo?

Había dejado las persianas altas y el sol inundaba todo cuando volví a despertarme, con el recuerdo del descubrimiento de la sangre. El espejo me confirmó que no había soñado.

Tendría que ponerme al menos un apósito sobre ese agujero entre las cejas, pero sabía que no tenía ninguno, y lo dejé para más tarde. Lo primero era saber qué le había escrito a Adela antes de que se me borrara el mundo.

Entonces fue cuando descubrí el pegote de sangre seca sobre la parte central del teclado. Busqué el limpiador de cristales y lo limpié, para luego encenderlo.

De la carta que le había escrito quedaba solamente una palabra sin sentido, de dedos que caen de cualquier manera. En algún momento había querido modificar algo, o directamente reventar el texto. De lo que estaba seguro era que eso había sucedido mientras mi cara sangraba. Por eso la mancha sobre el teclado.

Volví a repasar mi cara con un pañuelo mojado, porque me había quedado sangre seca en el nacimiento del pelo y las patillas. Mientras dormía los ojos se me habían amoratado como los de un boxeador muy golpeado, pero con los anteojos de sol podían pasar desapercibidos. Lo que no tenía manera de ocultar era el entrecejo.

Me vestí y bajé a la calle. Caminaba sin prisa, mirando dónde ponía los pies, porque tal vez la bestia no se había dado por satisfecha y volvía a la carga.

Sabía que ese día y a esa hora las farmacias estaban cerradas, así que me encaminé hasta el súper que tenía más cerca, donde había visto que tenían apósitos.

Compré dos cajas de tamaño variado, porque al fin no sabía cuál iba a utilizar y una botella grande de cola. Azúcar y cafeína, eso era lo que necesitaba.

Fue notable el esfuerzo del cajero para cobrarme evitando mirarme a la cara, mientras yo actuaba impasible, como si no tuviera eso en la frente.

Con la cabeza emparchada y un gran vaso de cola entre pecho y espalda, encendí el ordenador y escribí lo que había querido escribir a la noche. También le conté a Adela lo queme había sucedido y le juré que no volvería a hacerle daño, porque esta vez había sido una advertencia, dura, pero una advertencia. Si había

otra vez, la bestia me mataría.

Y ahí estaba, en el espejo de Buenos Aires, la cicatriz blancuzca, para recordarme que no debo hacerle daño. Ni en sueños. Pero había soñado que le destrozaba la cara.

Desde el primer momento, desde los primeros días en que comencé mi relación con Adela Ramírez Largo, supe que terminaría en desastre. Yo no estaba preparado para visitar el infierno. Mi reclusión en El Clot, mi fortaleza de rabia, silencio y soledad, tenía un punto vulnerable, y Adela había nacido, quizás de mi imaginación, para penetrar por ese agujero sin defensas. Iba a enamorarme de ella.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Cuando la vi por primera vez yo creía estar blindado para todo. Años me había llevado construir una armadura en la que no podía entrar nadie. Por eso, cuando en un encuentro de publicitarios típico, con mucho alcohol y cocaína compartida en los lavabos, su presencia me desmadejó las coyunturas, el primer reflejo fue tomar distancia y decirme, como la zorra de Esopo, que las uvas estaban verdes.

Ya he contado que mi primer libro me convirtió, al menos en ciertos círculos, en alguien a quien había que frecuentar, y recibía invitaciones que no rechazaba porque de una u otra manera me daban de comer.

Adela era subdirectora ejecutiva de una agencia publicitaria, subsidiaria de otra mayor. Yo no la conocía, porque en rigor, no conocía a nadie. Me alcanzaba con saludarlos a todos como lo hacían ellos, como si te apreciaran de toda la vida.

En ese primer encuentro, donde apenas me prestó atención cuando me la presentaron, porque estaba de jarana con un par de amigas, todas borrachas, quedé deslumbrado.

Era bellísima, o así me lo parecía. Tenía una sonrisa, un gesto de niña mala que oculta alguna travesura, que me la hacía arrasadoramente atractiva. Pero la zorra de la fábula pensó enseguida que Adela era demasiado joven para darme bola, porque yo era un viejo hosco que le llevaba unos veinte años; y que lo mejor era olvidar que existía.

Solo que la casualidad siempre te tiende trampas, y un día tuvimos que compartir una mesa redonda en un congreso sin importancia, en el que nos tocó el mismo hotel y compartir comida y cena.

La mesa redonda se titulaba «Publicidad, medios y literatura». Todo un título. Y los cuatro que estábamos allí teníamos que ver

con las tres cosas, al menos para los organizadores.

Cuando me dijeron que estaría presente Adela Ramírez Largo, porque aparte de ser publicitaria había publicado su primera novela, la compré y la leí.

He leído mucho, y he escrito un libro aprendiendo a escribir mientras lo hacía. No me hace un experto, pero no soy un lector ingenuo. Lo mejor de la novela no estaba en la historia, el asesinato de dos mujeres en un *after hours*, esos sitios que a puertas cerradas refugian a los que se niegan al nuevo día y quieren seguir con las copas y la cocaína, investigado por un periodista un poco tonto. Lo mejor del libro era la convicción que transmitía la autora de que Barcelona tiene un corazón, un pequeño corazón, de gente que importa y el resto es decorado. Gente que dedica sus días ¿por aburrimiento? A todos los vicios posibles, y especialmente mujeres empeñadas en ser más putas que los hombres. Mujeres que recobraban la conciencia en cualquier solar perdido, con el culo roto y la vagina llena de semen, sin saber qué sucedió en los últimos dos días.

Sobre ese mundo nocturno, cerrado, promiscuo, flotaba una consigna que justificaba la necesidad de autodestruirse, y cuanto más pronto mejor. Adela, cuando hablamos de su libro, sorprendida de que lo hubiera leído, sintetizó ese pensamiento:

—No te salves… —dijo con una sonrisa.

Eso fue parte de las charlas que tuvimos durante el encuentro en Valencia, en aquel congreso donde compartíamos mesa redonda.

Ella había llegado combatiendo la resaca a base de frutas frescas y analgésicos, y lo comentaba con su picardía habitual. Lo que yo no podía saber era que parte de su religión, de su modo de ver la felicidad, era vivir borracha, y que las resacas eran consecuencias a festejar.

Durante ese día, en que charlamos, paseamos por la ciudad y comimos juntos, me sentí privilegiado por la compañía de una mujer tan bella, siendo yo quien era. Pero Adela, me lo contó más tarde, se sintió atraída por ese señor, a quien evidentemente le gustaba, pero que no hacía el menor intento para conquistarla.

Como extra, ese señor, yo, para su generación, o al menos lo que yo pude conocer de su generación, era como un dinosaurio de la guerra civil que habían vivido sus abuelos. Un ex guerrillero que no

ocultaba su pasado, pero tampoco lo sacaba a lucir como si tuviera importancia, y podía contar guerritas, al menos sus partes divertidas, porque las otras no se pueden compartir.

La relación que surgió entre nosotros ese día fue algo extraño, algo químico, que no quise ver porque, lo dicho, yo ya me había refugiado en las rutinas de un viejo lobo solitario.

Después, cuando conocí el mundo de Adela, pude entender muchas cosas. Como que yo era un marciano, que no tenía una mierda que ver con ninguno de ellos, que hacían del «no te salves» su forma de vida.

Lo cierto es que no nos volvimos a encontrar hasta un mes más tarde.

Había hecho lo posible por olvidarla, pero cuando la vi entre el público, sonriéndome, el corazón me dio un vuelco. Ese día yo presentaba en sociedad las memorias del Gran Hombre. No había podido ni querido decirle que no, y más sabiendo que muchos hubieran vendido a su madre por ese honor.

En las copas que sirvieron luego, el momento de hacer sociedad, fue cuando Adela me agarró del brazo, para arrastrarme hacia la calle diciendo:

—Vámonos de aquí, que hay demasiada gente y quiero estar contigo.

Y la seguí, todavía dudando de que fuera cierto lo que sucedía.

Recuerdo que nos hacíamos chistes y me llevó de copas por un par de bares.

La tenía tan cerca que podía oler su piel; y sus ojos, su boca, eran un abismo que al mismo tiempo me aterraba y me atraía.

En uno de esos bares, en la barra, algo en mí tomó la decisión de ir a todo o nada. Y nos besamos.

Ya no podía retroceder. La sentía demasiada hembra para mí, un hombre que había decidido que ya era viejo, pero no podía retroceder. Mi vida estaba en juego. Toda mi vida.

En un momento dado, cuando caminaba pegado a ella, detuvo un taxi, y me dijo:

—Tengo a mi marido cuidando de mi hijo, y tendría que volver, pero también quiero que me lleves a tu casa. ¿Tú qué harías?

Todavía hoy no sé si habló el cristianuchi o el cobarde:

—Yo me iría a cuidar de mi hijo…

—Pues yo no —dijo ella—. Al fin mi hijo es más de su padre que mío; no lo veo nunca, es como si no fuera mío. Vamos a tu casa.

Tenía una botella de whisky. Nos servimos un par de vasos, y comenzamos a arrancarnos la ropa, hasta terminar en mi cama los dos desnudos. Desnuda, Adela era la realización de mis sueños eróticos de solitario. Sus tetas en mis manos eran como tener a Dios agarrado de las pelotas.

Pero estaba aterrado, y no se me paraba, o se me paraba a medias. Quería, necesitaba cogérmela aunque me dijeran que sería lo último que haría vivo. Pero no se me paraba. Y eso me ponía aún peor. Yo no era impotente. Ella se me imponía de tal manera que me anulaba, pero no era su culpa, ¿cómo podría serlo si era tan bella que dolía?

Pasamos la noche juntos y ella se corrió un par de veces tocándose, a caballo de mí, con mis manos amasando sus tetas.

Se fue por la mañana, después de haber quedado en vernos a la tarde.

Estaba destrozado. Derrotado. Hambriento de ella, pero no me la había cogido. Y si no hacía algo en ese sentido y volvía a repetirse, lo viviría como la peor tragedia de mi vida.

A esa clínica privada había acudido un par de veces, y hablé con el médico sin tapujos, pero con una vergüenza que no podía superar.

—Anoche me acosté con una mujer con la que he empezado una relación y no tuve erección. Sé que no soy impotente, pero… es veinte años más joven que yo… y eso me desacomoda.

—¿Tiene la tensión arterial alta?

—No, nunca la tuve. La última vez que me la tomé era normal.

—Porque le voy a recetar unas pastillas que, si la tiene alta… pueden traerle problemas. Tómese una más o menos una hora antes.

Y sin decir más me hizo la receta.

A pocos pasos había una farmacia y entregué la receta como si mostrara mis vergüenzas en público, pero la empleada no hizo ningún gesto que tuviera que interpretar. Solo para mí era la confesión de una derrota.

¿Qué sabía de esas pastillas? Poco. Comentarios que siempre me había negado a considerar, porque yo no las necesitaba. Por eso repetí mi manía de leer los prospectos médicos. Decía lo de

tomarlas una hora antes, pero que sin excitación sexual no se hacían notar. Y también decía que si tenías alta la tensión podían hacerte saltar los tapones del cerebro o producirte desprendimiento de retina. Si era por mí, podía quedarme sin cerebro y ciego con tal de cogerme a Adela tal como necesitaba.

De esos pensamientos me sacó una llamada del móvil, esto que en Buenos Aires llamamos celular. Era ella.

Era Adela, llorando.

—Ven a buscarme… —rogaba.

—¿Dónde estás?

—No sé… no sé… —Y colgó.

La llamé yo, cuatro o cinco veces, hasta que al final me contestó:

—¿Dónde estás, piba? ¡Decime dónde estás que voy para allá!

—Estoy… creo que estoy en la esquina de tu casa… en un bar. ¡Ven por favor!

¿En la esquina de mi casa? Apuré el paso, casi corrí, mientras abría la caja y me tragaba una pastilla en seco.

Estaba allí. En una de las mesas de la calle, con una cerveza y la cara retorcida por la angustia y huellas de llanto. Tenía puestas las mismas ropas que la noche anterior.

No sé qué dije. Sé que la abracé, dejé dinero sobre la mesa y caminando como si acompañara a alguien al borde del desvanecimiento, la llevé a casa.

—Todos los hombres sois unos hijos de puta —murmuró cuando la recosté en la cama. Para agregar—: Aún no he vuelto a casa, y mi marido no me contesta las llamadas… no sé nada de mi hijo.

Entonces tuve la convicción de que algo no iba bien en su cabeza. Del gesto a medias cínico y risueño conque delante del taxi había decidido venir a mi casa no quedaba nada. Lo que estaba a la vista era un dolor profundo, muy hondo, que venía de mucho más atrás que el nacimiento de su hijo.

—Fóllame, por favor, fóllame —dijo, con la desesperación de quien se agarra del último madero flotante después del naufragio, y buscó mi boca.

Follamos. Cogimos como animales en celo. Por la pastilla, o por la seguridad que me daba, pasé la barrera y cogimos, gritando como bestias, golpeándonos contra los bordes de la cama, llenándonos de magulladuras, hasta que se hizo de noche.

Después me pidió permiso para darse una ducha y se vistió.

—¿Vas a tu casa?

—¡Y a ti qué te importa! —contestó con rabia—. ¡No te metas en mi vida! ¡Déjame sola!

De golpe yo era el enemigo. Le tendí un cigarrillo encendido y fumamos en silencio.

Después murmuró:

—Me voy.

Caminamos en silencio hasta que pudo detener un taxi. Yo aún no lo sabía, pero me enteraría pronto: se movía siempre en taxi. No podía bajar al metro porque se ahogaba. No podía cruzar una avenida ancha, porque la paralizaba el pánico.

—Te llamo mañana… para ver cómo estás —dije cuando le cerraba la puerta del taxi.

Ella se limitó a mirarme de costado, con odio, y no dijo nada.

Regresé a mi cueva y me preparé unos mates. Tenía que pensar.

Estaba ante un problema serio y tenía que reconocerlo: me había enamorado de Adela. De una mujer en cuya cabeza ardía el incendio incontrolable de un infierno. Pero también una mujer que cuando compartíamos nuestros cuerpos me hacía sentir vivo como nunca antes me había sentido.

Cierta parte de mí, la que ha hecho que sea un superviviente, me decía que lo sensato era olvidar su número de teléfono y no volver a verla nunca. Pero estaba la otra parte. El pasado.

Una vez había matado, por imbécil, a una mujer. Le había cortado la vida cuando recién comenzaba. Todo lo que viniera con Adela sería difícil, tal vez sucio, pero sería una manera de pagar. Si podía sacarla de su locura, si lograba arrancarla del dolor, mi vida tendría sentido.

Uno, a veces, no mide las consecuencias de sus elecciones. Y está bien que así sea. Hay momentos en que no se puede retroceder, ni un paso. Hay que lanzarse a todo o nada. A tumba abierta.

CAPITULO TREINTA

El edificio de Suipacha seguramente tenía una administración general, pero si no quería correr el albur de que los papeles que me heredaban Atlas. Export & Import fueran falsos, no podía recurrir a ellos para averiguar lo que necesitaba saber: en qué oficina, en qué planta, se guarecían la Rusa y Silvia.

Por eso acudí una mañana, a primera hora, cuando, calculaba, alguien estaría haciendo la limpieza de entrada y escaleras. No me equivoqué. Un hombre que ya no era joven fregaba el suelo con cara de aburrido.

—Buen día… ¿Usted es el portero?

El tipo sonrió de costado, con una mueca, como si quisiera decirme no, soy Rockefeller de incógnito, pero se limitó a asentir con la cabeza:

—¿Qué necesita? Las limpiezas de oficinas las cobro aparte.

—No es eso —dije, sonriendo lo más simpático que pude, al tiempo que sacaba el paquete y le ofrecía un cigarrillo.

—Acá no se puede… —me advirtió señalando el cartel que lo prohibía—, pero a quién le importa.

—Viene una señora a limpiar mi oficina —le informé—. ¿Usted hace mucho que está?

—No… un poco menos de un año. El otro se jubiló, o se murió, la gente sabe tener esas costumbres.

Encendí los cigarrillos pensando que seguramente el hombre no sabía que con sus palabras estaba repitiendo, casi exactamente, un verso de una milonga de Borges. Con lo que Borges podía anticipar hasta el pensamiento de un portero que, por la cara, seguramente no tenía el vicio de la lectura.

—Un amigo mío, con el que somos socios en España, está buscando unas oficinas grandes, espaciosas, en buen estado y con mucha luz, porque lo suyo es la arquitectura y, ya se sabe… Habló

con alguien de no sé qué administración y le dijeron que tienen varias —dije apuntando con el dedo hacia el techo—, pero me parece que le quieren vender un buzón. Yo sé que acá hay cuevas que no querrían ni las ratas. Por eso se me ocurrió que usted, que es el portero, puede saber si hay alguna que reúna de verdad todo lo que pide mi amigo.

—Tendría que haberle dicho a su amigo que este es el país de los vendedores de buzones… pero yo no lo puedo ayudar. Con lo mío tengo bastante, hall, escaleras, rellanos, pasillos; más que suficiente. Tendría que hablar con Irene.

—¿Quién es Irene?

—La jefa, la portera titular, la número uno.

—¿Sabe si la puedo encontrar ahora?

—Saber, sé… pero no se lo aconsejo. Debe estar durmiendo, porque cubre el turno de la noche.

—Ah…

—Vive en un departamento que ya me gustaría para mí, junto al cuarto de las calderas, con una hermana ciega. Se las ve poco… y yo no iría a tocarles el timbre a esta hora.

Un escalofrío me corrió por la espalda. Una hermana ciega. Irene, René, la Rusa, era el portero que por las noches comprobaba las puertas de las oficinas.

—¿Un teléfono? Supongo que por la tarde estará más accesible.

—Yo le diría que después de las siete, para no ganarse una bronca, porque la mina esa, la alemana, qué quiere que le diga, tiene un carácter de mierda. Espere que le apunto el teléfono…

Del delantal gris sacó un bolígrafo y rebuscó en los cajones del mostrador de conserjería hasta encontrar un volante de propaganda.

—Bueno, gracias… le debo una —dije guardando el papel en el bolsillo.

—De nada… se hace lo que se puede.

Salí a la calle con un sudor frío y la sensación de que me estaban vigilando. Recién al doblar la esquina saqué el papel del bolsillo.

Irene Hildebrand, y un número de celular.

Ahora sabía cuál era su nueva identidad, y supuse que Silvia, se llamara como se llamase, compartía el apellido, si pasaban por hermanas. En realidad era el razonamiento de un idiota, pero a veces le toca el turno a la navaja de Ockam y las respuestas más

idiotas son las verdaderas.

Un rato antes había imaginado cien diálogos distintos para tirar de la lengua al portero y tratar de averiguar dónde se escondían las dos mujeres que me querían matar en la tortura, luego de quedarse con la tontina, para que, al final, todo se diera tan fácil.

Pero mis tareas para esa mañana no habían terminado: tenía que comprar 1111 móvil, un celular barato, para que Miguel pudiera ponerse en contacto conmigo en cualquier momento, cosa que había descuidado. También quería arreglar una cita con Carlos Pérez Urrieta, porque no recordaba si habíamos quedado en algo luego de la charla con Regules, y tenía que informarme de caminos alternativos para el dinero suizo.

Compré un celular con tarjeta y el servicio de una de las tantas compañías que saturan el mercado. Había traído el mío de España pensando, como me aseguró su servicio técnico, que funcionaría en Argentina, pero por lo que fuera no iba ni para atrás. Solo que a ese teléfono, un teléfono dormido, podía llegar una improbable llamada de Adela.

Busqué la libretita donde tenía anotado el teléfono de la oficina de Miguel en La Plata y lo llamé con el nuevo. Me atendió el contestador automático:

—Miguel —grabé—. Habla Carlos. Este es el número del celular que acabo de comprar. Registralo, así me podés llamar en cualquier momento si tenés alguna novedad. Lo compré para eso. Un abrazo.

El trabajo de Miguel lo tenía mucho tiempo en la calle, recorriendo reparticiones oficiales y haciendo trámites, pero en algún momento pasaría por la oficina.

Su número lo grabé en la memoria como perteneciente a un anónimo Gutiérrez, y antes de llamar a Carlos Pérez Urrieta guardé varios números más, de gente sin nada que ver con los asuntos que traía entre manos, copiándolos del móvil español. También el de Adela. Si ese celular caía en manos de ellos, no quería que hubiera un solo teléfono, el de Miguel. Sería como si lo apuntara con el dedo.

Y fue entonces cuando me di cuenta de que estaba cometiendo un error de seguridad. Decenas, cientos de compañeros habían caído porque sus teléfonos estaban en la podrida libretita de alguno y la tiré a la basura.

Se me hizo evidente que los suizos, o por lo menos Pérez Urrieta, se sentirían muy aliviados si yo desaparecía de su campo de acción, porque no dudó un instante en citarme para el mediodía.

A Irene Hildebrand, ya lo había decidido, la llamaría por la tarde para proponerle un encuentro. Tenía que tomar la iniciativa.

—Como verá, las opciones son muchas, aunque con distinto grado de riesgo —dijo Pérez Urrieta, luego de una exhaustiva exposición, que iba desde facilitarme el contacto para abrir cuentas en paraísos fiscales, hasta el fraccionamiento de la suma total en varios cheques a ni nombre, o al portador, que podría negociar, perdiendo un porcentaje, en mesas que movían moneda por fuera de los circuitos normales.

—Pero con eso pierdo plata —dije por decir algo.

—Si quiere ganar, hay otras posibilidades, pero yo, por una normativa ética, estoy obligado a no recomendárselas.

Me picó la curiosidad, porque no tenía ni idea de todo ese universo y, tal como me iban las cosas, y porque estaba en la mina, tenía que contemplar todas las opciones posibles.

—De acuerdo… —dije—. Que no me las recomiende no quiere decir que no pueda informarme. No veo en eso una colisión con la ética bancaria.

Lo pensó un momento, observándome como para hacerme una radiografía:

—Es una manera de verlo, claro…

—Es mi manera de verlo. Si algo me sale torcido no voy a culparlo a usted.

—Bueno… —Era renuente—. Si quiere ganar dinero, el camino son los blanqueadores. Pero no espere que yo le facilite esa información. Tendrá que buscarla por su cuenta.

—La buscaré. ¿Son empresas que necesitan blanquear capitales negros?

—No exactamente. Son agentes locales de los cárteles de México y Colombia, entre otros. Generan mucho dinero sucio y pagan bien por cheques, talones, de cuentas legales.

—Dinero negro de las drogas… no me gusta. Esa gente suele tener malas costumbres, y no me gustaría terminar descuartizado en

un baldío cualquiera.

—Nunca se sabe qué pueden hacer. Yo le aconsejaría pagar la comisión correspondiente a un banco paralelo.

—¿Hay bancos paralelos? Tengo la sensación de que siempre he vivido afuera del mundo real. Cuénteme, por favor, que usted sabe mucho, mucho más que yo, que soy un pichiruchi.

—Señor Gutiérrez —dijo, encantado de conocerse y poder darme una clase magistral—. ¿Alguna vez se ha preguntado cómo hacen los corresponsales de guerra para disponer de efectivo en zonas de conflicto? Piense que cuando estalla una guerra civil, como en Libia, por ejemplo, lo primero que se cierra son los bancos.

—Ya… no, no lo había pensado, pero un periodista o un fotógrafo que cubre una guerra… No, no creo que se lleven con ellos un montón de dinero, ni tampoco que funcionen los cajeros de la calle. Tienen un problema.

—Ningún problema. En Líbano y Pakistán hay bancos que operan sobre la buena fe de sus asociados, un poco por el Corán y otro tanto por ciertos métodos que sancionan las traiciones. Usted podría ir, acá o en España, a un restaurante, una carnicería, preguntar por Amir o Mohamed y entregarle una cantidad de dinero. No le darán ningún resguardo, nada que acredite la operación, pero le devolverán ese dinero, descontando la comisión, en el país que usted haya elegido como destino: Irak, Libia, Vietnam… también en una carnicería, o en una zapatería.

—No parece muy seguro.

—No puede ser más seguro, se lo garantizo. En realidad su dinero no se mueve del país donde lo entrega, una llamada telefónica es suficiente para que la red le acredite su dinero en la ciudad que haya elegido. Con los servicios para celulares, las tarjetas de prepago para llamadas internacionales y todas sus variantes, que si no son suyas se han abierto con su dinero, tienen millones de clientes que les cubren las operaciones.

—En España tengo contratado el servicio con una de esas empresas, pero no imaginaba lo que podía haber detrás.

—No puedo afirmar que todas estén en lo mismo, pero… las limitaciones al secreto bancario, que cada día nos ponen una nueva piedra en el camino, no corren para ellos.

Por un momento pareció abandonar su imagen pulida y

distanciada:

—Señor… como se llame. A la hora de los negocios las consideraciones morales suelen ser una molestia. No los juzgo más que como competidores difíciles.

—Bien… señor como se llame, porque nadie me garantiza une su nombre sea Carlos Pérez Urrieta. Suena como si se lo hubiera robado a un ganadero de la rural, yo tampoco haré consideraciones morales. Estoy evaluando mi próximo paso. Supongamos que yo hago esa jugada en Buenos Aires y un Amir me entrega el dinero en un sowarma de Barcelona, lo único que conseguiría es trasladar de sitio mi problema, porque entonces tendría un paquetazo de dinero negro en Barcelona.

—Así es… pero ya no sería nuestro problema. Puede guardarlo bajo el colchón, o montar una empresa y blanquearlo regularmente.

—Ya… ¿Me deja pensarlo unos días? Le juro que, si fuera por mí, dejaría que esa plata se pudra en el banco, pero… tengo otros asuntos pendientes que tal vez pueda solucionar pasando la posta.

—Usted sabrá… —dijo cruzando sus malditos dedos de puto obispo, para que me quedara claro que la conversación había terminado.

Pero para mí no había terminado.

—Tengo otro problema, amigo… —dije, mientras sentía que la cara se me tensaba como cuando esperaba al Tarta tras la puerta del baño.

Pérez Urrieta se percató del cambio, porque dejó de mover los dedos.

—Necesito dinero, cash, ahora, porque se me están terminando las reservas. Y, se lo voy a decir claro, me importa un huevo si tengo que ir a buscarlo a la morgue. No me moveré de esta puta silla hasta que me lo solucione.

—Ya le dije que…

—Puedo repetir de memoria cada palabra que me ha dicho, no vuelva otra vez con eso. Creo que he sido claro: necesito efectivo… hoy, ahora.

Respiró hondo, molesto, pero se le había humedecido la frente. Tenía claro que yo no era un inversionista cualquiera. Que si me hartaba con su juego podía hacerle daño, mucho daño.

Fue entonces cuando adiviné, más que ver, el movimiento del

pie bajo el escritorio, en una esquina de la alfombra. Habia apretado una alarma, y probablemente ahora grababa la conversación.

—¿Me está amenazando? —dijo. Una pregunta obvia que solo un tonto contestaría afirmativamente.

—¡Amigo mío! —desplegaba mi más amplia sonrisa—. Usted debería haber aprendido más del sentido del humor del señor Regules. ¿Cómo lo voy a amenazar? Soy pacifista, un seguidor del Mahatma Gandhi. Como mucho puedo quedarme en esta silla haciendo huelga de hambre hasta quedar flaquito, flaquito.

Durante dos o tres minutos nos quedamos mirando, tal vez esperando la jugada del otro. Yo seguía sonriendo. Con la boca solamente.

—¿De cuánto estamos hablando? —quiso saber.

Dije una cifra, y me miró desconcertado; se veía que esperaba un pedido mucho más grande.

—Es para gastos menores —ironicé.

—Bien… —dijo tamborileando sus dedos sobre el escrito— no mientras miraba la puerta que daba al interior. —Creo que podemos hacer una excepción, y arreglarlo acá mismo.

—Las excepciones son el verdadero negocio de la banca… creo recordar que lo dijo Keynes.

Me observó como si la mención de Keynes no entrara dentro del retrato que se había hecho de mí.

—Tendrá que firmarme un recibo.

—Naturalmente.

Cuando abrió la puerta de comunicación pude ver al guardia del otro lado. Enorme como un armario de tres puertas.

—No pasa nada —dijo Pérez Urrieta, y se lo llevó con él cerrando a sus espaldas.

Salí a la calle con un estado de felicidad casi beatífica. Cinco mil dólares para mí era mucho dinero, y sacárselo, como una muela, a un banco suizo, hacía que me sintiera Robin Hood.

Había puesto en silencio mi celular para la charla con mi consejero, pero lo había sentido vibrar un par de veces. En la calle comprobé que me había llamado Miguel, y le devolví la llamada.

—Veo que te pasaste a la vanguardia tecnológica —dijo riendo —. Pensaba que ya tenías un celular pero te lo guardabas.

—Es que el mío, el que traje, no quiere funcionar, tal vez extraña, y pensé que mejor que tuviéramos un contacto que no pasara por el hotel.

—¿Seguís pensando que lo tenés pinchado?

—Eh, que yo nunca dije eso…

—Es que yo soy adivino.

—Desconfía y acertarás. ¿Era un refrán chino, no?

—O de tu barrio, El Mondongo. Te devuelvo la llamada desde mi celular para que ya lo tengas, ida y vuelta… ¿Estás en el hotel?

—No, en la calle. ¿Por qué?

—Cuando llegues abrí tu correo, porque te mandé algo, una foto. No es muy buena… en realidad es bastante mala, pero igual te puede servir. Es del registro de una cámara de seguridad.

—¿Tenes cámaras de seguridad en tu boliche?

—No, pero… claro, vos no conocés mi oficina. Estoy en el patio central de un centro comercial del montón. Acá mi suegra tenía una boutique, y cuando cerró para no laburar más me lo pasó. Tiene uno de esos contratos para la eternidad y me sale barato. Las cámaras cubren el movimiento de todo el patio, desde varios ángulos… por los chorritos, carteristas y esas cosas.

—Ah, y vos tenés una imagen de esas cámaras. Me imagino que peor que la foto del Tarta.

—Imaginás bien. Vas a ver a un tipo joven, rubio, de treinta o treinta y pocos años, con un blazer azul.

—¿Qué pasa con él?

—Esa es mi pregunta también… No sé si el tipo me está estudiando el boliche para asaltarme, o qué, pero estuvo dos días merodeando por acá, y lo volví a ver en la Municipalidad, donde fui por unos trámites, haciéndose el boludo, pero me estaba controlando.

—¿Y eso cuándo empezó?

—Después de la muerte del Tarta. Lo leí en los diarios… —dijo, agregando con cautela—. Nosotros no sabemos nada nuevo de eso, ¿no?

—No. Yo también estoy en pelotas, y un poco desorientado, por el método, por la manera… ¿me entendés? Fue muy a lo bestia. No

sé por qué me hace pensar en los colombianos, viste que a los traidores les cortan el cogote y les sacan la lengua por el agujero…

—La «corbata colombiana», sí, pero esto no es Medellín, y a este no le sacaron la lengua.

—¿Qué querés que te diga? Mira, de solo pensarlo se me pone la piel de gallina. Andá a saber en qué estaba metido, consumía mucha cocaína y eso cuesta plata.

—No sé, Carlos, pero yo, por si las moscas, sigo con la Ballester Molina en el escritorio.

—Yo haría lo mismo. Eh… quería decirte que creo que tengo ubicada a nuestra amiga, y su teléfono. Le voy a proponer una cita, a ver si llegamos a un acuerdo, o qué es lo que quiere.

—¿Qué amiga?

—«Nuestra» amiga, la rubia…

Tardó unos segundos en reaccionar:

—Carlos… si es nuestra amiga… ya sabés qué es lo que quiere. No te metas en la boca del lobo. ¿Por qué no te tomás el primer avión para España?

—Miguel, ¿vos leíste *El otoño del patriarca*?

—Uff, hace mucho; de García Márquez.

—El patriarca le cogía la mujer a cualquiera, pero, después, su ladero le cortaba la cabeza al marido de un machetazo. El patriarca decía que nunca hay que dejar enemigos vivos atrás, porque siempre te alcanzan y se van a vengar.

—No sé… hacé lo que quieras, pero, cuidate.

—Chau, cualquier novedad te aviso.

Corté y me di prisa para volver al hotel, a mi ordenador, a mi correo.

La imagen era mala, de baja calidad, como la de casi todas las cámaras de seguridad, que cuadro a cuadro pierden definición. Blazer azul, vaqueros, una mano en el bolsillo del vaquero y en la otra un cigarrillo. Sin bigote, sin barba, nada especial. Se lo veía caminando hacia la cámara, a cierta distancia. La suficiente como para tener un aproximación a sus facciones, pero no mucho más. Si Miguel decía que era rubio tenía que creerle, pero en los desleídos colores de la grabación lo que podía asegurar era que tenía el pelo claro.

Me extrañaba la edad del tipo. Hasta ese momento pensaba que

en la banda de la Rusa solo había gente que había estado ligada a la dictadura, de una manera o de otra, y este era mucho más joven. En esa época tenía que ser un bebé que no podía torturar a nadie.

Amplié la foto todo lo que pude sin que desapareciera y tomé distancia. También me esforcé por verla por el rabillo del ojo, como si mirara hacia otro lado. Trucos para guardarse una cara, tal vez en el inconsciente.

Entonces reparé en que ya era hora de llamar a la Rusa.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

—¿Hola?

—¿Irene Hildebrand?

—Sí… ¿quién habla?

Tomé aire, porque me costaba seguir adelante.

—¿Quién habla?

—Rusa… soy yo, Enrique, o si te gusta más Carlos Meléndez.

Hubo un silencio largo, que aproveché para encender un cigarrillo, lo necesitaba.

—¿Cómo conseguiste mi teléfono?

Era hora de mentir.

—Pagando todo se consigue…

—Claro, me olvidaba que ahora sos rico.

—Estás equivocada. En realidad estoy en la ruina, pero algunos hackers me deben favores y… pero no te llamaba para hablar de teléfonos. Quiero hablar con vos en persona.

—¿Estás seguro?

Esa pregunta podía tener muchas lecturas, pero la voz de la Rusa no traslucía ninguna emoción, ninguna; y eso era inquietante.

—Claro que estoy seguro. Vos querés la guita y yo soy el único que la puede sacar. No quiero líos, Rusa. Yo no vine a Buenos Aires para jugar a las escondidas, me trajeron. Hoy estuve con el tipo del banco y ya tengo claro todo lo que se puede hacer. Nos vemos, me decís como la querés y te la paso.

—No querés esa plata —afirmó.

—No quiero quilombos, ni enemigos; eso es lo que no quiero. En España me puedo jubilar pronto y estoy demasiado viejo y cansado para andar jodiendo.

—Qué lástima me das. Voy a ponerme a llorar. Supongo que te llevaste lo que había en el fondo del armario para tener un recuerdo de otros tiempos.

—Rusa… no sé cuántos son ustedes ni lo quiero saber. Pero no me quiero regalar, sobre todo cuando se puede arreglar esto amistosamente, para llamarlo de alguna manera.

—Está bien. Nos vemos en la oficina de Atlas, entonces.

—No, no, Rusa, te estás equivocando de persona… soy boludo pero no tanto. Va a ser en un lugar público, abierto, lleno de gente, y vas a venir sola. No quiero verle la cara a ninguno de tus socios. Como los tres monos, quiero ser ciego, sordo y mudo. Más te digo, como vos no te me acerques yo no sería capaz de reconocerte, seguramente estás tan cambiada como yo. Vos ya viste mi cara en Facebook y yo de vos ni jota.

Hizo un silencio largo, tan largo que pude escuchar su respiración, calma, como si no pasara nada:

—Está bien, decime dónde y cuándo.

El encuentro fue en Plaza de Mayo, en el lado que da al Cabildo, donde hay algunos bancos, a las once de la mañana.

Cuando me fui a España la plaza era un lugar solitario por donde pocos pasaban. Ahora era otra cosa. A pocos metros del lugar elegido, cruces de tumbas clavadas en el césped y muchos carteles reclamaban compensaciones para los veteranos de la guerra de Malvinas. Como en todas las guerras que se pierden, luego hay un esfuerzo general para olvidar lo sucedido, que al fin es un olvido de los combatientes. Tipos heridos muy hondo, porque la guerra deja marcas imborrables. Esas cruces hablaban más de aquellos a los que se les habían muerto las ganas de vivir, que de los otros, los que seguramente estaban enterrados en las islas.

Fui desarmado, porque, por más loca que estuviera, la Rusa no se atrevería a hacer nada allí, a cien metros de la Casa Rosada, con policía por todas partes.

A un vendedor ambulante le compré un cucurucho de maíz para las palomas, y me senté en un banco. En minutos tenía docenas de palomas comiendo el maíz que les arrojaba y, hasta alguna, más caradura que las otras, comía de mi mano.

—Para hacer estas cosas y no parecer un viejo reblandecido necesitarías un nieto que te justifique.

Levanté la vista y estaba ahí. Una mujer como cualquiera, con

una mirada azul como alfileres de acero: la Rusa. Ella también con un cucurucho de maíz en la mano.

Nos miramos de frente y, poco a poco, fui descubriendo bajo la máscara de esa mujer mayor a la rusita que había conocido hacía mil años. Algo se aflojó dentro de mí. Algo que me hizo desear que fuéramos amigos y no enemigos.

—Sentate, Rusa… que es verdad que soy un viejo reblandecido. Te veo y me dan ganas de llorar.

Sonrió y se sentó a mi lado.

—¿Y eso por qué? —preguntó mientras arrojaba un puñado de maíz a las palomas, que cada vez eran más.

—Si dejo salir mi yo tanguero, tendría que contestarte: por la juventud perdida. Por lo que fuimos… y ya no somos.

—¿A quién querés engañar con ese verso, Enrique?

Lo dijo con la misma sonrisa, y la misma ternura de un momento antes.

Una corriente fría me bajó por la espalda.

—No me vas a decir que me extrañabas, porque eso más que un tango sería un bolero empalagoso —dijo con una risa corta, íntima, que la trasladó años atrás, cuando hacíamos la revolución juntos.

No creo haber conocido verdaderos psicópatas, pero sí fronterizos. Aquellos que en España llaman, para sentirse modernos, *border line*. Y sé reconocerlos. Es algo de piel. No tengo que pensarlo.

Ninguno de ellos tiene la cara de nada que les ponen a los psicópatas en el cine. Por el contrario, son encantadores. Y rapaces de conectar con tu lado débil con la inmediatez de un relámpago. Tenía que tener mucho cuidado con la Rusa.

—Bueno, piba… ya te lo dije por teléfono. Arreglemos lo de la guita de una vez y santas pascuas.

—Gracias por lo de piba —dijo con un murmullo—. Haría años que nadie me llamaba piba. Cuando una se hace vieja, hasta deja de ser visible para los hombres.

—Simone de Beauvoir, la mujer de Sartre, decía lo mismo. A veces, se me escapa una mirada de deseo por alguna mina que pasa y me mira de una manera que me devuelve a mi edad, Rusa. ¿No te molesta que te llame Rusa, no?

—Si a vos no te molesta que te llame Enrique…

—No, claro… me hace sentir más joven, menos quemado.

—¿Entonces, como antiguos compañeros, por qué no vamos al grano?

En ese momento lo vi.

El tipo del blazer, el rubio de la foto, vestido con un conjunto deportivo, le daba de comer a las palomas en otro banco, a unos diez metros de nosotros.

—Mirá, Rusa, ayer estuve con el tipo del banco y hay más recovecos de lo imaginable. Parece que todos los compañeros que firmaron conmigo están muertos, y eso me pone en un lugar que no me gusta. Los suizos, que no son suizos, que son de acá, no me abren información por la confidencialidad y toda esa mierda, pero… parece que soy el único sobreviviente. ¿Te digo una cosa? Solo por eso, ya no quiero esa guita.

—Muy enternecedor.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Enrique —dijo riendo—, no seas susceptible. ¿Y por qué pensás que yo sí la quiero?

—Vamos, flaca… no me trajiste a Buenos Aires para nada. Además, en el fondo tenés razón. Cuando abrimos esa cuenta yo me sentí un desertor. Todavía me siento un desertor. Y vos seguiste luchando. Si alguien tiene derecho a usar esa guita para lo que sea, no somos los desertores.

Por un momento logré desconcertarla. Se lo vi en la mirada. Por un segundo volvió a ser aquella Rusa, la que estaba enamorada de su comandante Lucho. Pero se rehízo enseguida, y por sobre la sonrisa volvieron a aparecer esos ojos como piedras azules; tan inexpresivos como piedras azules.

Pero insistió con su juego, tal vez para probar hasta dónde podía llegar:

—¿Y… para que crees que voy a querer ese dinero?

—No sé, ni quiero saberlo. Si fuera más joven, montaría otra vez una orga. El capitalismo ha ganado la partida y retrocedemos al siglo XV. Pero no me da el cuero. Tal vez a vos sí te da el cuero. ¡Pero, no! No me digas nada… no quiero saberlo. Vos sabrás mejor que yo qué hacer con esa plata.

A esas alturas, mientras vigilaba al rubio que le daba de comer a las palomas, mentía con piloto automático, porque de pronto me

arrepentía de no haberme calzado el smithy. Como yo sabía más de lo que mentía, en la sonrisa de la Rusa veía la risa de la muerte.

—¿Entonces qué me proponés? —dijo ella, echando otro puñado de maíz a las palomas.

—Mirá… —El rubio había dejado el banco y se alejaba contorneando la plaza—, los suizos no nos pueden dar los dólares como se los dimos nosotros, en una bolsa de supermercado. Pueden darme la cifra total en un cheque nominal o al portador, o fraccionada en varios cheques, que siempre hay que depositar en una cuenta. Acá, o en un paraíso fiscal en la concha de su madre.

Cuando dije la concha de su madre, una salida de tono, sentí que, de alguna manera, la Rusa me estaba ganando la partida.

—Pero hay otra posibilidad, que la llaman la banca paralela, ahí tenés…

—Quiero toda la plata en un solo cheque.

Me quedé mirándola, porque eso significaba que tenía una cuenta muy respaldada, o que en realidad la guita le importaba un pedo, y me quería a mí, para darle el gusto a Silvia.

—Está bien. ¿A nombre de Irene Hildebrand?

—No, al portador.

—¿Estás segura? ¡Mirá que es mucha guita y llama la atención!

—Enrique… —dijo, con un cambio en la expresión que la convirtió en otra persona. Dura. Inflexible. Impiadosa—. Vas a hacer lo que yo te diga, porque no tenés otra posibilidad. Ya no tengo ganas de jugar. ¿En España dejaste una mujer, no es cierto?

—Más o menos. Ella me pegó una patada en el culo…

—Lo que señala que no es estúpida, pero a mí me importa un carajo. En España tenés una mujer y un hijo. Levanto el teléfono y estarán muertos antes de que regreses. ¿Se entiende lo que digo, o tengo que contártelo con señas, como a los sordos?

—¿Estás loca o qué te pasa?

Su cara se puso aún más rígida:

—No tolero a nadie que me llame loca. Y menos a un hijo de puta como vos, que mataste al Tarta.

—¿Al Tarta? ¿De qué Tarta me estás hablando?

—Enrique… —dijo sonriendo con ternura. Su capacidad de cambiar de un estado a otro era para descontrolar a cualquiera—. No me tomes por pelotuda. El Tarta era un tarado, un borracho y un

drogón, pero yo lo quería, y vos lo degollaste como a un cerdo.

Entonces me pudo más la bestia, porque también había perdido de vista al hijo de puta rubio, y no sabía ya de dónde podía llegarme el golpe:

—Rusa… el Tarta mató a balazos a Carlos Meléndez, un paralítico de nacimiento, que fue amigo mío desde chico. ¿Querías que le diera un beso en la boca?

Sonrió. Le dio de comer a las palomas y dijo:

—Vos no podrías ni besarle el culo al Tarta. Los traidores tienen que pagar sus traiciones.

Me contuve, porque tenía ganas de agarrarla del cuello y apretar hasta que sacara la lengua en su último aliento. Era la oportunidad de cambiarle el juego:

—Está bien… hablemos a calzón quitado. Vos, y tu gente, me odian, pero yo no soy un angelito. Los voy a cagar a balazos si me quieren jugar sucio. ¿Te enterás, de una puta vez, Rusa? Lo del Tarta fue una muestra gratis, para que se vayan enterando. Y, ahora, ya que estamos… ¿me podés contar que carajo pasó con Silvia y Pedro, que aparecen, disfrazados, en la sesión de Atlas?

Mi contraataque la desubicó, porque abandonó su cucurucho de maíz sobre el banco y se nos llenó de palomas.

—De Silvia no sé nada. Cayó durante la dictadura y se hizo humo. Y Pedro… Pedro murió como la rata que era, a mí nadie me traiciona.

—¿Estás segura de que de Silvia no sabés nada, loca de mierda?

Entonces se tapó la boca, con un gesto ridículo, para luego ponerse de pie y gritar hacia el Cabildo la frase que uno aprendía en la escuela:

—¡El pueblo quiere saber de qué se trata!

Y se volvió, sobre la punta de los pies, como una bailarina, para pegar su cara a la mía y decir:

—A Pedro sí que podrías darle un beso en la boca… ¡Hijo de puta!

Se dio vuelta y se marchó velozmente.

El rubio no estaba por ninguna parte y a ella la veía de espaldas, alejándose. De pronto había recordado que los que mataron al Pocho iban disfrazados con pelucas y postizos. El rubio tenía que ser el que había disparado junto con el Tarta.

No tardé un minuto en llamar a Miguel. Tenía su llamada perdida en mi teléfono.

—¿Sí?

—Miguel, malas noticias…

—¿Qué pasó?

—El rubio que te estaba vigilando está con la Rusa.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—Entonces es hora de que me tome el piro por un tiempo, ¿no te parece?

—Es lo mejor que se puede hacer. Tomate unas vacaciones, lo más escondido que puedas, porque nuestra amiga llegó a amenazarme con liquidar a mi ex mujer y a su hijo.

—¡Me cago en…! ¿Y eso por qué?

—Porque me odia, sencillamente. ¿Tenés dónde guardarte?

—Tengo un primo con campo…

—No me digas dónde.

—No te preocupes, que no te lo pensaba decir. Ahora llamo al gestor al que le derivo trabajo y le dejo la llave de la oficina. Le invento una desgracia en la familia y no va a preguntar mucho, va a estar ocupado en calcular cuánto puede morder. Me piro. Ya veremos hasta cuándo.

—Hasta que salga en los diarios, Miguel. Porque todo este podrido asunto va a ser comida para los diarios; ponele la firma.

Corté y me quedé pensando si era posible que la Rusa levantara el teléfono y Adela y el pibe estuvieran en peligro. Con los chantajes de un loco uno nunca puede estar seguro.

CAPITULO TREINTA Y DOS

El primer tiempo con Adela fue como si yo, Lázaro, hubiera resucitado. No podía ni quería pensar en otra cosa que en ella, y en la cama. Que es una manera de decirlo, porque hacíamos el amor como bestias, en la cama —que rompimos tres veces—, en el suelo, en la bañera; como fuera y donde cayera.

Adela, en las dos horas que tenía para comer, tomaba un taxi y aterrizaba en mi casa. Yo la esperaba con frutas; ciruelas y mangos, preferiblemente. Y, en algún momento, troceaba el mango para darle de comer en la boca, luego de pasarlo por su piel, para beberme su piel y el jugo del mango.

Nos reíamos mucho. Por tonterías. Tal vez la primera fue que ella, cuando fallé la primera noche, había pensado que era impotente; pero que no le importaba. Con ella coger no era solo meterla y sacarla, era mucho más, como contenerse hasta límites imposibles, para que no hubiera un fin, ni siquiera provisorio. De la otra cosa que se reía era de mis gritos. Porque siempre había sido así, o porque quería proclamar a toda la selva, como Tarzán de los monos, que poseía a esa hembra, en mis orgasmos tenía que gritar, para que no se me reventara el corazón, o el alma, o lo que fuera que pugnaba por salírseme del cuerpo.

A veces alguna vecina, que cruzaba en la calle o la escalera, me echaba una mirada especial. Adela decía que nuestros polvos de esa hora alimentaban las pajas de las señoras del barrio.

Uno de esos días me pidió que la pasara a buscar por el bar que estaba al lado de la agencia, más o menos a las ocho, que su hijo se quedaría con una canguro, y nos íbamos de fiesta. Que yo era un paleto, un recluso, que no conocía lo mejor de Barcelona. Y que su marido ya no vivía con ella.

Cuando llegué a buscarla, se había tomado suficientes gin–tonics como para estar un poco borracha, y fue el comienzo de una vida

con dos ritmos muy distintos. Al mediodía, frutas y sexo sin inhibiciones; por la noche, barras, alcohol y cocaína.

Fue con Adela que una noche probé por primera vez la cocaína. En un bar donde dos viejas yonquis desdentadas la mercaban, y la dueña dejaba la barra para pedirte que la invitaras a una raya.

Es que me estaba sucediendo algo que no había previsto. Mi pasión por esa hembra le daba una patada en el culo al antiguo cristianuchi y quería aprender a vivir de otra manera, sin culpas, gozosamente.

Lo hice con miedo, luego de haberme negado un par de veces. Pero no quería quedar un paso detrás de Adela y ahí fui, por mi primera raya, para descubrir, con algo de frustración, que no me sucedía nada especial. Nada incontrolable.

Pronto me di cuenta de que una de las reglas del juego, con sus amigos, era no hablar de nada serio y beber sin parar, hasta que estaban borrachos de caerse. Entonces descubrí que lo que las mujeres consideraban un derecho, emborracharse hasta estar ciegas, me angustiaba. Me angustia. Un hombre borracho no me apena. Me importa una mierda. Que reviente. Una mujer borracha, los ojos perdidos, babeante, me pone mal; es como una violación de la belleza.

En los habitantes del mundo de Adela la cocaína, que compartían con prodigalidad muy socialista en los lavabos, tal vez contenía los efectos de la bebida, pero los colocaba en un estado de imbecilidad desde el que podían repetir veinte veces la misma frase sin terminarla.

Mala cosa para mí, que nunca quiero perder el control, y si decido emborracharme lo hago donde no pueda hacer papelones. Y, además, porque me había pasado años dialogando y discutiendo conmigo mismo, que desviaran la conversación hacia cualquier lado, que patearan la pelota afuera, me resultaba una mierda. Era mi pata coja. Por mi incapacidad de hablar todo el tiempo de boludeces, por mi insistencia en los temas políticos, como esa España que se iba a la mierda, algunos de sus amigos me rebautizaron «el argentino cabreado».

En esas salidas nocturnas vine a descubrir que, en su gueto, Adela era una estrella, la mujer que muchas otras querían imitar. Con lo que a mí, el hombre viejo que llevaba a todos lados, me

observaban con curiosidad. ¿Qué tenía, cuál era mi misterio, para que Adela Ramírez Largo me hubiera elegido?

Lo confieso: que sus amigas no disimularan que me llevarían a la cama con que solo hiciera un gesto me ponía por las nubes. De pronto había pasado de la soledad, la rabia y las pajas a ser un macho Alfa.

Una de esas noches Adela, en lugar de desaparecer en un taxi, me pidió que la acompañara a su casa.

Digo lo de desaparecer porque sucedía a veces que nos despedíamos y tres o cuatro horas más tarde me despertaba el teléfono. Adela y alguna amiga que se suponía que yo tenía que conocer me llamaban, borrachas y colocadas, desde alguna fiesta, desde algún after, para hablar incoherencias, o pedirme que dejara la cama y fuera con ellas, que no sabían ja, ja, ja, dónde estaban.

Fue en ese tiempo cuando, al sonar el teléfono, me despertaba diciéndome: otra vez esa puta. Frase que me quedó grabada, y volvería a aparecer muchas veces, los años en que vivimos juntos, cuando me llamaba, tarde, para decirme que estaba camino de casa, mientras yo sabía que esa puta no regresaría hasta el amanecer, borracha, porque cuando comenzaba a beber y drogarse ya no podía detenerse. Ni quería.

Llegamos a su casa, y mientras ella le pagaba a la canguro yo miraba a mi alrededor. Trataba de adivinar de qué material estaba hecho su ex marido, el padre de su hijo, que había conseguido estar varios años con una bomba de tiempo y sobrevivir.

Me equivocaba. Adela lo había hecho picadillo. Y no porque fuera un mal bicho, sino porque ella lo hacía sin querer. Era autodestructiva, y todo lo que caía en su radio de acción caminaba hacia la muerte. Como el que se está ahogando y se aferra a quien lo socorre, con tal fuerza que lo arrastra hacia el fondo.

Tiene que haber sido un viernes, porque al otro día ella no trabajaba y habíamos estirado un poco nuestra ronda de bares y comprado una botella de vodka en el camino.

Esa noche, la primera en la que vi amanecer en casa de Adela, comenzó a atarse mi destino con el suyo.

Recuerdo que lo primero que dijo era, así se lo tomaba, para festejarlo, que la canguro, hermana de la amiga con la que más frecuentemente me llamaba a horas en que me cagaba en su puta

madre, era, así lo dijo, yonqui de hachís. Ja, já ja, que risa, su canguro.

Pero después, a medida que bajaba el vodka en la botella, fue apareciendo otra Adela. Una que necesitaba hablar, contar y que alguien, yo en ese caso, la escuchara, aunque su discurso era un monólogo embotado por el alcohol. Todo el dolor del mundo, toda la soledad de sentirse abandonada, se reflejaban en su cara.

Poco a poco, en sucesivas noches en las que ella bebía sin parar y yo me mantenía sobrio, pude ir armando su pasado. Un pasado de maltrato que había comenzado en su infancia, aunque esa era la parte que hacía esfuerzos por no ver. Un maltrato que había alcanzado la cúspide con su primer marido, o pareja fija, que la había hundido en el envilecimiento y en asumirse como un poco de basura.

Recuerdo todas las historias y los personajes, palabra por palabra. En su novela, y en el no te salves, había narrado apenas la superficie de ese universo de reventados, capaces de prestarle su mujer al dealer para que les fiara algo de droga. Capaces de obligar a su mujer a compartir la cama con uno o dos travestis, hasta que esta se rompiera y terminara ahorcándose, suicidándose colgada de una lámpara de comedor. Pero la muerta no había sido ella, sino una amiga. Ella estaba muerta de otra manera. Agonizando día tras día.

Toda mi vida, la convivencia con la violencia y la guerra, no había sido nada, apenas un juego de niños, con lo que ella había vivido y seguía sufriendo.

Cuando ya clareaba esa primera noche en su casa y se había terminado el vodka, el niño, un purrete pequeñito y con cara de muñeco triste, salió de su habitación, medio dormido, diciendo:

—Mamá, voy a tu cama.

—Sí, querido, ya voy —dijo ella, tratando de recomponerse.

Tambaleándose, sin mirarme, yo ya no existía, caminó hasta la cama y se dejó caer vestida.

Le quité los zapatos y los tapé con una manta.

Ahí se quedaban los dos, madre e hijo, abrazados, cuando cerré a mis espaldas la puerta de calle y bajé a la mañana, al día que comenzaba.

La gente, la calle, los coches, todo me resultaba muy extraño.

Tan ajeno como si viniera de recorrer con Virgilio sus infiernos.

Llegué al Clot, me saqué la ropa, que apestaba a humo de cigarrillo, y me metí en la cama.

Soñé con ella.

Algún tiempo después, no mucho, nos fuimos a vivir juntos.

Adela ganaba muy buen dinero con su puesto en la agencia de publicidad, mientras yo sabía que mis reservas pronto comenzarían a hacer agua. Había dejado el cáterin, porque los días en que más se trabajaba eran los viernes y los sábados, justo cuando ella tenía libre para que saliéramos de noche hasta cualquier hora.

Además, un cálculo sencillo me decía que había cruzado una frontera invisible hacia un mundo de lujo. Cuando vivía solo me podía sostener, espartanamente, con lo que ganaba en el cáterin, si no me salía alguna consulta o curso para políticos ávidos de ser triunfales hijos de puta. Con ella, una jornada de doce o catorce horas de cáterin no me alcanzaba para pagarle una cena con ostras frescas, champán trances y langosta, que ella devoraba con una fruición que me enamoraba, pero que me llevaba paso a paso hacia la ruina.

Y todo siguió más o menos igual, hasta que a Adela la echaron de la agencia, para reducir costos, porque la crisis económica que yo le había anunciado ya no estaba en el horizonte, nos soplaba en la cara.

Pero cuando digo que todo siguió igual, me refiero al tiempo en que ganaba mucho dinero, no a después, cuando todo se puso mucho, mucho peor.

Adela era como la bella y la bestia en una sola persona.

Había días, viernes o sábados, en que nos invitaban a la entrega de algún premio o una inauguración con cena. Siempre coincidíamos con alguno de sus viejos amigos. El que había empujado a su mujer al suicidio, la que despertaba sin saber dónde había estado, luego de tres días de ceguera de cocaína y alcohol, o algún otro del mismo palo. Entonces Adela comenzaba a brillar, porque compartían el mismo juego de cinismo y bebía, hasta que con los últimos tragos los invitados nos teníamos que ir.

—Es demasiado temprano —decía alguien.

—¡Vamos a casa por una última copa! —contestaba Adela, y comenzaba el arrastre de cuanto borracho conocido o entrevisto alguna vez encontraba en el camino.

Yo le pagaba a la canguro, que en ese tiempo era boliviana, y arropaba al pibe, con más ganas de meterme en su cama y acurrucarme junto a él que de volver al salón, ocupado hasta el culo de gente que no quería conocer y que ya estaban en todos los grados de borrachera imaginable.

Bebía lo mínimo, y ese mínimo lo contrarrestaba con esporádicas rayas de cocaína. No podía emborracharme, porque no los podía echar a patadas y sabía lo que se me venía.

Una era que Adela, a cierta hora, cuando ya no podía más, desaparecía en nuestro dormitorio, y yo me quedaba a cargo de los delirios babosos de sus invitados, hasta que el último, ya de día, abandonaba la casa.

Entonces me metía en la cama junto a su cuerpo como muerto, sabiendo que tarde o temprano me despertaría gimiendo, para pedir que le acercara la palangana porque tenía que vomitar.

A esa hora solía suceder que el pibe se despertaba y llegaba como un sonámbulo, porque ya era su hora de levantarse, y yo dejaba la cama, sin dormir, para hacerle el desayuno, compartirlo, y decirle que mamá estaba enferma, que no había que molestarla.

La otra posibilidad era más dura, y solía darse cuando el pibe pasaba unos días con su padre.

Porque yo decía algo que molestaba, no por casualidad, a alguno de los borrachos, o porque de pronto se instalaba un silencio que ni los esfuerzos de Adela por mantener la alegría poniendo música podían evitar, comenzaba el éxodo.

Cuando el último o la última se iban, Adela caía en un bajón desconcertado. Como si no supiera cuál era su rumbo, ni tampoco quién era. Me miraba y no me veía.

Entonces comenzaba a beber un chupito de whisky atrás de otro, hasta que el whisky se terminaba, y cambiaba de bebida hasta terminar con la cerveza. El final era siempre el vino que bebíamos en las comidas. Pero no hacía solo eso. Rescataba su caja de crayones al pastel y se ponía a dibujar en las puertas, en las paredes de la casa, con murmullos de un monólogo interior en el que afloraba un dolor que le teñía la cara hasta las lágrimas.

Yo no podía hacer nada, porque sabía el infierno que estaba rememorando, y ante esa locura era impotente. Me limitaba a vigilar de cerca que no se causara ningún daño, porque se movía tan erráticamente que terminaba avanzando en cuatro patas, para no caerse.

A veces me tocaba hacer algo más. Si el alcohol se terminaba temprano y hasta el vino se había acabado, me rogaba que fuera por alguna botella de lo que fuera.

¿Qué podía hacer? Bajaba a la calle y caminaba hasta una tienda de veinticuatro horas, que no podía vender alcohol después de las once de la noche, pero me vendían igual. Jugaba a mi favor que no estaba borracho y que, por mi edad y mi cara de persona responsable, no los iba a meter en un lío.

Y Adela seguía bebiendo y sollozando en cuatro patas, mientras pintaba globos y musarañas en las puertas. Hasta que no podía más, y entonces la llevaba a la cama, quitándole la ropa con las dificultades con que se le quita la ropa a un muerto.

Pero había otras noches que compensaban todo.

Había noches en las que decidíamos no salir. Llamábamos al camello de turno para que nos trajera algo de cocaína y compartíamos una botella y cigarrillos con tranquilidad, charlando, hasta que se hacía de día. Era sorprendente cómo funcionaba la cabeza de Adela. Su lucidez iconoclasta y provocadora podía ser apabullante. Era un acicate, un látigo. Cuando yo estaba desarrollando alguna de mis teorías, nacidas de mi boludoteca, disparaba conclusiones o interrogantes a los que yo nunca había llegado, y que me abrían una puerta deslumbrante.

Entonces era consciente de que estaba ante la persona más inteligente que había conocido en toda mi vida. Era un privilegiado. Y no era porque me gustara y en la cama la pasáramos de gloria, no; como buen autodidacta, hijo, sobrino y nieto de autodidactas, coloco la inteligencia por sobre cualquier otra cosa. Sus ideas eran como una revolución permanente en marcha, y me entusiasmaban hasta subirme por las paredes. Hacían que mi cabeza funcionara a mil por hora, cuestionando incluso lo que había pensado hasta un minuto antes.

En esas noches, en que generalmente el pibe dormía en casa, aparecía, medio dormido, a las tres de la mañana, para darnos unos

abrazos de oso y meterse en nuestra cama. Algo que nunca hacía cuando el salón estaba lleno de «amigos». Desde nuestra cama podía oírnos hablar y supongo que eso le hacía compañía, porque dormía como un lirón.

Esas noches eran las noches de la bella, las otras, las de la bestia.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Desperté a mi hora del lobo, las cinco de la mañana. La cara de la Rusa diciéndome que a Pedro sí le podía dar un beso en la boca me había arrancado del sueño, y seguía allí, dando vueltas en mi cabeza.

Con la lucidez ardiente de la mordedura del lobo del amanecer, ahora sabía que en algún momento había estado cerca de Pedro; y que Pedro estaba muerto, también por traidor.

De golpe estaba seguro, con una seguridad sin sombra de dudas, que la pista de Pedro, o lo que quedara de Pedro, estaba en Suipacha.

Tenía que reventar los armarios que había supuesto llenos de papelería de Atlas. Export & Import, porque la oficina ahora figuraba a mi nombre y no sería extraño que allí hubiera armas, uniformes, mierda de otra época que, con una denuncia, me dejaría pegado como para que me encerraran un par de años.

Era hora de empezar una retirada ordenada. Primero tenía que deshacerme del Rubio. Estaba tan seguro como si lo leyera escrito en el techo de mi habitación, de que a la Rusa le quedaba únicamente ese soldado. Con Silvia, loca, no podía contar más que para torturarme; pero para eso primero me tenían que agarrar.

Si limpiaba al Rubio la Rusa tendría que abandonar ese plan, porque no lo conseguiría con engaños. La bestia que llevo adentro se había despertado totalmente para tomar el mando. La bestia, como los lobos, se alimentaba de su instinto asesino, y no caería en ninguna trampa. La Rusa se vería obligada a matarme, sin torturas.

Pero, antes que nada, tenía que hacerle caso a esa premonición negra que me impregnaba. No podía dejar de lado la posibilidad de que la Rusa les hiciera algo a Adela y su hijo; por un tiempo también mío.

Cuando dejé atrás España le había enviado un correo. Sin entrar

en detalles le explicaba que volvía a mi país llamado por lo peor de mi pasado. Que tal vez fuera imaginación mía, pero que, si era verdad lo que pensaba, habría mucha violencia. Que tal vez me mataran. Que eso, le decía, corría por mi cuenta, pero que no sabía hasta dónde podía llegar el poder de aquello a lo que me enfrentaría. Que recordara los casos que le había contado de los servicios argentinos operando en España. Por eso le pedía, le rogaba, que si le enviaba un mensaje que dijera «corre», se escondiera con el niño donde no pudieran alcanzarla. Que estuviera atenta. Y su respuesta había sido escueta pero clara: Estaré muy atenta.

De manera que no perdí el tiempo. A mi madrugada correspondían las diez de la mañana, hora española, y le envié el «corre» usando mi nuevo teléfono y el correo.

A las siete de la mañana, hora que tardó un siglo en llegar, entré en el edificio de Suipacha.

A un costado de la conserjería un balde y unos escobillones me decían que el portero de día estaría limpiando escaleras.

Una luz turbia entraba por la ventana de atrás y no quise encender la luz. Con la linterna examiné las cerraduras de los dos armarios. Uno pesaba más que el otro. Lo comprobé tratando de moverlos, cuando tuve que admitir que no sé nada de cerrajería, y que tendría que violentar las puertas con ayuda de una palanca, porque las herramientas que había comprado para abrir el falso fondo del armario eran inútiles.

El olor a rata muerta y momificada dominaba el aire inmóvil.

Atrás me preparé un Nescafé en la kichinet y encendí uno de los innumerables cigarrillos que fumaba cada día. Tenía que esperar hasta las nueve, cuando, suponía, levantaba su cortina la ferretería donde había ido la primera vez.

Un ruido como de frotamiento en la puerta de entrada me llevó hasta allí con el smithy amartillado. Había cerrado con llave, pero…

La voz de un hombre cantando desalmadamente un rock de los setenta y el ritmo en el frotamiento contra el suelo. El portero estaba repasando el pasillo, y había sido su lampazo lo que tocó a mi puerta.

Volví a la parte de atrás y me preparé otro café. Las agujas de mi reloj se arrastraban como tortugas.

Cuando faltaban diez para las nueve no aguanté más, salí, cerré la puerta con llave, bajé por las escaleras y gané la calle, saludando de pasada al portero, que me miró con cara de qué hacía allí, tan temprano.

La ferretería era muy grande y tenía de todo. Compré un cortafierros y dos palancas, una recta y la otra curva, «uñas», las llamó el vendedor.

—Envuélvalas con bastante papel, o cartón, porque las tengo que mandar al pueblo como encomienda —le indiqué al vendedor —. Ah, y póngame también un par de guantes de soldador.

Se limitó a preguntar lo de siempre:

—¿Con factura o sin factura?

—Sin factura. Con el ticket ya está bien.

Me tendió el ticket y con papel madera grueso me preparó el paquete. Sin factura, él se ahorraba el pago de algunos impuestos y yo evitaba que quedara esa compra ligada a mi nombre.

En el hall estaba el portero fumando un cigarrillo.

—Hoy tenemos un día movido, caballero… —comentó, como si nos conociéramos de toda la vida.

—Alguna vez hay que trabajar, ¿no le parece?

—¿La verdad…? No. Sería muy feliz si pudiera no trabajar. ¿Encontró a la jefa?

—No. La llamé un par de veces pero no me atendió. Supongo que no estaba.

—Ya le dije que la alemana es un poco revirada.

—De todas maneras me parece que mi amigo ya consiguió algo. Me parece, por lo que me dijo… Bueno, sigo, que hoy le tengo que dar como en la guerra.

—Hasta luego.

Cerré con llave desde adentro y encendí la luz. A esas horas la Rusa estaría durmiendo, si podía dormir.

Primero estudié el más pesado de los armarios, y me puse los guantes de soldador. Alguna vez, cuando trabajaba con Tato en la construcción, los había usado para protegerme las manos. Eran bastos, pero yo estaba acostumbrado a ellos, y no dejaría más huellas de las que ya había dejado en los días previos.

Si enganchaba la uña a la altura de la cerradura podía hacerle saltar. ¿Haría mucho ruido? Me tranquilizó saber que las oficinas

que tenía a los lados estaban vacías.

Después del tercer intento, porque la uña resbalaba en la imita de las puertas, pude desenganchar la lengüeta de la cerradura.

Eso sí que era una cápsula del tiempo.

Estaba abarrotado, pero lo principal eran papeles, diarios, documentos internos de la orga, un montón de chaquetas y gorras de la policía, y las armas. Dos fusiles con el escudo argentino, una subametralladora Uzi, de las que en un tiempo usó la policía provincial, y en una caja de cartón un amontonamiento de armas cortas. En su mayoría pistolas Browning policiales, y una bolsa de plástico verde, donde, por el tacto y el peso, supe que se entreveraban municiones de muchos calibres distintos.

Una revisión somera de los diarios, amarillentos y con manchas de hongos, me mostró una colección de reseñas de nuestros hechos más sonados.

Con lo que había en ese armario estaba hasta las pelotas. Pero aún tenía que abrir el otro, y no sabía qué más me podía encontrar.

La experiencia del primero me indicaba usar la uña curva, que en su parte de filo se abría como la lengua bífida de una serpiente. Y las puertas cedieron a la primera. Para inundar la habitación con olor a rata muerta.

Era un hombre. El cadáver de un hombre desnudo, enrollado en una posición casi fetal, con un bulto de ropa sobre el vientre, o lo que quedaba del vientre, porque el cuerpo se veía muy flaco, momificado.

El espanto me tiró para atrás y caí sentado en la silla del escritorio. No podía apartar los ojos de esa calavera en la que la piel, como de pergamino, dibujaba cada hueso.

Tenía que ser Pedro.

—A Pedro sí que podrías haberle dado un beso en la boca… ¡Hijo de puta! —había dicho con todo el rencor del mundo la Rusa. Y era cierto. Lo había tenido todo el tiempo ahí, aguardando el momento en que lo descubriera.

Encendí un cigarrillo con dificultad, porque las manos me temblaban, pero necesitaba recuperar la sangre fría y disimular el olor que soplaba el muerto.

Sin poder ponerme de pie, tenía miedo de desplomarme, encendí la linterna para verlo mejor en la penumbra del armario.

Tenía las cuencas de los ojos vacías. Se los habían sacado. También lo que parecían muchos cortes en la cara.

Dejé el smithy sobre el escritorio, bien a mano, porque si alguien entraba por sorpresa no sería un amigo, y me obligué a caminar, ida y vuelta, entre esas paredes.

Por un segundo la imagen de Adela y el pibe me cruzaron la cabeza, pero las borré, junto con el reflejo de apretar el dedo del gatillo, que mi bestia llevaba como marca desde siempre.

De golpe estaba frío. Con la respiración apenas agitada del lobo que trota en el bosque en la pista de su presa. Ajeno, como la noche en que me había partido la frente y antes de ocuparme de la herida limpié concienzudamente todos los rastros de sangre.

El bollo de ropa que tenía sobre el vientre fue a parar sobre el escritorio, y a la luz de la linterna fui reconociendo el mapa de cortes que le cubría el cuerpo. Le faltaban las uñas de las manos y los pies. En la muñeca izquierda conservaba, enterrada hasta el hueso, una atadura de soga que, seguramente, no habían podido desatar y habían cortado.

No soy un experto forense, pero pude reconocer que también había quemaduras. Muchas. Algunas redondas, como las que puede dejar la brasa de un cigarrillo. Otras, de bordes difusos, podían ser el resultado de la picana, el encendedor eléctrico de una cocina o de que le aplicaran electricidad directamente con un cable enchufado a un tomacorriente.

¿Cuánto tiempo, cuántas horas o cuántos días habían estado torturándolo? Gozando con su dolor. Retardando la hora de su muerte.

Lo que advertí fue que, a pesar de los miles de cortes, no tenía manchas de sangre. Habían lavado el cadáver antes de encerrarlo en el armario.

Detrás y a los lados de la momia había unas bolsas de plástico abiertas y vacías, con letras azules. Era naftalina. Esas bolitas blancas que mi madre usaba para proteger la ropa de las polillas, y que le dejaba a los abrigos un olor que podía durar meses. De las bolitas quedaban los envases, ya se habían evaporado.

Por debajo de la espalda podía ver una caja de colores desvaídos, que retiré cuidando no tocar al muerto. Era Zelio. La razón del olor a rata muerta.

La caja estaba vacía. No podía saber si había sido antes o durante los días en que lo estuvieron torturando, cuando lo habían obligado a embuchar los granos de trigo cubiertos de veneno color púrpura que venían en esa caja.

«Pedro murió como la rata que era, a mí nadie me traiciona», le oí decir, otra vez, a la Rusa.

Era el mismo veneno que muchas asesinas famosas habían usado en pequeñas dosis diarias para matar a sus maridos. El mismo que aseguraba que las ratas morirían en sus escondites, con hemorragias internas, momificadas, sin olor a podrido.

¿Para qué habían hecho eso sus torturadores?

Para conservar el cadáver el tiempo que fuera necesario. Y, por el estado en que estaban los restos, eso había sucedido por lo menos un par de años atrás.

Encendí otro cigarrillo y comencé a revisar el bulto de ropa, prenda por prenda. No esperaba nada que me sorprendiera, pero tenía que hacerlo, para ahuyentar la escena que se me había colado: El tipo atado de pies y manos a una mesa, tal vez de hierro, desnudo y amordazado para ahogar sus gritos. El tipo, que sabía que de allí no saldría vivo, sintiendo cómo sus tripas ardían, cómo su interior se desintegraba ante el ataque masivo del veneno que le obligaban a tragar, mientras lo torturaban. Dolor atroz por fuera. Dolor atroz por dentro.

En un bolsillo del pantalón encontré una billetera flaca, con unos pocos pesos, y un carnet de conductor a nombre de Pedro Cuenca. Desde las fotos me miraba quien yo sabía que se llamaba José Augusto González. Por la fecha de emisión venía usando ese nombre falso desde hacía más de veinticinco años. Pedro Cuenca, el nombre que figuraba en la cesión que me habían hecho de Atlas. Export & Import.

Devolví la cartera al bolsillo y dejé el bulto de ropa sobre su vientre.

No sabía qué había hecho para ganarse eso. Pero no se lo merecía. Nadie, haga lo que haga, se merece morir de esa manera.

Cerré la puerta del armario tratando de que la cerradura encajara, y lo logré.

La Uzi del otro armario me tentó, pero era una estupidez llevármela. Ocupaba mucho espacio, y lo que me esperaba no era

un tiroteo en la calle, sino algo más encubierto. Pero no quise desechar la posibilidad de una segunda arma, cuanto más pequeña mejor.

Dejé la caja de las armas cortas sobre el escritorio y las fui sacando y descartando una a una. La bolsa de las municiones la dejé para el final, por si las necesitaba. Las Browning, varias, me parecían enormes. Una solitaria Colt 45 corrió el mismo destino, junto con un par de revólveres del 38 largo fabricados en Eibar para los paisanos de nuestros campos. Eran malos de cagarse, y también demasiado bulto con sus largos caños.

En el fondo había dos cajas. Una grande, con el logo de Mauser, y otra que parecía de alguna medicina.

La grande estaba forrada en terciopelo rojo, con cavidades para una pistola pequeña y dos cargadores al tope de balas. Esa pistola, una Mauser 6,35 con cachas de nácar, seguramente había salido de la casa de algún coleccionista, que nosotros, o la Rusa, habíamos asaltado.

Podía jurar sobre la Biblia que nunca se había usado. Al menos por nosotros, que considerábamos ese calibre demasiado pequeño; una pistola para la cartera de una dama de otros tiempos.

Por reflejo, me saqué uno de los guantes y con el pulgar fui vaciando los cargadores de nueve tiros. Como me temía, con el tiempo se habían aplastado los resortes, y me costó sacar las últimas balas. Tal vez, si los dejaba descansar unos días, sin balas, volvían a su tensión normal.

Al abrir la caja pequeña se me cortó la respiración. Sobre un fondo de algodón verduzco, había tal vez diez o doce cápsulas de cianuro, de las que en otro tiempo tenía que llevar en el bolsillo.

Cerré el armario de las armas, con la caja de las pistolas otra vez adentro, pero no pude hacer encajar las puertas. Se habían torcido.

Con el papel madera en que había traído envueltas las uñas hice un paquete con la caja de la Mauser y la de las cápsulas. Una podría sacarme de un apuro. La otra… me salvaría de que terminara como Pedro, hecho pedazos. Esta vez, lo tenía claro, llevaría dos o tres en el bolsillo y me las tragaría sin dudar.

Cuando volví al hotel en mi correo tenía algo de Adela: Corro. Y

no dejes de avisarme si eso termina bien. No podemos ocultamos toda la vida.

Estuve a punto de contestarle que tampoco podemos ocultarnos de la vida, pero no era hora de filosofías baratas.

A la hora de comer me contenté con un café largo. No tenía hambre, no tenía sed, no quería beber ni una gota de alcohol, ni acudir a la ayuda de las pastillas. La bestia me pedía sangre y muerte. Con una rabia sorda, que hacía que pensara muy rápido y me moviera sin que se oyeran mis pasos.

Encendí el televisor, había un informativo, y le di el volumen que me pareció necesario para ocultar ruidos que, para un oído que sabe, son inconfundibles.

Sobre la cama volqué la caja de la Mauser y ahí fueron, rodando, las balitas del 6,35, que no había vuelto a meter en los cargadores.

La pieza que eleva las balas hasta la recámara estaba más abajo de lo normal, propio de que el resorte había estado apretado demasiado tiempo. Aproveché un corte, una ranura abierta a lo largo de los cargadores para aceitarlos con el tres en uno. Después, con la ayuda de un tenedor, intenté estirar los resortes sin estropearlos. Algo cedieron.

Agarré uno y le cargué todas las balas que cabían, nueve. Lo inserté en la pistolita y rastrillé para meter bala en recámara, con el dedo lejos del gatillo, porque la Mauser tenía percutor interno y no quería que se me disparara accidentalmente.

Me senté sobre la cama y volví a rastrillar, para ver cómo saltaba la primera bala y el arma admitía la segunda. El televisor se comía ese ruido, el tric trac del rastrillado, que repetí una y otra vez, hasta que la anteúltima bala subió con poca fuerza y la pistola se atascó.

Saqué el cargador, comprobé que la Mauser quedara libre de bala, y probé el otro. Ese cargador la atascó dos tiros antes que la bala final. Busqué un bolígrafo y le hice una marca al primero. Ese me daba una bala más de ventaja. De las nueve, al menos seis dispararían con seguridad. Tenía que confiar en que la munición no estuviera vencida.

Guardé cargadores y munición, otra vez separados, en su caja de terciopelo rojo, y rastrillé la pistolita en vacío, para apretar el gatillo, suave como el andar de un gato, y escuchar el picar del

percutor.

Siempre tuve las manos anchas, y la Mauser no era más grande que mi mano. Parecía un juguete. Un juguete que sabía mortal.

Nunca nos había gustado ese calibre porque no podía parar a nadie. Si el blanco no recibía la bala en la cabeza o el corazón y estaba suficientemente furioso, podía comerse un par de tiros y no darse por enterado, mientras te abría en zanja a cuchillazos. Pero sus tiros eran mortales.

Dejé la caja bajo una de las almohadas y armé el macuto de emergencia.

En uno de los compartimientos de la valija del ordenador había sitio para todo lo que necesitaba si tenía que salir disparado hacia cualquier parte. Los documentos de Carlos Meléndez, incluido su pasaporte español y el documento de identidad de Juan Hirám Gutiérrez. También desarmé las cajas de las llaves de la luz, recuperé los dólares escondidos y los guardé. No me tomé el trabajo de contarlos porque, con el refuerzo de los suizos, tenía suficiente para pagar el hotel y bastante más. Lo último en guardar fue la cajita con las cápsulas de cianuro.

Luego bajé al restaurante del hotel —no quería salir a la calle— y comí cualquier cosa. Tenía que alimentarme.

Desde la cama hice zapping en el televisor, hasta que me quedé en la parte final de una película del Oeste, con un duelo en el que los Frontier escupían humo a veinte pasos. La comida me había caído como un bloque de cemento, y nada de lo que había en la televisión podía apartarme del horror que había descubierto en Suipacha.

Sin querer, por un cansancio que fue subiendo desde muy hondo, me quedé dormido, para despertar ya de noche. Una noche que se me haría muy larga.

Después me conecté a internet para buscar algunos teléfonos. Ellos no eran un enemigo fácil. Acumulaban demasiado odio. Hasta el momento había podido, más o menos, manejar la situación, pero podía salirse de control en cualquier momento, y mi vida valdría menos que una cagada de perro.

Por eso los teléfonos. De la policía y de los principales diarios. Si no tenía otro remedio destaparía la olla podrida, ron nombres y apellidos. Pondría a jugar el arsenal, el matadero de Suipacha. ¿Que

era como suicidarme? Ya lo había pensado. Pero, en ese caso, tomaría por un atajo.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

La Rusa no sabía lo que yo sabía, y yo no sabía qué era lo que sabía ella. Con la Rusa habíamos quedado de alguna manera en empate. ¿Quién era el dueño de la próxima movida? Se suponía que yo, que tenía que conseguir su cheque y llamarla para entregárselo donde ella decidiera. Y ya me olía cuál sería el sitio elegido: una noche, en la oficina de Suipacha.

Allí, con el Rubio, el asesino de Pocho, si no tenían alguien más del que no tuviera noticias, me secuestraría, y en su refugio del subsuelo me harían pedazos como a Pedro.

Pensé en Adela. Adela no era tonta, al contrario. A esas horas estaría refugiada en el country para paletos donde vivían sus padres. Era difícil que pudieran hacerles daño allí, si la amenaza de la Rusa era algo más que un farol.

Supuse que eso me daría tiempo para terminar de una vez por todas con ese infierno en que se había convertido una estúpida tontina. Yo, ya no quería el dinero. De ninguna manera. Era dinero sucio. Pero no sucio en el sentido burgués y habitual de la palabra. Yo y mis compañeros habíamos sudado sangre, dolor, muerte y lágrimas para conseguirlo. Pero ninguno de nosotros, los supervivientes, tenía derecho sobre él.

Lo que me decía que tenía que hacer algo era el seguimiento a presión del Rubio. Como en todos los seguimientos a presión, no trataba de pasar desapercibido, sino que se mostraba de vez en cuando para que supiera que me vigilaba.

Ya desde el encuentro con la Rusa en Plaza de Mayo, me lo cruzaba por donde fuera. A mí, verlo, cuando se hacía evidente y hasta me sonreía detrás de unos lentes oscuros apaisados, me descolocaba, me ponía nervioso, porque no sabía cuál era su participación en el juego y, sobre todo, porque, por la edad que representaba podría ser el hijo que nunca tuve. Enfrentarse a la

generación que te sigue es como combatir contra tus hijos.

Además, es estúpido, porque son mucho más fuertes. El Rubio tenía cuerpo de gimnasio, eso se notaba. Nunca podría ganarle en una lucha cuerpo a cuerpo. El Tarta había sido fácil, porque era un despojo, pero el Rubio… con ese tenía que aceptar que sería imposible, si no lo llevaba a mi terreno, como diría el viejo Sun Tzu.

Me controlaba todo el día, por eso el día anterior, después del horror que me encontré en Suipacha, no quise salir a la calle. De pronto lo veía, porque se mostraba, y de pronto lo perdía. Si buscaba, como si no buscase, a veces lo veía disimulado en un grupo que caminaba la calle o miraba una vidriera.

Tenía que hacer algo, y lo hice. Si neutralizaba a ese soldado de la Rusa, y no tenía otro de repuesto, la dejaría en pelotas. A ella y a Silvia.

Así, por la mañana salí a caminar, hasta que lo vi siguiéndome a la distancia. Entonces simulé recibir una llamada en el celular, a la que contesté con varios gestos muy visibles. Como si estuviera cuestionando la decisión de alguien.

Después apreté el paso, rumbeando hacia la reserva ecológica de la ex ciudad deportiva.

Ese espacio se había generado por casualidad y, con el tiempo, lo habían oficializado como Reserva Ecológica, y allí iban los observadores de pájaros, por ejemplo, a pasar el día con sus prismáticos y sus cámaras de fotos.

Era el producto, como muchas cosas en Argentina, de varios proyectos que se quedaron en el camino. Por un lado, una Ciudad Judicial, para juntar todos los juzgados posibles. Por el otro, un presidente del Boca que se propuso una Ciudad Deportiva. Todo en tierras ganadas al río que se fueron rellenando con escombros de la ciudad.

La Ciudad Deportiva quebró, la de la Justicia siguió el mismo camino, y quedaron abandonadas unas pocas construcciones y muchas hectáreas de escombros a orillas del agua. Y, a esas orillas, cuando el río recibe las crecientes del Paraná, arriban el barro, los camalotes, las plantas, las semillas y las víboras que el agua arrancó de la selva, lejos.

En varias décadas durante las cuáles nadie le dio bola, el fondo

de escombros fue colonizado por las plantas de la selva subtropical, las culebras, las serpientes, los pájaros, los flamencos, los patos y los pájaros.

Poco antes de abandonar Argentina habíamos recorrido ese sitio con Fernando, el de documentación, buscando una ciénaga, algún sitio donde se pudieran enterrar todos los aparatos para plastificar o falsificar documentos.

Lo desechamos porque se había convertido en el refugio de muchos mendigos, pordioseros, pequeños marginales, basura urbana, que tenían su ranchito y hasta alguna pequeña huerta. Algunos ocupaban lo que habían sido los vestuarios de un balneario muy popular en los años cincuenta, cegado por los escombros. No encontramos manera de entrar en la jungla sin pasar por el camino que ellos controlaban, y lo descartamos.

Pero sabía, porque cuando estaba en España había visto un documental en internet sobre la reserva ecológica de la costanera, que los habían desalojado a todos. Para que no supusieran un riesgo para los paseantes, supongo y, sobre todo, que no afearan el paisaje natural.

Llegué hasta la entrada que había conocido, para ver varios carteles que cantaban loas a la naturaleza ecológica, una idiotez de moda que no decía nada de las víboras.

Pero yo, que sentía la mirada de la serpiente clavada en mi espalda, repetí la actuación de sacar el celular, marcar un número y hablar con alguien. Alguien a quien buscaba con la vista donde los senderos se perdían en el monte.

El cielo se estaba encapotando. En cualquier momento podía largarse a llover. Tenía que darme prisa. En España había olvidado que en Buenos Aires la lluvia va y vuelve todo el año.

Mi plan era sencillo. Arrastraría a mi perseguidor hasta una emboscada que sería fácil, muy fácil, con tanta maraña alrededor. Y le pegaría cuatro tiros.

Pero no iba a funcionar. Cuando quise salir del sendero, a una trocha entre dos lagunas llenas de sapos, oí su voz a mis espaldas.

—Adónde crees que vas, viejo…

Me había alcanzado con la rapidez y el silencio de un leopardo, y lo tenía a tres metros, apuntándome con una pistola, tal vez una Glock, porque no la reconocía bien, y en esos momentos uno repara

en detalles insignificantes. Con tantos años fuera de carrera no conocía las armas que prefería la nueva generación.

—Abrite la campera —ordenó.

Lo hice, dejando a la vista la culata del smithy en la cintura.

—Sacalo, sin hacerte el vivo, y tiralo a los matorrales —señalaba unos arbustos a su izquierda.

Hice lo que me pedía, y me quedé mirándolo, tratando de adivinar qué pensaba. Era difícil porque esos anteojos negros, apaisados, le ocultaban los ojos, y la sonrisa de ganador, que le estiraba algo la boca, no me decía nada.

—Perdiste, viejo… —dijo, disfrutando de la palabra viejo, como si fuera un insulto.

Eso fue determinante para que algo comenzara a cambiar en mí. Se me iba imponiendo la bestia.

—No me vas a matar… pendejo de mierda. No me vas a matar, porque la Rusa te va a colgar de las pelotas.

—Tal vez no… depende de vos, viejito… pero te puedo gozar un rato.

En ese momento oímos las voces. De chicos. Por el sendero apareció un grupo de ellos, todos con prismáticos y capitaneados por un adulto, que podía ser su guía en la observación de pájaros.

Tenían que pasar a nuestro lado, por eso el Rubio guardó la pistola y en su lugar sacó un paquete de cigarrillos, encendiendo uno.

Hice lo mismo. ¿Por qué iba a ser menos?

Los pibes eran diez o doce y pasaron como todos los pibes, hablando y empujándose. Al guía no le gustamos, porque los azuzó y le pegó un grito, para que se callara, al pibe que se detuvo y me dijo:

—Señor, ¿no sabe que acá no se puede fumar, por el peligro de incendios?

—Tenés razón, nene —dije, compungido, y apagué el cigarrillo con el pie.

Se alejaron hacia el río y los perdimos de vista pronto, tragados por los recodos de la senda entre los matorrales.

El Rubio tenía otra vez la pistola en la mano:

—¿Por qué no te fuiste con ellos? —preguntó.

Me encogí de hombros:

—Porque sos un pendejo de mierda y podías cagar a balazos a esos pibes. Como hiciste con el Pocho… en su silla de ruedas; cobarde.

Un como rictus de furia le cruzó la cara y tensó el dedo sobre el gatillo.

Esperé que sonara el balazo, pero aflojó la mano. Tenía otro plan.

—Sos un montón de mierda —dijo, contenido y otra vez sonriente—. Ahora vas a hacer lo que yo te diga. Si te mato, la Rusa no me va a hacer nada, porque yo hago lo que quiero con la Rusa. ¿Te enterás?

Se veía muy seguro. ¿Era amante de la Rusa?

—Ponete en cuatro patas, como el perro que sos… —dijo.

Tuve un conato de rebelión, pero la bestia había tomado el mando y me bajó al suelo, en cuatro patas.

—Bien, perrito, bien… —me azuzó—. Ahora te vas a meter así, como un perrito obediente, en la laguna, con tus hermanos los sapos.

Lo miré desafiándolo, y pude ver que se calzaba la pistola a la cintura, a mano, pero confiado. Entonces gateé en cuatro patas hasta que tuve las manos y las rodillas adentro del agua barrosa. Los sapos, decenas de sapos, no huían, se quedaban adónde estaban, quizás preguntándose qué clase de animal era yo.

—La cara… —dijo él disfrutando—, meté la cara en el barro.

Lo hice, y cuando volví a sacarla se rio como un crío. Se había acercado y me pegó una patada en las costillas.

—El Tarta te tenía miedo —dijo como asombrado—. Era un boludo el Tarta.

—No te creas. A mí, los sapos… —dije, y atrapé un sapo con la mano—. ¿Sabés qué hago con los sapos?

Me erguí, todavía con las rodillas clavadas en el barro de la orilla y le mostré el sapo. Después, con deliberación, con una fuerza que solo podía salir de la bestia, que no le hacía asco a nada, traté de arrancarle una pata trasera. No pude y me conformé con una de las de adelante.

Se la mostré, sangrante, y me la metí en la boca, masticándola como si fuera un chicle.

—Todavía tenés mucho que aprender —dije—. Tomá, comete el

resto…

Y le arrojé el sapo desmembrado a los pies.

Con un gesto de asco dio un paso atrás mirando al sapo.

Ya era suficiente. Le había dado el gusto, y se había ganado la muerte. Porque cuando bajó los ojos metí la mano en busca de la Mauser que apretaba entre el calzoncillo y mis pelotas.

Los primeros tres tiros se los metí en los huevos, para que se enterara de que lo había castrado, y salí del agua lo más rápido que pude, a tiempo de patearle la mano que tenía a medio sacar su pistola. La Glock, o lo que fuera, voló unos metros, y él quiso ir en su busca, pero volví a dispararle, esta vez a las tripas.

Duele.

Si no llevaba mal la cuenta, tenía tres tiros en los huevos y dos en las tripas. Eso es fuego puro. Se le veía en la cara.

Doblado en dos, gimiendo de dolor y miedo, quiso volverse para huir, pero con un par de patadas en las rodillas y un empujón lo arrojé a la charca de los sapos.

En ese momento se descargó la lluvia como si comenzara un nuevo diluvio. Tenía que darme prisa, porque seguramente retomarían cagando leches los pibes de los prismáticos. Era una lástima que no pudiera quedarme para verlo morir sufriendo, con los tiros en las tripas.

Al Rubio se le habían caído sus modernos anteojos negros, y tenía la mirada de un chico asustado, lleno de miedo.

Di un paso al frente, tendí el brazo, para que viera bien el agujero del que le llegaría la muerte, y le metí un solo tiro entre los ojos.

Cayó lentamente, hacia atrás y quedó flotando entre los sapos.

Me largué a correr hacia la salida con la Mauser en el bolsillo. La carrera me ahogó enseguida, tal vez porque ya no tenía edad para correr, y eso aumentaba mi furia; así que seguí adelante, lo más rápido que me daban las piernas y los pulmones.

Cuando alcanzaba la entrada a la reserva descubrí que todavía llevaba en la cintura la pistolera del smithy, que había quedado donde hubiera caído y no tenía intención de recuperar. Estaba dejando pistas, rastros míos por todas partes, pero ya no importaba.

Arrojé la pistolera hacia cualquier parte y me puse a caminar bajo la lluvia torrencial. La cara al cielo, para que me lavara del

barro.

Caminaba lentamente, sin apuro, como si paseara en un día de sol. Con un poco de suerte llegaría al hotel muy mojado, pero sin rastros de barro.

En la boca todavía sentía el sabor de la sangre y la carne del sapo, que no sabía si había escupido o me la había tragado. Tampoco tenía importancia.

Me di un baño muy caliente, con mucho jabón, para sacarme el olor al agua estancada de la laguna donde había quedado el Rubio, el último soldado de la Rusa.

Avisé a la recepción para que me prepararan la cuenta, porque dejaba el aparthotel, y metí en la maleta toda la ropa, la seca y la mojada.

Bajé con la valija y el maletín del ordenador, donde llevaba todo lo que podía necesitar para una huida de emergencia, colgado del hombro. Me había puesto mi mejor, y único traje, además de corbata. Cuando uno va a pagar una cuenta de hotel con dólares cash y no con tarjeta, es mejor que parezca respetable.

En un bolsillo llevaba las tres cápsulas de cianuro que me acompañaban a todas partes y que había rescatado del pantalón mojado. En otro, interior, la Mauser, que había recargado.

El conserje me dedicó apenas una mirada de curiosidad cuando pagué con billetes de cien dólares. Los pasó por la ranura de un aparato que tenía a mano y, comprobado que no eran falsos, me imprimió la factura de pagado.

Pedí un taxi, porque afuera seguía lloviendo como en Macondo.

Minutos más tarde me estaba haciendo un Nescafé en la kichinet de Atlas. Export & Import.

Necesitaba un teléfono público y que dejara de llover.

Dios me escuchó, o tal vez se había cansado de mear sobre Buenos Aires, porque dejó de llover.

Encontré un teléfono público que funcionaba y llamé a los teléfonos que había anotado en mi celular. Primero a tres diarios y luego a la policía, para decirles del muerto que encontrarían en la reserva ecológica, flotando entre sapos. Un ajuste de cuentas había terminado con él. Para los diarios agregué que el tipo estaba vinculado a torturadores de los chupaderos de la dictadura. También les pasé el teléfono de una tal Irene Hildebrand, que era

parte de la banda de torturadores.

Como suele suceder en los diarios, me había atendido cualquiera, pero estaba seguro de que pasaría los datos a los de noticias policiales, y esos siempre tienen buena conexión con la policía. Cuando empezaran a intercambiar información se matarían por llegar primero hasta el muerto.

Estaba dispuesto a hacer saltar todo por el aire, y que la Rusa se enterara lo antes posible del final de su último soldado.

Otra vez llovía, y entré en un restaurante. Sentía el estómago tan vacío que o comía o no terminaría nunca de vomitar.

El plan se me presentaba muy claramente. Con mi valija y el maletín del ordenador, buscaría un hotel del montón. Luego me instalaría en Suipacha para esperar a la Rusa. Cuando se enterara de la muerte de su soldado me buscaría para matarme, y me iba a encontrar, pero yo iba a disparar primero. Y no con la pequeña y casi ridícula Mauser. Si la Colt 45 que había en la caja del armario estaba en condiciones, la reventaría como a una cucaracha. Siempre me gustaron las Colt y las Ballester–Molina, con sus lentas y pesadas balas del 45.

Luego me tomaría el ferry a Colonia. Desde el Uruguay sabría si mi nombre o mis nombres habían saltado, cuando el portero de la mañana descubriera a la Rusa muerta, y si podía tomar un avión desde Montevideo o tenía, otra vez, que recurrir al camino de Ciudad del Este, para salir por Asunción, donde todo podía ser más fácil. No quería pensar si me alcanzaría el dinero que me quedaba.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

La Colt 45 parecía estar en buenas condiciones. El tres en uno había quedado en el aparthotel, y me tuve que conformar con desarmarla, limpiar de polvo cada una de sus piezas con un trapo húmedo, y volver a armarla.

De la caja saqué la bolsa de plástico, cerrada con varios nudos, y la abrí sobre el escritorio. Había de todo, desde munición para los fusiles y las Browning, hasta cartuchos de escopeta, pasando por un puñado nada generoso de balas para la Colt. Por el año de fabricación y el estado exterior, me quedé con las que parecían mejores, y pude poner en condiciones la pistola. Siete en el cargador y una en la recámara.

Después me hice un Nescafé y me senté a esperar.

No estaba seguro de que la Rusa no tuviera algún arma en su departamento del subsuelo, pero algo me decía, el instinto del lobo, que conservaba las llaves de esos dos armarios que yo había reventado. Era muy posible que recurriera a ellos para armarse hasta los dientes y luego buscarme, sin saber dónde, porque lo primero que haría sería llamar a mi hotel, para enterarse de que me había ido.

En el último sitio donde esperaría encontrarme sería ahí, en la oficina de Suipacha. Más, si sobre la medianoche sentía que comprobaba que la puerta estuviera bien cerrada, su rutina, sabría que tendría que esperar un día más para que se enterara.

Esperé con las luces apagadas, sentado en la parte de atrás, junto a la mesa chica que completaba la kichinet; y las horas se me hicieron eternas.

Sucedió tomándome casi por sorpresa. Una llave que se movía en la cerradura, poco antes de que fueran las once de la noche, y la puerta que se abría y se cerraba. Luego los pasos.

No encendió la luz, porque no la necesitaba. Era Silvia, que con

las manos por delante cruzaba la puerta de comunicación hasta tropezar con mi mesa.

—¿Pedro? —dijo, con la misma voz ronca que había escuchado la primera noche en que la vi, como una sombra, desde la oscuridad del baño.

—Hola, flaca… —le contesté, sin saber lo que hacía.

—¡Pedro, por fin! —dijo ella, tendiendo las manos hacia mi voz, con intuición de ciega—. ¿Dónde estabas, amor mío?

Algo se me atragantó.

—Voy a encender la luz, porque no veo nada… —dije, pasando a su lado, para accionar la llave junto a la puerta de entrada.

Cuando me volví, me había seguido, y tanteaba la silla detrás del escritorio.

—Sentate, piba, sentate y charlamos…

Me hizo caso y se sentó, con la cabeza girada hacia el punto de donde le llegaba mi voz. Los años le habían trabajado ese gesto impreciso que tienen los ciegos, como de mirar de soslayo.

Los años también la habían convertido en una mujer vieja y ajada, pisoteada por el tiempo. Lo único que le quedaba, vaya contradicción, eran aquellos ojos limpios de antes, pero ahora ciegos; y el perfume de incienso, naranja y pachulí.

—¿Dónde estuviste? ¡Te extrañé mucho! —dijo con lágrimas en los ojos.

—Tenemos tiempo, ya te voy a contar. ¿Y la Rusa, dónde anda la Rusa?

—¡Shh! —Hizo, con un dedo sobre los labios, para hablar muy bajito—. Sabés que a Ana no le gusta que la llamen la Rusa. La última vez que lo hiciste, acordate, se puso como loca y tuvimos que castigarte.

Para ella la Rusa no era Irene. Seguía siendo aquella Ana Vieliwsky de la muerte fallida. Pero se me impuso Pedro. Tuve una imagen de lo que fue aquel «castigo», tamizado por la cabeza de la loca, y miré el armario que enterraba el cuerpo, como si en cualquier momento pudiera salir de un salto.

—Yo sabía… —afirmó con una sonrisa dulce—, nadie se muere por comer un poco de trigo colorado.

Ella había estado allí, cuando embuchaban a Pedro con el trigo púrpura del Zelio. Pero lo había desdibujado en su memoria.

Yo sé lo que es vivir con unos pocos hechos de los que te arrepentirás siempre, y el deseo de que alguna vez te visite el olvido y se quede definitivamente.

La mente de Silvia era como un pizarrón mal borrado y vuelto a escribir encima. Fragmentos de palabras y lagunas que ahogaban el dolor.

Una pena inmensa, de ponerme a llorar varios días, me estaba ganando la voluntad. Pero si aflojaba estaba perdido. Por eso seguí mintiendo.

—No, nadie se muere por un poco de trigo colorado. Ana me encargó un trabajo lejos… y recién hoy pude pegar la vuelta. Tengo que verla ahora, es importante.

—Me duele la cabeza… siempre me duele la cabeza. Haceme un masaje, Pedro.

Me puse detrás de ella y comencé a amasarle los músculos del cuello y de los hombros. Al mismo tiempo tenía la puerta de frente. Silvia no la había cerrado con llave, y la Rusa podía colarse sin dificultad.

Después de un largo suspiro de alivio bajo mis manos, la oí murmurar:

—Pobre Arturito… siempre fue un buen hijo.

—Sí, siempre fue un buen hijo —afirmé, sin tener la menor idea de a quién se estaba refiriendo.

—¿Vos tenés teléfono? —preguntó.

—Ahora no, ¿por qué?

—No hay que tener teléfono…

—¿Por qué?

—Siempre te trae malas noticias. El teléfono atrae a la muerte. Mejor que no tengas teléfono.

Desvariaba, pero adivinaba cierta lógica en su demencia:

—Casi no me acuerdo de Arturito… —dije, como para tirar del hilo y desenredar el ovillo.

Ella rio, feliz, con una carcajada corta.

—Vos lo llamabas «cabezón». ¿Te acordás?

—No…

—¡Sí que te acordás! Cuando vivíamos en el chalet ese, donde me caí del tanque. Era tan lindo, tan rubio, tan chiquitito…

—Sí, claro, el cabezón —repetí.

Pedro había estado con ellas entre los colaboradores del chupadero. ¿Un bebé?

—No vamos a volver al chalet, Ana me lo prometió y Ana me quiere mucho.

Una sospecha me hacía un nudo en la barriga:

—¿Qué pasó con el teléfono, y el cabezón?

—Pobre Ana…

Su voz sonaba más ronca, impregnada de lástima.

—Tengo que verla —insistí—. ¿Dónde está?

—Siempre me duele la cabeza… de la caída, ¿viste?

—¿Dónde está Ana?

—Es muy triste, Pedro, si te cuento te vas a poner a llorar. Vos sos muy sensible. ¿Vamos a vivir juntos, ahora que estamos destabicados?

La última frase me cortó el aliento. «¿Vamos a vivir juntos, ahora que estamos destabicados?». Esa pregunta no era para Pedro, era para Enrique. Tal vez por la voz, que es lo que menos me ha cambiado en todos estos años, una parte de su mente fragmentada me reconocía, y me fundía con Pedro.

—Contame igual, después podemos hacer planes… —dije sin saber qué rumbo tomaría.

—El teléfono. La llamaron de la policía…

—¿Por qué?

—Arturito…

—¿Qué pasó con Arturito?

—Arturito también es Hildebrand, como yo y como Ana. Fue el hijo de puta de Enrique… Lo mató.

—¿Cómo puede…?

—Con tu ayuda lo vamos a agarrar y Ana… una madre no perdona esas cosas. Lo vamos a castigar.

Entonces cada pieza ocupó su lugar, y me dije que el destino estaba jugando con nosotros. Con la crueldad inocente de un niño o la lógica de un loco.

Ahora entendía por qué el Rubio tenía la edad que tenía, y por qué, cuando me gozaba con la cara en el barro, había dicho que con la Rusa él hacía lo que quería.

El Rubio era un hijo que la Rusa había tenido, vaya a saber con quién, cuando vivían en el chupadero.

No supe qué decir y seguí haciéndole masajes.

—Cuando Ana se entere de que volviste se va a poner muy contenta.

—¿Por qué no la llamás Irene? —dije, por decir algo y recuperar el habla.

—¿Entre nosotras? ¡No, entre nosotras no! —dijo con una risa corta—. Ella tampoco me llama Adela. Siempre me duele la cabeza, Pedro.

—¿Adela?

—Adela Hildebrand. No me gusta. ¿Pero a vos no te importa, no?

Lo mismo me había dicho después de firmar por el depósito en Suiza: ¿No te importa que me llame María Rosa, no?

Y ahora, mientras yo no podía saber cuándo terminaría de aceptar que yo no podía ser Pedro, porque a Pedro ella y la otra lo habían torturado hasta matarlo, me decía que se llamaba Adela.

No sé si fue por ese nombre, que me llevaba a otra mujer que amaba con tal locura que podía desear su muerte y mi muerte, porque soy un hijo de puta, o por piedad, que busqué en mi bolsillo las cápsulas de cianuro.

—Tengo algo para tu dolor de cabeza…

Le arrimé dos cápsulas a la boca, en la palma de mi mano:

—Mastícalas y tragá, son milagrosas…

—Gracias, Pedro… —dijo ella comiendo de mi mano. Lamiéndomela como un gato.

Lo primero fue una convulsión y apretarse el estómago con las dos manos. Después dio con la frente en el escritorio, y se quedó quieta, muy quieta. Ya no tendría que seguir sufriendo una vida de mierda.

Y entonces me puse a llorar. ¿Por qué, yo, tenía que haber vivido tanto como para llegar hasta ese momento? ¿Qué había hecho para que me castigaran de esa manera?

Entré en pánico. La Rusa llegaría como una furia descontrolada y me mataría de cualquier manera, a balazos o a mordiscos. Me haría pedazos. Tenía que esconderme.

Me tomó un minuto encontrar la palanca de la uña curva y otro par de minutos reventar la puerta de la oficina de al lado.

Cuando la Rusa volviera a Suipacha buscaría a Silvia donde

sabía que ella iba siempre, en la oficina. Y yo podría atacarla por la espalda, como los traidores.

Antes de emboscarme me dejé tentar por el diablo. Delante de Silvia dejé la tercera cápsula de cianuro, para que fuera evidente como había muerto, y con la palanca destrabé el armario de Pedro, dejándolo bien abierto. Cuando la Rusa entrara vería una exhibición obscena.

Dejé la luz encendida y cerré la puerta sin llave.

No sé cuánto tuve que esperar, pegado a la puerta de al lado, para adivinar sus pasos en el pasillo. Pero no la oí llegar.

Me hizo dar un salto la patada con la que abrió la puerta de Atlas. Export & Import. Y me paralizó el grito desgarrado, animal, de la Rusa.

Me dije que tenía que aprovechar ahora para sorprenderla, pero mis piernas se negaban a moverse.

Entonces escuché el tiro. Uno solo.

Eso me puso en movimiento. ¿A qué sombra le había disparado?

La puerta había quedado abierta, y no tuve necesidad de entrar.

La Rusa estaba en el suelo, con una pistola en la mano y la cabeza en un charco de sangre.

Se había pegado un tiro en la cabeza, como aquella primera vez, pero en esta no había fallado.

No quise entrar. Desde la puerta arrojé la Colt sobre uno de los sillones que hacía tiempo que no conocían un culo y me fui. Las dejé atrás, creía que para siempre; pero eso nunca es verdad.

En la calle fui asaltado por la desorientación. Sabía que tenía que deshacerme de la Mauser, pero no la tenía encima, ni recordaba si la había llevado conmigo o la había dejado en el nuevo hotel. Tampoco podía recordar dónde estaba el hotel, ni cómo se llamaba. Tenía un agujero en la cabeza.

El suicidio de la Rusa me había partido al medio. Había soportado la muerte de su hijo hasta patear la puerta de la oficina, con una pistola en la mano, dispuesta a la venganza. Pero la muerte de Silvia había terminado con su resistencia. Tal vez había pensado, al ver la cápsula de cianuro sobre la mesa, que Silvia se había matado al descubrir el cuerpo de Pedro.

Esa mujer, que había pasado por todos los infiernos aliada con Satán, necesitaba a Silvia hasta no poder soportar su ausencia.

Para mi suerte se descargó un chaparrón frío, que me sacó, en parte, del shock. Caminé un par de cuadras y pude parar un taxi; había recordado la dirección del hotel. En el camino usé el teléfono para enviarle un mensaje a Adela: todo ha terminado. Ya puedes volver a tu casa.

Me encerré en la habitación, con la cabeza llena de imágenes horrorosas, pensando que en la mañana tomaría el ferry a Colonia. La Mauser tampoco estaba allí. Ni idea de dónde la había perdido.

No pude dormir en toda la noche. No pude despegar del recuerdo de mis últimos años con Adela.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Todo comenzó a caminar hacia la catástrofe cuando la echaron de la empresa. Después ella lo contaría de otra manera, pero comenzó con un par de copas de más que la llevaron a decir en público cosas que no debería haber dicho, y la empresa le retiró la confianza. Hay actitudes y sinceramientos que te podés permitir cuando sos el último mono, pero no cuando sos directivo de una empresa. La congelaron por un tiempo y luego, porque la crisis económica ya hincaba los dientes, la echaron. Se la sacaron de encima.

Para Adela, una Ramírez Largo que se sentía al margen de cualquier riesgo, el congelamiento y el despido fueron terribles. Especialmente porque recorrió todos sus conocidos y ninguno le dio trabajo. Cuando te echan de un puesto directivo por falta de confianza, para las otras empresas es como si hubieras contraído la lepra. Pero Adela era incapaz de aceptar que las cosas habían sucedido así, y se había colocado en el papel de víctima de algo así como una conspiración, una venganza de la mediocridad de sus jefes superiores.

Yo no estaba mejor. A pesar de meterme en Facebook para promocionar la consultoría, solo de vez en cuando me salía algún trabajo, alguna charla o alguna nota para un medio.

En ese tiempo Adela comenzó a moverse mucho en Facebook porque decía, con buenos argumentos, que no podía desaparecer del mercado. Que manteniendo su presencia, tarde o temprano tendría otra vez un trabajo bien pagado.

Ese fue el momento en que abrí un Facebook personal, como Carles Ripoll, porque si ese era el camino para no quedar descolgado, tenía que mostrarme, recordarles quién era el autor de «El arte de ser un Elijo de Puta y triunfar en política». Ahí fue cuando abrí la puerta para que, primero me encontrara Miguel, y

luego la Rusa.

Pero la cosa empezó a ir de mal en peor. Porque estábamos muy endeudados por la casa, entre otras cosas, y lo que fue saliendo, sobre todo por mediación de Adela, fueron trabajitos de redactores fantasmas. Cada día peor pagados, porque las agencias de publicidad, como los diarios y las editoriales, todos los días echaban gente a la calle. De la construcción ni hablemos. Contra mis ganas, se había cumplido mi pronóstico. La burbuja inmobiliaria se había pinchado, y el empleo, de lo que fuera, desaparecía a velocidad de vértigo. En la calle cada día se veían menos ecuatorianos. Todos los que habían llegado para trabajar en la construcción habían pegado la vuelta.

No solo en el trabajo empezó a desbaratarse todo. La soberbia, el último refugio de Adela, la llevó a multiplicar las reuniones de borrachos y drogones en casa, y las salidas que cumplían siempre el mismo ritual.

—Me voy a comer un bocadillo con Lucy, pobre, que está mal y me quiere contar, y vuelvo en un rato.

Cenábamos con el pibe, lo metía en la cama leyéndole un cuento, o inventándonos alguno, y me sentaba a fumar. Hasta que, dadas las diez de la noche, ponía en marcha el ritual llamándola, con la excusa de si le guardaba cena.

Me contestaba siempre lo mismo: que en ese momento estaban hablando de mí. Pero su voz tenía ya los sobreagudos que se le colgaban cuando quería disimular que estaba borracha.

—¿Me necesitas? —preguntaba.

Que la necesitara o no, que lo dijera o no, carecía de importancia. Esa puta ya se había lanzado por el tobogán del alcohol y era imparable.

Y me quedaba, fumando, dando vueltas en la cama, sintiendo cómo crecía día a día la bestia que había domesticado para que la cuidara, cuando en realidad tenía ganas de estrellarle la cara contra la pared.

Sabía que cuando Adela se arrojaba por la pendiente ya no se podía detener. Me había contado demasiadas historias sobre eso, y me había tocado vivir directamente varias. Adela decía que lo mío eran celos. Y lo eran. No estaba dispuesto a tolerarle que, embotada, enloquecida por la borrachera y la cocaína, se revolcara

en cualquier cama con un amigo, una amiga o un desconocido.

Mi furia no amainó, siguió creciendo hacia el odio, incluso el día en que pensé que si quería ir de puta que hiciera lo de las putas, que mantuviera al hombre que la cuidaba. Dejé de buscar trabajo y me puse a escribir una continuación de «El arte de ser un Hijo de Puta y triunfar en política».

El odio que me ganaba no me impedía ver que con esa decisión me envilecía, me convertía en un proxeneta; una mierda de tipo. Yo también empecé a rodar por la pendiente sin detenerme. Por mi propia pendiente.

Para cuando publiqué la continuación del primer libro, que fue un fracaso absoluto, todo iba para la mierda. A veces contábamos las monedas para comer.

Cuando regresaba de una de sus escapadas para emborracharse, con una sonrisa boba en la cara, esperaba que yo la comprendiera y fuera feliz, porque ella lo era. Al fin, decía, ella era la que trabajaba y tenía derecho a irse de juerga; yo tenía que comprenderla.

Siempre, hoy no sé por qué, lograba sujetar la bestia que me pedía que la reventara, y la llevaba a la cama. A ella, lo que hubiera de beber en la casa, y teníamos sexo.

Yo, con lo que quedaba de ella. Ella, quién sabe con quién, porque solo tenía ojos para la botella y el vaso. Me usaba; como los maridos que llegan borrachos y usan a su mujer porque se han ganado ese derecho.

Pero no siempre era así. A veces mi furia se hacía palabras, con una crueldad que quizás me venía de cuando mi abuela estrellaba gatos contra la pared, o mi madre me ataba con una cadena de perro.

A ella se le cambiaba la cara:

—¡No estoy dispuesta a tolerar maltratos! ¡Nunca, nunca más toleraré que un hombre me maltrate! —decía, y se iba a caer en la cama vestida, exudando un olor a alcohol que enturbiaba el aire.

Yo me quedaba en el salón fumando. Trataba de tranquilizarme pensando que, al menos, estaba en su cama y no tirada en cualquier portal.

No podía sacarme de la cabeza lo del maltrato. Mi rabia me decía que para Adela había maltratadores de distinta categoría.

Nunca, jamás, se había acercado a aquel primer marido que la

había hundido en la mierda para hacer lo que era más lógico, tomarse algún tipo de venganza. Decía que olvidarlo era lo mejor que podía hacer. Como si uno pudiera olvidarse de lo que deja marcas, cicatrices imborrables, como en Miguel, que no podría olvidar nunca su paso por los Pabellones de la Muerte.

Tal vez temía que aquel hijo de puta le dijera que nada de eso hubiera sucedido sin su participación. Que a ella le había gustado hundirse en la basura.

Tampoco, nunca, le había escuchado una palabra de condena hacia ese amigo que conservaba desde siempre. Ese que había hundido en su basura a una mujer, hasta que ella terminó colgándose del techo. Para ese, más borracho y envilecido que ella, conservaba su comprensión.

La noche en ese hotel, probablemente el último, se me hacía muy larga. No sé cuántos fueron los cigarrillos fumados en la ventana.

Pero no podía detener la recapitulación. No cuando me sentía tan cerca de la muerte.

Adela ejercía una fuerte atracción sobre las lesbianas, que se ocupaba de alimentar, seguramente porque disfrutaba del poder que da el manejar la seducción.

No voy a revolver en su pasado. Me quedo con un par de historias que me iban a suceder.

Yo dormía. Ella había salido con alguna mentira a emborracharse. Pero volvió a casa con una amiga con la que habían estado tocándose.

Me desperté con que las dos habían decidido no dejarme afuera de su fiesta. Me desperté con su amiga a horcajadas sobre mí, tratando de meterse mi verga en el coño y Adela que me besaba.

Una historia erótica, atractiva, para una fantasía.

En la realidad, una violación.

Por un momento estuve a punto de echarlas a trompadas a las dos, pero me dio vergüenza ser tan pacato y me sumé al trío, como pude, disimulando, sin que la verga se me parara en ningún momento. No quiero recordar más, porque fue un asco; y mucho peor al día siguiente, cuando simulé habérmelas pasado muy bien.

Todo se venía abajo. Ya sabíamos que perderíamos la casa, y que nos quedaríamos en la calle, sin posibilidad siquiera de alquilar un

cuartucho.

Adela me acusaba de no trabajar, de no hacerme cargo de la familia. Y yo no podía decirle, no lograba soltarlo, que si ella quería ser una mala puta que lo fuera, pero que yo no la iba a mantener. Que fuera a poner el culo por ahí.

Luego de otra noche con invitados, que había empezado con alcohol y cocaína desde la tarde, muy temprano, nos fuimos a la cama dejando a una durmiendo en el sofá, borracha.

Entonces Adela fue un paso más allá y la metió en nuestra cama para que la compartiéramos. Me negué, y mi primera reacción fue irme a dormir a la cama del pibe, que esos días estaba con su padre. Pero la furia pudo más y volví a mi dormitorio, para verlas a las dos desnudas, tocándose.

Me planté junto a la cama, con todo el odio a flor de piel, para que lo hicieran delante de mis ojos. Lo que avergonzó a su amiga, que buscó su ropa y se fue lo más rápido que pudo.

Adela, por el contrario, me enfrentó con desprecio. Para decirme que si me había gustado una vez por qué me ponía así.

Agarré la botella de whisky y me serví un vaso lleno, que bebí sin respirar, antes de estallar como una bomba que había llegado a su tiempo.

Le dije, con las palabras más hirientes que pude encontrar, que ella y la puta de su amiga la primera vez me habían violado. Que si toda esa mierda le gustaba la hiciera a mis espaldas, no en mi cama. Porque eso no solo era desafiarme, era humillarme, y no se lo iba a tolerar sin aplastarla como a un mal bicho.

Entonces, desde su actitud de mala puta colocada, me miró con una media sonrisa, para decir que si no me había gustado lo hubiera dicho; que al final no se trataba más que de un malentendido.

La vi como lo que era. Como lo que quería ser, una mala puta borracha. Y mi violencia fue creciendo, porque la bestia había roto los barrotes, prometiéndole que la haría mierda. Que cuando yo lo decidiera, sus pedazos no los querrían ni los perros sarnosos de la calle. Y no quiero recordar más toda la rabia destapada que solté mientras seguía bebiendo.

Le hablaba de lejos, porque si me acercaba la hubiera reventado contra la pared.

Entonces ella dijo que teníamos que separarnos, porque yo,

ahora, le daba miedo, mucho miedo. Que ahora temía por ella y por su hijo. Que yo les iba a hacer daño.

Chica lista. Había tardado años en enterarse de que yo podía ser una bestia sin límites, mortal, que había atado sus garras para comerme mi mierda y su mierda, haciéndome pedazos en el camino.

Ese día fue el fin. La furia que tanto tiempo había contenido se había desbordado, y ella tuvo de qué agarrarse para no sentir culpa: me tenía miedo, yo le inspiraba terror.

El poco camino que nos quedó por recorrer hasta que perdimos la casa y cada uno tomó su rumbo estuvo signado por eso. Porque ella me tenía miedo y necesitaba tomar distancia. Que si yo me había hecho mierda era mi culpa, no suya, que ella siempre había sido así, y yo lo sabía desde el principio. ¿De qué me quejaba?

Así y todo, un día en que pudimos hablar sin agredirnos, cuando le recordé las violaciones, me dijo que en esos momentos estaba muerta. Que todo lo que sucedía era demasiado terrible, un fracaso final, y que había estado muerta cuando hacía eso.

Me conmovió. Tanto como para que quisiera quedarme junto a ella como fuera. Pero… yo sabía que cuando Adela contaba algo en pasado, era como si lo enterrara y nunca hubiera existido. Nunca podría aceptar que nuestro hoy, lo que somos hoy, es todo el pasado.

El aire frío que precede al amanecer me encontró en la ventana terminando un cigarrillo. Cerré y fui a tirarme en la cama.

En algún momento me dormí, vestido como estaba y desperté con la mañana avanzada.

No podía moverme de la cama. Un desgano enorme, muy viejo, me hacía tan pesado que no podía mover una pierna, un pie, sin un esfuerzo desesperado de la voluntad.

Tenía la cabeza enredada en telarañas. Las telarañas y la convicción de que los cinco años con Adela Ramírez Largo habían sido un error desde el principio. No quedaba nada por recuperar, y tendría que acostumbrarme a vivir con el mono que me había dejado. Sin ella la vida, mi vida, había terminado. Extendí la mano hasta el remoto y encendí el televisor.

Eran las once de la mañana y los canales de noticias volvían una y otra vez sobre la masacre de Suipacha y sus aspectos más

escatológicos. Especialmente la presencia del hombre torturado y momificado. Habían comenzado temprano.

Las tomas que mostraban la mayoría no habían contado con la ayuda policial, porque repetían una y otra vez el frente del edificio y un plano del pasillo donde, lejos de la cámara, porque un cordón impedía el paso, se veía gente, uniformada y no uniformada, entrando y saliendo de esa oficina.

Entonces, en la búsqueda, di con el canal, especialmente ruidoso y amarillo, de uno de los diarios a los que había pasado el dato del muerto en la reserva ecológica y el teléfono de Irene. Esos se habían movido muy rápido, porque seguramente los había llamado el portero de la mañana, al que le habían dedicado una entrevista, y a esas horas podía considerarse la estrella de su barrio.

En ese canal, que se preciaba de tener siempre primicias de cualquier crimen o escándalo, mostraron una toma corta del interior de la oficina, que abarcó los armarios con las armas, el muerto y las dos mujeres. En seguida dieron paso al jefe de la sección de noticias policiales del diario.

Era un hombre todavía joven, al que yo, tal vez porque no creo en nadie, le veía en la cara los estigmas del oficio: alcahuete de la policía. Hacía bien su puesta en escena, tenía mucho de actor, o de narrador de pueblo.

Primero no dijo nada nuevo, como no fuera el asombro provocado entre los habituales de la City de que en esa zona se hubiera producido un suceso tan extraño, en el que parecía que las dos mujeres, suicidadas las dos —lo dijo como subrayándolo—, habían mantenido un muerto entre naftalinas; varios años.

No había sido mi intención que la muerte de Silvia pasara por un suicidio, pero esa era una primera lectura razonable. Cuando hicieran el relevamiento dactiloscópico, si no lo habían hecho ya, encontrarían mis huellas por todas partes y me largarían los perros. Pero el hombre, el experto en temas policiales, seguía actuando para sus seguidores.

Agregaba que, según buenas fuentes, ¿qué otros que sus amigos en la policía?, la identificación de las muertas por sus huellas dactilares retrotraía el misterioso asunto muchos años atrás. A cuando una de ellas, Ana Vieliwsky, conocida en ese entonces como «la Rusa», se había matado de un tiro en la cabeza como colofón de

un combate con las fuerzas de seguridad.

—Desde ese día, amigos… —dijo el hombre, creando un momento de suspenso y como si dialogara con los que lo mirábamos —, esta mujer estuvo oficialmente muerta. Muerta hasta ahora, que se suicida otra vez, pero bajo otro nombre y apellido. El mismo apellido del hombre que fue asesinado ayer en la reserva ecológica de la costanera. ¿Cómo se interpreta eso? Ahí tenemos un misterio que es necesario resolver porque, otra de nuestras fuentes, la denuncia anónima de… posiblemente una de sus víctimas, señala a Ana Vieliwsky como participante en los grupos de tortura de los campos de detención clandestinos de la dictadura.

El hombre hizo otra pausa, como para largar la bomba, y dijo, hay más información que el secreto de sumario nos impide revelar, pero podemos adelantar algo:

—Estas dos mujeres se ocupaban de la portería del edificio donde sucedieron los hechos. Vivían en un departamento en el subsuelo. En el registro exhaustivo de ese lugar se encontró la fotocopia de una sesión, relativamente reciente, de la empresa Atlas. Export & Import, que servía de tapadera aún no se sabe de qué negocios *non sanctos*, a nombre de otra persona, y uno de los firmantes era el hombre momificado, o al menos usaron su nombre: Pedro Cuenca. Por lo que sabemos, los investigadores buscan al sujeto que recibió las oficinas de la empresa, y tendrá que dar muchas explicaciones.

—Andate a la mierda —le dije, y apagué el televisor.

Tenía que ponerme en marcha inmediatamente, si ya no era tarde.

Había dado por seguro que la Rusa, con la muerte del Rubio, me habría batido como Carlos Meléndez y el aparthotel donde paraba con nombre falso. Por eso había usado mi documento como Juan Hirám Gutiérrez para registrarme en el hotel donde estaba. El mismo nombre que aparecía en la sesión de Atlas. Export & Import.

Abandoné la valija en la habitación y bajé a la planta baja solo con el maletín del ordenador, como si fuera a regresar.

En la calle paré un taxi y le indiqué la terminal de los ferris. Si no había saltado Carlos Meléndez era porque la Rusa no se conformaba con menos que matarme. Volvería a ser Carlos Meléndez Ripoll para cruzar al Uruguay, en el ferry que saliera

primero hacia Colonia o Montevideo.

Pero algo, esas cosas que no controlo, le dio una contraorden al chofer. Que me llevara hasta la entrada de la reserva ecológica. Que todavía era temprano y quería sacar unas fotos.

¿Volvía a la escena del crimen? Ese era un recurso al que ya no recurrían ni las peores novelas policiales. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué iba a buscar?

Empecé a entenderlo, y a aceptarlo con una calma fría, cuando tomé otro sendero para no pasar ante la charca de los sapos donde había liquidado al Rubio, al hijo de la Rusa, y seguí adelante, sin detenerme, hasta dar con la orilla donde el agua marrón del río batía olas mansas.

Entre la selva y el agua, el suelo era una mezcla de restos de demolición. Restos, fragmentos, más o menos gastados por las mareas altas del Río de la Plata. Ese río inmenso que Solís había llamado mar dulce, anticipando tal vez una metáfora de los argentinos: un río que no se conformaba con serlo y se comportaba como el mar, con sus mareas y sus tempestades brutales.

La faja de demolición parecía la mente fragmentada de alguien que se había puesto al margen de la vida, y se le habían desordenado y mezclado los recuerdos. Tal vez la cabeza de Silvia.

Fragmentos de baldosas. Pedazos de azulejos de baño de todos los colores. Restos de paredes, no más grandes que un perro, que conservaban el agujero para el tornillo, o el clavo del que alguna vez había colgado un cuadro, una foto especialmente querida. Entre cachos de cemento, que asomaban aquí y allá, por entre los restos de bañeras o inodoros, puntas de hierro oxidadas. Por todas partes vidrios blancos y de colores que iban camino de convertirse en arena amasados por las mareas. Vidrios que reflejaban el cielo gris, y ladrillos pegoteados por la argamasa. Los restos de una ciudad que había desaparecido bajo un cataclismo.

Me quedé un momento mirando la inmensidad del río en ese momento calmo. El cielo se veía negro, cubierto, prometiendo largarse a llover en cualquier momento. Sabía que no era cierto, pero algo en mi estómago afirmaba que, desde que regresara, nunca había dejado de llover. Lluvia, y ese frío mordiéndome los huesos.

Volví la vista atrás, sabiendo que vería lo mismo que hacía años nos había asombrado a Fernando y a mí, cuando buscábamos una

ciénaga. Yo, sin saber que la llevaba adentro. Él no sé.

Detrás y por sobre la muralla de selva verde se levantaba una multitud de rascacielos que reflejaban el cielo gris en sus cristales. A esa distancia no podía ver más que muchas ventanas iluminadas contra el cielo gris. Lo que no me quitaba la convicción de que estaban deshabitados. Que algo, una peste, una bomba nuclear, había terminado con toda forma de vida en esas torres.

Era el escenario del día después del apocalipsis.

Un horizonte de rascacielos muertos al fondo. Por delante la selva, la vida en las serpientes que reptaban y los pájaros, muchos, jilgueros y calandrias que cantaban pasando de rama en rama. La vida que no se rendiría nunca; que seguiría adelante en su lucha contra la muerte, aunque algunos desertáramos. Y bajo mis pies mi sitio entre los escombros.

¿Qué era yo sino un escombro, un despojo de lo que alguna vez había sido?

¿Qué quedaba de mí que valiera la pena salvar?

Podía volver a España para seguir siendo quien no era, Carlos Meléndez, mi amigo fusilado en su silla de ruedas; cuando sabía que no se puede vivir siendo otro. O quedarme en esa orilla, hasta que la búsqueda de Juan Hirám Gutiérrez diera conmigo y me encerraran en una cárcel hasta el fin de mis días.

Había matado a la Rusa, a Silvia y al Tarta, mis compañeros de cuando estaba vivo y tenía un sueño.

No me quedaba nada y no quería la muerte lenta de la cárcel. No tenía salida.

Buscando en el bolsillo del maletín del ordenador, di con el celular nuevo, y recién después con la cajita de las cápsulas de cianuro.

La lluvia comenzó como probando si podía, y luego se descargó con furia, cuando di mis primeros pasos en el río.

El agua estaba fría, y ya había entrado hasta la cintura, cuando tiré lo más lejos que pude el celular, para que desaparecieran con él los teléfonos de Adela y de Miguel. Estaba seguro de que el agua haría mierda mi ordenador, borrando parte del pasado.

Después, ante la duda de que pudieran fallar, me metí tres cápsulas en la boca y las mastiqué.

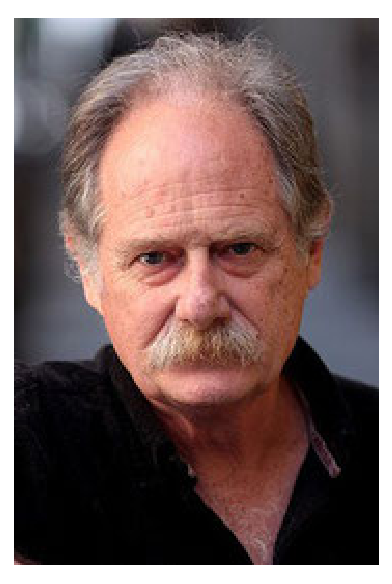
Amargo.

Barcelona/Buenos Aires.

AGRADECIMIENTOS

A todas las personas a las que, sin pedir permiso, les robé gestos, apodos, frases o pequeñas historias para componer mis personajes, hijos de Frankenstein, por estar hechos con mil retazos. Algunos se reconocerán, otros no están para hacerlo.

Me olvidaré de muchos, pero igual gracias a: Tato, Marc, Germán, Lili, Ezequiel, don Andrés, Benita, Micaela, Antonio, Teixi, Silvia, Juani, Daniel, El Mondongo y un agradecimiento especial para Gladys Guerrero, que me prestó un techo bajo el que escribí el primer borrador de esta novela, y para Carlos Padula, por su amistad.



Raúl Argemí (1946). Guerrillero y escritor argentino, actualmente radicado en su país de origen, luego de 12 años en España. Su obra ha ganado diversos premios, el Hammett entre ellos, y se ha traducido al francés, italiano, holandés y alemán.

Nacido en La Plata, capital de la Provincia de Buenos Aires, Argentina, Raúl Argemí se dedicó tempranamente a las artes escénicas como autor y director teatral. A comienzos de los años 70 participó en la lucha armada en Argentina. Asesino confeso del juez Quiroga y otros más, fue amnistiado durante el gobierno de Raul Alfonsín al igual que otros muchos asesinos subversivos del ERP y Montoneros.

Pasó toda la dictadura del gobierno militar argentino encarcelado, y tras el regreso de los gobiernos democráticos recuperó la libertad. Es en ese momento cuando comienza a hacer periodismo, actividad que nunca abandonó. Durante su estancia en la Ciudad de Buenos Aires fue jefe de Cultura y director de Claves y colaborador en la Edición Cono Sur de Le monde diplomatique. En 1986 se traslada a la Patagonia, donde trabaja en la prensa regional. La fuerte impronta del paisaje de esta región austral del mundo lo atrapó: la mayoría de sus novelas tienen a la Patagonia como escenario.

En 2000 se traslada a España, país en el que su carrera de escritor

da un salto y publica asiduamente sus novelas, muchas de ellas resultado de largos años de elaboración durante su vida en la Patagonia. De la mano de sus libros, comienzan a llegar los premios y las traducciones para otros países de Europa.